
VOLUMEN 1

78

DESEO CALIENTE

RELATOS ERÓTICOS CALIENTES
Y DESAGRADABLES

HISTORIAS CORTAS CALIENTES

KARLA MARELA

La boda

Como pequeños guijarros, las gruesas gotas de lluvia caían incesantemente como un diluvio sobre el parabrisas de su vetusto coche, oscureciendo la visión del joven estudiante del tráfico de Múnich después del trabajo.

Entre borrosos semáforos rojos y amarillos, Manuel maniobró su vehículo, que olía a moho, a paso de tortuga hacia su casa.

Para él, su hogar era el pequeño y luminoso ático de un barrio más o menos asequible, lejos del centro de la ciudad y aún más lejos de su universidad.

El dinero que no se iba en el sobrevalorado alquiler se invertía en combustible.

"Invertir en tu propia educación es la mejor manera de hacerte rico: piensa siempre a lo grande".

Por supuesto.

Mientras Manuel repasaba en su cabeza los eslóganes de perseverancia más comunes de los sórdidos gurús de las redes sociales para tapar el cada vez más sonoro estruendo estomacal de su vientre hambriento, giró el coche en la última curva y se detuvo frente a un lúgubre edificio de apartamentos.

Motor apagado, capota puesta sobre la cabeza y dos respiraciones profundas, entonces llegó el momento de salir al exterior. A pasos rápidos, Manuel se apresuró a atravesar la lluvia fría y húmeda y se refugió en el hueco de la escalera, empapado y goteando como una esponja.

Bueno, más bien un pelele.

El joven estudiante carecía de confianza en sí mismo y de dinero.

Y esta sensación de mariquita no cambió cuando Manuel llegó a su piso escasamente amueblado y había puesto todos los radiadores al tope para secarse de nuevo.

El piso y también su ropa habían subido a temperatura de sauna al poco tiempo, pero el carácter inseguro de Manuel seguía chorreando como una franela.

¿No había forma de cambiarlo?

Si uno creyera en las convenciones generalmente aceptadas de la sociedad, lo que le daba más confianza en sí mismo era el éxito.

Éxito en cualquier cosa.

Pero, sobre todo, había temas en los que el éxito aportaba el mayor grado de confianza en uno mismo, las disciplinas supremas del éxito, por así decirlo.

Y debajo, al menos eso era lo único en lo que podía pensar en ese momento, estaban las mujeres

y el dinero.

Ambas eran cosas de las que estaba aún más alejado que del centro de la ciudad o de su Universidad ..

Pero mientras estaba envuelto en una manta, tirado en el pequeño sofá junto a su escritorio y tumbado horizontalmente por costumbre, ya que sentarse no era una opción debido a las abundantes pendientes del tejado, se le ocurrió una idea.

Una vez más, un anuncio realmente molesto recorrió la pantalla de la televisión, pero en lugar de preguntarse por qué uno se hacía el horror de un canal financiado con publicidad y no cambiaba simplemente al proveedor de streaming de su confianza para no pasar la mitad de su tiempo con anuncios, el one-shot escenificado con excesiva euforia despertó el sentido comercial del joven estudiante (hasta entonces apenas existente).

Mientras una oscura voz masculina fuera de la pantalla intentaba convencer al espectador de que comprara una cámara digital recién salida al mercado, recitando los datos técnicos del aparato con un tono sonoro parecido al de un fumador en cadena que normalmente daba bastante envidia a los pardillos como Manuel, esta vez creaba una idea.

En lugar de hacerle reconsiderar su actitud hacia el consumo de nicotina, el sexy oscuro

"Imágenes aún más nítidas que nunca", reconoció finalmente Manuel, cómo podría conseguir ganar dinero y, por tanto, alcanzar el éxito.

"Un momento, puedo hacer fotos bastante pasables", espetó bajo unos Crisps hablando solo.

Pasable era un eufemismo a este respecto, pero al igual que la confianza de Manuel y todo lo que le rodeaba, el eufemismo era su lema en la vida.

La verdad es que Manuel había recogido innumerables premios y galardones por sus logros fotográficos durante sus años escolares y, aparte del club de fotografía del colegio, salía a casi todas partes y a todas horas con la cámara en la mano.

Tal vez ése había sido también el principio de su soledad. A modo de broma, se preguntó si no habría exagerado un poco.

Hacer fotos era ciertamente aceptable hasta cierto punto, incluso socialmente deseable, pero si cruzabas cierta línea, y eso era exactamente lo que él había hecho cuando el objetivo de la cámara se había convertido casi en su tercer ojo, entonces ya no se te consideraba alguien interesado en captar bellos momentos, sino una extraña rareza.

El éxito con las mujeres no tenía por qué imaginarse así ..

Pero basta de recriminaciones sentimentales, ahora los viejos conocimientos de entonces podrían serle útiles.

Por aquel entonces, cuando era un joven adolescente, siempre había estado presente como

fotógrafo en celebraciones familiares como bodas, dedicaciones de jóvenes y otras festividades que prometían ser memorables.

En el pasado, rara vez había recibido dinero, porque el empleo y la excusa de no tener largas conversaciones con tíos extraños habían sido suficiente recompensa para él.

Pero sus fotos siempre habían sido buenas.

Incluso hoy, las fotos bien enmarcadas de sus instantáneas adornan las estanterías y paredes de la mayoría de familiares y conocidos.

Seguro que el gran fotógrafo que había detrás había caído en el olvido y, aparte de sus propios padres, probablemente todo el mundo habría replicado "*¿Quién es ése?*" al oír el nombre de **Manuel**, pero a él no le importaba.

Ahora era el momento de convertir sus habilidades en dinero.

En la era de la digitalización, siempre se empezaba de inmediato. Se creaba un sitio web.

Manuel cogió el mando a distancia, apagó los anuncios y se dirigió a su mesa.

Después de unas cuantas horas de patatas fritas, sopa de paquete y las siempre sonoras voces melódicas de los expertos en tecnología indios de los tutoriales de YouTube sobre el tema

"crear un sitio web uno mismo principiante", Manuel había creado un sitio de aspecto bastante pasable y respetable.

Llevaba mucho tiempo luchando con la sección de "premios".

¿Podría pedir dinero en serio?

Como casi siempre, le costaba reconocer que él también tenía talento.

"Sí Manuel, tú también puedes pedir dinero, piensa siempre a lo grande" resonó en su cabeza una voz de confianza sin precedentes, y así al final había surgido una obra sólida. Ahora tocaba esperar.

Los días siguientes transcurrieron sin más incidentes.

Manuel se levantó a una hora en la que la mayoría de los habitantes de su casa ya habían vuelto del trabajo, echó un vistazo a su nevera vacía y luego fue a comprarse un kebab.

Hasta aquí, todo bien.

Casi había olvidado la idea de ganar dinero con la fotografía.

Siempre ocurría lo mismo con las cosas que prometían ser demasiado buenas para ser verdad.

Su larga y lejana historia de fracasos y mala suerte le había transformado cognitivamente hasta

tal punto que Manuel no volvió a pensar en ello hasta que una noche le interrumpió de nuevo el mismo anuncio sobre la cámara de su programa.

Había algo.

Presa de una nueva oleada de esperanza, confianza y entusiasmo, la joven estudiante abandonó el sofá y se sentó frente al ordenador.

Tras unos pocos clics, estaba en su bandeja de entrada y, para su asombro, vio que, además de un número escandalosamente alto de correos publicitarios, también figuraban dos solicitudes de su sitio web.

Bote.

Ansioso y tenso a partes iguales, arrastró el ratón por la pantalla como a cámara lenta, como si quisiera resistirse a abrir el correo electrónico.

En su cabeza seguía imaginando que esos correos sólo podían ser de competidores enfadados.

"¿Cómo te atreves, siendo un maldito principiante en fotografía, a ofrecer servicios de atención al cliente de este tipo por

Ofrecer pago".

Pero después de que Manuel se armara de su pequeña ración diaria de valor y abriera el correo electrónico, vio que una vez más había supuesto lo peor.

El primer correo y también el segundo procedían en realidad de personas que querían contratarle, Manuel.

Le invadió una oleada de felicidad. ¿Así es

como se siente el éxito?

Aunque aún no había ganado ni un céntimo, ya se bañaba en un mar de endorfinas.

Manuel hojeó ambos textos y se dio cuenta de que la primera petición se refería a una confirmación.

"Hmm, nunca he sido muy bueno con los niños".

La segunda petición parecía más prometedora.

En un mensaje breve pero de tono simpático, una pareja de novios preguntaba si Manuel podía acompañar su boda con la cámara.

"Por supuesto que puedo" fue su respuesta interior y así compuso directamente un mensaje al ambos.

En tres semanas, ya era hora de la primera misión de Manuel.

Tres semanas más tarde . .

El día estaba claro como el agua.

El alegre canto de los pájaros impregnaba las calles y despertaba a todos los trasnochadores, por ambiciosos que fueran, con los primeros y tiernos rayos del día.

También para Manuel, el día comenzó inusualmente temprano, y de forma emocionante.

Tras una noche agitada y llena de emociones, el joven estudiante se despertó con el pecho golpeado y miró el despertador.

"Normalmente me iría a la cama ahora", pensó desmoralizado y se despegó con los miembros rígidos de la fina sábana llamada manta de verano.

Hoy era el día de la boda.

Somnoliento, Manuel se tambaleó como un borracho hacia la encimera de la cocina y se dispuso a preparar su elixir salvador al resplandor de los primeros rayos rojizos del sol.

Unos minutos más tarde, las primeras gotas de café caliente corrían por su garganta: ahora podía empezar el día.

El lugar de la boda estaba bastante lejos, en las afueras de un pequeño y tranquilo pueblo alejado de Múnich.

idilio campestre bávaro, así es como le hubiera gustado casarse a Manuel, pero aún le faltaba el una mujer, y mucho menos el contacto con el sexo opuesto en todos. .

Después de un frugal desayuno, que en muchos estados sin duda habría dado lugar a una demanda de una organización de derechos humanos incluso como raciones de prisión, Manuel recogió sus cosas y siguió su camino.

La cámara, el trípode y los innumerables objetivos estaban a buen recaudo en su mochila y a Manuel le pareció, mientras caminaba por la estación de metro, que atravesaba la guarida de un oso con un tarro de miel.

Pero estábamos en Múnich, no en Berlín, y, en cualquier caso, nadie podría haber adivinado que aquel estudiante pálido y de aspecto modesto cargaba con un equipo fotográfico valorado en varios miles de euros.

Pero el miedo formaba parte de su naturaleza y por eso no le sorprendió que Manuel tuviera que esperar otros treinta minutos a su tren regional, ya que había salido con un generoso margen de tiempo.

Pero cuando, tras unos anuncios por megafonía entrecortados y farfullantes, el tren regional se detuvo por fin, la chispa de confianza y seguridad en sí mismo volvió a encenderse en Manuel,

aquí estaba el tren, ahora podía arrancar.

Allá vamos.

Manuel

Las finas correas de mi mochila, completamente cargada, se clavaban en la carne de mis hombros como grilletes y, para mi deleite, desviaban mis pensamientos de las dudas que me asaltaban sobre el día que tenía por delante.

Ciertamente, había aprovechado el último tiempo intensamente para refrescar mis conocimientos de fotografía.

Casi todos los días, y esto era más que atípico en mí, había salido al aire libre y, como en mi juventud, había fotografiado todo lo que se había puesto delante de mi objetivo.

Flores, árboles, coches, casas, prácticamente todo estaba ahora bien retratado y escenificado de forma óptima en la tarjeta de memoria de mi cámara.

Pero después de dejar atrás a los viajeros matutinos de aspecto gruñón y acomodarme en el asiento de felpa azul del tren regional atestado de gente y mirar las fotos de los últimos días como si se tratara de los últimos preparativos, me di cuenta de que faltaba una cosa en las imágenes: gente.

Incluso había fotografiado mi desbordante papelería en la cocina, y seguramente la colorida foto de las innumerables bolsas de patatas fritas apiladas sobre las cajas de pizza habría ganado algún que otro premio en un moderno "concurso de fotografía de estilo de vida urbano" al estilo "la vida moderna en la era del consumo excesivo", pero todo aquello era más bien inadecuado como preparación para un fotógrafo de bodas.

Cuál había sido la razón de que no hubiera gente en ninguna de las fotos de mis prácticas, me pregunté durante un breve instante, hasta que me fijé en el revisor del otro extremo del compartimento y automáticamente me puse nervioso: ahí tenía la respuesta.

Era tímido, y no demasiado.

Mientras sacaba el billete de mis pantalones con dedos ligeramente temblorosos y leía detenidamente el pequeño trozo de papel varias veces para asegurarme de que tenía el billete correcto y válido, me sentí molesto.

En todos esos días ni siquiera había visto a un grupo de personas, y mucho menos a un solo persona viva fotografiada.

Como fotógrafo de bodas contratado, ¿cómo iba a fotografiar hoy adecuadamente a la clase alta de Múnich?

"Un billete, por favor".

La brillante voz del revisor de pelo negro me devolvió al momento. Bajé los ojos y le tendí el billete.

Con dos chasquidos se puso a mi lado.

La mujer se inclinó hacia mí y me alcanzó el billete con la mano.

Sus cálidos dedos rozaron mi piel y me sobresalté y alegré a partes iguales.

"¿Estás bien?".

La revisora, que vestía un ceñido uniforme negro y olía a flores frescas, me devolvió el billete sellado y, sin esperar respuesta, me dio la espalda para continuar su recorrido.

Lo que para la mayoría habría sido una interacción social cotidiana, para mí había sido probablemente el punto culminante erótico de los días siguientes: la entrega del billete fue la única pequeña porción de contacto físico femenino que se me concedió.

Al menos eso es lo que pensé en ese momento.

Sin saber cómo se desarrollaría el resto del día...

Después de unos tres cuartos de hora de viaje a través de verdes prados y laderas cubiertas de coníferas, había recuperado un poco la esperanza, además del hambre, un ligero mareo y la perversa historia de la vida de un jubilado que viajaba conmigo. Durante el viaje, había leído un artículo en Internet sobre el tema "Fotografía dinámica: un nuevo enfoque de la fotografía".

guía para fotógrafos de eventos" y ahora me sentía mucho más seguro.

cuando el tren se detuvo en la estación de vía única de un pequeño pueblo de montaña y yo fui el único en bajar. Mientras tanto, el sol había subido más y brillaba despiadadamente desde el cielo, convirtiendo el asfalto del andén en una parpadeante plancha caliente.

"¿Cómo puedes casarte en verano?", me preguntaba yo, para quien la practicidad era mucho más importante que la floreciente estética natural.

Bueno, aún tenía tiempo en lo que al matrimonio se refería, me reí para mis adentros, medio en broma, medio con tristeza.

Para no correr la misma suerte que las flores marchitas de la vía, me despedí de la pequeña estación echando un último vistazo al horario de viajes y me encaminé hacia la entrada del pueblo, cegado por el sol radiante.

Según Google Maps, sólo había unos cientos de metros desde la estación hasta el asentamiento. Un vistazo a lo lejos lo confirmó.

Detrás de la estación, una pradera aparentemente interminable, sembrada de flores y hierbas, se extendía por el paisaje como un vestido de verano verde y salpicado de brillantes, y tras el gran panorama de altas cordilleras, terminaba en un denso bosque con algunas casas en la parte baja.

Allá vamos.

Acercándome lentamente y comprobando de vez en cuando las perneras de mis pantalones en busca de garrapatas, incluso el término "pueblo" parecía exagerado para el pequeño grupo de casas al pie de las montañas.

Aquí se vivía en soledad.

Tras cruzar un puente de madera asombrosamente intacto sobre un pequeño arroyo azul claro, llegué a la primera de las ocho casas, que, como todas las demás, estaba construida en el típico estilo de casa de campo de la arquitectura bávara y, además de largos balcones con jardineras delante de las ventanas y mucho revestimiento de madera, también presentaba pinturas en la fachada de carácter católico por todas partes.

"¿Cómo se pueden desfigurar así las paredes?", pensé mientras miraba al escéptico con cara de anciano que acababa de salir al balcón de la casa y parecía querer ver quién se había aventurado a entrar en su pequeño y adormecido nido de pueblo.

"¿Debes ir al Houzat o algo así?"

me espetó con un dialecto bávaro y una dentadura que se quedó a medias. Casi me sentí estúpido al responderle en alto alemán.

"Sí exactamente, ¿sabe cuál es el mejor camino para llegar?".

La suposición del anciano, confirmada por mi falta de dialecto, parecía ser que estaba mirando a un urbanita presumido y distante.

Su expresión se deslizó aún más hacia "No necesitamos gente como tú aquí".

No podía culparle.

"Sólo tienes que seguir el camino en dirección a la iglesia."

Habiendo olvidado ya el obligado "Grüß Gott" del principio de la conversación, le di las gracias con un penoso intento de despedida bávara y musité un *"pfiat eahna"* al ahora más que ceñudo jubilado antes de emprender con paso rápido dicho camino hacia la iglesia.

El pequeño camino de tierra polvorienta me condujo más allá de dos granjas más y estaba a punto de preguntarme dónde estaban escondidos todos los invitados a la boda en medio de este idilio natural desierto, cuando el camino hizo una amplia curva y detrás de la densa hilera de árboles de algunos abetos alcancé a ver la blanca y luminosa iglesia del pueblo, que se erguía libre y resplandeciente como en un catálogo de viajes, rodeada de exuberantes prados y algunos árboles sombríos.

Sin embargo, lo que resultaba menos acorde con el aire romántico de la imagen del catálogo de viajes eran las innumerables limusinas negras y las masas de gente que se agolpaban en el recinto de la iglesia como un enjambre de moscas negras, lo que debía de ser la razón del mal humor del anciano.

La flota de vehículos frente al recinto recordaba a una visita de Estado y las vacas marrones que pastaban tranquilamente detrás de la iglesia casi contrastaban con los caballeros peinados con trajes de Armani caros hasta una dimensión de ridiculez.

Me miré la ropa y me di cuenta de que por segunda vez me sentía fuera de lugar en este pueblo.

Hace unos minutos, mi abuelo bávaro me había tachado de urbanita, pero ahora mi sencilla camisa blanca de 40 euros de coste de adquisición sólo me alcanzaba para la categoría de servicio de catering.

De todas formas, no estaba aquí para celebrarlo, sino por motivos profesionales.

Y tal como era el nivel de vestimenta aquí, se esperaba mucho de mis fotos... y ya había vuelto mi nerviosismo casi olvidado.

Ojalá hubiera elegido una confirmación para mi primer trabajo y no una celebración en la que tenías que temer que si las fotos salían desenfocadas recibirías una carta de todos los abogados estrella de Múnich reclamando daños y perjuicios.

Pero ahora estaba aquí y eso significaba que tenía que cumplir.

Respiré profundamente dos veces el aire fresco del campo y me alisé la camisa por última vez.

Luego me acerqué al recinto y busqué entre la multitud a mi persona de contacto para ese día.

En los prolegómenos del acto, el mencionado Roland me había sido anunciado conspirativamente como un hombre *que "te lo enseñaría todo"*.

Básicamente, no necesitaba mucho.

Llevaba mi cámara y mis objetivos.

Justo cuando me había abierto paso laboriosa y cautelosamente a través de la primera capa de usuarios de trajes y vestidos y había captado fragmentos de palabras aquí y allá como "*Para mí, la única forma de llegar a Sylt es con mi propia máquina*", de repente sentí una mano en el hombro y me di la vuelta, sobresaltada.

"Hola, soy Roland, cuidado ;) tú debes ser el fotógrafo, ¿no?".

Roland debía rondar los cincuenta años y vestía un traje beige de Brunello Cucinelli, tan caro como todo el contenido de mi armario.

"Sí exactamente, espero no llegar demasiado tarde".

Con una sonrisa falsa en los labios, le tendí la mano a Roland en señal de saludo.

"Oh no, tienes toda la razón."

Al parecer, podía enterrar mi escepticismo sobre la gente con dialecto bávaro en este pueblo: Roland parecía muy comprensivo.

Después de dos o tres frases más de conversación trivial, Roland me condujo por el abarrotado recinto hasta la iglesia con las palabras : *"I'll stäi dia nochmoi fix des Brautpaar voa"*.

El prado que atravesamos estaba exuberantemente decorado.

Paneles de madera de caoba con arreglos florales bellamente decorados invitaban a los visitantes a permanecer bajo guirnaldas de árboles caducifolios.

Nadie se entretuvo aquí en ese momento, porque la clase alta múniquesa, a excepción de los niños, tendía a entregarse a conversaciones de pie, como si dijera: **incluso en las bodas hay que estar activo, luego se puede descansar.**

Roland me condujo a la parte trasera de la iglesia y me guió a través de una pequeña y discreta puerta de madera.

El crujido de las viejas bisagras provocó un chirrido sobresaltado en el fresco interior de la iglesia.

"Roland, te dije que llamaras antes de entrar aquí".

La voz brillante y airada de una mujer provocó una risa traviesa en el rostro de Roland.

"Sobine, mi tochte".

Roland señaló con orgullo una puerta entreabierta a la derecha del pasillo por el que acabábamos de entrar.

"Sobine" resultó ser Sabine unos instantes después y al parecer era una de las Damas de honor.

Después de que Roland y yo esperáramos un momento en el pasillo, se abrió la puerta de la derecha y salió una rubia de unos treinta años, con un atractivo y esbelto cuerpo envuelto en un vestido rosa pálido.

Llevaba el pelo medio trenzado y le colgaba hasta el hombro. Al parecer, estaba preparándose.

"Oye, tú eres el fotógrafo, ¿verdad?".

Sabine no esperó a que respondiera, sino que me indicó con un gesto de la mano que la siguiera por la puerta por la que había venido.

"Te presento a Sonja, la novia".

Sabine señaló al interior.

En la espaciosa sala de la iglesia, en la que se entremezclaban finos rayos danzantes de polvo procedentes de la brillante luz que entraba por las ventanas, una mujer estaba sentada ante una pequeña mesa de maquillaje y era atendida por otras dos con todo tipo de cepillos y peines.

Aparentemente la novia del día.

"Sonja, encontré al fotógrafo".

Sabine me empujó un poco bruscamente a la habitación.

"Oh, muy bien, pero no parece que deba ser fotografiada en este momento". No pude ver exactamente el aspecto de Sonja, porque las dos maquilladoras que se arremolinaban a su alrededor como abejas atareadas tapaban la vista.

Lo que pude distinguir, sin embargo, para mi deleite, fue la espalda esbelta y atlética que apuntaba en mi dirección con un vestido de novia blanco de corte amplio, con una abundante cabellera rubia que caía como ondas doradas sobre ella.

Si sólo hubiera tenido la espalda como pista, habría dicho que al novio le había tocado la lotería.

Me hubiera gustado ver más de Sonja, que, a juzgar por su voz fina pero algo más oscura, debe de tener seguramente treinta y tantos años.

Pero aún tenía que ser paciente.

"Vamos, necesitamos algo más de tranquilidad aquí, una de las otras dos damas de honor sin nombre terminó mis miradas a la espalda de Sonja.

"No pasa nada" Sabine soltó una risita y volvió a empujarme fuera de la habitación.

Roland, que al parecer había estado esperando en el pasillo, tecleando en su smartphone, levantó brevemente la vista cuando volvimos, me saludó con la cabeza y salió conmigo.

"Entonces, conoces a la novia, pero no sé dónde está el novio, pero no importa, no está aquí.

ni siquiera llegarás a saberlo, creo".

Tampoco sentía una gran necesidad de conocer al novio, pero no me habría opuesto a hablar con la novia.

"Lo mejor que puedes hacer ahora es ponerte a trabajar, tengo que ir eastmoi kuaz lejos".

Roland señaló significativamente su smartphone, me dio un golpecito en el hombro para despedirse y desapareció entre la multitud que rodeaba la iglesia.

Bueno, entonces..

Manos a la obra.

Habían pasado casi dos horas, se acercaba la hora de la boda y yo tenía las manos ocupadas con estar en mil sitios a la vez.

Los alrededores de la iglesia eran más grandes de lo que pensaba y me apresuré, cámara pesada en mano, de prado en prado y de árbol en árbol, fotografiando como un paparazzi de Hollywood todo lo que se ponía delante de mi objetivo.

Niños jugando, vacas pastando, gente riendo.

Mientras los ojos empezaban a dolerme de tanto mirar a través de la cámara y el "clic" constante en mis oídos se había convertido en un sonido continuo parecido al tinnitus, decidí tomarme un pequeño descanso.

A lo largo del trabajo había podido observar a muchas personas.

Parejas felices, solteros infelices, parejas infelices y solteros felices y mucho más.

Pero hubo una persona que no pude sacarme de la cabeza en las últimas horas.

Sonja, la novia.

Me pregunto a qué se refería Roland cuando dijo que no tenía por qué conocer al novio.

Me pregunto qué clase de tipo era.

Preguntas que no podía responder por mí mismo en ese momento. Pero una cosa estaba clara, tenía dinero.

¿Era dinero todo lo que se necesitaba para conseguir mujeres guapas como Sonja? Si era así, aún me quedaba mucho camino por recorrer.

Al menos eso es lo que pensé en ese momento.

Pero la verdad es que tenía mucho que esperar en este sentido..

Estaba mordisqueando un aperitivo de exquisito sabor que parecía pecaminosamente caro y no llenaba ni un poco, cuando me di cuenta de que la fiesta avanzaba lentamente hacia el interior de la iglesia.

Supongo que la ceremonia de la boda comenzó pronto.

En una conversación casual, me había enterado de que los dos habían estado probablemente

se casaron por lo civil, pero Sonja siempre había sido partidaria de este tipo de boda y, al parecer, ahora había hecho realidad su deseo.

¿Si con el hombre adecuado?

Por lo que había oído entre líneas, no tanto.

Roland, que se había acercado de vez en cuando para preguntarme si todo iba bien hasta el momento, había empezado, tras unas copas de champán con la lengua suelta, a contar historias cada vez más privadas e íntimas sobre los novios.

Por supuesto, nunca podría estar seguro de si mi traducción de su dialecto bávaro, que se había vuelto bastante menos claro bajo la influencia del alcohol, era correcta.

Pero cada vez me había hecho más una idea de ellos dos.

Sonja, de unos treinta años, probablemente había conocido a su actual marido a través de contactos profesionales. Torben, (al menos Roland no dejaba de arrastrar las palabras al pronunciar el nombre

"Dorbän") era probablemente bastante mayor que Sonja y esta diferencia de edad, como probablemente estaba muy extendida entre la gente de esta clase social (Roland me había presentado con orgullo a su novia, inicialmente de veinte años, en el transcurso de nuestras conversaciones) provocó inevitablemente dificultades en la relación.

Ya tenía una cosa en común con Sonja. A mí también

me gustaban las personas mayores, aunque fueran

mujeres.

La mitad de la gente ya había desaparecido en la iglesia, la otra mitad no parecía encajar o simplemente se tomaba su tiempo.

Aún había mucha gente fuera.

Pensé cuál sería mi mejor posición durante la ceremonia.

Me habría encantado ver a Sonja desde todos los ángulos.. . -en qué estaba pensando, estaba aquí para trabajar y no para suspirar sin sentido por maduras inalcanzables, me reprendí.

Viendo lo abarrotados que estaban ya los pasillos y los bancos de la iglesia, decidí probar primero por una entrada trasera del edificio para tomar antes algunas instantáneas desde una de las galerías superiores hacia abajo.

Caminé con pasos rápidos por la hierba hasta la parte trasera de la iglesia. Apenas había gente aquí detrás.

Sólo una o dos personas hablando por teléfono y unos cuantos niños pequeños jugando a lo lejos junto a los árboles. La camisa se me pegaba al cuerpo como una segunda piel debido al calor y me alegré cuando entré en la fresca iglesia de piedra por la misma pequeña y chirriante puerta de madera de antes.

"Oh, qué bien sienta" , suspiré aliviada.

De repente, oí un portazo a unas habitaciones de distancia. Me sobresalté y di un respingo.

"¿Y quién crees que te paga toda esta mierda?"

La voz airada de un anciano se oía claramente a dos habitaciones de distancia.

Curioso, de momento me quedé donde estaba.

"¿Qué quieres decir aquí por mí? Siempre se necesitan dos personas para hacer una boda Torben".

Ahora sabía quién discutía, la persona que acababa de gritar era Sonja.

"Oh, suena sexy cuando se enfada" pensé para mis adentros y tragué saliva inconscientemente.

Antes de que pudiera oír nada más de la discusión, oí unos pasos rápidos que venían hacia mí y poco después una puerta se abrió de golpe a mi lado.

Salió un hombre de unos 60 años, vestido con un traje caro y con la cabeza del rojo intenso de un tomate maduro.

"¿Y quién eres tú, por favor?", me espetó con brusquedad, con la cara contorsionada por la ira, y me empujó para salir.

Silencio.

Un poco excitada y con un sentimiento extrañamente triunfante de schadenfreude, di dos pasos hacia la puerta por la que Torben había salido furioso.

Olía a piedra fría y mohosa y a una brisa de prado estival que entraba por la puerta abierta.

Al parecer, las cosas estaban más que mal entre ellos dos, una discusión así poco antes de la ceremonia de boda no encajaba del todo en mi idea de un matrimonio armonioso.

Obviamente, aquí mucho era más apariencia que realidad.

Entré en la habitación que había tras la puerta y miré a mi alrededor.

Aparte de un lío de ropa, no había nada emocionante que encontrar aquí.

Pero llegados a este punto ya no podía decir exactamente lo que buscaba. La verdadera razón por la que había entrado en la iglesia estaba casi olvidada, sólo buscaba un lugar adecuado para hacer fotos como tapadera, en realidad esperaba encontrarme con Sonja, aunque probablemente no tuviera ganas de mantener una conversación agradable después de la discusión que acababa de oír.

¿O me he equivocado?

Al final de la habitación había otra puerta, pero estaba casi completamente cerrada. Lo que se ocultaba tras ella no podía verse.

Indecisa, me quedé allí de pie.

¿De verdad debería entrar ahí? ¿Por qué no?

Lo peor que podía pasar era que una de las damas de honor volviera a echarme, disgustada.

Siempre podía soltar un apenado *"Oh mierda, lo siento, debo haberme equivocado de puerta"*.

Y si hubiera tenido algo parecido a una intuición, mi instinto en ese momento me habría dicho claramente : *"Vamos chico, ten agallas y entra ahí"*.

Y eso es exactamente lo que hice.

Con el corazón palpitante, me dirigí nerviosa hacia la puerta.

Antes de mover mi mano temblorosa hacia la manilla, escuché

brevemente. Aparte de los sonidos apagados del exterior, no se oía nada. Pues bien.

Con cautela y en silencio, abrí la puerta rendija a rendija y entré en la habitación que había detrás. Y me quedé casi sin habla.

En la sala de unos 20 metros cuadrados, llena por dos lados de viejos bancos de madera de iglesia que, al parecer, se guardaban allí, Sonja estaba sentada en el extremo izquierdo en un sofá de cuero marrón de época que, al parecer, se había colocado especialmente para los preparativos de la fiesta y no encajaba en absoluto con el mobiliario, por lo demás bastante escaso y conservador.

Pero lo que menos encajaba con el piadoso espartanismo de la habitación era la propia Sonja.

La rubia, de aproximadamente 1,70 de estatura, llevaba un vestido de novia blanco con volantes que parecía casi transparente en todos los lugares imaginables debido a la delgadez del tejido, lo que permitía que su piel ligeramente bronceada brillara seductoramente a través de él.

Ahora que me miraba de frente por primera vez, podía ver algo más que su espalda. Tragué saliva con nerviosismo.

La visión me inundó con un mar de excitación en el que casi me ahogo.

¡Respira Manuel, respira!

Su cuerpo de reloj de arena tenía dos pechos turgentes y voluptuosos en el escote, casi la mitad de los cuales quedaban al descubierto en el vestido de corte ajustado, aparentemente sujeto sólo por dos finos tirantes sobre los hombros, que recordaban más a un cordel que a una tela. Sus

largas y suaves piernas estaban adornadas por unos tirantes de encaje igualmente blancos y despertaron en mí todo tipo de asociaciones.

Ya no podía pensar con claridad.

Cuando Sonja me vio, sus pupilas se dilataron y la expresión de su rostro se distorsionó.

un breve momento de shock.

"Eh, ¿qué haces aquí?".

Pero tras unos segundos de mirarme fijamente sin decir palabra, y yo inmóvil en el umbral de la puerta, todavía rígido de majestad al verla, sin saber muy bien qué decir, sus facciones volvieron a relajarse y su escepticismo de labios finos se transformó en una expresión descarada, casi triunfante, como si acabara de idear un plan brillante.

¿Qué ocurría en su interior?

Sus ojos brillantes y azules se fijaron en mi cuerpo por un momento y luego pasaron de mi cámara a mis pantalones y viceversa.

"Tú eres el fotógrafo, ¿verdad?".

Asentí tímidamente.

"¿Así que has venido a hacerme unas fotos antes de la ceremonia de boda?".

Su pregunta sonó como una orden.

Indecisa, me daba vueltas en la cabeza.

¿No me habrá echado enfadada?

Volví a asentir, aún sentía la boca demasiado seca por la excitación como para contestar y sentía que tenía un nudo en la garganta.

"Pues a qué esperas, empieza ya".

A Sonja parecía gustarle mi tímida inseguridad.

Lasciva y deliberadamente despacio, se recostó contra el respaldo del sofá de cuero, echó la cabeza hacia atrás para que su pelo se arremolinara y separó ligeramente las piernas. Era un espectáculo angustioso.

Me sentí abrumada.

No sabía dónde poner mi atención, dónde poner mis ojos y dónde poner mi cada vez mayor calentura.

Nervioso y despistado, jugueteaba con mi cámara. Me sudaban los dedos.

"¿No te gusta la pose?".

Sonja me miró con un leve mohín y frunció los labios. Saboreó mi inseguridad.

"Pero um, yo um, la cámara así que...".

Luché con las palabras.

"¿Acaso es mejor así?".

La rubia madura se pasó lentamente una mano desde la rodilla hacia arriba por la cara interna de los muslos, de modo que el ajustado vestido se le subió ligeramente.

¿Con qué suerte del mundo me había ganado esto?

Mientras tanto, había conseguido liberar el objetivo de la cámara de la tapa de protección y tomé la primera foto.

No presté atención a la exposición, el enfoque o el contraste, sólo me fijé en el cuerpo caliente y cachondo de Sonja, que ahora, a través de la mirada de la cámara, se me presentaba como una obra de arte prohibida.

Snap, snap.

El interior de piedra de la iglesia estaba impregnado del incesante clic de mi cámara. La frecuencia de mis fotos aumentaba, era, quería capturar cada momento, quería tocar visualmente cada pose y cada punto de su cuerpo y saborear la oportunidad el mayor tiempo posible.

Por supuesto, me habría gustado hacer algo más que fotografiar a la madura novia, pero en aquel momento lo consideré una fantasía abstrusa.

Sonja, sin embargo, aparentemente no.

Espoleada por mi saludo fotográfico, intensificó sus exhibiciones lujuriosas como si quisiera provocarme más y más.

Mientras tanto, su mano se había movido de su muslo y había pasado de sus flancos a su amplio pecho.

"¿Te importa si hacemos las fotos un poco más emocionantes?".

Mientras decía esto, mirándome desafiante, cogió suavemente con la mano la tela de su vestido por la parte derecha del escote y tiró lentamente de ella hacia abajo, milímetro a milímetro.

Empecé a sudar.

Mi cuerpo se calentó y se enfrió alternativamente y la sangre corrió a mis entrañas.

A través de la lente de la cámara, ahora era testigo de cómo Sonja había tirado de una parte del vestido de novia blanco hasta justo antes del pezón rosado y brillante de su pecho derecho, y la carne desnuda y clara de su exuberante busto yacía liberada del vestido como una cereza madura.

La parte superior del cuerpo de Sonja se inclinaba ligeramente hacia atrás y mientras tanto intentaba tortuosamente quitarse lentamente la parte izquierda del vestido de su sensual cuerpo.

Mi tarjeta de memoria probablemente ya estaba llena.

A pesar de todo, hice todas las fotos que pude; lo principal era que el momento no acabara nunca.

Después de que la ardiente rubia bajara también la otra parte de la fina tela, casi transparente, hasta la mitad de sus pezones, y sus grandes y turgentes tetas se presentaran sin tirantes ante mí, me costó visiblemente controlar mi cuerpo.

Con los ojos aún fijos en la cámara, mi respiración se volvió más rápida y superficial y pude notar cómo se formaba un bulto dentro de mis pantalones.

"No te distraigo de tu trabajo, ¿verdad?". Sonja también parecía haberse dado cuenta de mi calentura.

¿Era tan obvio?

Avergonzado, solté un *estrangulado* *"No, en absoluto"*. Al parecer, no fue muy convincente.

"Si es así, estoy seguro de que no le importará hacer también algunos primeros planos".

Su tono sonaba cada vez más exigente y ansioso.

Sin saber qué esperar a continuación, me acerqué a Sonja, que me indicó que me acercara con un gesto invitador de la mano.

"Continúa."

La madura novia comenzó ahora, a sólo medio metro de mí, a colocar sus pequeñas y delicadas manos alrededor de sus pechos casi completamente expuestos y a amasarlos lentamente.

"Ohh."

Se me escapó un gemido de excitación al ver la carne suave y desnuda de sus tetas hincharse entre sus dedos femeninos y las tenues huellas rojizas de sus uñas pintadas formarse sobre el blanco pálido de su piel.

"¿Quieres un poco?".

¿Había oído mal? Me quedé

mirando a Sonja, perplejo.

¿Hablaba en serio?

"Me has oído bien", soltó una risita la belleza rubia, apretando con fuerza sus dos pechos llenos delante de ella para que chocaran entre sí en el centro de su pecho.

No quería nada más.

Indeciso, me acerqué aún más, de modo que ahora, mientras estaba sentada frente a mí, podía sentir su aliento en mi entrepierna y su busto casi rozando mis piernas.

Había soltado la cámara y la pesada pieza negra de tecnología ahora colgaba de mí como una piedra.

"Ya no los necesitamos para esta parte del rodaje".

Sonja me había puesto una mano en el bajo vientre y bajaba sus finos dedos hasta

hasta que llegó a la cámara y le dio unos golpecitos. Tardé un momento en darme cuenta de lo que quería decir.

Estaba demasiado ocupada para notar el calor de su mano sobre mí. Se me puso la piel de gallina de excitación.

"Sí, claro, ya no los necesitamos", repetí como un loro tras ella.

La sangre para pensar hacía tiempo que había fluido de mi cabeza hacia mi entrepierna.

Rápidamente dejé la costosa cámara descuidadamente en el suelo a mi lado.

Cuando volví a levantarme de mi breve posición inclinada, se me cortó la respiración de nuevo.

Sonja se había bajado el vestido hasta las caderas y sus gruesos y grandes pechos colgaban como gotas de su cuerpo.

Sin embargo, seguían apretadas y torneadas. Tuve

problemas para hacer nada a la vista.

Sonja ayudó.

"¿Ya has olvidado cuál era tu tarea?".

Cogió mis dos manos, ligeramente temblorosas de excitación y expectación, y las llevó a su cuerpo.

"Tócame las tetas, vamos".

Sus palabras descaradamente sinceras me desarmaron.

Me miró con severidad.

Incluso antes de que mis dedos tocaran sus pechos firmes y redondos, pude sentir el calor femenino de su piel irradiando desde ella hacia mí.

"Uf".

Milisegundos después, mis manos tocaron la piel y la carne de sus deliciosas tetas.

Sonja apretó mis manos firmemente contra ellas.

Por un momento de placer cerré los ojos y sentí.

Sentí cómo la carne caliente rodeaba mis dedos y me apretaba con fuerza.

Sentí los pezones afilados y duros presionados entre las yemas de mis dedos y el aliento caliente de Sonja atravesando la tela de mi camisa y respirando en mi ombligo.

Hacía tiempo que no estaba tan cerca de una mujer.

Cuando volví a abrir los ojos y vi que todo aquello no era un sueño, Sonja apartó sus manos de las mías y, mientras yo seguía acariciándole los pechos, se dispuso a desabrocharme el cinturón.

Con mano ágil y experta, unos instantes después oí el tintineo metálico de la hebilla abierta de mi cinturón y sentí que los pantalones se me aflojaban de repente.

"Después de todo, te mereces una recompensa por las magníficas fotos". Sonja me sonrió con descaro desde abajo y se mordió frívolamente los labios carnosos. ¿Más recompensa?

Mi pene estaba durísimo y se apretaba contra mis pantalones.

Mientras amasaba cada vez con más energía y lujuria las llenas tetas de la ardiente rubia y ganaba confianza poco a poco, sentí los dedos de Sonja en mis caderas presionando contra mis pantalones para que se bajaran lentamente.

Fresco como el aire, el aire fresco de la iglesia del edificio de piedra sopló unos segundos después contra mis muslos, ahora expuestos desnudos delante de Sonja.

"No creo que a Torben le guste eso", oí susurrar satisfecha a la madura milf mientras me destapaba el regazo y miraba mi dura polla erecta, que asomaba bajo mis bóxers y esperaba a ser liberada también de la apretada tela.

Sonja se inclinó hacia delante y sentí su aliento caliente, lujurioso y ardiente ahora directamente sobre mi piel cubierta de piel de gallina.

Con su cabeza en medio, tuve que apartar las manos de sus cerezas maduras y las hundí en su espesa cabellera rubia, elaboradamente peinada en ondas doradas que le llegaban hasta debajo del pecho.

La milf me acarició el vientre con sus puntiagudas y largas uñas, bajó y rozó mi duro miembro con la parte plana de su mano.

Mi polla palpitaba.

Después de que Sonja pareciera satisfecha con lo que había sentido, me bajó los pantalones y, en cuanto la tela se soltó de mi entrepierna, mi grueso pene saltó directamente hacia ella, golpeando su mejilla.

A Sonja no pareció importarle.

Jadeó audiblemente y se lamió los labios brillantes con avidez.

"Te dije que te recompensaría".

La madura milf me guiñó un ojo brevemente antes de abrir la boca, mover un poco la cabeza hacia atrás y, sin decir ni una palabra más, llevarse mi pene a la boca.

Gemí de placer.

"Oh, sí."

Mientras hundía mis manos en el pelo de Sonja con deseo y satisfacción, la guapa cuarentona puso ambas manos en mis caderas desnudas y acercó aún más su cabeza hacia mi vientre, de modo que mi vástago desapareció cada vez más profundamente en su garganta y la cálida humedad de su boca cachonda se envolvió con fuerza y calentura alrededor de mi miembro.

Respiraba más rápido y más fuerte, como si acabara de correr una maratón.

Mirando hacia abajo, vi que Sonja movía ahora su cabeza arriba y abajo contra mi pene al compás de su boca ligeramente chasqueante y mi eje venoso deslizándose de un lado a otro entre sus labios húmedos y siendo mojado brillantemente por su saliva.

Ante esto, la milf gorgoteó incomprensiblemente y clavó sus uñas en mis piernas.

Las tetas desnudas me rozaban las rodillas con cada uno de sus movimientos hacia delante y cada vez que mi miembro desaparecía en lo más profundo de su garganta y yo sentía la apretada sensación de cosquilleo de la lujuria desenfrenada en mi glande rollizo, sus pezones, ahora completamente duros, me rozaban las piernas.

Era como el paraíso.

Desearía que mi polla se quedara para siempre en la cálida boca de la rubia madura, empujando grande y gorda dentro de ella.

Había olvidado por completo dónde estaba y por qué estaba aquí. Reprimí el peligro de que alguien nos descubriera.

El hecho de que la mujer que estaba ahogando mis lomos desnudos con su saliva húmeda y cuya cabeza presionaba ahora cada vez más rápido contra mí fuera a casarse en unos minutos no me importaba.

Para mí, sólo estábamos ella y yo.

Sólo nuestros cuerpos, nuestro deseo y nuestra insaciable hambre mutua. Sonja parecía cada vez más rebelde y salvaje.

Ahora ya trabajaba mi polla con tanta intensidad y cuerpo, como si fuera una fruta vivificante que la mantenía viva.

La punta de su nariz casi tocaba mi vientre.

Golpeando y gorgoteando, mi miembro se hundía cada vez más en su garganta y de ella salían guturales sonidos de lujuria animal en los momentos en que Sonja jadeaba de vez en cuando.

Chupó, dejó que su lengua recorriera mi glánde y me masajeó los huevos con sus delicadas manos.

Esta mujer me estaba volviendo loco.

Sentía mi clímax cada vez más cerca.

La sensación de satisfacción más profunda en mi vientre brotaba cada vez más y luchaba por no correrme en la cálida boca de la rubia madura.

Como si pudiera leer la mente, ahora parecía dejar que su lengua y sus labios se deslizaran aún más íntimamente sobre mi pene.

Mientras tanto, su rostro antes pulcramente maquillado estaba tan colorido bajo el voraz soplo manchado, como si la milf hubiera metido la cara en un cubo de ceras de colores derretidas.

Las antes acentuadas pestañas negras habían extendido su rímel por todas partes y donde antes no había más que polvo, ahora había pequeños puntos y manchas negras y brillantes que atestiguaban el feroz uso de la boca de la ardiente novia.

Los labios carnosos y rojos como cerezas habían extendido su color a mi miembro y alrededor de su barbilla y ahora parecían cualquier cosa menos dignos de un altar.

En resumen, mientras Sonja estaba sentada frente a mí, estaba más buena que nunca.

"La obra de un artista, ¿eh?".

La rubia había soltado mi miembro de su boca y vio mi mirada en su caótico rostro.

También era ingeniosa.

Para conseguir más de ella, habría hecho cualquier cosa.

Sonja miró el reloj que colgaba detrás de mí, sobre la puerta.

Pareció cohibida por un momento y se quitó el maquillaje borroso de debajo de los ojos.

¿Iba a levantarse ahora y salir para la ceremonia de la boda?

Por favor, no lo hagas, acababa de pecar con creces, pero recé para que aún no hubiera terminado conmigo.

Mi pene palpitaba.

Sonja se quedó

pensativa.

Pero entonces pareció desechar de nuevo su pensamiento y el fuego chispeante de sus ojos había vuelto, ahora más ardiente que nunca.

Torció sus labios brillantes en una sonrisa atrevida.

"Creo que ha llegado el momento de que termines el trabajo que empezaste, ¿qué te parece?".

Sin esperar respuesta, me agarró los antebrazos con ambas manos y me tiró contra ella en el sofá de cuero.

Le seguí sin oponer resistencia.

Sonja se recostó contra el respaldo y me clavó las manos en la espalda desde atrás.

Ella quería más.

Tenía las piernas abiertas y ahora apretaba mi cuerpo aún más contra el suyo.

"Vamos, hazlo", respiró impaciente sonando en mi oído y sentí su cuerpo brillar lujuriosamente.

Me desabroché apresuradamente la camisa mientras me apoyaba en el sofá con la otra mano, medio tumbado sobre Sonja.

No fue lo suficientemente rápido para la milf.

Con una fuerza imposible en una mujer de su tamaño, soltó sus delicadas manos de mi espalda, metió la mano en medio de la camisa y rasgó la tela blanca en dos, de modo que los botones aún desabrochados salieron de sus agujeros y la parte superior de mi cuerpo quedó libre.

Sonja gimió de satisfacción.

Cuando aún estaba sacándome los brazos de la camisa, Sonja se había desprendido con gracia de su vestido como una bailarina y ahora estaba tumbada debajo de mí sólo con ropa interior ligera de encaje y tirantes ajustados.

La milf parecía un delicioso chocolate, listo para ser comido. Aunque era ella la que me estaba comiendo a mí.

Después de tirar mi camisa descuidadamente en el suelo de piedra a mi lado, me incliné hacia Sonja

"Ahora fóllame ya".

Sonja gimió casi suplicante, había perdido un trozo de su intocable fachada y su desenfadada calentura se hacía cada vez más patente.

Bajé la parte inferior de mi cuerpo contra ella y sentí cómo mi sensible glándula chocaba contra la cálida piel de sus muslos maduros.

Sonja encerró mi polla con una mano, extendiéndola hacia delante, y la digirió en su regazo.

Mi vástago rozó el corto y delicado rastrojo de su pubis bien afeitado antes de que la cachonda nena lo empujara por encima de su monte de Venus hasta su clítoris, que yacía como un capullo hinchado entre sus labios ya húmedos.

"Ahh."

Gimió, echó la cabeza hacia atrás para que su pelo se esparciera salvajemente sobre sus tetas desnudas y el respaldo del sofá, y empujó mi vástago sobre su pubis con movimientos de compresión y círculos, como si fuera su juguete, como si mi cuerpo le perteneciera.

La hendidura entre sus muslos estaba cada vez más húmeda.

Resbaladiza y palpitante, dejó que mi miembro atravesara sus labios separados una última vez con un profundo suspiro, luego levantó ligeramente la pelvis, presionó mi glándula contra ella y con un movimiento de empuje hacia delante la penetré con mi polla. Mi pene desapareció por completo en el coño caliente de la milf.

Gimió profundamente cuando mi polla venció la pequeña resistencia que había en su interior y las apretadas paredes de su coño me envolvieron.

"Inferior".

Las palabras salieron del interior más oscuro de Sonja.

Ahora, mientras movía mi pelvis contra su cuerpo deliciosamente curvilíneo una y otra vez, penetrándola una y otra vez, sus ojos se torcían en una expresión de puro éxtasis.

Con nuestros cuerpos abofeteándose el uno contra el otro, la milf parecía ahora más y más como si estuviera pasando por un intenso subidón de drogas.

Un torrente de placer.

Gemidos cada vez más violentos y fuertes, casi gritos, se mezclan con el chirrido del cuero húmedo bajo nuestros regazos y el golpeteo cada vez más rápido de la piel desnuda.

Sus manos estaban por todas partes.

A veces me arañaba la espalda o el torso como un depredador salvaje, dejando ronchas rojas y ardientes.

A veces me agarraba por las caderas e intentaba apretarme aún más contra ella, para sentir mi polla aún más dentro de ella.

Mientras tanto, sus tetas se contoneaban y bailaban libremente y se movían con cada una de mis embestidas, golpeándose entre sí.

La mano con la que no me sostenía alcanzó las tetas calientes, y amasó la carne suave y córnea extensamente.

Mis dedos se deslizaron sobre sus pezones rígidos, los pellizcaron y, mientras Sonja se giraba y balanceaba su cuerpo cada vez más animal debajo de mí, me llevé sus pezones a la boca y los chupé.

Primero el pezón izquierdo, luego el derecho.

La pequeña piel de gallina alrededor de la punta rígida de los pezones rozó mis dientes antes de que, en un arrebato de pura calentura, mordiera suavemente su pecho y hurgara en sus pechos llenos, pesados y femeninos.

A Sonja parecía gustarle.

Más que eso, le encantaba.

"Eso es, tómame más fuerte".

El tono de su voz era ahora una única súplica.

Con las manos se agarró el busto por la derecha y por la izquierda y apretó las tetas para que sobresalieran hacia delante contra mí, como si quisiera darme instrucciones para que hiciera algo más con ellas.

Empujé mi cuerpo cada vez más fuerte contra la pelvis temblorosa de Sonja. El pequeño sofá en el que estábamos tumbados chirriaba y embestía contra la pared de piedra de la iglesia con cada nuevo movimiento de mis caderas.

El polvo se desprendía de las viejas paredes.

"Fester Manu", la milf parecía querer que entrara toda la iglesia.

"Más fuerte", volvió a gritar, como si su vida dependiera de ello.

Agarré sus caderas con ambas manos y tiré de su cuerpo vibrante contra mí, de modo que ahora la presionaba contra mí además de mis potentes embestidas.

Sonja gimió más fuerte.

Disfrutaba cada vez más de mi polla dentro de ella.

Ahora sus manos se movían salvajemente.

Clavándose en el cuero del sofá, agarrándose a lo que podía agarrar como si estuviera en una tormenta en alta mar, buscando desesperadamente algo a lo que agarrarse.

Cada vez que mi pene se deslizaba en su interior y presionaba profundamente su pubis húmedo, ella gemía con fuerza.

Cada vez que mi vientre y mis piernas chocaban contra su cuerpo, sus pesadas y llenas tetas se agitaban de un lado a otro.

No podía soportar esta visión y esta sensación mucho más tiempo. Me caían gotas de sudor de lujuria, calentura y excitación por la frente.

La adrenalina y la dopamina inundaron cada célula de mi cuerpo, llenaron cada poro de mi ser. Estaba a punto de correrme.

Sonja pareció darse cuenta.

"Todavía no".

Detuvo mis movimientos y me deslicé fuera de ella, dando una bofetada.

Me senté, jadeante, pero no se me permitió un descanso largo.

La ardiente milf había pasado de la posición supina a la de cuatro patas y ahora estaba de culo frente a mí con las rodillas apoyadas en el sofá.

Apoyó los brazos en el respaldo del sofá.

"Tómame por detrás".

El tono de su voz no dejaba lugar a dudas sobre lo que había que hacer.

Todavía al borde del clímax y cargado de deseo, me coloqué detrás de la lasciva milf agachada y puse mis manos sobre su trasero regordete y prieto, que ahora se extendía tentadoramente hacia mí, adornado únicamente por la ropa interior blanca con tirantes.

Las nalgas se sentían más firmes de lo esperado. Sonja

estaba en buena forma.

"Vamos, llévame".

Impaciente, giró la cabeza y me miró de buena gana.

Guié mi pelvis entre su culo, acaricié su nalga derecha con el glande y dejé que mi miembro se deslizara entre sus húmedos labios antes de penetrar su apretado y cálido coño centímetro a centímetro con un movimiento lento y saboreador.

Sonja soltó un gemido prolongado y sus uñas se clavaron en el cuero marrón del sofá.

Ahora los tomé en su totalidad.

Mi polla estaba dentro de ella hasta la empuñadura.

Sonja comenzó a girar sus caderas apretadas contra mi miembro antes de dejar caer su trasero hacia adelante y hacia atrás y golpear rítmicamente contra mí.

Delicada y lentamente al principio, luego más rápido y más fuerte.

Ella seguía aumentando el ritmo y mientras yo me quedaba allí parado observando cómo su culo desnudo rebotaba contra mí una y otra vez, cómo mi eje primero brillaba y luego volvía a desaparecer en su curvilíneo trasero, la piel de sus gruesas nalgas también se enrojecía lentamente con cada nueva embestida.

En algún momento me uní a sus movimientos animales.

Abracé sus flancos femeninos y golpeé mi pelvis contra su trasero.

Sonja gimio y estiró aún más la espalda para que su trasero resaltara aún más lleno y redondo.

"Exactamente."

Ahora tenía la cabeza apoyada en el cuero del sofá, los brazos estirados hacia arriba, agarrados al respaldo, y la espalda casi le llegaba al asiento.

Todo lo que podía ver ahora era el culo redondo, cachondo y regordete y un poco de su pelo rubio y despeinado.

Empujé con más fuerza.

Sus gritos de placer se los tragó el sofá.

Espoleado por el cuerpo que se presentaba ante mí, le di a Sonja una ligera palmada en el trasero.

"Otra vez, pero con más firmeza".

No hacía falta que me lo dijeran dos veces.

Volví a arremeter, esta vez mi mano plana golpeó su nalga derecha con más fuerza que antes y la pálida carne de su trasero tembló y se enrojeció por el duro impacto.

Sonja gimió y jadeó.

"Oh, sí, justo así".

De nuevo le di un golpe y martilleé mi cuerpo contra su trasero, de modo que todo su cuerpo vibró y se lanzó contra el respaldo del sofá.

En el mismo momento todo el cuerpo de Sonja tembló y con movimientos convulsivos la milf experimentó un violento orgasmo.

Ahogó sus gritos llenos de lujuria apretando la cabeza contra el sofá y golpeando sus pequeñas y delicadas manos contra la pared de piedra.

Esta visión era demasiado incluso para mí.

Con un último movimiento, me empujé contra su delicioso culo y literalmente exploté dentro de Sonja.

Bombeando violentamente, mi semen pegajoso se disparó en su culo empapado y, mientras salía de ella de un golpe, el jugo blanco goteó brillantemente de ella, mojando su coño y sus muslos como glaseado de azúcar.

Con la respiración agitada, Sonja se desplomó y sonrió feliz y satisfecha.

Luego se pasó la mano entre las piernas, rozó con los dedos el semen que goteaba y se lo lamió con placer.

"Entonces", dijo animada.

"Vamos entonces, la ceremonia de mi boda está a punto de comenzar".

Se limpió el maquillaje de la cara con saliva y se alborotó el pelo.

Luego me dio un tierno y cariñoso beso en la mejilla, me tiró la camisa y me dijo guiñándome un ojo: *"Volverás a estar reservada para las bodas de plata como muy tarde".*

FIN

**Vacaciones en
tienda de
campaña**

Prólogo

"Uf, qué calor hace aquí".

Con los ojos cansados e hinchados, salí del saco de dormir lo más silenciosamente que pude y, borracho de sueño y en postura encorvada, me dirigí hacia la salida de la tienda.

Desde fuera ya se oía el molesto y veraniego pío de los pájaros, que también me habían arrancado del reino de los sueños demasiado temprano aquella mañana.

Lo odiaba.

Igual que odiaba acampar.

Pero había una buena razón por la que estaba aquí....

Capítulo 1 - Ocio

Por fin.

Satisfecho y también un poco orgulloso, Manuel guardó el documento de una página con un clic auspicioso y apagó el ordenador.

El trabajo estaba hecho, ahora por fin podíamos relajarnos.

Cómo prefería relajarse esta estudiante de veintitantos años: en posición horizontal. Así que al sofá.

Las largas tardes de verano en el parque, la cerveza fría, la música alta y el contacto con gente de su edad eran una rareza en la solitaria vida de este joven tímido. En el fondo, Manuel no tenía nada que objetar a este respecto, sólo le molestaba el escaso contacto con el sexo opuesto.

También aquí la vida estudiantil normal ofrecía muy pocas oportunidades para los intereses reales de Manuel, porque Manuel no miraba a las jóvenes estudiantes durante las clases o mientras paseaba por el campus, no, los ojos de Manuel estaban puestos en las mujeres mayores.

Profesoras, antiguas alumnas, personal administrativo, aquí encontró lo que buscaba.

Justo cuando Manuel, tras una búsqueda eterna, casi desesperada, había encontrado por fin una serie que a primera vista podía estar a la altura de las exigencias más sencillas de un entendido en streaming como él, el teléfono móvil vibró sobre el escritorio.

Para la gente normal con una vida social sana, el ocasional estallido de un mensaje entrante en el teléfono inteligente no era ciertamente una ocasión especial, pero la velocidad casi explosiva con la que Manuel dejaba que sus miembros recién relajados salieran disparados del cómodo hueco del acogedor sofá y alcanzaran el teléfono móvil revelaba que Manuel muy rara vez recibía mensajes.

¿Quién podría ser?

En principio, sólo había cuatro personas elegibles.

Y había tres de ellos en la lista de personas de las que realmente no querías recibir noticias.

Pero para alegría de Manuel, ni su sobreprotectora madre, ni su fastidioso casero, ni su molesto compañero de estudios le habían escrito.

"Oye Manu, dijiste que tenías la próxima semana libre. ¿Quieres hacer algo?"

El pequeño escrito en la pantalla del móvil de Manuel procedía de su casi único y mejor amigo Alex, que, a diferencia de él, tenía éxito con las mujeres, era más que seguro de sí mismo y probablemente tenía mil amigos más aparte de él.

Claro que le apetecía.

El tiempo con Alex fue uno de los pocos momentos en los que la interacción social fue realmente divertida.

Un estado que el estudiante, por lo demás aislado e introvertido, echaba de menos miserablemente en el abarrotado campus universitario o en las conversaciones con los compañeros.

Manuel desbloqueó su smartphone con los dedos temblorosos de anticipación y tecleó una respuesta rápida.

"Claro, ¿de qué va?"

Ya podía adivinar de qué se trataba.

Una leve sonrisa se dibuja en los labios de Manuel.

Cada vez que su adinerado amigo le invitaba a una excursión, ésta prometía ser emocionante, decadente y hedonista.

Y eso, en realidad, en todos los ámbitos.

La comida era mejor y más cara que cualquier otra cosa que comiera, las viviendas probablemente costaban más que su alquiler mensual por una sola noche y, además de todos los lujos, a menudo había otro placer: las mujeres.

Mujeres, eso no significaba sexo comprado con señoritas de compañía con clase.

Mujeres, lo que para Manuel significaba que Alex estaba a menudo en compañía de sus numerosas mujeres.

Los miembros de la familia viajaron ..

Inocente e ingenuo como era Alex a pesar de su dinero, no tenía ni idea de lo que pasaba entre su amigo Manuel y sus tías, madres y primas.

¿Conduciría esta excursión de nuevo a esas mismas transgresiones pecaminosas?

Capítulo 2 - Allá

vamos

Pío, pío.

¿Qué estaba pasando?

Con un esfuerzo, Manuel abrió los ojos cansados e hinchados y miró, desconcertado por el estridente sonido de su despertador, a la tenue luz matinal de su dormitorio.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que el molesto sonido, que había apagado con un movimiento rápido e instintivo de la mano, no era el resultado de un fallo técnico del despertador, sino un recordatorio de que hoy empezaba el viaje con su amigo Alex.

Hace una semana, la hora acordada había sonado humana y factible.

"¿Quieres recogerme a las 5:30? Claro, no hay problema".

Mientras tanto, Manuel tuvo que darse cuenta de que había elegido estudiar en lugar de formarse por una buena razón.

Madrugar era una tortura.

Después de que sus ojos se hubieran adaptado a la luz que se iba enrojeciendo poco a poco y de que su cuerpo, incluidas sus extremidades, hubiera comprendido que no iba a ser un pis corto, sino que iba a levantarse en serio, Manuel empezó a hacer la maleta, con retraso, como siempre que se viaja.

Afortunadamente para él, había poco que empaquetar en individuos frugales como él.

Bastó con echar mano al armario y la mitad de sus cosas ya estaban guardadas en el estuche rígido plateado.

Dos movimientos más de la mano sobre el grifo de su lavabo guardaron el cepillo de dientes, la pasta dentífrica, el desodorante y el baño de ducha en su neceser y, después de que medio vaso de agua de la víspera desapareciera también por su garganta, Manuel también estaba listo para marcharse.

"Ahora estamos preparados".

A dónde, se preguntó al mismo tiempo.

En cuanto a los detalles del viaje, Alex se había mantenido hermético.

Con las palabras: *"Espera y verás, pronto lo verás"*, Manuel se había dejado aplazar.

De todos modos, a él le daba más o menos igual adónde fuera.

Más emocionante era la cuestión de si los dos harían su viaje en compañía.

Con este pensamiento, Manuel volvió a entrar a trompicones en el cuarto de baño y se miró por última vez en el espejo.

Aunque el joven estudiante invertía poco tiempo en su aspecto, no era en absoluto feo. El pelo oscuro y ligeramente despeinado y las ojeras, que no hay que pasar por alto, decían momentáneamente *"he dormido demasiado poco"*, pero al mismo tiempo también podían definirse como *"he dormido demasiado poco porque he estado toda la noche de fiesta y ligando con chicas"*

y le atribuían un atractivo sexual al menos parcialmente perverso.

Después de comprobar el aspecto, bajaron las escaleras hasta la puerta principal, aquí es donde Alex iba a recogerle.

Capítulo 3 - Manuel

Justo cuando iba a mirar el móvil para preguntarle a Alex cuándo llegaría, un gran autobús VW T7

negro se acercó por la izquierda, con mi amigo sentado al volante y sonriéndome alegremente.

Una vista insólita, hasta ahora sólo había visto a Alex en limusinas tumbado.

"No creía que fueras a levantarte tan temprano", bromeó a través del cristal bajado de la ventana.

"Sinceramente, yo tampoco me lo esperaba".

Con la mochila al hombro, me acerqué al coche y abrí la puerta del acompañante.

"Bonito carruaje familiar, ¿me he perdido algo en tu vida?".

Con un movimiento enérgico, me coloqué en el cómodo asiento junto a Alex y cerré la puerta.

"Jaja, muy gracioso".

Mi amigo miró detrás de él para asegurarse de que la carretera estaba despejada y luego giró hacia la carretera con el motor rugiendo a todo volumen como si quisiera responder a la broma sobre el coche. *"No, pero en serio, ¿qué ha sido de tu afición por los deportivos rápidos?"*, inquirí en tono conciliador.

"Sigue existiendo, más íntimamente que nunca", respondió Alex casi con languidez, señalando con una mano en dirección a su teléfono móvil.

"Bonita pieza".

La pantalla de bloqueo de su último modelo de smartphone estaba adornada con la imagen de un

Lamborghini brillante.

"¿Y por qué no estamos conduciendo esta joya hoy entonces?".

En realidad, a mí no me interesaban especialmente los coches, y de todos modos no tenía dinero para comprarme uno, pero a Alex se le podía mantener interesado en este tema las veinticuatro horas del día.

"Me pregunto por qué, no habríamos cabido todos en mi Lambo".

Los latidos de mi corazón se detuvieron durante un breve instante.

"¿Todos?", resoplé enérgicamente.

"Estás bien".

Alex me miró extrañado.

"Entonces, ¿quién más viene?".

Esta vez intenté sonar relajada y sin compromiso.

Si había otras personas acompañándonos, en el caso de Alex eso sólo podía significar una cosa: vendría alguien de su familia.

Y *"alguien"*, no pocas veces era una mujer madura y sexy.

Tías, madrastras, primas, los parientes de Alex consistían casi en su totalidad en diosas atractivas, al menos para mí.

"¿No te escribí más? El tío Günther, su mujer y su hija se unirán a nosotros, el viejo hace años que no se va de vacaciones, así que pensé que ya era hora". Jackpot ...

"Ah, ya veo, Günther el bueno", respondí con complicidad.

Nunca había oído hablar de él, pero las palabras : *"Junto con su mujer y su hija"* me hicieron aguzar el oído.

Madrugar ya había dado sus frutos.

Durante las dos horas siguientes en la autopista, apenas pude relajarme, a pesar de la música country digna de un viaje por carretera que salía suavemente de los altavoces de la radio del coche.

Viajábamos en compañía... Mujeres... y luego dos a la vez... eso era más que excitante. Mientras amplios campos, praderas y bosques pasaban al otro lado de los cristales de la ventanilla y pasábamos por delante de estaciones de servicio de autopistas y complejos industriales aquí y allá, yo sólo aparentaba mirar hacia fuera con interés.

Dentro pasaban imágenes completamente distintas.

Imágenes de las mujeres del pasado que ya había conocido con la ayuda de mi buen amigo. En primer lugar, estaba su madrastra, que el verano pasado me había llevado a un mundo de puro éxtasis.

O su tía, que había estado agradablemente a mi disposición durante las vacaciones de otoño.

No importaba cuándo, Navidad, Semana Santa, los encuentros con Alex siempre habían desembocado en un resultado que yo no esperaba.

¿Volvería a ocurrir esta vez?

Hacia las 10:00 llegamos a un pequeño y tranquilo pueblo.

Hacía tiempo que habíamos dejado atrás los accidentados paisajes montañosos bávaros y, tras los densos bosques de Turingia, habíamos llegado a la llanura de Brandemburgo.

"Somos mucho más lentos con el autobús que con el Lambo, ¿verdad?", había respondido Alex a cada una de mis insistentes preguntas sobre cuándo íbamos a recoger por fin a Günther.

Como si me importara la velocidad del coche ..

Sólo quería ver por fin quién era la mujer de Günther. Aparte de un *"Te gustará Antje"*, no había aprendido nada más sobre la mujer. Al menos ya tenía un nombre: Antje...

"Espera y verás Manuel" -me reprendí a mí mismo-, quién sabe cómo es esta Antje.

A juzgar por la descripción de Alex, Günther ya era mayor.

"Es por allí".

La voz de Alex me sacó de mis pensamientos.

Giré la cabeza y miré al frente.

En el lado izquierdo de la carretera, aún demasiado lejos para distinguir mucho, dos personas con maletas de ruedas se pararon frente a ellos y parecían estar esperando a alguien.

A nosotros.

¿Pero mi amigo no habló antes de tres personas?

Alex dirigió el coche hacia el otro lado de la carretera y se detuvo en la acera.

De pie.

"Hey Günther casa vieja".

Con dos toques de claxon como de fanfarria, mi amigo bajó la ventanilla y llamó a los dos.

Por fin se veían claramente y vi quién era Antje.

También vi quién era Günther, pero en aquel momento no tenía ojos para aquel hombre que rondaba los 60 años, con una ligera barriga cervecera, el pelo gris claro moteado y una camisa a cuadros.

Porque a su lado, empujando afanosamente la maleta de ruedas, venía su mujer, Antje.

Y tenía mucho que ofrecer.

La alta mujer morena iba vestida con unas bragas vaqueras cortas y escasas que probablemente muchas mujeres de su edad habrían desechado hace tiempo.

Pero Antje podía permitírselo con creces gracias a su figura.

Las piernas largas y delgadas, apoyadas en los pies por veraniegas sandalias con un ligero tacón, terminaban en unas caderas femeninamente voluptuosas que, cuando Antje se giraba brevemente hacia atrás, ocultaban un trasero lleno, redondo y torneado.

La blusa roja suelta que llevaba estaba muy ceñida al escote y revelaba claramente que la esposa de Günther debía de tener unos pechos grandes y amplios.

¿Cómo había conseguido el tipo hacerse con semejante granada de mujer?

"Lo siento Alex, tienes que recogerlos, pero mi Porsche está en el taller ahora mismo".

Aparentemente era dinero.

"No hay problema, estoy feliz de hacerlo"

Alex abrazó calurosamente a Günther y luego se volvió hacia Antje.

Mientras la madura milf recibía también un caluroso abrazo de bienvenida de mi amigo y yo seguía mirándola embobado, ciertamente de forma algo llamativa, una mano me salió al encuentro desde un lateral.

"¿Y tú eres Manuel?"

Günther me dio una palmadita valiente en el hombro.

¿Se había dado cuenta de que miraba a su mujer o era su forma de saludar a los desconocidos?

"Sí exactamente, muy contento".

Cortés sin esfuerzo, le tendí la mano al tío de Alex, de aspecto extraño. Sus gruesos dedos de salchicha apretaron mis manos como si fueran vicios.

"Y esta es Antje".

Alex y la milf se volvieron hacia nosotros y por fin me liberé del fuerte agarre del viejo.

Antje me dedicó una sonrisa sincera, dejando al descubierto una hilera de dientes perfectamente blancos y relucientes, más rectos que un nivel de burbuja.

"Hola, soy Manuel".

La mano de Antje era tan suave como la cachemira después de la dolorosa experiencia con su marido y, al sentir su cálida piel, me recorrió un breve escalofrío de excitación.

Había algo en esta mujer que me cautivó de ella.

No me importaba ahora si Günther se daba cuenta de mis miradas, debía verlo, mis manos estaban a salvo de él por el momento hasta que me despidiera.

"¿Dónde está Angelina de todos modos?"

Alex miró a su alrededor.

Me dijo: "No vengas de vacaciones con tus padres, ya es mayor para eso".

Por un breve momento me sentí triste, por un breve momento.

Antje estaba conmigo y eso era lo único que me importaba.

Las mujeres jóvenes, inexpertas y tímidas no me atraían en absoluto. Pero la madura y voluptuosamente dotada milf de pelo castaño que estaba en el proceso de meter su maleta plateada de cáscara dura en el maletero de la furgoneta, y que estaba en un

Inclinarse hacia delante para que su culo regordete se estirara hacia atrás era todo con lo que soñaba y todo en lo que podía pensar en los días venideros.

Tras recoger a Günther y su mujer, seguimos hacia el norte. El tiempo seguía siendo bueno y el sol brillaba con fuerza desde el cielo despejado.

"Entonces, Alex, ¿a dónde nos llevas ahora?"

Günther, que iba sentado en el asiento trasero con Antje, parecía saber tan poco como yo por dónde iba el viaje.

"Adivina".

Alex guiñó un ojo burlón a su tío desde delante a través del retrovisor.

"Si hubiera mirado las señales de tráfico de fuera, habría dicho que íbamos al mar Báltico, ¿a una bonita casa de vacaciones junto al mar quizás?"

Günther miró al frente expectante y esperó la respuesta de Alex.

"No del todo, pensé que un poco menos de lujo nos vendría bien para variar, ¿no?".

Esa no era la respuesta que Günther esperaba. Insatisfecho, gruñó.

"Nos vamos de camping, al lago, guay, ¿no?".

Alex sonaba entusiasmado.

Günther volvió a gruñir y esta vez parecía completamente satisfecho.

"¿Acampar? ¿Estás intentando matar a tu viejo tío?".

Al parecer, Günther y yo teníamos otras cosas en común además de la debilidad por su guapa esposa.

También odiaba las acampadas como a la peste.

Dormir en incómodos y chirriantes colchones de aire, cocinar en la cocina de gas, la ropa constantemente húmeda y las temperaturas cambiantes..

No, desde luego no era amigo de acampar.

"No seas así, será divertido, un poco de aventura te vendrá bien."

Ante se había unido a la conversación y parecía querer apaciguar a su marido.

"Hablas bien mujer, con tu cuerpo joven tampoco me parecería tan mal el asunto".

Günther no parecía muy convencido.

Después de seguir despotricando sobre el camping, Alex decidió poner la radio del coche un poco más alta y así pasamos las dos horas siguientes escuchando una mezcla de

"No volveré a tus vacaciones sorpresa" y música country.

Unas horas más tarde.

Alex sacó el coche de la autopista y ahora nos condujo por carreteras rurales retorcidas y llenas de baches, a través de pequeños pueblos de aspecto desértico que parecían desiertos.

Aquí y allá, vacas o caballos pastaban cómodamente en los pastos, y de vez en cuando nos topábamos con tractores que traqueteaban o pequeños y lentos ciclomotores con jubilados que saludaban amistosamente.

Es decir, la vida en el campo.

"Me pregunto dónde están los precios de las propiedades aquí".

Para Günther, probablemente sólo había una cuestión: el dinero.

Con una mirada de complicidad, consideró cada granja de tres lados en ruinas y cada granero remoto a través de la lente de un gran inversor.

"Estamos aquí para relajarnos cariño, ¿recuerdas?"

Antje intentó una vez más convencer a su marido de otras perspectivas de la vida. ¿Así era su matrimonio feliz?

¿Un viejo que ganaba dinero y Antje como un bonito accesorio que de vez en cuando intentaba despertar algo de humanidad en el marido que llevaba polo?

Es posible.

Pero si lo que convenció a Antje fue el dinero, a mí también me gustaría ser rico.

Aparte de todas las demás ventajas.

Pero también parecía demasiado sexy.

Una vez más, entrecerré los ojos cautelosamente en el espejo lateral de mi derecha para vislumbrar su cuerpo maduro.

Pero el sol de la tarde, cada vez más bajo, me puso los pelos de punta, simplemente me cegó la luz deslumbrante.

Maldita sea.

"Así que aquí estamos también".

La voz eufórica de mi amiga me sacó de mis pensamientos.

Habíamos llegado al final de un polvoriento camino de tierra y ahora nos encontrábamos frente a una ancha y alta verja metálica, en medio de la cual había un enorme cartel con las palabras:

"Zeltplatz Seetraum".

"Todavía esperaba que todo fuera una broma estúpida".

Günther, que ya se había desabrochado el cinturón de seguridad, asomó la cabeza y frunció el ceño ante la señal.

Por desgracia, no fue así.

Lo que habría dado por una cama blanda y cómoda después del viaje de horas en coche. Pero apoyé a mi amigo.

"Bueno, acampar siempre es mejor que un hotel aburrido".

Alex me sonrió agradecido.

Tras abrir la verja, el camino nos condujo por una curva protegida por una densa hilera de árboles.

Detrás de ellos se extendía un paisaje idílico de naturaleza casi intacta. Ni siquiera Günther dijo nada durante unos instantes.

Bordeado de álamos y pinos y con cañaverales a lo largo de las orillas, se abrió ante nuestros ojos un lago azul claro, infinitamente ancho.

El polvoriento camino de tierra terminaba en verdes y frondosos prados, salpicados en verano de coloridas flores de todo tipo.

En la pradera frente al lago había tiendas, caravanas y pequeños bungalows a una distancia mucho mayor de lo que había imaginado.

Mientras seguía mirando a mi alrededor, un hombre pequeño y huesudo salió de una cabaña cercana al camino de tierra y nos saludó amistosamente con la mano.

"Habías reservado, ¿no?".

El hombre llegó a nuestra casa y nos estrechó la mano.

"Tu casa está allí, junto al lago".

Hablaba con acento nórdico y señalaba con su mano curtida en dirección al agua quieta.

"Bueno, entonces, chicos, vamos".

Alex hablaba con la alegría de un niño pequeño que quiere enseñar a sus padres un cuadro pintado por él mismo.

Electrizado por la expectación, condujo lentamente el T7 entre hileras de tiendas de campaña con niños jugando y jubilados leyendo el periódico hasta que llegamos a nuestro campamento.

"Ahora mira esto".

Satisfecho, Alex miró por el parabrisas.

Aunque odiaba acampar y todavía no me cabía en la cabeza la idea de pasar las próximas noches en una colchoneta, tuve que darle la razón a mi amigo: el lugar en el que estábamos era pintorescamente hermoso.

Teníamos acceso directo al lago.

Entre las aliagas y los juncos había una zona despejada que formaba una pequeña bahía arenosa.

abierto.

Las tiendas más cercanas estaban al menos a 50 metros.

Juntos descargamos el equipaje y lo colocamos bajo un sauce llorón cercano, que nos daba sombra del caluroso sol de la tarde.

"¿Y dónde están ahora las tiendas?".

Fue Günther quien formuló la pregunta que me había estado rondando la cabeza todo el tiempo:

¿con qué deberíamos dormir?

Después de todo, Alex no le había dicho a nadie que nos llevaba de acampada.

"No te preocupes por eso".

Alex se paseó por el coche, abrió una trampa y sacó varios montones empaquetados con estrépito.

"He pensado en todo".

Nos dio una tienda a Günther y a mí. Se guardó

una para él.

"¿Y cómo se construyen las piezas?".

El tío de Alex se había puesto a desenredar el paquete y ahora estaba de pie sobre un montón de lonas y cuerdas, con los palos de la tienda tambaleándose en la mano.

"Así que, cariño, a ti tampoco se te escapa ningún artesano".

Antje cogió los palos de la mano de su marido y montó la tienda en un abrir y cerrar de ojos.

Yo estaba impresionado.

Günther no.

No parecía gustarle el hecho de que, obviamente, hubiera cosas en las que su joven esposa era mejor que él.

"Podría haberlo conseguido".

Miró descontento el trabajo de su mujer.

Mientras ellos montaban la tienda y Alex iba a por algo para la cena, yo también me puse a hacer la tienda.

De niño, nunca había aprendido nada parecido. En general, tenía dos manos izquierdas.

"¿También tengo que montar tu tienda?".

Mientras me preguntaba dónde iba ese palo y en qué había que tensar esa cuerda, Antje se había colocado detrás de mí y me miraba burlonamente por encima del hombro.

Eso también.

Mis manos, ya sudorosas por el sol, se volvieron aún más torpes. La emoción me invadió.

Era la primera vez que hablaba con ella a solas.

Si finalmente dijera algo..

No encontraba las palabras, quería responder con algo ingenioso, parecer confiada, segura de mí misma.

"Eh, no, bueno...", empecé a balbucear inseguro.

"Realmente no es ningún problema".

Antje debió de ver a través de mí y, sin esperar a que dijera nada más, cogió la varilla de metal flexible que tenía en la mano.

Esta mujer probablemente sabía lo que quería.

"Observa y aprende".

Antje me guiñó un ojo juguetonamente, se puso delante de mí y se agachó para introducir la pértiga en una de las paredes de la tienda.

Instintivamente, di un paso atrás para hacerle sitio.

Ahora estaba de pie justo detrás de ella, mirándola y ... oh hombre, era un espectáculo.

El culo magníficamente grande de Antje empujó hacia abajo mientras se inclinaba como un melocotón lleno y gordo después de

La mitad de sus redondas nalgas estaban al descubierto y su piel desnuda brillaba a la luz del sol. La mitad de sus redondas nalgas quedaban al descubierto y su piel desnuda brillaba intensamente a la luz del sol.

Tragué saliva, intentando no mirar demasiado, y me pellizqué los dedos para distraerme.

Los pantalones eran tan ajustados que en medio de sus muslos destacaban claramente sus labios vaginales, aunque seguían envueltos en la tela.

"Pero los ocales de aquí abajo también son estrechos".

Antje gimió tensa y sacudió un pequeño hueco en la pared de la tienda.

Mientras lo hacía, su trasero se movía arriba y abajo y sus nalgas se apretaban un poco más fuera de los pantalones.

No pude soportarlo mucho tiempo.

Antje, que volvió a gemir molesta, dio un pequeño paso atrás para enhebrar bien la barra.

"Uy, me equivoqué", se rió Antje burlonamente.

Yo estaba clavado en el sitio como en trance y la milf caliente me había empujado con su delicioso culo.

Pero aparentemente no le había

molestado. Al contrario.

En el momento en que sus redondas nalgas rebotaron contra mí y sentí el calor de su piel madura sobre mí durante un breve instante, me pareció ver un breve brillo en los ojos de la milf cuando se dio la vuelta, medio asustada, medio encantada.

Antje, que mientras tanto se había enderezado de nuevo para que yo pudiera ver por fin sus grandes tetas de cerca, estaba a punto de decir algo cuando me agarraron bruscamente del brazo por detrás.

"Bueno muchacho, supongo que tampoco puedes levantar tu tienda".

Günther debió darse cuenta de que me había quedado mirando a su mujer demasiado tiempo.

"Sólo es joven, cariño, los jóvenes a veces necesitan un poco de ayuda".

Antje acarició tranquilamente el brazo de su marido y me dirigió una mirada extrañamente íntima.

Se me calentó la cara.

"Bueno, ayuda al pobre" . .

Había anochecido.

El sol había desaparecido casi por completo tras el horizonte del ancho lago y los últimos rayos anaranjados y rojizos brillaban románticamente sobre la tranquila superficie del agua.

Las ranas croaban alrededor de los juncos y los grillos y saltamontes piaban y cantaban en los arbustos y matorrales que rodeaban nuestras tiendas.

Por fin refrescaba.

Me puse una chaqueta ligera y salí de mi tienda, que había sido montada mientras tanto.

Fuera, ya crujía y crepitaba.

Alex había montado una barbacoa cerca de la orilla y mientras Günther daba la vuelta a unas bratwursts con cara de entendido, mi amigo traía una caja de cerveza del coche.

"Ah, ahí estás Manu".

Juntos subimos bebidas, sillas de camping y una mesa a la zona de barbacoa y nos pusimos cómodos.

Antje también regresó unos minutos después de dar un corto paseo. Entre cerveza, Brätel y bratwurst, los cuatro dejamos que la velada se desvaneciera.

Hubo risas, bromas e incluso llantos por un momento, al menos eso me pareció.

"Es sólo el molesto humo de la barbacoa", dijo Alex a la defensiva, ahogando una lágrima mientras

Günther estaba contando algunas anécdotas de la infancia de Alex.

"Tu sobrino está construido cerca de la orilla, cariño", Antje palmeó reconfortantemente el hombro de Alex, señalando con una sonrisa burlona la tienda de mi amigo, que era la que estaba más cerca de la orilla.

Casi me limité a escuchar.

Esto era familia, no tenía mucho que decir, no conocía ninguna de las historias. Pero calentada por el fuego, me dejé caer cómodamente en la silla de camping y contemplé el baile de las llamas y la silueta sombría de Antje al otro lado del fuego. Fue una forma adecuada de acabar el día.

Capítulo 4 - La noche

Alex y Günther se habían emborrachado mucho al final de la velada.

"Tenían mucho de qué hablar", dice Antje, mientras ayudamos a los dos a entrar en sus tiendas, donde se quedaron profundamente dormidos.

"Así que eso nos deja la limpieza a nosotros", dijo mientras estábamos de pie en la orilla de nuevo, mirando la barbacoa todavía ligeramente humeante y los muchos platos de camping.

"Sí", respondo, medio molesto, medio contento, y la miro con cautela.

Ahora aquí, a solas con ella en la noche, veía aún más claramente lo increíblemente atractiva que era esta mujer.

Su larga melena castaña, su amplio pecho y, por supuesto, el amplio escote de su blusa me volvían completamente loco.

Probablemente el calor de la noche de verano y el alcohol también jugaron su papel, pero esta visión simplemente me puso caliente.

Incluso más caliente que antes.

Mi virilidad empezó a agitarse en mis pantalones.

Esperé que no se diera cuenta y, para alejar mi mente de la situación, aplaudí: *"Entonces, ¿con qué vamos a empezar?"*.

Antje se rió y por un momento me pregunté si no sabría exactamente lo que estaba pasando dentro de mí.

¿Habría notado el bulto de mis pantalones? Pero estaba bastante

oscuro a pesar de la luz de la luna, ¿no?

"Yo diría que empaquemos todo y hagamos un enjuague rápido de cubiertos y vajilla en el lavabo."

"Es mejor si lo hacemos directamente", responde.

Odiaba fregar, pero con esta compañía no me importaba. Recogimos las botellas vacías y las cosas de la barbacoa.

Apagamos la propia barbacoa con agua del lago.

Mientras tanto, Antje seguía acercándose sorprendentemente, por no decir espantosamente, a mí, de modo que podía detectar su dulce olor.

Había notado esta mezcla de perfume sutil y su cuerpo más temprano en el día y estaba completamente seducido por ella.

Me pregunto si ella también me olió.

Tenía que oler a sudor y a humo del fuego, ¿no? ¿Cómo se las

arreglaba para oler tan bien a pesar de la barbacoa?

Unas cuantas veces me rozó con el brazo, como por casualidad.

Una vez, cuando me entregó la caja plegable con las cosas de la barbacoa al final, incluso con uno de sus pechos.

No durante mucho tiempo, pero tan intenso que me dio la impresión de su plenitud.

No necesito mencionar que todo esto amenazaba con volverme loco.

Mientras caminábamos juntos hacia el lavadero, que estaba un poco alejado del camping propiamente dicho, de repente me dijo con toda naturalidad: "Eres *un joven muy guapo, Manu*". Al mismo tiempo, me tocó los hombros.

Por un momento tuve la sensación de que mis piernas se negarían a servirme en cualquier momento.

Pero valientemente puse un pie delante del otro y no me di cuenta. ¿En serio acababa de hacerme un cumplido?

Apenas podía creerme mi suerte y sonreí para mis adentros.

"Si tuviera unos años menos", continuó, *"probablemente me lanzaría sobre ti"*.

"Que tu marido no te oiga decir eso", me reí, con la esperanza de disimular mi excitación.

"Oh, el...", suspiró.

Hubo un momento de silencio mientras seguíamos caminando por el silencioso campamento.

Al cabo de un rato le dije: *"También hay muchos hombres de mi edad que tienen aventuras con mujeres más experimentadas"*.

¿De dónde saqué de repente la confianza en mí mismo?

Sólo había sido tan comunicativa con el sexo opuesto en mi imaginación: debían de ser los piropos.

Ella se rió: *"¡Con experiencia! ¿Estás diciendo que soy vieja?"*.

Me sonrojé y tartamudeé: *"No, sólo quería decir.. "*.

"Es broma, Manu", me interrumpió, *"sé lo que quieres decir. Gracias"*.

Con estas palabras me rodeó la cintura con un brazo y me preguntó: *"¿Y tú? ¿Podrías ¿te imaginas empezar algo con una mujer más "experimentada"?"*.

Sentí el calor de su cuerpo contra mi costado, su pecho apretado contra mí mientras caminaba, olí su aroma y no pude responder.

Se rió y ahora sabía con certeza lo que me pasaba: *"Te estás poniendo nerviosa. ¿Quieres que ¿tal vez seducir de verdad?"*

"Por favor, sí", pensé, pero no pude articular palabra.

El lavadero estaba desierto. No es
de extrañar a esta hora del día.

El reloj que colgaba sobre la puerta de entrada marcaba las 2:43.

Llevé la caja con las cosas de la barbacoa a uno de los fregaderos y empecé a enjuagar los platos y los cubiertos con agua fría.

"Lo estás haciendo bien", bromea Antje a mi lado, examinando los platos con fingida expresión de entendida.

En el espejo nos vi uno al lado del otro. Yo
era una cabeza más alto que ella.

Su larga melena castaña le caía sobre los hombros.

Su escote era claramente visible en el resplandor de la iluminación del lavabo.

Bajo la blusa llevaba un sujetador azul que realzaba perfectamente sus pechos, realmente magníficos.

Apreté mi erección, ahora claramente perceptible, contra el lavabo para ocultarla.

"Así que ahí estamos los dos ahora", dijo expectante.

Mientras lo hacía, ahora me agarraba ofensivamente las nalgas.

Le dio un pequeño apretón y puso la misma expresión que había utilizado antes al examinar los platos: *"Muy bonito. Así es cuando sabes lo que tienes"*.

No me atreví a decir ni una palabra más.

Sonrió y dijo: *"Voy a coger una toalla y las cosas de la ducha y me voy a duchar.*

otra vez. Ha sido un día largo. ¿Te traigo una toalla también?"

Yo, aún más sorprendido por la situación, sólo pude asentir.

" Nos vemos en un minuto, Manu", con estas palabras me dio otra palmada en el trasero y salió.

La observé un momento.

Aunque no era especialmente alta, sus curvas femeninas parecían perfectamente encajadas en cada punto.

Era increíblemente sexy.

El hecho de que fuera unos años mayor que yo sólo la hacía mucho más atractiva.

Sólo la idea de poder tocarla y penetrarla me cortaba la respiración. Pero, ¿qué había sido eso ahora?

¿Realmente iba a "seducirme", como había anunciado hacía unos minutos? Mi corazón se acelera.

Aunque hacía tiempo que el frescor de la noche había desplazado al calor del día, empecé a sudar de nuevo por el nerviosismo.

Cuando Antje volvió, yo ya había terminado de fregar la barbacoa.

"Bien, entonces hemos llegado al final de todo hasta ahora", comentó satisfecha. Luego me cogió de la mano y tiró de mí hacia las duchas de mujeres.

Yo estaba interiormente asustada, pero la seguí de buena gana y más que encantada.

"Siéntate", me dijo con tono autoritario pero cariñoso y me señaló un banco. Me senté despacio.

¿Qué ha pasado aquí?

Antje empezó a abrirse lentamente la blusa, botón a botón, y finalmente se la puso por encima de la cabeza.

Sobre su busto lleno y rollizo, luchó brevemente para subir más la ajustada tela, sus grandes tetas bloqueando el paso y luego, cuando lo hubo conseguido, cayó de nuevo sobre su cuerpo, dando palmadas.

Ahora estaba delante de mí con su sujetador azul, mostrándome su cuerpo, sus curvas femeninas.

"Bueno", preguntó, *"¿qué te parezco?"*.

Tenía la boca seca y el corazón hasta la garganta. Todo lo que pude sacar fue un balbuceante, *"Hermoso"*.

Se acercó a mí, su pelo rozó mi cara mientras se inclinaba y me daba un beso.

Así, sin más.

Con su mano palpó ahora mi entrepierna con bastante descaro.

A través de mis pantalones sentí el firme agarre con el que palpaba la longitud de mi pene.

"Muy bonito", fue su único comentario antes de levantarse de nuevo y quitarse ahora los calzoncillos.

Sus piernas y sobre todo su trasero continuaban perfectamente las curvas que comenzaban con sus pechos y su vientre.

Me habría encantado saltar ahora mismo para tocarla, explorar su cuerpo, experimentarla, sentirla.

Pero me tenía en la palma de la mano y dejé que pasara lo que pasó.

Ante se dio la vuelta para quedar de espaldas a mí y, sobre todo, con el trasero al aire.

Mientras tanto, empezó a desabrocharse el sujetador.

Se lo quitó lentamente y empezó a quitarse los pantalones. Tenía un trasero redondo y hermoso, con la piel aún tersa.

Cogió con destreza una de las toallas y se la envolvió.

Así que se volvió de nuevo hacia mí, de modo que sólo pude adivinar sus pechos y las partes íntimas que había debajo.

"Quítate tú también la ropa", dijo y se metió en una de las cabinas de ducha.

"Entra", dijo antes de cerrar la puerta y dejarla abierta un resquicio.

La vi colgar la toalla sobre la puerta del camarote. Luego abrió el grifo.

Se me acelera el corazón y empiezo a quitarme la ropa con torpeza y demasiado entusiasmo. Un vapor cálido y caliente se elevó desde la cabina de ducha hacia mí.

Cogí la segunda toalla y di un paso valiente hacia la cabaña. Antes de entrar, eché un rápido vistazo a mi alrededor.

No es que nadie me haya pillado aquí.

Pero no se veía a nadie en kilómetros y Günther probablemente estaba durmiendo la borrachera.

Un calor húmedo me envolvió cuando entré en la cabaña.

Arrojé también la toalla sobre la puerta del camarote y la cerré. Ahora sólo una fina cortina de ducha me separaba de la milf.

Tras un breve momento de vacilación, cogí la cortina y me metí con ella en la ducha. Se puso de espaldas a mí para que pudiera admirar una vez más su hermoso trasero.

Gotas húmedas de agua corrían como perlas brillantes por su espalda sobre su trasero, que ante mí era redondo y regordete como un melocotón.

Su pelo húmedo y oscuro le colgaba sobre los hombros.

Su piel húmeda y pálida brillaba bajo la tenue luz de la ducha.

Luces y sombras acentuaban sus formas naturales.

Me quedé así un momento, admirando lo que veía.

"Empezaba a pensar que no te atrevías a entrar", dijo.

Con estas palabras, se volvió hacia mí y me lanzó una mirada apreciativa. Sus turgentes y amplias tetas, sus voluptuosas curvas y la visión de su vello púbico, espeso pero suavemente recortado, me dieron vértigo por un momento.

"No seas tímida, pequeña", sonrió lascivamente.

Dio el último paso hacia mí y acarició cuidadosamente mi corta barba incipiente con la mano.

Desde allí, sus dedos se movieron lentamente hacia mi pecho, como para probar si mi cuerpo resistiría su experiencia y sus exigencias.

Sus caricias me atravesaron. Apenas me atrevía

a respirar.

Contuvo la respiración.

Con la palma de la mano, me apretó contra la pared del camarote. Se acercó aún más a mí.

Mientras la parte superior de mi cuerpo se inclinaba ahora ligeramente hacia atrás contra la pared, mantuve los pies en posición.

Sentí su vello púbico contra mi pene duro y palpitante, sentí el calor y la lujuria que emanaba de ella.

Ahora apretó sus turgentes pechos contra mí mientras su mano se movía lentamente hacia mi trasero.

Exigente, me apretó aún más intensamente contra su pubis.

Sentí cómo movía sus labios a lo largo de mi pene.

Podía sentir los giros definitivos y exigentes de su lengua alrededor de mis pezones.

Ante se arrodilló lentamente, me pasó la lengua por el vientre, me besó el ombligo y finalmente se acercó mucho a mi polla tiesa y abultada.

Metió las manos en mis muslos, inquisitivamente, lo que hizo crecer aún más el objeto de su

deseo.

Mi miembro estaba duro como una roca, toda la sangre se había ido a mis entrañas.

Por un momento lo miró de cerca y finalmente le pasó la lengua muy brevemente.

Me recorrió un escalofrío de placer.

Luego se enderezó de nuevo, dio un paso atrás y cogió el champú.

Me dio la botella y exigió : *"Lávame el pelo"*. Dio un paso atrás para dejar de estar directamente en el chorro de agua y me dio la espalda.

Con el frasco en la mano, me acerqué a ella y empecé a extenderle el champú por el pelo con movimientos suaves y de masaje.

Apreté mi polla tiesa y en ascenso contra su maravilloso culo. Un gemido suave y placentero me dijo que ella también disfrutaba de esas caricias.

Lentamente moví mis manos, aún húmedas por el champú, a lo largo de su cuerpo, la rodeé y empecé a amasar sus turgentes pechos.

Eran suaves, cálidos, simplemente cachondos.

Masajeé suavemente los pezones entre mis dedos índice y corazón.

Su aliento caliente se aceleró y sentí que frotaba su trasero más y más rápido contra mi pene.

Con mi mano izquierda, empecé a explorar lentamente su cuerpo, mientras seguía masajeando sus pechos con la derecha.

Besé su cuello y luego mordí su hombro muy suavemente, haciéndola gemir lujuriosamente. Con los dedos de mi mano izquierda, alcancé su vello púbico.

Toqué los finos rizos sólo con cuidado.

Lentamente, me desplazé más allá de sus labios vaginales y empecé a acariciar y masajear el interior de sus muslos.

Sentí que se metía cada vez más en el ritmo de las cosas y entonces acaricié suavemente con mis dedos sus labios calientes y lujuriosamente húmedos.

Tiré de ella hacia mí para que volviéramos a estar los dos de pie en el agua caliente de la ducha. Se volvió hacia mí y me dio un beso largo y sincero.

Nuestras lenguas jugaban una alrededor de la otra. Sentí que la suya estaba bastante fría, como si toda la sangre hubiera fluido desde allí hacia su caliente y palpitante pubis.

Un poco me puse de rodillas para frotar mi erección contra su pubis.

Con mis manos, empecé a enjuagar lentamente el champú de su pelo bajo el agua tibia mientras ella se frotaba contra mi dura calentura.

Cada vez más rápido, se movía a lo largo de mi miembro y lo masajeaba entre mis muslos y labios.

Vi cómo el pene desaparecía una y otra vez en su suave musgo y sentí cómo todo se contraía en mi interior.

Ella también pareció darse cuenta e interrumpió su juego lujurioso.

En cambio, ahora me susurraba al oído: "*¡Que te den, Manu!*".

Con suavidad pero con firmeza, me agarró por los hombros y me dirigió hacia su dulce y húmeda hendidura con una ligera presión.

Sabía lo que esperaba de mí y empecé a acariciar sus bien proporcionadas curvas alrededor de la vulva.

Cada vez más cerca me acerqué a la perla caliente en el centro de su lujuria.

Me di cuenta de que había cerrado el grifo. Toda la humedad que ahora saboreaba procedía de ella.

Con mis dedos empecé a palpar su clítoris claramente pronunciado.

Primero con cuidado, luego con más valentía, la masajee al tiempo que saboreaba con la lengua la parte inferior de sus labios vaginales.

Sabía dulce, a lujuria descontrolada y feminidad.

Antje literalmente se desbordó, con avidez tomé su dulce jugo dentro de mí.

Lamí más exigente, más rápido, arañando ahora su maravilloso culo perfectamente formado con ambas manos.

Con todas mis fuerzas la apreté a ella y a su coño hirviente contra mí y me hundí completamente en su cuerpo por momentos.

Me olvidé del mundo que me rodeaba durante los minutos que duró este maravilloso juego, cada vez más salvaje. Sólo cuando oí a Antje gemir fuertemente y noté cómo temblaba todo su cuerpo, la solté.

La miré. Me sonrió.

"*Lo has hecho bien*", afirma, respirando con dificultad.

Volvió a abrir el grifo y me acarició la cabeza, no sin antes darme otro pequeño apretón. "*Vamos, levántate*".

Así que me levanté y la abracé con más confianza que minutos antes.

Con cuidado, empezó a acariciarme el pene tieso, que seguía palpitando de placer, y luego a rodearlo con la mano.

Lentamente al principio, luego más rápido, movió el prepucio arriba y abajo. Con un agarre firme y movimientos decididos, siguió así durante unos minutos.

Seguimos besándonos y ahora ella utilizaba todo su maravilloso cuerpo para hacerme feliz.

Disfruté dejándola tomar el control de lo que estaba sucediendo.

"Tienes una buena polla", dijo y luego siguió : "Venga, vamos fuera. Todavía está tan agradable y cálido afuera y quiero sentirte dentro de mí ahora".

Probablemente se dio cuenta de lo que estas palabras desencadenaron en mí y, como antes había tenido cuidado de no hacerme explotar demasiado pronto, soltó mi mejor pieza.

Cerramos el grifo, nos secamos brevemente, nos atamos las toallas y salimos del camarote.

Fuera, aún no se veía a nadie.

Antje volvió a agarrarme de la mano y tiró decididamente de mí hacia la salida trasera de los lavabos, acabamos de dejar la ropa.

Sólo con nuestras toallas, caminamos a la luz de la luna por un pequeño prado hasta el linde del bosque. Las ramas y ramitas crujían suavemente al caminar sobre ellas con los pies descalzos.

Nos detuvimos junto a un grupo de abetos y extendimos las toallas en el suelo. Antje estaba aún más hermosa a la luz de la luna.

La luz deslumbrante acentuaba ahora su piel clara y pálida y sus curvas pronunciadas con más claridad que nunca.

la luz en la ducha de antemano.

Dejo que mi mirada se deslice una vez más sobre ella por un momento.

" Tu cuerpo es tan perfecto", murmuré suavemente, "quiero sentirte".

Volvió a acercarse a mí y cogió directamente mi miembro, ya hinchado. Durante unos instantes volvió a masajearlo para devolverlo a su tamaño anterior.

Luego se dejó caer sobre las toallas.

"¡Vamos!", susurró, tirando de mí hacia ella.

Me agarró las nalgas, me apretó y con ello mi palpitante pene contra ella, frotó su pelvis contra mí lujuriosamente.

La besé y sentí que su lengua se enfriaba aún más que antes.

"*Adelante*", repitió ahora más exigente. Metí la mano en su pubis.

Mis dedos buscaron su camino entre el vello, localizaron los labios y los acariciaron.

Al mismo tiempo, me separé de su boca y empecé a mimar sus pechos con mis labios y mi lengua.

Más abajo, introduje lentamente uno, luego varios dedos en su interior y empecé a masajear su vagina caliente y húmeda desde dentro.

Le metí los dedos cada vez más deprisa y me puse cada vez más cachondo.

Sentí que empezaba a resistirse a los movimientos y se dirigía hacia el clímax. Rítmicamente, movió su cuerpo al unísono conmigo, y de pronto se detuvo y me agarró del brazo.

"*Ahora te toca a ti*", susurró y se sentó.

Me empujó suavemente hacia atrás y se arrodilló frente a mí.

"*Déjate llevar, Manu*", me dijo, y luego muy despacio, sabiendo muy bien lo rápido que podía acabar conmigo, pasó su lengua por mi pene.

Con la mano izquierda buscó mis testículos, que pareció sopesar cuidadosamente. Luego cerró la boca en torno a mi órgano del amor.

Sentí sus dientes rozando suavemente el prepucio, sus labios recorriendo el glande. Aceleró un poco y movió su boca arriba y abajo por mi pene.

Con cuidado, acaricié con mi mano su rostro resplandeciente a la luz de la luna mientras observaba cómo mi polla se hundía en ella una y otra vez.

Entre medias, jugaba alrededor del glande con la lengua y lamía el tronco con una sonrisa casi traviesa.

Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de correrme, me soltó.

Una vez más, se encargó de preservar mi virilidad hasta el final.

En cambio, ahora se tumbó a mi lado y empezó a mordisquearme tiernamente el lóbulo de la oreja.

"*Esperemos un momento*", me dijo mirando mi rollizo pene a punto de estallar, "*quiero un poco más de ti*".

"*Podría ser mejor*" , murmuré, aturdido por la lujuria, y la abracé.

Por un breve instante temí que alguien pudiera vernos y me enderecé un poco. Pero no había

nadie ni de lejos.

Así que nos quedamos tumbados unos minutos y disfrutamos del aire cálido, que incluso aquí, en el prado abierto, seguía proporcionando temperaturas agradables.

Entonces Antje se levantó sobre mí, abrió las piernas y se sentó a horcajadas sobre mí.

"Espero que estés lista", dijo mientras agarraba mi polla aún dura y la guiaba hacia su vagina.

La sentí mover el glande a lo largo de sus labios calientes y húmedos.

Iba y venía así durante unos instantes hasta que finalmente se dejó caer encima de mí con un agradable gemido.

Su interior suave y caliente me encerró.

Por un momento permanecemos en esta posición, simplemente disfrutando del breve momento de unión.

Su cuerpo cálido y húmedo me envolvía y yo sentía que la llenaba por completo, que crecía dentro de ella cada vez más.

Luego empezó a moverse lentamente arriba y abajo.

Sus grandes y magníficos pechos se movían al ritmo y danzaban de un lado a otro. Los agarré con las manos y los masajee suavemente mientras se deslizaban a lo largo de mi miembro, cada vez más rápido.

Se inclinó para besarme.

Sus pechos se apretaron contra mi pecho y tuve que soltarlos.

En su lugar, ahora alcancé su culo y cuidadosamente comencé a tomar un poco de control sobre ella, esta experimentada y madura mujer.

Controlé el ritmo con el que se movía encima de mí y ahora también empecé a empujarme hacia ella, apoyándola en su cabalgada con cortas y potentes embestidas.

Empezó a respirar más rápido y más fuerte, deteniéndose lentamente y ahora disfrutando por completo de mis calientes y poderosos movimientos.

Seguí introduciéndome profundamente en su cuerpo, que me deseaba, y ahora la empujé suavemente al suelo.

Esto me dio espacio para darle lo que quería con embestidas aún más fuertes y potentes. Seguí sacando mi espada caliente de su vaina para que sólo quedara en ella el glande.

Sólo para empujar más profunda e intensamente en el momento siguiente.

Sentí cómo tensaba y relajaba los músculos alternativamente.

Encontró el ritmo perfecto para adaptarse a mis embestidas cada vez más regulares.

"Más rápido", gimió.

"Más duro".

No tardé mucho y aumenté el ritmo, deslizándome dentro y fuera de ella a una velocidad cada vez mayor.

Gimió más fuerte, arañándose la espalda y jadeando: *"No pares, Manu. No pares"*.

Podía sentir cómo sus músculos cobraban vida propia mientras se corría por primera vez con violentas convulsiones.

Por un momento nos detuvimos para disfrutar de lo que estaba

sucediendo. Qué sensación tan increíble, qué cuerpo tenía.

"¿Puedes seguir?", le pregunté mientras su orgasmo menguaba lentamente.

"¿Aún puedo?", sonaba divertida, *"mientras puedas, me apunto"*.

Y así continuamos donde lo habíamos dejado. Ahora

primero con movimientos más lentos de nuevo.

Al fin y al cabo, quería retrasar mi orgasmo todo lo posible y saborear esta noche única todo lo que pudiera.

Y ella también parecía estar contenta, disfrutando de lo que le estaba haciendo.

Al cabo de un rato, volvió a tomar el control y me empujó de nuevo al suelo.

"No hagas nada", me dijo, *"deja que te mime"*.

De nuevo empezó a moverse rítmicamente sobre mi cuerpo ahora sudoroso. Se deslizaba a lo largo de mi pene, a veces más despacio, a veces más rápido.

Mientras lo hacía, se apoyó con sus manos en mi pecho y apretó su abdomen a mi alrededor con todas sus fuerzas. Pensé que nunca había estado tan dentro de una mujer.

Fue tierno y lujurioso, cada momento más intenso que cualquier otro que hubiera experimentado hasta entonces en mi joven vida.

Finalmente se bajó de mí y se puso de rodillas.

"Tómame por detrás", exigió. Yo, que entretanto había recuperado algunas fuerzas, no necesité

que me lo dijeran dos veces y me puse de rodillas detrás de ella.

Con su magnífico y maravilloso culo frente a mí, volví a penetrar su santuario por detrás. La sentía más apretada y húmeda que antes.

"Joder, qué bueno", gimió ella, lo que a su vez me puso aún más cachondo y me motivó a darle una experiencia aún más cachonda.

Su trasero se movió delante de mí y le di una cuidadosa palmada en él. Dio una palmada.

Ella se lo devolvió no sólo con un gemido placentero, sino también con una pequeña contracción adicional de la vagina.

"Una vez más", jadeó, suplicante.

Esta vez golpeé un poco más fuerte, lo que provocó en ella un sonido aún más lujurioso.

Me incliné sobre ella y le devolví el beso mientras seguía deslizándome dentro y fuera de ella lo mejor que podía.

Cuando me di cuenta de que no podría mantener la tensión mucho más tiempo, saqué la polla una vez más.

"Te quiero al revés otra vez", le dije.

"Alguien se ha vuelto valiente", se rió y de buena gana me dejó girarla sobre su espalda.

Estaba lista para mí y para mi semilla. Sus ojos brillaron cuando la penetré de nuevo desde arriba en la posición del misionero y tomé el control de ella.

"No vayas demasiado rápido", gimió, *"saboréalo"*.

Y lo hice.

Con movimientos lentos me dirigí hacia el clímax.

Vi cómo mi pene desaparecía dentro de ella una y otra vez y disfruté cada momento de este juego.

Antje, debajo de mí, se movía a mi ritmo, me rodeaba el cuello con los brazos y tiraba de mí hacia ella.

Una vez más me hundí entre sus maravillosos pechos. Qué sensación.

Poco a poco aceleré el ritmo, empujando a un ritmo cada vez más rápido, y sentí que ella también estaba preparada para otro orgasmo.

Agarré su pierna derecha, la levanté y la penetré unos milímetros más profundamente.

Cuando unos instantes después sus músculos se cerraron con fuerza en torno a mi polla y volvió a gemir apasionadamente, tampoco pude aguantar más.

Bombeé mi esperma profundamente dentro de ella con varios potentes empujones. Mientras lo hacía, yo también gemía de placer.

"Quédate dentro de mí todavía", me susurró al oído mientras languidecía sobre ella, "quiero sentirte unos momentos más".

Asentí y la besé.

Juntos disfrutamos de ese momento en el que parecía que podíamos quedarnos el uno dentro del otro para siempre.

FIN

El profesor sexy

He pasado muchos años para estar en el punto en el que estoy hoy: En la enseñanza.

Y fue en una de las universidades más renombradas del país. Me

llevó mucho tiempo.

Más nervios y sobre todo: familia y amigos.

Mientras que hace cinco años pensaba que hoy, a los 35, estaba en el punto en el que por fin podría cumplir mi sueño de una casa con perro y jardín -junto con mi marido y un bebé en camino-, esta opción se ha convertido de repente en una perspectiva lejana.

Cuando mi ex prometido me dio el ultimátum "carrera o amor" y prácticamente me exigió que renunciara a mi sueño y a todo por lo que tanto había trabajado en los últimos años por él, no me lo pensé dos veces.

Me he decidido por la carrera.

Una carrera que consiste en leer, investigar y enseñar.

Las tres cosas que más me gusta hacer, y en la mejor universidad del mundo, en mi opinión.

No puedo imaginar nada mejor para mi vida.

Incluso si eso significa que me siento solo de vez en cuando.

"¿Profesor Hawthorne?", oigo decir a la suave voz de mi ayudante, de pie, vacilante, a la puerta de mi despacho.

Pongo los ojos en blanco.

¿Cuántas veces tengo que decirle que no me tenga miedo?

Y que puede molestarme en cualquier momento, a menos que yo se lo haya dicho explícitamente de antemano.

"*Pasa, Maya*", grito a través de la puerta entreabierta. Aparece una joven de unos veinte años.

Lleva el pelo rubio y largo recogido en un moño alto. Lleva un bonito vestido blanco con un colorido estampado floral.

Perfectamente adecuado para las suaves temperaturas de la primavera actual. Sus brazos están salpicados de muchas pecas.

Me mira insegura con sus grandes ojos verdes e involuntariamente esta joven estudiante me recuerda a alguien. A mí mismo.

Cuando empecé a estudiar a los 19 años, me sentía igual de insegura.

Una mujer física que llegó a la universidad con el objetivo de hacer allí algún día no sólo su doctorado, sino también su habilitación, para poder transmitir su pasión por la física a muchos otros jóvenes.

Y sin embargo, aquí estoy sentada y lo he hecho.

"¿*Qué pasa?*", le pregunto a la joven que desde hace unos meses me ayuda con sencillas tareas de asistente.

"*Hay alguien aquí que quiere verte*", casi susurra, y me doy cuenta por la forma en que me dice este mensaje.

No me gusta entregar. Porque ... Porque no es alguien que preferiría no ver.

"¿*Es Jeffrey otra vez?*", le pregunto, a lo que ella asiente ansiosa.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. *Jeffrey Stein*. Un joven estudiante en su primer semestre de máster. Todavía hoy me pregunto cómo consiguió superar la licenciatura.

Su trabajo es chapucero, sus conocimientos limitados.

Pero procede de una familia que ha sacado muchos y buenos científicos y es también una de las más influyentes y ricas de la costa este estadounidense.

Conozco a su padre personalmente. Un hombre capaz y competente.

Por desgracia, su hijo no recibió mucho de eso en el camino.

Es arrogante y engreído.

Tiene la idea errónea de que el talento y la comprensión para la ciencia -que sin duda le vienen de familia- también le han venido a él, pero sencillamente no es cierto.

Puede que sea un estudiante aplicado que sin duda recibe ayuda de sus padres con los deberes, pero no es uno de los mejores.

A pesar de que le gusta creer esto y aparece fuera de mi oficina después de cada examen que no hizo lo mejor en discutirlo conmigo.

"*Que pase*", le digo a Maya, que se limita a asentir y desaparece de nuevo.

Me levanto del sofá en el que estaba sentada y dejo a un lado el libro de consulta.

Echo un rápido vistazo a mi espacioso despacho, que he embellecido en los últimos meses con unas cuantas plantas obstinadas y de bajo mantenimiento, antes de acomodarme en mi silla de cuero verde oscuro.

"*¡Profesor Hawthorne!*", llega la voz grave del joven que ahora entra confiado en mi despacho.

Levanto la vista. Directo a los ojos azules como el acero del estudiante, ciertamente guapo, que, sin dejarme ni una palabra, cierra la puerta tras de sí y se dirige directamente a la silla que hay frente a mi mesa.

"*¿Por qué no se sienta, Sr. Stein?*", digo redundantemente.

Observo cómo el joven y atlético cuerpo, que mide algo menos de 1,90 m, se acomoda con elegancia en la silla metálica.

En la mano lleva la hoja del examen, que ha cubierto de coloridas notas adhesivas.

Lugares que quiere discutir conmigo para obtener la máxima puntuación después de todo.

Pongo una sonrisa falsa. "*¿Qué puedo hacer por usted hoy?*", le pregunto y cojo mis gafas de montura negra, que están sobre el escritorio frente a mí, para ponérmelas en la nariz.

Siento los ojos del joven sobre mí.

No es la primera vez.

Sé que tengo cierta reputación entre los estudiantes varones.

No sólo soy una de las pocas mujeres del departamento, sino que además soy mucho más joven que mis colegas.

Junto con mi cuerpo atlético, mi pelo rubio y, para mi disgusto, mis pechos bastante grandes, probablemente no parezco la típica profesora de física que uno suele imaginarse.

A menudo he comprobado que, sobre todo a los seminarios que ofrezco en los primeros semestres, asisten jóvenes estudiantes, algunos de ellos ajenos a la asignatura, para experimentar

al "profesor cachondo" en acción.

No recibo ningún apoyo del personal.

Sólo me dicen que debería vestirme de otra manera para que mi figura no destaque tanto.

Pero, ¿qué puedo hacer? Todos los pantalones muestran mi trasero redondo. Todas las faldas muestran mis piernas y ni siquiera con el jersey más grande podría cubrir mis amplios pechos.

Y no quiero eso en absoluto.

Me siento cómoda con las blusas blancas de seda que me compro por un dineral en todas las vacaciones europeas.

Me gustan las faldas lápiz ajustadas y me gustan aún más los pantalones negros de tela bien ajustados que tan bien puedo combinar con zapatos de salón.

¿Por qué debería cambiar mi aspecto sólo porque unos jóvenes estudiantes no p u e d e n controlarse?!

La mirada del señor Stein también se clava en mi escote mientras carraspeo, esperando aún una respuesta suya.

"*Oh, p e r d o n e*", murmura y empieza a desplegar las páginas de su examen para llamar mi atención sobre los pasajes marcados.

Empieza a explicarme por qué él tiene razón y yo, que al fin y al cabo he escrito su tesis doctoral sobre este mismo tema, no.

Persiste, es descarado e irrespetuoso conmigo y me gustaría echarle.

Pero el decano me instó a no meterme con una piedra, porque la universidad necesitaría la conexión -más bien las generosas donaciones- con la familia. Así que me dejé llevar por la discusión.

Déjale hablar, sólo para acabar con un "ya veré lo que puedo hacer por ti".

...para que me

engatusen.

Como

siempre.

Y como cada vez, no haré nada en absoluto y dejaré la nota exactamente como está.

"*Muchas gracias por dedicarme tu tiempo*", se despide de mí y se levanta.

"Por supuesto. Te acompaño a la puerta", digo amablemente, porque realmente necesito un café recién hecho después de esta conversación y tengo que salir de todos modos.

Jeffrey se detiene delante de mi mesa y me mira levantarme.

Ve el brillo de sus ojos cuando se da cuenta de que hoy llevo una falda negra.

Muy despacio, sus ojos recorren mi cuerpo.

Empieza por mis hombros, baja hasta mis pechos, donde se detiene durante un tiempo especialmente largo, y luego baja más y más hasta que por fin descubre mis pies descalzos, que calzan unos zapatos negros de charol.

"Si me permites", empieza, sin dejar de mirarme las piernas desnudas,

"Hoy estás especialmente guapa".

"Gracias", murmuro.

Es inapropiado que un alumno me diga algo así.

Pero tendría que mentir si dijera que no me gusta. Claro que me gusta la atención.

Sobre todo después de recibir muy poco en mi entorno privado.

Porque el poco tiempo libre que tengo, prefiero pasarlo solo.

Hace unos meses cumplí mi sueño de tener mi propia casa. Una bonita casita en medio del campo con acceso a un bosque.

Ahora que vuelven a subir las temperaturas, paso cada minuto cavando y plantando mi huerto.

Y éste empieza a tener buena pinta.

Todavía tengo una amiga de mi época de estudiante que me llama de vez en cuando y se asegura de que socialice fuera de la universidad, pero desde que ha sido madre hace poco, ocurre más bien poco.

No fue hasta nuestra última llamada telefónica cuando me sugirió que buscara en Internet una nueva pareja potencial, pero no le doy mucha importancia.

Soy bastante anticuado y no quiero elegir a mi pareja basándome en fotos. Por eso llevo años soltero.

Por eso probablemente disfruto de las miradas de mis alumnos y de sus halagos más de lo que debería, porque esta soledad empieza a hacerse sentir.

En cuanto el Sr. Stein ha salido de mi despacho, me dirijo a la pequeña cocina y pongo agua caliente para preparar café recién hecho con mi prensa francesa.

Observo cómo el agua empieza a burbujear cada vez más mientras lleno de polvo la jarra de cristal, ensimismada, sin darme cuenta de que ya no estoy sola.

"Hola Helen", oigo la voz de mi colega y doy un respingo.

Ben Wilder. Un profesor que sólo lleva con nosotros en la universidad desde este semestre y que desde entonces no ha perdido la oportunidad de ligar conmigo.

Me vuelvo hacia él y le miro a sus ojos marrones y petulantes.

Es guapo. Si te gusta el clásico chico guapo con el pelo rubio y peinado hacia atrás. Yo, por mi parte, no soy uno de ellos.

"Hola Ben, ¿cómo estás?", le pregunto despreocupada, esperando no parecer demasiado interesada.

Acciono el interruptor de la tetera e inmediatamente cojo el aparato para verter agua en la prensa francesa.

"Bien, bien. ¿Y tú?"

La cocina es tan pequeña que se queda de pie cerca de mí.

Tan cerca que puedo oler el aroma de su penetrante perfume.

"También, gracias."

Vuelvo a poner la tetera en su sitio y ahora me coloco justo delante de ella.

Sus ojos recorren mi cuerpo y se detienen en mis pechos. Sus finos labios se tuercen en una sonrisa. *"¿Te has replanteado la cita?", me pregunta sin levantar la vista.*

Pongo los ojos en blanco.

Ya le he dicho tres veces que no me interesa en absoluto.

"Ya conoces mi actitud al respecto", le digo cortésmente.

"Sí, sí. Nada de salir con colegas. Pero", se acerca y ahora se inclina hacia mí.

"Nadie tiene por qué saberlo. Los dos somos gente ocupada. También podríamos mantenerlo... Muy poco complicado. Ya sabes. Juntarnos para divertirnos un poco después del trabajo. Desaparecer en el armario entre clase y clase".

Me guiña un ojo y sonrío, mostrando sus blancos dientes.

"Qué romántico", contesto y le empujo. Aunque la idea en sí no me parece tan mala.

Porque tiene razón. Tengo poco tiempo. Sin embargo, tengo necesidades. Y hacerlo en un rincón

oscuro entre dos conferencias tiene su atractivo.

¡Pero no con él!

"¿Quieres que sea romántico? Puedo invitarte antes a una cena a la luz de las velas", continúa.

Mientras tanto, he llegado a la puerta de la cocina y tengo la olla caliente en la mano. *"Le agradezco mucho su generosa oferta, pero: no"*. Entonces me doy la vuelta y le dejo plantado, sólo para chocar directamente con Jeffrey.

"Oh", digo, viéndole en el pasillo.

Como estudiante, no tiene nada que hacer aquí a menos que tenga una cita con uno de los profesores.

Cuando me ve, esboza una amplia sonrisa. *"¡Profesor Hawthorne! Usted es a quien quería ver"*.

¿Otra vez? ¿Qué más quiere discutir conmigo?

"¿Otra vez?", pregunto irritada y le acompaño a mi despacho.

"Hay algo más que quería preguntarte".

¿Me pregunto si le daré el 1.0 sin que tenga que hacer nada por él?!

Abro de un empujón la puerta de mi despacho y dejo la maceta sobre el escritorio, mientras Jeffrey se acomoda en la silla que hay frente a él como si tal cosa.

Con calma, cojo mi taza favorita, la lleno de café y bebo un sorbo.

Mucho mejor.

"¿Qué más hay?", le pregunto.

"He solicitado unas prácticas. La empresa es de un amigo de mi padre, pero aún necesito una carta de recomendación".

¿Y ahora me lo pide a mí?! ¿Cómo se le ocurrió esta absurda idea?!

"Y entonces pensé que, como usted... Bueno, como una recomendación suya tiene mucho más valor que una de los demás profesores de esta universidad, quería preguntarle si podía expedirme una".

Me río sin control.

¡¡¡Tienes que estar bromeando!!!

Doy otro sorbo a mi café. *"Bueno"*, digo, aclarándome la garganta porque no sé qué decir.

"Quizá conozca al director general de la empresa. ¿El Sr. Sand?", me pregunta. Claro que le conozco. Trabaja en la industria del automóvil y es al menos tan encantador como el joven que está sentado frente a mí ahora mismo. Pero es asquerosamente rico y emplea a los científicos más capaces del sector. A mí también me ofreció trabajo y, aunque todo ese dinero era tentador, por supuesto, no quise renunciar a mi aprendizaje. Lo cual le molestó tanto como le impresionó.

Una carta de recomendación mía ayudaría a Jeffrey.

"Lo sé, señor Sand", confirmo y doy otro sorbo a mi taza mientras miro a Jeffrey.

Antes era confiado, pero ahora de repente parece totalmente tímido.

Quiere algo de mí y sabe que el nombre de su padre no puede ayudarle esta vez.

"¿Te importaría?", empieza y se aclara la garganta. Sonrío.

La sonrisa arrogante también ha desaparecido de su rostro.

"¿Podría expedirme la carta de recomendación?"

Inmediatamente sacudo la cabeza. *"Siento decepcionarte. Pero no puedo hacerlo".*

Sus ojos se entrecierran. Veo cómo se enfada. No oye estas palabras a menudo.

Está acostumbrado a conseguir todo lo que quiere.

"Pero mi padre", empieza, pero esta vez le interrumpo.

"Seguro que tu padre también puede darte una carta de recomendación".

"¡No!" Ahora empieza a amasarse los dedos nerviosamente. " Una carta de mi padre es suficiente no fuera. Sólo tengo una oportunidad si la carta viene de ti".

Suspiro.

¿Qué espera ahora de mí? ¿Que mienta por él? Conozco los estándares del Sr. Sand. Quiere lo mejor. Incluso cuando se trata de prácticas no remuneradas. Jeffrey no es el mejor. Y no voy a arriesgar mi reputación sólo para salirme con la suya.

Y estoy seguro de que el Decano entenderá mi decisión si Jeffrey se acerca a él.

"Lo siento mucho, pero no es posible", digo ahora con firmeza.

Sus ojos azul claro vuelven a brillarme. Estira su atlético torso para parecer más alto.

¿Y ahora qué? ¿Quiere amenazarme?

Pero luego vuelve a hundirse y exprime el aire que acaba de aspirar con rabia en su interior.

"Ya veo", murmura con aire abatido. "Es que... Mi hermano mayor también hizo estas prácticas y mi hermana pequeña ya tiene su aceptación para ello y eso, aunque acaba de empezar sus estudios".

Asiento con la cabeza.

Conozco a sus hermanos y especialmente a su hermana, que es francamente brillante.

De hecho, puedo entender que ahora sienta cierta presión para seguir su ejemplo.

A mí me pasó algo parecido en su momento.

Entro en mí mismo.

Sé que lo está intentando.

Quiere hacerlo.

Aunque da muchas cosas por sentado, se esfuerza y a menudo me sorprende al final del semestre con trabajo extra para conseguir unos puntos de más. La verdad es que no quiero eso.

No me gusta Jeffrey. Es arrogante y engreído. El clásico esnob que vive del dinero de sus padres.

Pero juré entonces que no sería uno de esos profesores que defraudan a sus alumnos. Y él necesita mi ayuda.

"Ahora mismo estoy trabajando en un proyecto y aún me vendría bien la ayuda de un estudiante", le digo con calma. " Si me prometes que te dedicarás de lleno al proyecto y harás un buen trabajo, puedo darte una carta de recomendación a cambio".

Levanta la vista y me mira directamente.

No es la solución cómoda que esperaba, pero no obstante se lo está pensando.

"¿Esa sería mi única oportunidad?"

Ahora asiento con la cabeza. *" Esa sería tu única oportunidad. Exactamente".*

"¿Y cuánto trabajo significaría eso?"

"Mucho trabajo", digo con severidad.

En ningún caso debe tener la impresión de que se le entrega la carta de recomendación en bandeja de plata.

Suspira y probablemente ya esté pensando en todas las fiestas y juergas que se perderá por ello.

Pero no tiene otra opción.

Eso tiene sentido para él ahora. *"Muy bien, entonces."*

Me levanto y me dirijo a mi armario para sacar una gruesa carpeta que le pongo en la mano.

" Trabaja con esto hasta la semana que viene para que estés al día".

Hay poco entusiasmo en sus ojos cuando coge la carpeta de mis manos y abre la primera página. *"Muy bien"*, dice con sobriedad y parece darse cuenta de dónde se ha metido.

Pero es la única posibilidad. Si puede hacerlo y realmente me apoya en mi trabajo, entonces podré darle una carta de recomendación con la conciencia tranquila.

Después de un largo día de trabajo, vuelvo a casa por la tarde.

En cuanto abro la puerta principal y entro, me quito los tacones de los pies y camino descalza por el pasillo de baldosas.

Dejo que la blusa me siga y la tiro descuidadamente al suelo mientras me dirijo al baño.

Realmente necesito una ducha caliente ahora.

Mientras dejo correr el agua, también me libero del sujetador, la falda y las bragas.

Me recojo el pelo largo y me desnudo bajo el agua caliente. Uf.

En cuanto el chorro caliente de la ducha toca mi piel, me siento un poco mejor.

Me gusta aprovechar estos diez minutos que paso en la ducha para repasar el día.

Pienso en Jeffrey Stein, que trabajará conmigo en el futuro.

Y a Ben Wilder, a quien suelo importarle un bledo, pero que hoy ha dado en el clavo con sus palabras.

Estoy caliente.

Durante meses. No puedo negarlo.

Y una aventura sin complicaciones sería justo lo que necesito ahora.

No quiero volver a comprometerme y acabar teniendo que elegir entre una carrera o una familia.

Mi carrera siempre será lo primero y ahora lo sé. Pero poco a poco también estoy llegando a mis límites.

Necesito sexo.

Eso es lo que me dice también mi mano, que en ese momento desaparece entre mis piernas con la alcachofa de la ducha.

Gimo de placer cuando el chorro duro alcanza mi clítoris y lo estimula placenteramente. Mis pensamientos vuelven a Jeffrey. En sus anchos hombros, su torso entrenado y el culo prieto que sentaban esos vaqueros ajustados. Ahora sostengo a propósito la alcachofa de la ducha contra mi clítoris e imagino mi mano recorriendo su cuerpo tonificado mientras él se pone en cuclillas delante de mí, sujetándome las piernas abiertas con las manos para estimularme mejor el clítoris con la lengua.

Gimo en voz alta ante esta idea y voy un paso más allá en mis pensamientos.

Le agarro la cabeza, dejo que mis dedos desaparezcan en su espeso pelo y luego tiro de él hacia mí.

Intercambiamos un apasionado e intenso beso antes de que me penetre profundamente con su enorme y dura polla y me folle.

Me sobresalto.

¿En qué estaba pensando?

Vuelvo a cerrar el grifo y cojo el gel de ducha para deshacerme de esos sucios pensamientos.

Pero no puedo parar.

Una vez más tengo que pensar en cómo agarra mi pequeño y menudo cuerpo.

Cómo amasa mis grandes y pesados pechos con placer y me penetra con fuerza una y otra vez.

Vuelvo a presionar el chorro de agua sobre mi clítoris. Esta

vez hasta que me corro.

Cuando la sensación cálida y profundamente satisfactoria se apodera de mí, suspiro de placer hasta que me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Lo he convertido en mi alumno.

A los alumnos con los que trabajaré intensamente durante las próximas semanas. El calor sube en mí y pongo el agua un poco más fría.

Me siento culpable y al mismo tiempo más agradablemente excitada que en mucho tiempo.

"¿El profesor Hawthorne? Ya está aquí", oigo decir a Maya y me levanto sobresaltada de mis papeles.

Ya sabes es nuestra palabra clave para Jeffrey Stein cuando aparece sin avisar en la puerta de nuevo. Pero ahora le he citado yo mismo para que empiece su trabajo conmigo.

"Hazle pasar", le digo y siento un cosquilleo nervioso en mi interior. El incidente de la ducha no iba a quedar ahí esa noche.

De hecho, me lo hice unas cuantas veces más poco después y una y otra vez no podía evitar que mi mente pensara en él, de entre todas las personas.

Hoy vuelvo a encontrarme con él por primera vez.

"Hola", me dice mansamente al entrar en mi despacho. Lleva la pesada carpeta en las manos y, por la cantidad de papeles de colores que hay dentro, veo que sí que ha trabajado en ella.

"Hola", respondo y siento que mi abdomen reacciona inmediatamente ante él.

Me pongo de pie y dejo que mi mirada se pasee por él.

Lleva una camisa clara metida por dentro de unos vaqueros oscuros.

"Cierra la puerta, por favor", le digo con severidad y no pierdo la oportunidad de echarle un vistazo a su apretado trasero cuando se da la vuelta.

Uf. Contrólate. Es tu alumno.

Señalo la segunda mesa de mi despacho, que en los últimos meses ha servido más como almacén. "Este es tu lugar de trabajo durante las próximas semanas", digo y limpio sin miramientos las carpetas llenas que Maya ha dejado allí.

Mira a su alrededor, inseguro. "¿Trabajo aquí, en tu despacho?" , me pregunta.

Me río a carcajadas.

¿Qué pensaba? ¿Que tendría su propia oficina?! "Sí, por supuesto."

"De acuerdo", responde con sobriedad, deja la carpeta y saca la silla de madera sin acolchar.

Una vez más mira a su alrededor.

Sí, es cierto que puedo verle desde mi escritorio. Si pensaba que podía hacer su tiempo conmigo, estaba muy equivocado.

Cojo una pila de documentos y los pongo sobre su mesa para explicarle sus tareas.

Con cada palabra que pronuncio, parece más insatisfecho. Parece darse cuenta de en qué se ha metido exactamente.

"Las tareas de tus prácticas serán igual de exigentes", le explico, a lo que él asiente.

"Gracias por esta oportunidad", murmura y empieza a trabajar.

Sigo sintiendo náuseas cuando miro su cara desmotivada. ¿Realmente fue una buena idea?

Al final, sólo me doy más trabajo con él porque lo hace todo mal.

Pero estoy sorprendido. Gratamente.

Jeffrey no sólo es muy trabajador, sino también muy meticuloso.

Resulta que es una gran ayuda para mí. No me lo esperaba en absoluto. Quizá me equivoqué con él después de todo y me dejé cegar por su arrogancia.

Incluso disfruto trabajando con él.

Hace buenas aportaciones, señala sin rodeos mis propios errores y cumple los plazos. Es divertido, siempre tiene un chiste fácil en la boca y crea un buen ambiente en la oficina. Hasta Maya se contagia de sus modales refrescantes.

Además, sigue siendo un auténtico festín para la vista y, por supuesto, una fruta absolutamente prohibida.

El escándalo sería mayúsculo si se supiera que tengo una aventura con una de mis alumnas.

Especialmente uno que trabaja para mí.

Pero eso no me impide mirarla detenidamente cada vez que tengo ocasión.

Me gustan las camisas blancas ligeramente transparentes que lleva y los pantalones ajustados que, según la posición, no dejan mucho a la imaginación.

Debe de estar locamente bien dotado y, aunque sé que está mal, siempre se cuela también en mis sueños nocturnos. Desde que empezó a trabajar para mí, mi libido es aún mayor de lo habitual.

Siempre que estoy solo, echo una mano.

Hace poco, incluso fui a un sex shop por primera vez en mi vida para comprar un consolador y un vibrador.

"¿Profesor?", me interrumpe una voz masculina.

Estoy sentada sobre una pila de ejemplares que tengo que revisar hasta mañana y completamente absorta en mis pensamientos cuando Jeffrey se planta de repente delante de mí.

"¿Sí?", le pregunto, mirando su rostro juvenil. Me pregunto si tendrá novia.

Él es tabú de todos modos, pero tal vez pensar en ella al menos me haría dejar de imaginarnos a él y a mí teniendo sexo todo el tiempo.

"He encontrado otra cosa", dice señalando un papel que tiene en la mano.

"Déjame ver". Le hago señas con la mano para que se acerque.

Camina una vez alrededor de mi escritorio y ahora se para cerca de mí.

Siento el calor que emana de él. Y el aroma masculino que desprende y casi me roba la mente.

Está bien. Respira hondo. M a n t e n g a la calma. Usted no es sólo su jefe, sino también su profesor.

Empieza a hablar y a dar explicaciones.

Una y otra vez señala los puntos marcados, pero yo simplemente no puedo seguir sus palabras.

Mi mente se acelera.

Vuelve a la noche anterior, cuando me lo estaba haciendo de placer con mi consolador.

Oh Dios, estoy tan caliente que apenas puedo pensar con claridad.

Empiezo a entender por qué los hombres actúan siempre tan impulsivamente cuando la sangre fluye hacia otras partes de su cuerpo. Ya casi no me reconozco.

"¿Profesor?", pregunta Jeffrey, mirándome directamente.

Tiene la cara a escasos centímetros de la mía.

Podría acercarme a él y besarle. Podría apretarme contra su cuerpo tonificado y hacerle por fin lo que he estado fantaseando durante las últimas semanas.

Pero no puedo. No puedo.

No se me permite hacerlo.

"Disculpe, mi mente estaba en otra parte en este momento", explico con sobriedad.

"Estás pasando por un mal momento, ¿verdad?", me pregunta sorprendido.

"¿Un mal rato?", repito, confuso.

"Me he dado cuenta de que en este momento estás más a menudo fuera de juego. Que estás trabajando con

tu cabeza no están del todo aquí".

Me río sin control.

Así es.

Pero no es una muerte trágica o una escasez financiera de lo que está hablando. Es algo muy distinto.

"Si puedo ayudarte en algo, dímelo", me ofrece, mirándome con sus ojos azul acero de repente tan llenos de empatía. Sacudo la cabeza, apenas perceptible. "No creo que puedas ayudarme en eso". Con curiosidad, levanta una ceja.

"No sabes lo que puedo hacer", responde con una sonrisa alentadora.

Puedo imaginar muy bien lo que puede hacer. Pero no. Eso no es posible.

Sigue mirándome. Extensamente.

Mientras que hace un momento sus ojos estaban puestos en mi cara, ahora se pasean por mi cuerpo.

Sobre mis clavículas desnudas, bajando hasta mi escote y luego a lo largo de mis piernas, que ahora llevan unos ajustados pantalones de tela negra.

"Creo que sé lo que necesitas", dice de repente. Le miro interrogante. "¿Lo sabes ?", le desafío.

"Un trago. Un buen trago muy fuerte".

Sonrío.

Quizá tenga razón en eso.

Un trago realmente me ayudaría ahora.

Tal vez podría adormecer los pensamientos de mi cabeza con ella. *"Pero mejor lo dejamos para después del trabajo", le digo.*

"No hay problema. Tengo tiempo. ¿Qué tal el bar del hotel aquí a la vuelta?"

"¿El bar del hotel?", repito, confuso.

¿Es ahí donde vas hoy en día como estudiante? ¿Qué pasó con los pubs y bares?

"Puedes reírte, pero me gusta ir allí. Es mucho más tranquilo que los bares ruidosos donde van los otros estudiantes. Al menos allí puedes seguir hablando a un volumen cómodo".

"Ya veo". Como no se me ocurre una excusa a la primera de cambio, ve nuestra cita como firme.

Y la verdad es que me viene bastante bien.

Si no puedo irme a la cama con él, quizá conozca a otra posible pareja sexual en el bar.

¿Y cuál es el problema? Ben sale a beber con sus estudiantes todo el tiempo.

"¿Estás lista?", me pregunta Jeffrey cuando aún estamos sentados en mi despacho mucho después de la hora de cierre.

"Una página", respondo y paso la página para poder leer también el resto del capítulo.

Levantando el dedo índice para hacerle saber que no debe hablar ahora y concentrarse en el texto.

"Hecho", digo, y cierro el libro.

Sólo ahora miro el reloj que cuelga de la pared detrás de él. "¿Tan tarde ya?", pregunto sorprendida y al instante me remuerde la conciencia.

Hoy ya le ha dedicado demasiado tiempo. "Ya puedes irte a casa", le sugiero.

Pero él niega con la cabeza. "¡Ni hablar! No te esperé aquí tanto tiempo para luego irme a casa".

Sonríe y se acomoda la silla de la que acaba de levantarse.

Asiento con la cabeza. "De acuerdo, entonces".

Apago el ordenador, guardo mi taza de café y cojo mi bolso. Somos los últimos en llegar a la universidad.

La mayoría de las luces ya están apagadas.

Sólo el personal de seguridad y algunas limpiadoras siguen presentes mientras caminamos por los pasillos oscuros y vacíos.

"Siempre he soñado con estudiar y enseñar aquí algún día", digo mientras atravesamos el venerable vestíbulo de entrada para salir al exterior por la imponente verja.

Jeffrey se limita a encogerse de hombros. "Yo no. Pero mi padre sí", responde secamente.

Miro al joven estudiante.

Su sonrisa despreocupada ha desaparecido y de repente parece bastante serio.

"¿Tu padre? ¿Qué te imaginabas entonces?"

De nuevo el encogimiento de hombros.

"Para ser sincero: En realidad nunca tuve la oportunidad de soñar con mi futuro. Porque en realidad siempre estuvo predeterminado por mis padres. Estaba claro que en algún momento seguiría sus pasos".

Deja escapar un largo suspiro y algo se agita en mí. Lástima.

Siento lástima por este joven y privilegiado estudiante, al que normalmente veía con tanta repugnancia.

Porque él tuvo lo que yo nunca tuve: ayuda inicial de la familia.

Pero al mismo tiempo, nunca tuvo sus propios sueños.

Hasta hoy, nunca había pensado en lo que significaba crecer como él.

Claro... Ha tenido la mejor educación imaginable.

Las mejores escuelas públicas, profesores particulares y aficiones seleccionadas para fomentar siempre la destreza y la habilidad.

Para mí, eso habría sido un sueño absoluto.

Sus padres le empujaron a ser el mejor.

Pero si no tienes ninguna de estas ambiciones, sólo puede ser una carga.

"Como quieras", dice finalmente cuando llegamos a la puerta principal.

"No hablemos más de ello y disfrutemos de la noche libre".

Me guía a través de la oscura noche.

Algunas personas siguen en la

carretera.

Estudiantes charlando en los callejones que rodean el edificio de la universidad.

Un coche de seguridad dobla la esquina y el conductor nos lanza una mirada de control.

Es una templada tarde de primavera y el viento es fresco, así que me siento aliviado cuando llegamos directamente al lujoso hotel con las columnas de color crema de la entrada.

Se acumula de forma impresionante delante de nosotros.

La alfombra roja que llega hasta la acera y el portero que nos abre la puerta me inquietan.

No crecí con mucho dinero.

Sólo desde que tengo el puesto de profesor aquí puedo permitirme alojarme en hoteles como éste.

Sin embargo, sólo me lo permito en contadas ocasiones.

Y normalmente sólo cuando viajo al extranjero.

He visto este hotel muchas veces desde fuera, pero nunca desde dentro.

"Buenas noches", nos saluda el portero y asiente con la cabeza.

Pasamos el vestíbulo y Jeffrey me lleva directamente al ascensor.

"El bar está arriba", me dice con un brillo en los ojos.

Le sigo hasta el ascensor y me miro en los espejos de las paredes.

Con mi atuendo, con los pantalones de tela ajustados, la amplia blusa de seda blanca, los zapatos de salón de charol negro y las gafas de montura negra, también podría ser alguna dama de negocios que toma aquí su copa antes de irse a la cama y luego se traslada a su habitación.

Jeffrey podría ser mi joven estudiante.

Sin embargo, tengo una sensación de mareo cuando llegamos a la planta 17 y salimos de nuevo del ascensor.

¿Y si alguien pudiera vernos? ¿Un colega? ¿Alguien de la universidad?

¿Pensarían que es una cita?

Sacudo la cabeza. *No es una cita.* Es sólo una copa entre dos colegas. Entre un jefe y una ayudante.

Una jefa que sólo puede pensar en cómo se comería a este apuesto joven que tiene delante.

Trago saliva.

¿Es realmente una buena idea? ¿No debería irme a casa?

"¿Vienes?", pregunta Jeffrey, al que acaban de asignar una mesa para nosotros y ahora me mira expectante.

Asiento con la cabeza.

Después de todo, quedaría mal si saliera corriendo. No es hasta que caminamos por el pasillo cuando me doy cuenta de lo exclusivo que es este bar de hotel. Los muebles son elegantes y gritan dinero.

El personal viste pantalón negro y camisa blanca y el público va vestido como si no estuviera tomando una copa en el bar de un hotel, sino que acabara de llegar del teatro o de la ópera.

El camarero nos lleva a una mesa junto a la ventana, que ofrece una vista impresionante del perfil de la ciudad.

"Vaya", susurro asombrada mientras nos acomodamos en nuestra mesa. *"Nunca esperé que algo así estuviera justo al lado de la universidad".*

Jeffrey me sonríe. *"Afortunadamente, muy poca gente lo sabe".*

Mira a su alrededor y, efectivamente, el bar está bastante poco concurrido.

El restaurante de al lado, en cambio, está más concurrido . *"Pero me gusta venir aquí. Sobre todo cuando..."*

Me mira penetrantemente.

"¿Si?", le pregunto desafiante.

Se muerde los labios carnosos e inmediatamente mis pensamientos cobran vida propia, pues A mí también me gustaría morderle. Durante un beso apasionado ..

"Cuando salgo con una mujer".

Siento que me sube el calor a la cara.

¿Se supone que esto es algo más que una copa entre dos colegas, después de todo?

Nos miramos y noto la sonrisa en sus labios. Apenas perceptible. Pero presente.

Me aclaro rápidamente la garganta y busco la tarjeta para hacer el pedido.

"Un vaso de vino tinto para mí, por favor", digo finalmente cuando el camarero vuelve a acercarse a nuestra mesa.

Jeffrey me cuenta alguna historia sobre dos compañeros con los que vive, pero apenas puedo seguir sus palabras.

Estoy nerviosa.

Muy nervioso.

Pero no sé por qué.

Después de todo, últimamente paso más tiempo con él que con cualquier otra persona.

Debería sentirme cómoda en su presencia y, sin embargo, apenas puedo relajarme. Una y otra vez me sorprende imaginándolo desnudo.

Cómo le beso.

Cómo dejo que mis dedos se deslicen sobre su piel desnuda y suave.

Y finalmente... cómo empuja su gran polla con fuerza dentro de mí.

No se me ocurre nada más. Y es terrible.

Porque lo que imagino en mi imaginación nunca sucederá.

No se puede.

No puedo permitirlo.

Empieza a reírse y, para no llamar la atención, me río yo también y, de repente, siento su mano en mi pierna.

Le miro, sobresaltada, pero él los deja con confianza y me mira directamente a los ojos.

"Tengo que decírtelo otra vez, pero hoy estás realmente preciosa".

Siento cómo me ruborizo. *Oh Dios, ¿sabe lo que ha pasado por mi cabeza todo este tiempo?!*

¿Sospecha algo?

"Gracias", murmuro y vuelvo a coger el vaso, que ya está vacío.

Jeffrey reacciona de inmediato y le hace señas al camarero para que se acerque. *"¿Otra?"*, me pregunta, a lo que yo asiento automáticamente sin que se me pase por la cabeza.

El alcohol me vuelve loco. Debería dejarlo.

Aquí y ahora.

Pero no puedo. No quiero.

Miro los ojos brillantes de Jeffrey.

En su rostro se dibuja una sonrisa de satisfacción.

Todo va según lo previsto para él. Al menos eso es lo que dice su expresión facial.

¿Un momento! ¿Y si lo planeó todo? ¿Emborracharme, seducirme y luego tomar fotos en secreto de nosotros teniendo sexo? ¿Para poder destruirme a mí y a mi carrera?!

La cabeza me da vueltas.

"¿Profesor?", oigo que me llegan las palabras de Jeffrey como a través de un túnel.

Sacudo la cabeza. *"No es nada. No pasa nada. Sólo creo que la próxima vaso de vino. Realmente necesito llegar a casa".*

Siento la mirada preocupada de Jeffrey sobre mí. *"Vale. No hay problema"*, responde apresuradamente y levanta la mano para avisar al camarero de que nos vamos.

Jeffrey paga y me acompaña fuera. *"¿Aún quieres que te lleve a casa?"*, me pregunta, a lo que niego enérgicamente con la

cabeza. ¡Imposible!

Señalo con la barbilla en dirección a mi coche, que he aparcado esta mañana en el aparcamiento de profesores. "Estoy *aquí con el coche*", digo e intento dar un paso al frente.

Pero no funciona.

El mareo me tiene en sus garras.

"De ninguna manera te dejaré conducir en estas condiciones".

Saca su teléfono móvil y llama a un número.

Supongo que llamará a un taxi, así que le dejo. Probablemente sea la mejor opción.

Pero no habla con un taxista.

Está hablando con un conductor, sí. Pero es su chofer. Su chofer personal que aparecerá aquí en cinco minutos para recogernos. *A nosotros*. No sólo a mí.

Y, sin embargo, dejo que ocurra. Incluso cuando se sienta a mi lado en el asiento trasero y le da mi dirección al conductor. Y también cuando me ayuda a salir del coche para acompañarme a la puerta.

Estamos en mi terraza y me mira críticamente. *"No puedo dejarte sola en estas condiciones"*.

Mira a su alrededor y no descubre más que bosques.

"No hay nadie aquí si tu condición empeora."

"Jeffrey", murmuro, sacudiendo la cabeza. *"Sólo estoy un poco mareada. Probablemente ha sido el vino. No es para tanto. Vete a casa"*, le digo con firmeza, pero él no afloja.

Me quita la llave de la mano, abre la puerta y me lleva dentro. Directamente a mi salón para colocarme en el sofá.

Luego va a la cocina a por un vaso de agua para mí.

Y quizá me alegro un poco de que esté ahí y de no tener que pasar por esto sola.

Porque no estoy sólo un poco mareado.

Me siento tan mareada que tengo que sujetarme cuando quiero levantarme. No sé lo que es. Quizá sea el alcohol.

Pero quizá también sea todo el trabajo de las últimas semanas unido a dormir demasiado poco.

En cualquier caso, el agua, el entorno familiar y la mirada preocupada de Jeffrey hacen algo.

Vuelvo a sentirme mejor.

"Me has a s u s t a d o d e v e r d a d", me dice cuando vuelvo a tener un poco más de color e n l a cara.

"Lo siento", murmuro y me enderezo un poco en el sofá. Y solo entonces me doy cuenta del desorden que hay aquí.

Mi ayuda doméstica no vendrá hasta mañana.

Así que hay blusas y faldas sin planchar por todas partes, los platos usados se amontonan en el fregadero y el suelo está terriblemente sucio porque ayer estuve trabajando un poco en el jardín. *" Y siento el desorden que hay aquí, pero..."*, empiezo, pero Jeffrey me interrumpe.

"No lo sientas. En absoluto".

Me mira con tanto cariño que rápidamente echo por la borda todas mis dudas sobre él. Desde luego, no quiere hacerme daño. ¿Por qué iba a hacerlo? Con la exhibición del

carta de recomendación, tiene todo lo que necesita. No tiene que destruirme por ello también.

"Lo cual siento mucho" , dice finalmente, sosteniéndome la mirada.

Me vuelve a poner la mano en la rodilla y, aunque le miro sorprendida, me suelta.

dijo allí. *" Siento mucho que nuestra velada terminara tan abruptamente"*.

Siento que el corazón me late un poco más deprisa y se me forman finas gotas de sudor e n l a frente.

Ahora está tan cerca y su mano sigue cálida y pesada sobre mi rodilla. Pero, sobre todo, veo en sus ojos que quiere estar aquí.

Aquí en mi casa, en mi sofá, frente a mí.

En todo ese tiempo, sólo podía pensar en cómo lo deseaba. Yo, como una mujer casi anciana. Y él, como un joven estudiante de veintipocos años.

Nunca pensé ni por un segundo que él también podría desearme.

Pero incluso si lo hiciera... no podría permitirlo de todos modos.

Pero luego se acerca.

Su cara se acerca a la mía.

Sus labios están a pocos centímetros de los míos y entonces ocurre. Nos besamos.

Suave y casi inocente. Pero tan llena
de pasión.

Tanta pasión que me supera. No puedo
evitarlo.

Le pongo la mano en la cabeza y tiro de él hacia mí.

Presiona mis labios firmemente contra los suyos. Abro la boca para acercar mi lengua a la suya.

Es como mi fantasía y, sin embargo, mucho mejor.

Porque es real.

Con avidez, empieza a desabrocharme la blusa y pone sus manos sobre mis turgentes pechos.

Con la misma avidez, le abro la camisa y pongo las manos sobre su pecho entrenado.

Cubro su suave piel de besos antes de que vuelva a agarrarme y me tire de espaldas sobre el sofá.

Empieza a abrirme los pantalones y me los baja lentamente por las piernas.

Su mirada... una mezcla de codicia y desconcierto cuando sólo me vio en mi ropa interior blanca
delante de él.

"Dios mío, eres aún más afilada de lo que imaginaba", dice, dejando que sus dedos recorran mi
cuerpo con reverencia.

Mi cuerpo se estremece bajo su contacto. Me estremezco y
tiemblo.

Estoy deseando que por fin me quite las bragas de las caderas y que me haga todo lo que he
imaginado durante tanto tiempo.

Alargo la mano hacia él, pero antes de que pueda tocar su dura polla, claramente visible a través
de sus vaqueros, me la sujeta con fuerza.

Me sonrío descaradamente. *"Puede que tú mandes en la oficina, pero aquí mando yo"*, dice con
su voz grave.

Palabras que casi me llevan al borde de la locura, suenan tan sexy a mis oídos.

"De acuerdo", por lo tanto me limito a presionar y le dejo hacer.

Se inclina de nuevo hacia mí y me besa.

Luego mi cuello, mi escote y mi vientre. Pero cuando por fin llega a mi monte de Venus, se frena y vuelve a empezar.

Gimo de desesperación. Lo hace a propósito para tomarme el pelo.

Vuelve a sonreír. "*Eres realmente muy impaciente*", dice, agarrándome alegremente los pechos, que llevan un delicado sujetador de encaje.

Abre hábilmente el cierre a mi espalda y me los mira un momento. Luego empieza a jugar con mis pezones.

Primero la toma muy suavemente entre sus dedos.

Lo toca, lo acaricia y lo lame cuidadosamente con la lengua hasta que lo pellizca con fuerza.

gimo. "*Joder*", grito mientras un dolor agudo recorre mi cuerpo. Un dolor que poco después se convierte en placer y me moja un poquito más. Si es que eso es posible.

Porque tengo la sensación de que ya se me está acabando.

De nuevo sonrío y lo repite.

Esta vez la mantiene aún más tiempo y me observa entrecerrar los ojos, morderme los labios y disfrutar.

Ni siquiera noto cómo ha deslizado una mano bajo mis bragas.

Sólo me doy cuenta cuando empieza a acariciarme el clítoris con la punta del dedo y una intensa sensación recorre mi cuerpo.

Continúa.

Presiona con un dedo mi clítoris, acariciándolo y estimulándolo, mientras su otra mano se centra en mis pezones, apretándolos y tirando de ellos.

Gimo fuerte cuando noto que desliza un dedo dentro de mí.

Con cuidado, pero con urgencia y firmeza. Me masajea desde dentro y vuelvo a estremecerme.

Eso era. Exactamente el lugar correcto que acababa de encontrar.

No puedo seguir.

Quiero más.

Quiero despegar el último trozo de tela de mi cuerpo y, sobre todo, quiero quitármelo por fin.

Quiero mirar su polla, tocarla, llevármela a la boca y, por fin, sentirla dentro de mí.

Pero en vez de eso me desnuda.

Me desliza las bragas por las caderas y me abre las piernas.

Desaparece entre ellos con la cabeza y empieza a lamerme. Primero me pasa la lengua por el clítoris, luego me mete un dedo y luego otro.

Respirando agitadamente, me tumbo en el sofá y disfruto.

Disfruto de cómo sus dedos se clavan en mí, de cómo su lengua recorre mi clítoris una y otra vez y de cómo taladra la carne de mi muslo con la otra mano y me sujeta con fuerza.

Mis manos arañan el cojín de mi sofá y siento que me acaloro cada vez más. Se me acelera el pulso.

Mi pecho sube y baja cada vez más rápido.

Y siento algo más: un orgasmo inminente que se precipita hacia mí a la velocidad del rayo.

"Oh Dios, sí. Estoy a punto de correrme", gimo, respirando agitadamente mientras él continúa. Persistente y hábil.

Y entonces ocurre.

Vengo.

Feroz e intenso.

Mi cuerpo tiembla, mi pelvis se estremece.

Aspiro el aire bruscamente y me alejo de él.

Su lengua sigue presionando mi clítoris hipersensible. Sus dedos siguen dentro de mi húmedo coño.

Pero no se detiene.

Continúa.

Le pongo las manos en la cabeza, queriendo apartarlo y abrazarlo al mismo tiempo. Esto es demasiado bueno para parar. Aunque apenas soporto su lengua en mi clítoris.

Lo dejaré pasar.

Dejo que lo haga mientras mantengo los ojos cerrados y me concentro en la increíble sensación de mi abdomen.

Y luego, sin previo aviso, vuelve a ocurrir.

Me corro. No tan fuerte como la primera vez, pero al menos igual de intensa.

Me suelta.

Sonriendo, me mira tumbado exhausto en el sofá.

Se desabrocha los pantalones y se los pone por encima del culo.

Su polla tiesa atraviesa los boxers negros y vuelvo a estirar la mano para cogerla.

Quiero tocarlo.

Quiero agarrarlo con los dedos. Quiero

sentir lo grande y dura que es.

Pero otra vez no me deja.

En lugar de eso, me agarra por los hombros y me pone boca abajo. Y antes de que me dé cuenta, estoy tumbada con la cara sobre el cojín mientras él tira de mí hacia él por la cintura.

"Oh, Dios, estás tan mojada", le oigo murmurar mientras sus dedos recorren mi hendidura.

Gimo de placer mientras me mete primero uno y luego dos dedos y me masajea desde dentro.

Empujo mi pelvis hacia él con urgencia. Ahora fóllame ya.

Pero me deja retorcerme. Con una mano me recorre la espalda y el culo, al que presta especial atención. Lo amasa, le da ligeras caricias y lo recorre una y otra vez con movimientos circulares.

Y entonces... cuando ya no esperaba que finalmente
en mí, sucede.

De un potente empujón me penetra. Tan fuerte que me deja sin aliento por un momento.

Tan violentamente que me hace estremecer. *"Joder, sí"*, suspiro, echando la cabeza hacia atrás y mordiéndome la lengua. *"Joder"*, vuelvo a decir mientras él empuja un poco más dentro de mí.

Tan profundo que siento un tirón dentro de mí.

El tirón que siempre me hace vacilar entre el dolor y la excitación. Pero hoy está caliente.

Hoy quiero más.

Sus manos ahora van a mis caderas y me sujetan fuerte y entonces empieza. Entonces empieza a follarme.

Y de nuevo, es como en mi imaginación.

Es caliente, es perverso y, sobre todo, es tan increíblemente bueno que ya me gustaría poder repetirlo aquí todos los días.

Jeffrey es persistente.

Durante unos minutos me folla en esa posición antes de volver a agarrarme y ponerme boca arriba.

Me pone las piernas sobre su hombro y se agacha hacia mí antes de volver a empujar su polla dentro de mí y continuar.

Lo siento aún más profundo en esta posición. Y mi lujuria se hace aún mayor.

Vuelve a bajarme las piernas y se apoya en el sofá con los antebrazos. Se tumba encima de mí y me agarra la cara con las manos.

Nos miramos mientras él está muy dentro de mí y me folla con movimientos cortos y rápidos. Le pongo las manos en el culo y le empujo aún más dentro de mí.

"*Oh, Dios*", gimo mientras él encuentra el punto justo en esta posición y mi tercer orgasmo se anuncia.

Cierro los ojos, suspiro suavemente y me corro casi sin darme cuenta una vez más.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Jeffrey me sonríe.

Me agarra de nuevo y se pone boca arriba. Ahora estoy tumbada encima de él.

Sus manos en mis caderas.

Abro las piernas y me siento, apoyando las mías junto a su cuerpo y echando la cabeza hacia mi cuello mientras lo cabalgo.

A veces lento y placentero. A veces feroz y rápido.

Entre medias, no dejo de mirarle. Cuando no mantiene los ojos cerrados, me mira con una mezcla de calentura e incredulidad.

"*Enseguida voy*", murmura por fin, apretando más sus dedos contra mis caderas.

Acelero el ritmo.

Subo y bajo sobre él cada vez más rápido.

Jeffrey ha entrecerrado los ojos y se muerde los labios. Su cuerpo tiembla.

Su respiración es cada vez más rápida.

Está casi listo.

Me vuelvo aún más rápida. Hago círculos con las caderas, me dejo caer arriba y abajo y entonces su agarre se hace aún más fuerte y siento cómo se retuerce dentro de mí. Gime con fuerza cuando el clímax se apodera de él y descarga su pegajoso esperma dentro de mí.

Voy más despacio.

Dejo que se retuerza dentro de mí y disfruto de su orgasmo antes de apartarme lentamente de él y dejarme caer a su lado.

Todavía con los ojos cerrados, me acerca a su pecho y me rodea con el brazo. Casi puedo oír con qué fuerza late su corazón.

"Uf", dice finalmente al cabo de un rato y se frota los ojos con el dorso de la mano.

No encuentra las
palabras.

Y yo tampoco.

No puedo explicar cómo ha sucedido. Pero no me arrepiento. Fue increíble.

Demasiado caliente para dejarlo en una cosa de una sola vez.

Sin embargo, hay un silencio entre nosotros.

Trabajamos juntos.

No sólo soy su jefe, sino también su profesor. Y él es mi
alumno.

Trago saliva porque me invade una conciencia culpable, que no parece escapársele.

"No te preocupes", me dice mirándome directamente a los ojos. "No se lo diré a nadie".

Exhalo aliviado.

Esto podría costarme mi
trabajo. Estoy seguro de que lo
sabe.

"Pero", empieza, mordiéndose los labios.

El mal presentimiento ha vuelto. Claro que hay un *pero*. Quiere algo de mí. ¿Un sobresaliente?

¿Las respuestas del próximo examen? ¿Otra carta de recomendación?

Le miro con ansiedad.

"Prométeme que es la última vez", me dice para mi sorpresa y me sonrío.

El alivio vuelve a recorrer mi cuerpo. Por otro lado... ¿Cómo iba a prometerle algo así? *Puede que hoy haya funcionado, pero ¿cómo será la próxima vez? ¿En mi despacho? ¿En la biblioteca cerrada? ¿En su habitación de la residencia?*

Pero cuanto más lo pienso, más hormigueo siento y mi abdomen me informa.

¡¿Cómo podría decir que no a esta tentadora oferta?! Sería un completo idiota.

Después de todo, esto es lo que he querido durante tanto tiempo.

"De acuerdo", le digo, sonriéndole también. *"Te lo prometo"*.

FIN

Caballeros del Placer - Montados por la Joven Doncella Parte 1

Jadeando, el semental negro se detuvo.

El aire caliente de las profundas fosas nasales del caballo humeaba como pequeñas nubes en el aire fresco de la mañana, envolviendo al jinete en una espesa niebla.

Richard saltó del lomo del animal con un hábil movimiento y aterrizó en el duro suelo de hierba helada del pequeño claro, cubierto de rocío.

La montura relinchó brevemente al oír el tintineo del acero afilado en la cadera de Ricardo, pero enseguida empezó a pastar tranquila y apaciblemente de nuevo cuando el caballero desenvainó la espada de la túnica, la dejó en el suelo y se acomodó junto a ella con su bolsa de provisiones. La brillante arma relucía fulgurante a la luz del sol naciente, proyectando cálidos rayos sobre la piel áspera y curtida del joven caballero y haciendo brillar algunas de las muchas cicatrices adquiridas en batalla que tenía en el rostro.

La armadura de Ricardo no era una pieza única, glamurosa y ricamente decorada, fabricada por un respetado herrero de la corte.

En su lugar, llevaba la cota de malla de cuero y escasas escamas de acero de su abuelo sobre el jubón marrón de su gabán.

Como hijo de un simple granjero, no se había ganado su título de caballero por su alta cuna, sino que había luchado duramente por él con sangre y hierro.

Hacía dos años, Richard había sido recompensado con el título de caballero por sus destacados servicios al Príncipe, un alto honor que era el orgullo de Richard y que aún le llenaba de alegría y satisfacción cada día, meses después de su nombramiento como caballero. Ahora se encontraba a dos días de cabalgata de su ciudad natal, camino de una remota y pequeña aldea donde debía recaudar los impuestos anuales en nombre del príncipe.

Una tarea que le disgustaba, muy alejada de la virtud y el honor caballerescos, pero había que hacerla, y aquí estaba sentado, a medio día de cabalgata de la aldea en cuestión, en el suelo húmedo del bosque, consumiendo una última pequeña comida antes de emprender el último tramo del camino.

Con el estómago lleno, el rostro iluminado por el sol y el aire fresco del bosque en los pulmones, el caballero montó en su caballo negro y le dio espuelas, resoplando ruidosamente, de modo que la tierra se agitó bajo los cascos del gran animal y los dos se pusieron en marcha a través del bosque con un fuerte ruido de cascos.

Lydia

Con los dedos fríos y rígidos, Lydia dispuso los pequeños troncos en el gran horno de la panadería y añadió algunas piñas secas antes de prender chispas con un hierro de fuego e intentar que ardiera la yesca.

Tras unos cuantos golpes infructuosos, el hierro por fin echó chispas y pronto la leña crepitó y crepitó y pequeñas llamas parpadearon por las paredes interiores de la estufa, humeando cautelosamente.

Poco a poco iba haciendo más calor en la ronda de piedra de la pequeña panadería.

Lydia sostuvo sus frías manos con satisfacción y alivio contra las cada vez más grandes y calientes llamas de color rojo anaranjado y calentó su cuerpo, un alivio para la doncella, por lo demás bastante ligera y delgada de ropa.

Con el fuego crepitando cálida y alegremente, proyectando sombras rojas y danzantes en las paredes, por lo demás oscuras, del sombrío horno, Lydia se acercó a la mesa, que era el único mueble en el interior, por lo demás yermo, del horno, aparte de una estantería de madera para los panes terminados, y empezó a amasar ágilmente una masa gruesa previamente preparada con sus dedos, ya calentados, y a apretarla entre sus delicados y suaves dedos.

editar

La joven criada había vivido en la pequeña aldea de su familia desde su nacimiento y no había visto, oído ni aprendido nada del mundo, aparte del trabajo en la granja, hornear pan y otras pequeñas habilidades. La aldea recibía pocas visitas e incluso en los días de mercado u otras festividades normalmente sólo se invitaba a sus hermanos, de modo que la vida de Lydia había sido más bien poco emocionante, casi monótona.

Pero Lydia tenía una pasión: los caballos.

Siempre que se le permitía trabajar en los establos para los artesanos y comerciantes más ricos del pueblo, montaba los caros y majestuosos animales y sentía una edificante y maravillosa sensación de libertad y aventura cada vez que se sentaba a lomos de los grandes animales y envolvía con sus muslos los grandes cuerpos de las criaturas que montaban.

Algunas veces ya había montado en ellos, pero por miedo al castigo nunca se había alejado más de unos cientos de metros del pueblo.

Una vez que Lydia hubo formado varios cuerpos redondos con la masa húmeda y pesada como un grano, los introdujo en el calor abrasador del horno y se sentó con las piernas cruzadas frente a él para observar, fascinada y emocionada, cómo la masa, antes ligera, se convertía lenta y constantemente en un sólido pan moreno: se le hacía la boca agua.

Richard

Cuando llegué a la colina, densamente cubierta de helechos y aliagas, y el sol ya estaba alto y resplandeciente en el cielo del mediodía, iluminando con brillantes rayos el valle que se abría ante mí, vi las primeras casas bajas y sencillas del asentamiento.

Sencillas chozas de barro con tejados de paja se alineaban a lo largo de un camino de tierra pisoteada que serpenteaba desde el principio del valle como carretera principal hasta el centro del pueblo, donde poco a poco se iba encontrando con casas de piedra más señoriales.

Desde lejos oía el cacareo de las gallinas, el mugido de las vacas y el relincho de los caballos, que se mezclaban con los fuertes golpes de martillo del herrero y el murmullo de innumerables voces para formar una sinfonía de la sencilla vida del campo y que no era nada comparado con el estruendoso ruido de la gran ciudad de la que yo venía.

A paso tranquilo, dirigí las riendas de mi caballo desde la colina en la que me encontraba hacia el valle.

Aspiré con regocijo el aroma del aire, saturado de flores y prados, y desde el sillín pasé los dedos por las espigas altas y cosquilleantes de los campos que bordeaban el camino de tierra.

Me gustaba la paz idílica de esta gente sencilla que, como yo, también procedía de entornos sencillos.

El aire fresco, los cálidos rayos del sol sobre mi piel y los perfumes fragantes casi me hicieron olvidar el motivo de mi visita: tenía que recaudar los impuestos de esta gente.

Cuando llegué al asentamiento y me crucé con los primeros habitantes, que parecían enfadados, me asaltaron las primeras dudas sobre esta misión.

Las sencillas viviendas, de las que emanaban gritos de niños y olor a animales, me dieron la idea de que aquella gente tenía poco, demasiado poco para pagar impuestos a su señor...

Dirigí mi caballo hacia el centro de la aldea, donde estaban la panadería, el pozo y el mercado y donde solía vivir el jefe de la aldea.

En la pequeña plaza bordeada de casas de piedra, até mi caballo a un joven roble sombreado y miré a mi alrededor.

Espesas nubes de humo emanaban de la panadería situada a mi izquierda y bañaban el asentamiento, que por lo demás olía a estiércol y tierra, con un aroma ahumado y ácido... mi

La cabeza empezó a doler.

Tosiendo un poco por el aire ahumado, me dirigí a trompicones por la tierra aplanada de la plaza del pueblo hacia la casa de dos plantas de aspecto más caro, junto a la panadería, con la mano en el pomo de la espada.

Al llegar frente a la pesada y gran puerta de madera, golpeé dos veces con fuerza la dura madera con la mano enguantada.

"Abran, vengo en nombre del príncipe Leonard de Hohenfeld y exijo hablar con el jefe de este asentamiento", mis palabras sonaron de mi boca con voz fuerte y decidida.

Detrás de mí, el tráfico aumentaba poco a poco.

Cada vez más gente, curiosamente atraída por mis fuertes gritos, parecía afluir de las casas y patios circundantes al centro del pueblo.

Me sentí incómodo. Pasó

poco tiempo.

El lugar a mi alrededor se llenaba más y más, entonces finalmente oí pasos arrastrando lentamente los pies por los juncos del interior de la casa, poco después se abrió la puerta.

"¿Qué pasa?" me gruñó un hombre mayor, gruñón y amenazador, que llevaba el pelo gris hasta los hombros recogido en una trenza a la espalda y cuyos ojos me miraban oscura y furiosamente a través de un rostro lleno de cicatrices- Aquí tendría más trabajo del que me hubiera gustado, pensé con amargura.

Una vez más repetí las palabras que había pronunciado al principio, pero una vez más sólo recibí miradas incrédulas y contrariadas de la persona de aspecto malvado que tenía delante.

"Aquí no tenemos dinero ni grano, dile a tu príncipe que se ponga a trabajar en el campo si necesita pan.

Con estas palabras, el anciano, sin dignarme una última mirada, volvió a cerrar la puerta de un portazo y desapareció con pasos audibles en el interior de la casa.

No me rendí tan rápido, mucho tiempo había cabalgado, cansados estaban mis miembros y paciente mi espíritu, sin los impuestos no iba, así que volví a llamar.

No pasó nada durante mucho tiempo, el mercado, antes abarrotado, estaba a punto de vaciarse de nuevo, los residentes, antes divertidos, habían perdido interés, pero entonces, para mi alegría inicial, la puerta se abrió de nuevo delante de mí.

Pero esta vez el hombre no estaba solo.

Detrás de él, en la penumbra de la casa escasamente iluminada, había otros dos hombres más jóvenes que debían de llevar armas, audiblemente a través de un tintineo metálico. Ahora deseaba haber obedecido la primera petición del anciano, pero era un caballero y ahora quería comportarme como tal.

Con voz firme, haciendo acopio de todo mi valor, volví a pedir a los tres: "Repito mi exigencia por última vez, entreguen sus tributos y obedezcan las leyes del príncipe o serán juzgados por la

ley del príncipe".

Palabras de las que me arrepentí amargamente poco después.

Con un movimiento corto y repentino, los dos hombres más jóvenes se habían colocado detrás de mí con las manos en las empuñaduras de sus toscas espadas, desenvainando sus hojas con un estruendo que llenó el aire, ante un murmullo de la multitud.

Reaccioné con rapidez y logré rechazar su primer ataque. Rápida e instintivamente, salté hacia atrás, desenvainé el acero, que brillaba bajo el sol, y lo sostuve frente a mí en una postura defensiva premonitoria, con lo que logré parar un primer golpe fuerte.

Sin embargo, no aguanté mucho tiempo.

Después de rechazar el primer golpe, ambos salieron de la casa y empezaron a cortarme y apuñalarme de forma salvaje y desenfrenada.

A izquierda y derecha, arriba y abajo, las cuchillas de acero zumbaban y cortaban el aire.

y cada vez fallaba por un pelo.

Golpe tras golpe, paré los poderosos golpes y estocadas, mi respiración se hacía cada vez más pesada.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de contraatacar, noté un movimiento detrás de mí. Oí un golpe sordo en el cráneo, vi que el suelo se acercaba cada vez más de repente y luego se volvió negro a mi alrededor.

Lydia

Justo cuando la joven criada estaba sacando la última hogaza de pan del horno caliente con la ayuda de un empujador de madera para colocarla en el estante con el resto de las hogazas calientes y humeantes y envolverla en un paño grueso, oyó unos gritos excitados procedentes del exterior.

Hacía unos minutos ya se había preguntado por qué delante de la panadería había más ruido, más movimiento y más gente.

Embargada por la curiosidad, Lydia dejó el pan, volvió a colgar la gran corredera de madera en el rastrillo de la pared y se dirigió a la puerta para llegar al fondo del misterioso ruido: ¿sería otra fiesta de la que no sabía nada?

Cuando abrió la puerta de madera de la panadería, que crujía y olía a podrido, en dirección a la plaza del mercado, y tuvo que parpadear brevemente porque la luz desacostumbrada del sol abrasador del mediodía le golpeó los ojos, oyó de repente un ruido metálico: acero contra acero.

Sobresaltada, buscó entre la multitud el origen de aquellos ominosos sonidos y pronto encontró la causa de la conmoción.

No lejos de ella, frente a la casa de su padre, la excitada criada vio un espectáculo aterrador.

Un extraño caballero, espada en mano, luchaba encarnizadamente con sus dos hermanos mayores. Lydia tuvo que ayudarles.

Con el pecho palpitante de excitación, cogió instintivamente una piedra del borde de la plaza del pueblo y se dirigió a grandes y rápidas zancadas hacia el campo de batalla.

Otro poder superior se había apoderado de la joven y sencilla doncella del pueblo. Como en un frenesí, la menuda Lydia se abrió paso a empujones entre la multitud de curiosos, que se agrupaban densamente en torno a los luchadores entre exclamaciones burlonas y silbidos estridentes, comentando animadamente la acción.

Pasando por encima de brazos, hombros y gruesos cuerpos, apretó y empujó, empujando y presionando hacia delante a sus hermanos y luego, cuando hubo llegado y estaba directamente detrás del atacante, arremetió lejos y fuerte con la piedra de su derecha y golpeó tan fuerte como pudo.

Con un sonido sordo, la piedra gris golpeó la cabeza del caballero extranjero y éste se desplomó en el suelo, cayendo sobre la tierra polvorienta.

Aliviada, Lydia dejó caer la piedra y corrió hacia sus hermanos. No parecía que les pasara nada.

"Bien hecho, pequeños", la saludó Robert con un gesto de aprobación y volvió a guardar su espada en la vaina.

Mientras tanto, su otro hermano se había encaramado sobre el desconocido y anudaba con fuerza las manos a la espalda, la espada había sido cogida por su padre y hacía girar el brillante acero entre sus manos.

"No parece un niño rico, y encima estúpido", regañó con rencor y lanzó la espada a uno de los hermanos.

"Llévalo al establo por ahora Lydia, tú ve a verlo en cuanto se despierte, tal vez podamos conseguirle otra pequeña barra de monedas".

Se dio la vuelta y volvió arrastrando los pies al interior de la casa mientras sus hermanos habían cogido entre los dos al hombre inconsciente y lo llevaban como un saco de pesadas patatas hasta el final del

pueblo en dirección a su granero.

Mientras el caballero colgaba entre ellos, con el pelo oscuro cubierto de sangre pegado a la frente, Lydia sintió de pronto lástima por él, odiaba que la gente sufriera dolor o injusticias.

Pero él había atacado a su familia, él mismo era el culpable y no merecía su compasión. Al menos eso intentaba decirse a sí misma la joven doncella mientras seguía a escondidas a sus dos hermanos entre las sombras de las casas circundantes, a poca distancia.

Richard

Aturdido y con la cabeza martilleándome, recobré lentamente el conocimiento.

La lengua de mi boca reseca de polvo sabía a sangre y mi pelo estaba cubierto de suciedad y adherencias rojas y pegajosas.

Intenté agarrarme la cabeza dolorida, pero enseguida me di cuenta de que tenía las manos atrapadas en una cuerda tensa y apretada.

Enfadado, desesperado e indignado, escupí un poco de sangre por la boca y miré a mi alrededor.

Estaba sentado en el suelo de un granero medio lleno de balas de paja, con la clara luz del sol del exterior colándose por los finos huecos de las paredes de tablones, cortando rayas brillantes e inundadas de polvo en el granero.

Me arrastré unos metros por el suelo hasta la puerta, pero los tablones de madera permanecían firmemente cerrados cuando me apoyaba en ellos: tenía que haber un cerrojo delante desde el exterior.

¿Cómo hemos podido llegar a esto?

Por la mañana aún estaba de buen humor, sentado en la silla de mi caballo, dejando que el sol me iluminara y disfrutando del aroma de los bosques y los prados, y ahora estaba sentado en un granero polvoriento como un prisionero con el cráneo dolorido y la garganta ardiendo.

¿Quién debería liberarme aquí?

Lydia

Después de que mis hermanos llevaran al extraño forastero al granero y se marcharan de nuevo con gestos sonrientes y risueños, me aventuré a acercarme.

Desde el interior de la cámara de paja oí resoplidos tensos seguidos de un traqueteo de la verja.

Después, todo volvió a quedar en silencio.

En silencio y tan ágilmente como un ciervo, aceché por la hierba suave y seca por el sol hasta la entrada y acerqué el oído a la pared de tablones de madera. Aparte de una suave respiración, no oí nada, así que me atreví a mirar dentro por uno de los innumerables huecos.

Allí, agazapado en el suelo entre la paja y la tierra, yacía el desconocido, con la mirada fija en el suelo, pensativo, parecía no haberse percatado de mi presencia. Un rayo de sol que entraba en el granero iluminó su rostro y me reveló su llamativo rostro masculino, que, bajo su barba de tres días cubierta de suciedad, irradiaba una atractiva dominancia unida a una empática sensualidad, y mi cuerpo

de repente se animó extrañamente.

La visión del extraño, tendido allí a mi merced, encendió una emoción casi desconocida para mí y hasta entonces negada, una llama interior se había encendido y ahora amenazaba con iniciar un fuego pecaminoso que sólo podía apagar de una manera....

Richard

Sólo han pasado unos instantes desde que me desperté en el suelo del granero.

Oí desde fuera una figura que se movía delante de la puerta cerrada y poco después empezó a desatar las cuerdas de la puerta de madera.

La persona no era muy hábil, porque tardó bastante en deshacer los nudos.

Temeroso, esperé en una postura tensa, viendo cómo la puerta se abría con un chirrido y arrojaba una luz brillante al granero, de modo que tuve que entrecerrar los ojos deslumbrado antes de acostumbrarme de nuevo a la claridad del día.

Sin embargo, cuando volví a abrir los ojos, me relajé rápidamente.

Delante de mí no había hombres armados que quisieran quitarme la vida, sino una joven criada de aspecto inofensivo que me miraba interesada y extrañada con ojos redondos y oscuros de cierva, pero que no me daba la impresión de peligro.

Exhalé audiblemente aliviada.

"Uf me has asustado", gemí la tensión cayendo de mis miembros.

Sin responder, la criada se acercó a mí y se sentó a mi lado en el polvoriento suelo del granero.

Sus ojos brillaban intensamente y me fulguraban como diamantes pulidos.

La sentí disfrutar de mi cercanía, noté que escrutaba mi cuerpo y lo estudiaba detenidamente con su mirada penetrante, sin apartar apenas los ojos de mí.

Su presencia me dio nuevas fuerzas de un modo extraño, irradiaba un calor sustentador que desplazaba mis fríos pensamientos y alejaba el dolor y la desesperanza para llenarme en cambio de esperanza y confianza.

Tras un rato sentados juntos casi en silencio, la criada se levantó de nuevo y desapareció unos instantes.

Al salir, se volvió de nuevo hacia mí justo antes de la puerta.

"Me llamo Lydia", dijo con voz fina y brillante. Luego desapareció por un momento.

Pero pronto regresó, con un cubo de agua caliente, un trapo...

y una pequeña bolsa de comida.

Debía de ser por la tarde cuando volvió a sentarse en el suelo a mi lado y empezó a limpiarme suavemente la sangre de la cara con el paño que había traído y a limpiarme la piel, maltratada por

la suciedad.

Con suavidad y atención, acarició mi piel áspera con la tela cálida y húmeda y aflojó el polvo de mis poros.

Durante estos movimientos, sus dedos, que sujetaban la tela, también rozaron repetidamente mi cara, tocando involuntariamente nuestra piel, acurrucados uno junto al otro.

Después de limpiarme las heridas, Lydia abrió la bolsa de comida.

"Toma, coge un poco de esto para reponer fuerzas", me dijo mientras me tendía una manzana roja fresca y un trozo de carne seca.

Con avidez, mis manos hambrientas agarraron la comida ofrecida y empecé a comer.

La pulpa crujiente de la manzana era como la comida más selecta de un rey, tanto había ansiado mi cuerpo una comida después de los agotadores acontecimientos.

"Gracias, de verdad, no sé cómo podré compensarte", dije, masticando con la boca llena.

Lydia me sonrió audazmente.

Se acercó aún más a mí, me puso la mano en el muslo y replicó con una sonrisa frívola:
"Conozco una forma de recompensar mis servicios.

Mientras empezaba a acariciar con su mano derecha desde mi muslo hacia mi regazo, cogió con la izquierda una de mis manos, que previamente había liberado de las ataduras

y la guió hasta su cuerpo.

"Conseguirás tu libertad si antes me das algo", dijo, gimiendo ligeramente mientras guiaba mi mano entre sus muslos y mis dedos se encontraban con su carne desnuda bajo el vestido largo: sabía lo que quería.

Mi mano subió desde su muslo caliente hasta su vientre, que ya brillaba de lujuria y deseo.

Al llegar a su hendidura de sensualidad, las yemas de mis dedos se toparon con sus labios húmedos y se deslizaron suavemente, al principio con vacilación, luego con más determinación sobre su piel suave y húmeda, hasta posarse en su clítoris.

Lydia emitió un grito ahogado.

"Venga, ponte a ello si quieres salir de aquí", la oí gemir con voz jadeante y urgente.

Estaba a merced de la criada, pero ahora también me estaba aficionando cada vez más a sus exigencias.

Cuando empecé a jugar alrededor de su vulva cachonda de forma cada vez más extensa y desinhibida, más y más sangre se disparó en mi miembro y la tela de mis toscos pantalones de

lino se abultó visiblemente cada vez más como un saco lleno de monedas.

Lydia se dio cuenta de mi erección, vio mi tronco claramente visible bajo la ropa blanca y deslizó su mano a lo largo de mi pierna hasta él y frotó sus cálidas manos sobre mi polla cada vez más gruesa y grande, de modo que mi respiración también se hizo más rápida, superficial y lujuriosa y mi deseo y hambre por el sensual cuerpo de esta doncella se hicieron cada vez más fuertes.

Duro como el acero, mi pene palpitante ahora presionaba contra su mano.

Cada vez más fuerte, se frotaba arriba y abajo rítmica y lujuriosamente sobre la tela de mi pantalón, bajo la cual mi pene crispado quedaba atrapado en su agarre por la excitación.

Mimado por la excitación de su cachonda paja, me dejé hundir contra la paja amontonada detrás de mí y me recosté cómodamente para disfrutar del trabajo de la joven criada.

Luego, cuando creyó que mi polla estaba lo bastante dura, me agarró el pene una última vez con su delicada mano, me soltó los pantalones y me dijo: "Venga, quítate los y quizá te deje libre".

Su voz sonaba ávida, hambrienta y no dejaba lugar a dudas de que la joven criada estaba sedienta de mi duro pene como un animal escuálido.

Obedeciendo su orden, me quité los toscos pantalones de lino de mis fuertes piernas, dejando al descubierto mi abultada erección.

La criada gimió.

Con ojos brillantes y una sonrisa frívola, la criada se arrastró por el polvoriento suelo del granero entre mis piernas.

Cuando bajó la cabeza hacia mi regazo y su espesa cabellera me hizo cosquillas en los muslos desnudos al llegar justo delante de mi pene, sus pechos grandes y redondos, tirados por la gravedad, se salieron de su vestido ceñido hacia el suelo.

Como dos frutas regordetas, sus dos tetas me miraron y no pude evitar acercarme a la deliciosa fruta y apretarla con fuerza con un jadeo de excitación cuando mis dedos alcanzaron su cálida y suave piel.

Casi al mismo tiempo que agarraba sus grandes tetas, sentí que una superficie caliente y húmeda golpeaba mi glándula.

La boca de la lujuriosa Lydia había llegado hasta mi pene y ahora sus labios se cerraban lentamente alrededor de la punta de mi miembro y su lengua rodeaba la piel de mi polla y en poco tiempo mi miembro estaba cubierto de su húmeda saliva y estaba siendo ampliamente recorrido por su lengua.

Pero la sensación cachonda de mi polla en su boca no duró mucho, porque parecía como si

Sólo quería humedecerme el pene para poder usarlo mejor. Sin darme otra mirada, sus ojos sólo en mi reluciente pene mojado, Lydia me dio la espalda, se levantó el vestido y se arrodilló sobre mí en posición de cabalgada inversa y empujó su pelvis sobre mi gruesa polla para que mi húmedo miembro entrara en ella abofeteándola.

Ambos gemimos por igual cuando mi pene la penetró y sentí su apretado calor encerrando mi miembro.

Sus brazos se extendieron por detrás y Lydia se levantó la amplia falda para que yo pudiera ver por fin su apretado y magnífico trasero, que bajaba y subía sobre mi polla, acogiendo mi miembro con cada uno de sus rítmicos movimientos.

Nuestros cuerpos se encontraron, abofeteándose, y sus movimientos de cabalgada cada vez más firmes sobre mis lomos hicieron que el polvo del granero se arremolinara salvajemente, envolviendo nuestros cuerpos semidesnudos en una densa niebla de grano iluminado por el sol.

Su agitada cabellera caía danzando por su espalda hasta justo antes de su culo, mientras ella empujaba su pelvis cada vez más fuerte sobre mi polla, cabalgándome como si fuera un caballo salvaje en el campo de batalla.

Entonces se inclinó hacia delante con la parte superior de su cuerpo a mis pies y casi sólo vi su culo regordete delante de mí, que se movía de un lado a otro y ahora sólo recogía la mitad de mi vástago porque el ángulo era diferente al anterior.

Desde delante oía fuertes y animalescos gritos de placer, los dedos de la criada arañaban la carne de mis pantorrillas con cada empuje de sus caderas, y de su garganta salían sonidos de placer cada vez más intensos.

Como controlado por mi calentura, mis manos avanzaron hacia su trasero contoneante y empezaron a masajear las firmes mejillas de su culo y a acariciar la cálida piel de sus nalgas rollizas, haciendo que mi polla dentro de ella se endureciera y agrandara una vez más, perforando su tierno cuerpo con más violencia aún.

A Lydia le gustaban mis grandes zarpazos en sus exuberantes nalgas y estiraba y estiraba su trasero invitadoramente, gimiendo aún más fuerte que antes al contacto de mis manos.

A las ricas palmadas de nuestros cuerpos se unían ahora los sonoros portazos de mis palmas, que ahora descendían sobre su trasero y lo cubrían de ricas caricias.

Roja como un tomate, la antes desnuda piel blanca del redondo culo brillaba ahora ante mí, atrayéndome más que nunca.

Lydia parecía haberme utilizado lo suficiente por ahora -pensé-, porque se bajó de mis lomos con un sonido resbaladizo y se volvió hacia mí.

Cuando volvió a dejar caer la falda sobre su trasero desnudo y cubrió por el momento la vista de su sensual cuerpo, me concedió la visión de otra delicia.

Volvió a sentarse conmigo y, con tentadora lentitud, saboreando mis miradas lujuriosas, se desabrochó los botones del vestido por arriba y poco a poco fue dejando al descubierto más y más de sus dos turgentes y grandes pechos, que, como prisioneros acalambrados, se abrían ahora con avidez, queriendo escapar del vestido.

Cuando por fin se desabrochó los últimos botones, las tetas cachondas cayeron como cerezas maduras de la tela del vestido y me miraron tentadoras y seductoras con sus pezones duros y puntiagudos.

Quise acercarme a sus pechos, pero Lydia rechazó mis manos y se retiró.

"Así no", dijo descaradamente y volvió a deslizarse un poco sobre mí.

Decepcionado, quise apartar la mirada, pero entonces la vi mover sus firmes pechos hacia mi polla y mi placer se reavivó de inmediato.

Puso las dos tetas alrededor de mi miembro palpitante como cálidas almohadas de lujuria y escupió sobre ellas.

En el húmedo jugo de su saliva, apretaba ahora sus dos grandes pechos frotándose contra mi miembro y me arrancaba violentos gemidos.

Excitado y al borde del clímax, sentí la cálida piel de sus tetas rozando mi miembro y sus dos pezones puntiagudos presionando mi glande.

Luego, mientras seguía apretando sus pechos contra mi pene, hizo un puchero con la boca y la pasó sobre mi glande, de modo que mi miembro estaba ahora a punto de estallar, rodeado entre los pechos y la boca de Lydia.

Gemí cada vez más fuerte, hundí los dedos en el suelo polvoriento del granero y, con un orgasmo explosivo, el jugo caliente y pegajoso salió disparado de mi pene y se derramó sobre los labios y las tetas cachondas de la joven criada.

Brillante y reluciente, mi esperma se esparció en la hendidura entre sus pechos, en su boca y en sus pezones rosados.

Lascivamente, acarició con los dedos la sustancia pegajosa y se metió las yemas de los dedos cubiertos de blanco lujuriosamente en la boca, lamiendo mi jugo de sensualidad como si fuera un alimento dulce y delicioso.

"Por ahora, ya has cumplido tu servicio, caballero desconocido", me dijo sonriéndome conspiradoramente mientras se bajaba de mí e intentaba volver a meter sus dos pechos pegajosos en su ajustado vestido.

"Pero hoy no le pondré en libertad, pero si sigue haciendo lo que le digo, lo reconsideraré".

Quise protestar, pero Lydia se alisó el vestido, se puso el dedo índice delante de la boca para que me callara y salió del granero.

Desde dentro, la oí volver a cerrar la puerta y salir corriendo por el prado.

Podría haberme resistido, dominarla y huir, pero la lujuria en mí había sido demasiado grande, pues el hecho de que aún no me hubiera soltado sólo podía significar una cosa: volvería a correrse y yo también quería volver a correrme sobre ella.

Pues lo que había vivido en el granero era mejor que el quehacer diario de un simple caballero.

FIN

Caballeros de la lujuria - Parte 2

Silenciosamente, el resplandeciente sol anaranjado del atardecer desapareció tras el horizonte adornado de prados y campos, dando paso a la negra y profunda oscuridad de la noche, que se instaló como una cortina impenetrable sobre la aldea en la que el joven caballero Ricardo continuaba atrapado.

El aire se enfriaba notablemente y el viento que penetraba en el interior del granero a través de las numerosas goteras de la pared entablada hacía temblar a Richard.

El día anterior había llegado a la aldea el joven, valiente e inexperto. Como enviado del príncipe, le había tocado recaudar impuestos y derechos de la población rural, una tarea desagradable y siempre peligrosa, sobre todo cuando se viajaba solo.

Sin embargo, todo había ido bien durante mucho tiempo.

Día tras día, Richard se había sentado en la silla de montar de su semental negro, con las riendas en la mano y el firme latido del cuerpo en movimiento del caballo bajo él, había recorrido pueblo tras pueblo, adentrándose cada vez más en zonas desconocidas para él. Pero además de la naturaleza que le rodeaba, de la que Richard había disfrutado a menudo y con gusto en el transcurso de su viaje, también había cambiado el estado de ánimo de las personas que había conocido.

Era como si el rechazo, el disgusto y la ira por su aspecto hubieran crecido con cada metro que se alejaba de su casa.

Mientras que al principio se encontró con caras alegres y sonrientes, saludos y conversaciones imparciales, en los últimos asentamientos a los que llegó se entremezclaban ceño fruncido, insultos y gestos despectivos.

Aquí, en el fondo del país, la gente odiaba todo poder principesco.

Se tenía poco.

La pobreza y la enfermedad caracterizaban la vida, a la gente le quedaba poco para pagar impuestos o aranceles, y ése había sido precisamente el problema.

Palpitante y palpitante, el dolor había vuelto y Ricardo podía sentir la sangre palpitante en las

sienes hinchadas de su cráneo, donde el golpe con una piedra le había golpeado horas antes y le había enviado al reino de los sueños.

Se había despertado aquí, en el suelo frío y terroso de un granero polvoriento y lleno de paja a las afueras del pueblo.

Con los brazos atados a la espalda y encerrado en esta oscura y entablada vivienda, había pensado que nunca saldría de aquí con vida, pero entonces se había abierto una oportunidad para el joven y apuesto caballero, una oportunidad con cuya ayuda podría conseguir liberarse de las garras de este despiadado y peligroso asentamiento y escapar.

Poco después de despertarse de su desmayo, una criada de su misma edad se le había acercado sigilosamente en el granero, le había limpiado las heridas y le había dado de comer.

Entonces ella le había dicho las condiciones de su ayuda, y esas condiciones habían requerido todo su esfuerzo físico.

Y la astuta y taimada doncella quería más, ni dejó que el joven y fuerte caballero se soltara de sus garras, ni él poseía nada que ella quisiera utilizar.

Desvergonzado, copioso y salvaje.

Y era sólo cuestión de tiempo que volviera y demandara sus *servicios* de nuevo.

Richard

Intenté entrecerrar los ojos para penetrar con la mirada en la oscuridad cada vez mayor, pero fue inútil.

Las vigas y los fardos del interior del granero que me rodeaban fueron desapareciendo cada vez más de mi campo de visión y pronto sólo fueron sombras oscuras, negras e irreconocibles en la nada de la noche.

El aire a mi alrededor se hizo más fresco, pero aún así el olor a polvo y paja me oprimía la nariz y me producía un cosquilleo desagradable.

Tuve que estornudar.

Después de la compañía de la joven criada, me había sentido esperanzado de nuevo durante unos minutos, había pensado que mi situación no era desesperada, que saldría de aquí, lograría escapar del encierro en este granero estéril.

Pero ahora, cuando la oscuridad y el frío se asentaban pesadamente sobre mí y me robaban la orientación y la fuerza, volvía a sentirme vacía, sola y desesperada.

Temblaba e intentaba calentar mis miembros, que se agarrotaban lentamente, moviéndome, pero los grilletes apretados, que me cortaban dolorosa y profundamente la piel, me lo impedían.

La desesperanza se extendió e inundó mis pensamientos.

La oscuridad de la noche parecía extenderse también por mi mente.

Lúgubre, eché hacia atrás unos centímetros mi cuerpo, que apenas se movía, para apoyarme mejor en uno de los fardos de paja, y eché hacia atrás la cabeza, pesada y cansada.

Si había una forma de escapar del sufrimiento y la desesperanza, al menos durante un breve espacio de tiempo, era dormir.

Así que intenté desterrar todos los pensamientos negativos y corrosivos y dar descanso a mi cuerpo.

Poco a poco, muy despacio, sentí que los tensos y endurecidos músculos y tendones de mi cuerpo se relajaban, se aflojaban y me invadía un cansancio plomizo y abrumador que me dejaba caer cada vez más en un sueño profundo y pesado.

No pude dormir mucho, porque cuando me despertaron los chirridos de la puerta del granero abriéndose lentamente, la luna aún estaba alta en el firmamento de una noche que, de otro modo, sería negra como el carbón.

"Shh, ¿estás despierto?".

Una figura menuda y oscura me susurró desde la entrada en voz baja y suave.

"¿Quién quiere saberlo?", respondí asombrado de vuelta hacia la persona sombría.

"Bueno quién te crees, levántate, tenemos que irnos".

Tardé un instante en darme cuenta de quién estaba allí, frente a mí, al resplandor de la pálida luna, ordenándome que me levantara.

"Vengo a cumplir la parte de mi trato".

Lydia, la criada que me había visitado antes y me había utilizado a mí y a mi cuerpo desvergonzada y salvajemente, se acercó más a mí para que a través de la pálida luz de la luna que entraba pudiera distinguir los contornos de sus finas facciones, que se abrían uniformemente ante mí.

La piel clara y tersa de la joven y sencilla aldeana brillaba atractivamente opaca y su encantador y dulce aroma era un cambio bienvenido respecto al olor del suelo terroso del granero.

"Vamos, te ayudaré a levantarte".

Con firmeza y sin ninguna timidez, apretó sus delgados pero fuertes brazos bajo mis axilas y me ayudó a ponerme en pie.

Podía sentir cómo disfrutaba de esta proximidad física y apretaba su delicado cuerpo contra el mío durante más tiempo del realmente necesario.

"¿Adónde quieres llevarme?", le pregunté ahora más exigente, mirando con insistencia los ojos

grandes y color leonado de la bonita doncella, que parecían brillar intensamente a pesar de la oscuridad.

Quería saber qué tramaba.

Una vez más, no quería caer en sus promesas vacías, pero ella era el único ancla de esperanza que me quedaba y sabía que tenía que hacer lo que me pedía para escapar del cautiverio.

"¿No te gustaría saberlo?", respondió ella, aparentemente poco impresionada, con una sonrisa pícara y una risa burlona.

Todavía me tenía agarrado y era más que consciente de ello.

Un grito, una llamada suya, un paso en falso mío y el pueblo, incluidos sus brutales hermanos, se despertaría y vería lo que estaba pasando.

Parecía haber leído mis pensamientos ansiosos.

"Que quede claro, si no obedeces y haces lo que te digo y te pido, nunca saldrás de aquí".

Para reforzar su amenaza, Lydia se dio una palmada en la mano derecha.

de su cadera y se podía oír el peligroso sonido del acero afilado a través del áspero tejido de su capa.

La criada estaba armada.

Aunque dudaba de que la simple hija de un granjero supiera manejar un arma, no quería arriesgarme.

"Así que vamos, sígueme".

Volviéndose una y otra vez hacia mí, Lydia se alejó, adentrándose en la negra y silenciosa noche.

Después de unos metros, que me resultaba difícil calcular debido a la oscuridad y a mi falta de conocimientos locales, llegamos a las primeras casas residenciales del pueblo.

En la mayoría de las escasas y sencillas chozas de barro estaba oscuro y sólo se oían los resoplidos, arañosos y gorgoteos de los animales que vivían en pequeños establos cercados alrededor de las casas para calentar con su calor corporal el interior de las lóbregas viviendas.

Lydia se arrastró ahora con más cuidado y deliberación a lo largo de las hileras de casas.

Una y otra vez me miraba con severidad para asegurarse de que la seguía, y así era.

Con gran esfuerzo intenté seguir su ritmo, pero me resultaba difícil mover mi cuerpo grande y maltrecho en silencio y sin hacer ruido por el suelo embarrado de la calle del pueblo y una y otra vez tenía que detenerme para evitar pequeños charcos o piedras que siempre aparecían delante de mí en el último segundo debido a la oscuridad.

" Ahora quédate cerca de mí y no hagas ruido ".

Lydia me atrajo hacia ella con la mano y me señaló una casa algo más grande, de varias plantas, construida en piedra y madera, de la que aún emanaban luz y sonidos hacia la calle.

El edificio, que aún parecía ocupado, parecía ser una posada.

El parpadeo de la chimenea y la luz de las velas del interior proyectaban sombras en movimiento en el exterior y se percibía el inconfundible y delicioso olor a carne asada, cerveza y humo que ascendía hasta mis fosas nasales con fruición y rodeaba el edificio como una niebla seductora.

Lo que hubiera dado por un lugar cálido y acogedor en una taberna.

Estábamos a punto de seguir caminando y pasar la posada cuando la puerta de la casa se abrió chirriantemente y dos hombres tambaleantes salieron al tenue resplandor de la luz que entraba por las ventanas.

"Te digo que no le queda ni un céntimo, nos ocuparemos de él mañana".

El otro, que sólo podía caminar con apoyo y desprendía un acre olor a alcohol, asintió confusamente con la cabeza, al parecer incapaz ya de responder con frases completas.

La sangre se me heló en las venas, porque ellos dos sólo podían significar una cosa.

Tenía que salir de aquí, de lo contrario no sobreviviría mañana.

Lydia me apretó firmemente contra la fría pared de la alcoba donde nos escondíamos y, con un dedo en la boca, me dijo que me callara.

No necesité ninguna instrucción para ello.

Con todas mis fuerzas reprimí cada movimiento y cada sonido, aguantando la respiración lo mejor posible e intentando no dejar escapar ni un suspiro.

Podía oír los latidos de mi corazón martilleando con ansiosa excitación contra mi pecho, agudizando todos mis sentidos para una inminente confrontación. Los dos borrachos tropezaron unos pasos en nuestra dirección y mi pulso palpitante me oprimió con tanta fuerza las sienes y los oídos que casi no podía oír otra cosa que el violento latido de mi sangre palpitante.

Se acercaban cada vez más.

Mis músculos se tensaron y cada fibra de mi cuerpo estaba dispuesta a luchar, pero entonces, en el último momento, a pocos metros de nuestro escondite, las dos figuras que apestaban a humo y cerveza se dieron cuenta de que probablemente tenían que ir en otra dirección después de todo y nos dieron la espalda justo antes de vernos, alejándose tambaleándose brazo en alto en sinuosas líneas por el suelo embarrado.

Con un gesto enfático de la mano, Lydia me dijo que esperara un poco más. Lo pensé con gusto, exhalé pesadamente y con alivio y casi me hundí en el suelo con la tensión cayendo, tan blandas

me sentían las piernas.

"**¿Estás bien?**" preguntó Lydia preocupada, mirándome con simpatía.

"**Sí, estoy bien , sólo necesito salir de aquí cuanto** antes ".

Después de que la bulliciosa risa de los dos borrachos se apagara por completo en la densa multitud de oscuras hileras de casas y volviera la silenciosa quietud de la noche, avanzamos ahora con más cautela que antes.

Cada suave ráfaga de viento y cada susurro de las hojas, por delicado que fuera, me sobresaltaba, mientras seguíamos arrastrándonos por el pueblo dormido en una postura encorvada, con sólo la pálida luz de la luna llena para iluminar el camino ante nuestros ojos bien abiertos.

El orbe resplandeciente en el firmamento sólo había recorrido una corta distancia desde nuestra partida, la medianoche no podía haber sido hace mucho.

Pero me sentía como si hubiéramos estado en la carretera durante horas. Me sentía cansada, exhausta y agotada.

Justo cuando estaba sacando mis botas sucias de un charco de barro, que había visto demasiado tarde debido a la oscuridad y me esforzaba por no hacer ruido, Lydia se detuvo a unos metros delante de mí y me miró conspiradoramente.

Por lo que parece, por fin hemos llegado a nuestro

destino. Miro a mi alrededor esperanzado.

La joven doncella se había detenido frente a una casa de madera más grande situada al final del pueblo, desde cuyo interior podía oír el familiar bufido y relincho de varios caballos.

¿Así que Lydia iba a dejarme marchar? Me

armé de nuevo de valor.

La criada se acercó a la puerta de madera del establo y la empujó hacia dentro con un suave crujido.

Juntos entramos en la oscura calidez del establo, que estaba bañado en una densa y húmeda bruma debido a la constante respiración de innumerables narices.

Algunos de los caballos levantaron la vista con curiosidad e interés, pero los animales permanecieron tranquilos y parecían conocer a Lydia, porque aparte de algunas miradas no atrajimos mayor atención.

"**Vamos, ayúdame** ".

La criada estaba de pie delante de un gran arcón y había sacado una silla de montar de cuero, que ella

ahora se extendía expectante hacia mí.

Parecía confiar en mí.

"¿Cuál debo coger?", respondí en un susurro y le quité la silla de montar.

Lydia, que se había vuelto hacia el cofre y parecía querer sacar algo más de la caja, señaló con el brazo derecho a un majestuoso caballo negro que estaba a su lado, de espaldas a mí.

"Vale, de acuerdo ".

Con cuidado, me acerqué al animal que resoplaba y le puse la mano en la cabeza con suavidad y dulzura.

Cuando empecé a sujetar la silla a la montura y a amarrar las correas de cuero a la gran grupa caliente de la yegua oscura, vi con el rabillo del ojo cómo la criada había sacado otra silla de las profundidades de la caja.

¿Para qué lo quería?

"Vamos, date prisa Richard, tenemos que irnos".

Con hábil rapidez, Lydia había ensillado un semental de color claro y había montado a lomos del gran animal con brío.

La criada quería acompañarme, ¿por qué se arriesgó y no me dejó partir sola?

Me apresuré y unos instantes después, bien sentados en la silla de montar de los caballos, salimos de los establos y trotamos con el tintineo de los cascos hacia la noche oscura y silenciosa.

Lydia

Arriba y abajo, mis caderas bajaban y subían con cada movimiento del cuerpo del caballo.

No me importaba el frescor de la noche, porque mi cuerpo estaba lleno de un calor anticipado y excitado que recorría todos mis miembros y se introducía caliente y ardiente en mis entrañas.

El joven y apuesto caballero aún estaba en mi poder, y quería aprovechar esta circunstancia todo el tiempo que pudiera.

Claro que tarde o temprano tendría que liberarlo, no soportaría la idea de que mi padre o alguno de mis hermanos lo matara, pero mientras yo fuera su único camino hacia la libertad, saborearía y disfrutaría al máximo los beneficios sensuales del noble macho.

Ahora sólo necesitaba un lugar adecuado para mi pecaminoso proyecto, y ya sabía dónde encontraría ese lugar.

De niña, había explorado a menudo los alrededores de la aldea, por lo que conocía un lugar en el que quería utilizar al hermoso caballero por última vez de todas las formas imaginables para mis lujuriosos deseos hasta su liberación.

Di a mi caballo la orden de galopar, presa de una excitada tensión, y miré hacia atrás.

El pueblo se desvaneció detrás de nosotros.

Estábamos solos, y ese era exactamente mi plan.

En poco tiempo estaríamos allí, donde pretendía utilizar al joven caballero para mis propósitos una vez más.

Richard me seguía de cerca.

Pronto sería yo quien lo montaría.

Miré por última vez el rostro apuesto y seguro de sí mismo, cuyos llamativos rasgos sólo podían adivinarse en la penumbra, luego apreté los muslos contra el costado del caballo y volví a mirar resueltamente hacia delante.

Richard

Después de haber cabalgado uno al lado del otro en silencio durante algún tiempo, al final del valle nuestros caballos alcanzaron el denso y ascendente bosque que se extendía alrededor del pueblo rodeado de prados y campos del que habíamos venido.

Miré interrogativamente a Lydia a mi derecha.

Las copas y copas de los abetos, hayas y abedules formaban un denso techo con sus hojas y

oscurecían casi por completo el bosque que teníamos delante.

Esperaba que mi compañera conociera el camino.

"Quédate cerca detrás de mí y trata de no perderme de vista".

Como si la joven doncella hubiera reconocido mi mirada interrogante a través de la oscuridad, condujo su caballo delante de mí y cabalgó lentamente hacia la profunda oscuridad del bosque.

Mientras que sólo el crujido de las ramas, el susurro de las hojas y algunos tenues rayos de luna me ofrecían orientación, Lydia nos guiaba con seguridad y determinación a través de las estrechas hileras de árboles como si tuviera los ojos de un gato.

A pesar de mi cautiverio, su presencia siempre me había hecho sentir segura y este momento de ceguera no fue diferente.

A través de los movimientos de mi caballo podía sentir al menos que íbamos cada vez más cuesta arriba y que parecíamos subir por la ladera de una montaña.

"Vamos para allá, no tienes que aguantar mucho más".

Finalmente, me estaba cansando del tambaleante viaje a través de la empinada noche.

Antes de que pudiera decir que me vendría bien un descanso, vi vagamente a Lydia acariciando los ijares de su caballo y hablándole a su forzado animal que resoplaba en vez de a mí.

Volví a tragarme rápidamente mis palabras y, en su lugar, carraspeé de forma claramente audible para, al menos, poner mi presencia en la mente de la joven doncella.

También funcionaba así.

"Estás a punto de llegar a la cima, el bosque se despejará al otro lado y verás más", me llamó la criada desde la nada negra de enfrente.

Tenía razón.

Unos instantes después, atravesamos el bosque y llegamos a un claro sombreado en el punto más alto de la montaña.

Detrás de nosotros se veían a lo lejos pequeñas luces amarillas, probablemente procedentes del pueblo.

Al otro lado de la montaña, de espaldas al pueblo, se abría un valle abierto que parecía adentrarse sin fin en la negra nada.

"Por ahí tienes que ir", dijo Lydia con la mano extendida, señalando los prados y lagos del interminable valle que teníamos debajo, brillantes a la luz de la luna.

"Después de un día o dos de cabalgata llegarás a la carretera principal, mantente en el

centro".

Sólo tienes que mantenerlo en el centro ..

Entrecerré los ojos con escepticismo ante el terreno que teníamos debajo.

Tras darme sus indicaciones, ciertamente muy rudas, la joven doncella se bajó de la silla con gracia y casi flotando, y bajó rebotando por el suave suelo forestal de la cima de la montaña.

"¿No vas a volver directamente al pueblo? " , le pregunté, acariciando lentamente el largo cuello de mi caballo, que resoplaba algo nervioso.

Lydia cogió las riendas de su animal y ató la áspera cuerda a una rama de pino cercana.

"No mientras aún me debes".

A través del dosel abierto de nubes, la luna brillaba ahora más que nunca, iluminando los delicados y encantadores rasgos de la sencilla doncella.

Me sonrió conspiradoramente. Creo que

sabía lo que quería decir.

Lydia vino hacia mí.

Su figura esbelta pero sensualmente dotada acechó casi en silencio como un depredador por el musgoso suelo del bosque y se detuvo junto a mi caballo, a mi izquierda.

"¿Y qué más te debo?" , pregunté mirándola a sus grandes ojos de cierva, marrones y chispeantes.

"Lo mismo que te di a ti...".

Su voz temblaba de deseo y anhelo.

"La sensación de libertad".

Mientras decía esto, se acercó mucho a mí y al caballo y me puso la mano en la pierna que tenía colgando.

Me recorrió un escalofrío de placer.

La mano cálida y suave de Lydia se paseaba agonizante y lentamente por la tela de mis pantalones de lino, cada vez más arriba de mi rodilla.

Ahora era yo quien se ponía nervioso y resoplaba, no el caballo.

"Creo que deberías bajarte de tu corcel ahora noble caballero".

Los dedos de Lydia habían llegado a mi vientre ya brillante y acariciaron mis entrañas exigentes ante estas palabras.

Inmediatamente obedecí su orden.

Menos ágil, pero más ruidoso, me bajé del lomo del caballo y me detuve junto a la bella aldeana.

"Buen chico".

En el resplandor de la pálida luna, Lydia me miró con descaro.

Su cabeza sólo llegaba a mi pecho, pero la joven doncella se acercó a mí dominante y confiada, puso una mano en la parte superior de mi cuerpo y clavó sus dedos en la carne de mi pecho musculoso y majestuoso, mientras que con la otra metió la mano repentina y bruscamente en mi entrepierna y empezó a acariciar mi miembro ya medio duro.

Disfruté de su cercanía, de su delicado y encantador aroma, que se mezclaba con las hojas húmedas y el olor a coníferas del bosque y asaltaban agradablemente mi nariz.

Disfrutaba de sus caricias, suaves pero exigentes con mi cuerpo cada vez más excitado y vigorizado, que me hacían hervir la sangre.

Disfruté de su voz susurrándome juguetona y dulcemente al oído mientras Lydia se acercaba aún más a mí: **"Un último servicio y te dejaré marchar"** .

Simplemente disfruté todo de ella.

Mi pene, ahora completamente duro, se había extendido a través de la tela de mis pantalones hasta alcanzar su tamaño máximo en la mano de Lydia y ahora presionaba palpitantemente caliente contra sus dedos.

La lujuriosa criada había empezado a trabajar con avidez mi gran polla.

Acarició su mano de arriba abajo y jugueteó cada vez más alrededor de mi pene, de modo que una primera gota de placer se desprendió y humedeció la tela de la pernera de mi pantalón.

Mientras tanto, su otra mano me subió por el cuello hasta la cabeza, me acarició la oscura barba de tres días y luego me agarró por detrás y tiró de mí hacia ella.

Cedí de buena gana.

Mientras Lydia seguía frotándose cada vez más fuerte contra mi pene, que estaba apretado entre su mano y mi pierna, nuestros labios se encontraron y lo que al principio fue un roce delicado se convirtió rápidamente en un beso salvaje y apasionado.

Ardiente y desinhibida, la joven doncella apretó sus labios carnosos y suaves contra mi boca y nuestras lenguas danzaron desenfrenadas y ávidas la una en la otra como llamas de un fuego desenfrenado.

Sabía como olía: salvaje, dulce, floral y joven.

"Basta de besos noble caballero, puedes hacer cosas mucho mejores con la boca" . Lydia se separó de nuevo de nuestro apretado abrazo, me puso el dedo índice en los labios y me ordenó que me tumbara en el suelo desnudo del bosque.

"Agáchate, si quieres tu libertad, tienes que hacer algo por ella" .

Lo que ella quisiera, yo lo haría con gusto.

Apresurada y ansiosa me tumbé en el suelo del bosque cubierto de hojas, ramas y musgo y miré embelesada y expectante la sonrisa risueña y prometedora de Lydia iluminada por la luz de la luna.

"Ahora puedes volver a usar la boca" .

Guiñándome un ojo, se me acercó desde arriba y se colocó justo encima de mi cabeza.

Luego levantó con ambas manos la amplia y basta falda que llevaba y la recogió hacia arriba, de modo que me concedió una vista de su desnudo y ardiente abdomen.

Me recorrió un escalofrío de placer.

Mis pupilas se dilataron con excitación, mis acelerados latidos habían vuelto y el suelo del bosque, en realidad duro, se sentía como el más cómodo y suave plumón de la cama de un rey. La joven doncella, sujetándose la falda por la cadera, se puso en cuclillas justo encima de mi cara y dirigió su cuerpo desnudo y lujurioso hacia abajo, hacia mí.

Lleno de expectación y helado de deseo, esperé y observé con los ojos muy abiertos cómo su trasero rollizo y su vulva se acercaban a mi cara.

Casi no podía esperar.

Soplaba nubes finas y pequeñas en el frescor de la noche con cada aliento excitado.

Se oscureció cada vez más a mi alrededor y entonces el cuerpo desnudo de Lydia se encontró con mi cara.

"Ahora gánate tu libertad" .

La criada se había sentado sobre mí y había enterrado mi cabeza bajo ella.

Dominante y decidida, presionó su húmeda hendidura directamente sobre mi boca e inmediatamente empecé a explorar su caliente y tibio centro con la lengua.

Su abdomen estaba ahora firmemente encima de mí, robándome el aire, la vista y los sentidos.

Húmedo y mojado, el cálido y palpitante vientre de Lydia me presionó y empecé a deslizar mi lengua por sus labios vaginales y oí los primeros sonidos de placer por encima de la boca de la

joven doncella en la noche.

Con destreza y avidez, recorrí sus labios exteriores directamente hasta su centro y dejé que mi lengua se deslizara profunda y sensualmente en su húmeda hendidura.

Mientras mi lengua penetraba cada vez más profundamente en Lydia y sentía a la dominante aldeana gemir y gemir cada vez más extasiada y fuerte, mis labios besaban y humedecían su vientre con mil besos anhelantes y ardientes.

Saboreé su gota de deseo y dulcemente mi saliva se mezcló con su húmedo deseo en un néctar de pasión.

Sus dos gruesas y regordetas nalgas se restregaban con firmeza y fuerza sobre mi pelo al compás de sus cada vez más violentos movimientos de cadera, erizando cada vez más mi oscura mata de pelo con cada uno de mis movimientos de lengua.

Mi lengua siguió vagando.

Una vez dentro de la joven doncella, deslicé la punta de la lengua hacia arriba, lamiendo lenta y suavemente, esperando a que pasara por el interior de sus muslos desnudos y volviendo al centro, pasando por el monte de Venus, hasta encontrarme con su clítoris, claramente perceptible, un poco más abajo.

Aquí no se podía parar.

Lydia sujetaba obsesivamente mi cabeza entre ambos muslos y ahora se apretaba aún más contra mí.

Casi sin sentido por la falta de aliento, la lujuria y el amor por su cuerpo desnudo y cachondo, mi lengua rodeaba ahora su clítoris como una loca, transformando a la joven doncella en una yegua encabritada.

Animalista y desinhibida, Lydia se retorció y se echaba encima de mí, profiriendo fuertes y quejumbrosos gritos en el bosque y clavando sus dedos profundos y puntiagudos en mi vientre, tenso por la excitación.

"Chúpamela aún más salvaje" , me gritó Lydia enloquecida de satisfacción y sentí cómo su vulva se humedecía cada vez más y casi se convertía en un torrente impetuoso del

calentura. Hice lo que

pude.

Chupando, besando y lamiendo, la lengua y la boca recorrían la parte inferior de Lydia como picadas de avena, hurgando cada vez más hondo y con más fiereza en su tierna y cálida carne.

A mi alrededor sólo había oscuridad, piel, carne y lujuria.

Saboreé el pecado y el deseo y oí los sonidos suplicantes, salvajes y revoltosos de la garganta de

Lydia, que gritaba cada vez más violenta y fuerte, utilizándome sin piedad.

Tras unos cuantos movimientos circulares más sobre su capullo, sentí de pronto que los muslos de la criada temblaban, se tensaban y Lydia, como alcanzada por un rayo, fue violenta y explosivamente atravesada por un orgasmo y gritó animalísticamente como un animal enloquecido.

Sus cálidos muslos me apretaban la cabeza como vicios y me costaba respirar.

Entonces la joven doncella volvió a soltarse lentamente y, aún respirando con dificultad, aflojó las piernas. Aspiré profundamente el aire del bosque y respiré con fuerza varias veces.

¿Tenía Lydia ahora lo que quería?

¿Ya me había ganado la libertad? Esperaba

que no, porque quería más.

Mi pene seguía apretándose duro y rígido contra la tela de mis pantalones y quería salir fuera, hacia ella, hacia Lydia.

La criada, aún medio sentada sobre mi cara, deslizó sus nalgas un poco más hacia delante e inclinó la parte superior de su cuerpo hacia mi cintura. ¿Qué pretendía?

Segundos después sentí lo que era.

Los delicados dedos de la dominante Lydia hormigueaban en mis pantalones y me acariciaban seductoramente el pubis antes de llegar a mi dura polla y envolverla.

Me levanté de un tirón y arrugué algunas ramas y ramitas que había debajo de mí.

"Tienes algo más que quiero", oí decir a Lydia desde delante e instantes después me había empujado los pantalones hasta las rodillas y desnudado la parte inferior de mi cuerpo.

La primera ráfaga de aire frío del viento nocturno sobre mis lomos me hizo estremecer brevemente, pero una fracción de segundo después mi miembro liberado fue de nuevo encerrado y calentado por dos manos pequeñas y cálidas y sentí el aliento resplandeciente de Lydia a centímetros sobre mi glande.

Estaba impaciente por ver lo que venía después.

La doncella agachó aún más la cabeza y, poco después de que las puntas de su pelo, ondeando al viento, rozaran mis muslos, sentí cómo los cálidos y húmedos labios de Lydia se deslizaban sobre mi abultado glande, recorriendo lentamente mi eje venoso y subiendo hasta mis pelotas con besos suaves y apacibles.

Gemí y, atenazado por la lujuria, mordí las deliciosas nalgas de la seductora que aún se alzaba sobre mí y me utilizaba como a una diosa del pecado.

Mientras clavaba mis dientes en la carne crujiente y lunar de sus nalgas y hacía que su trasero resplandeciera de rojo, Lydia dio un grito robusto y agarrado por delante y empujó bruscamente sus labios sobre mi pene y empujó su cabeza hacia abajo para que mi polla penetrara profunda y ampliamente en su garganta en el mismo momento y se zambullera húmedamente en su boca.

Con saliva húmeda, empezó a chuparme el pene como si tuviera hambre.

Chasqueando y babeando, empujaba mi polla cada vez más adentro de su garganta y dejaba que su cabeza subiera y bajara.

Yo no veía lo que pasaba, pero seguía sintiendo cómo Lydia tenía arcadas y jadeaba, apretaba la cabeza contra mí y me tocaba el vientre una y otra vez con la punta de la nariz mientras mi pene estaba dentro de ella.

Mientras tanto, sus manos jugaban con mis pelotas y ella apretaba el culo moviéndose al compás.

de su boca soplando y chupando en mi cara, de modo que el ligero golpeteo rítmico de sus nalgas en mi piel se unió al sonido gutural de las bofetadas de la parte delantera.

Al cabo de un rato, cuando mi pene estaba cubierto desde el glánde hasta los huevos de la brillante saliva de Lydia, la criada se levantó y se adelantó.

Yo también quise levantarme, pero ella me empujó suavemente hacia el suelo del bosque.

"Quédate donde estás" .

Su larga falda había vuelto a caer sobre sus muslos y su trasero cuando se levantó, cubriendo de nuevo su cuerpo desnudo.

Pero cuando Lydia se detuvo tras dos cortos pasos a la altura de mis lomos y volvió a colocarse sobre mí con la cabeza vuelta hacia mí, se recogió de nuevo la falda y se sentó sobre mí.

Mi vástago, que aún sobresalía hacia arriba, se deslizó sin esfuerzo en la húmeda vaina de la doncella y se clavó en ella como la hoja de una afilada espada en ella.

Lydia dio un grito ahogado y dejó caer la cabeza hacia el cuello como si la hubiera alcanzado una flecha afilada.

Apoyó las manos en el suelo del bosque y dobló las rodillas para sentarse directamente sobre mí.

Entonces empezó a subir y bajar las caderas y a girar la pelvis como una bailarina oriental del vientre.

La parte inferior de su cuerpo me abofeteó una y otra vez y ella se dejó caer sobre mí cada vez más fuerte y más rápido, de modo que el crujido y el susurro de las hojas y las ramas quedaron ahogados por el constante golpeteo de nuestros cuerpos uno contra otro y el lugar donde yacíamos se convirtió en un trozo de bosque polvoriento y revuelto.

Aunque la noche era fría, nuestros cuerpos unidos brillaban calientes como el fuego de la lujuria

y gotas de sudor corrían por mi frente y mi ancho pecho.

"Sé lo que estás mirando" , Lydia gimió jadeando fuertemente entre su dura cabalgada hacia mí, pasando una mano por la parte superior de su cuerpo.

Había levantado ligeramente la cabeza y, mientras la joven criada me tomaba de forma desinhibida y animal, veía cómo, con cada uno de sus movimientos arriba y abajo, los pechos apretados en su ajustado corpiño querían salirse y casi eran presionados fuera de la tela por las violentas sacudidas y sacudidas.

También se llevó la otra mano, con la que seguía apoyándose en el musgoso suelo del bosque, hacia arriba y, mientras seguía montándome bien equilibrada, sus manos volvieron a su espalda y empezó a aflojar burlonamente las cuerdas del corsé.

Casi no podía esperar.

Mis pupilas dilatadas miraban excitadas el momento.

Lydia lanzó un suspiro de alivio y la tela del corpiño cayó de sus hombros al suelo, dejando al descubierto sus pechos redondos y llenos que le colgaban como dos cerezas maduras.

Nada más desnudar la parte superior de su cuerpo, fue como si se hubiera quitado un peso de encima, como si se hubiera liberado de una carga.

La joven sirvienta, ahora casi completamente desnuda, arrojó descuidadamente el tosco corsé a la densa maleza que había junto a nosotros y volvió a centrar su atención en mi cuerpo.

Mientras seguía sentada sobre mi polla y yo se la clavaba, inclinó la parte superior de su cuerpo hacia delante, me clavó las uñas y empezó a golpearme de nuevo con las caderas y las nalgas.

Su sensual cuerpo inclinado hacia delante se contoneaba y mecía sobre mí al compás de sus movimientos y sus turgentes tetas se golpeaban entre sí y se unían en la melodía de piel contra piel.

La piel clara y pura de Lydia brillaba blanca y pálida a la luz de la luna y vi cómo sus pezones sobresalían duros como rocas y puntiagudos de los dos exuberantes pechos.

Como un animal hambriento, estiré aún más la cabeza hacia ella, con la esperanza de atrapar uno de los hin-

para capturar mis tetas temblorosas con mi boca. Lydia vio lo que quería y me concedió mi deseo.

La caliente y cachonda criada bajó ahora la parte superior de su cuerpo inclinado hacia delante completamente sobre mí y empujó sus dos pesadas tetas hacia mi cara para que yo tuviera uno de sus pezones entre mis labios y pudiera chuparlo y lamerlo con placer.

La suave piel cubierta de piel de gallina sabía a dulce miel y hundí más la cara en su rico pecho

como si quisiera desaparecer en la oscuridad y la calidez de sus curvas femeninas.

A la criada le gustó lo que hice.

Jadeaba y gemía más fuerte y apasionadamente y apretaba su abdomen contra mi regazo cada vez con más ímpetu.

Mientras tanto, clavó una de sus manos en mi pelo, exigente y salvaje, y apretó aún más mi cabeza contra sus tetas.

Con la otra mano, volvió a meter la mano bajo su trasero y, como si estuviera enloquecida, intentó hundir mi polla aún más dentro de ella.

Mientras tanto, la parte inferior de mi cuerpo presionaba contra ella desde abajo, también al compás del balanceo de sus caderas, y brillaba de éxtasis.

Pero Lydia exigía aún más.

De repente, se enderezó de nuevo y apartó mi cabeza de sus pechos, deteniéndose un instante.

Entonces se bajó bruscamente de mi regazo, se puso a cuatro patas en el suelo del bosque y estiró hacia mí su culo desnudo y redondo.

"Adelante, fóllame ", me gritó, suplicante, casi suplicante, y meneó el culo como en una invitación adicional, que activó lujuriosa y cachondamente las últimas reservas de mi ya totalmente desatada calentura.

Sin pensarlo más, me levanté de un salto, me arrodillé detrás de la doncella dispuesta y suplicante y bajé mis manos sobre su trasero como zarpas codiciosas.

"Vamos, pégame ", murmuró Lydia, jadeante, y se pasó una mano por la nalga izquierda, dándome instrucciones.

No lo dudé.

Siguiendo las instrucciones, bajé mi mano plana sobre las hermosas curvas y abofeteé la carne suave y cachonda de su magnífico culo.

Inmediatamente la mancha enrojeció y Lydia gimió de satisfacción.

Volvió a llevarse la mano al trasero y sus dedos recorrieron la hendidura de sus nalgas como para indicarme dónde debía ir.

De todas formas, no pretendía otra cosa.

Dirigí mi vástago entre sus rollizos muslos con una mano y, con un movimiento de empuje hacia delante de mi pelvis, mi polla se deslizó desde atrás en el húmedo agujero de Lydia, que gritó viva y fuerte, apretando la cabeza contra el suelo del bosque con agitación para ahogar sus sonidos de placer en el denso musgo.

Empujé dos-tres veces con fuerza y contundencia desde atrás y clavé a la asfixiante doncella jadeante firmemente contra el suelo, entonces ya no pude sostenerme más.

Un subidón indescriptible se apoderó de mí como una erupción y me derramé dentro de Lydia, que se apretó contra mí en el mismo momento como si quisiera atrapar cada gota de mi blanco semen en su interior.

Con las manos aún en sus nalgas, que brillaban rojas como el fuego por mis fuertes embestidas, volví lentamente en mí, mi respiración se calmó y mis latidos volvieron a la normalidad.

"Eres libre" , me sonrió Lydia desde delante, con aspecto desaliñado y agotado. Me decepcionó.

Hubiera preferido ser prisionero de esta joven y pecadora doncella para siempre.

"Al menos por ahora " ...

La mudanza - Tomada por la madre de mi amigo Milf Adventure - Parte 1

Los días eran cada vez más calurosos y, como todos los veranos, el centro de Múnich se transformaba en una sauna urbana que parecía rociada con una infusión de alquitrán caliente y brillante, y en cuyo calor humeante cada pequeño rincón de sombra era tan codiciado como si se tratara del asiento de un tren regional de Potsdam a Berlín en plenas vacaciones de verano.

Los que podían, huían al cómodo y redentor frescor de su viejo piso de techos altos, a los parques o a las piscinas al aire libre y se aliviaban del sol plagador con la ayuda de una bebida refrescante.

Otra noche más.

Rápidamente liberé mi cuerpo sudoroso de la delgada, apenas

La única manera de hacerlo era abrir todas las ventanas para aprovechar el "frescor"

matinal apenas disponible para la última ventilación del día, antes de que cualquier otra apertura de las ventanas convirtiera el piso en una sauna.

De camino al baño, me preguntaba si la humedad de mi tersa piel era sudor o el resultado de ducharme varias veces al día.

Y así amaneció otro día de verano.

De camino a la ciudad, que se había calentado más rápido que un teléfono móvil barato del Lejano Oriente, me abrí paso lentamente entre jubilados de aspecto sombrío cuyas ropas tenían el mismo tono cálido de beige que su piel bronceada por el sol.

Llegué tarde.

Mientras maniobraba de un lado sombreado a otro entre el alquitrán reluciente de la carretera y la circulación renqueante, y la humedad de mi ropa se parecía cada vez más a la de unas vacaciones

de camping con piragüismo, llegué por fin al frescor redentor de mi pequeño garaje.

¡Pum!

Derribé con energía la desvencijada y vieja puerta del garaje, que era más decoración que protección real, y me subí a mi Ford Focus plateado para dirigirme hacia uno de mis mejores compañeros.

El sol ardiente y abrasador del mediodía, cuyos rayos se reflejaban desagradablemente en la brillante pintura de mi coche, me picó en los ojos cuando abrí la puerta del asiento delantero y me senté en el coche caldeado y cargado.

Olía a árbol perfumado, a tela mohosa y a gasolina.

El cuero negro del volante se asemejaba a carbones encendidos cuando puse las manos sobre él, arranqué el motor y me alejé en dirección a la nueva urbanización de lujo situada al otro extremo de la ciudad. Yo, Manuel, tenía 25 años y después de terminar mis estudios, dos años en el extranjero y una relación fallida, había decidido volver a la ciudad que me vio nacer y matricularme en la universidad para cerrar un viejo capítulo fallido de mi vida y empezar uno nuevo... aquí estaba.

Como estábamos en las vacaciones semestrales, las altas temperaturas hacían imposible el estudio productivo y yo me consideraba una persona muy sociable, había quedado hoy con un amigo de mi infancia para ayudarlo a mudarse a su nueva casa.

una casa nueva.

A diferencia de mí, su vida tras dejar la escuela fue sencilla, casi exponencial: las fases de duda y fracaso fueron en vano.

Ahora, a la misma corta edad que yo, ya había creado su propia empresa bien remunerada y, a juzgar por su última compra de casa, la dirigía con más que éxito. Sin embargo, desterré de mi mente los pensamientos de envidia, no envidiaba a Alex su éxito, pero sentí desagrado por mi situación cuando conduje mi destartado coche por el amplio y señorial camino de entrada de la propiedad y vi el elegante y noble edificio nuevo rodeado de verde y frondoso césped.

Dirigí mi coche sobre el brillante empedrado del largo camino de entrada bordeado de árboles y arbustos y aparqué a la sombra de un caro deportivo junto a la casa.

Cuando salí de mi coche, que parecía una sauna, cerré la puerta tras de mí y dejé que una mirada atónita recorriera la fachada de la casa palaciega, vi los contornos sombríos de dos personas a través de una ventana del piso de arriba: ¿había invitado Alex a alguien más para que le ayudara?

Vestido con pantalones de trabajo y una camiseta sencilla, me acerqué a la puerta encalada y adornada con tallas ornamentales del sombreado y fresco portal de entrada y pulsé el timbre.

El estridente timbre interrumpió el sonido de un taladro que se oía desde arriba y oí pasos que bajaban por una escalera del interior de la casa.

Sin embargo, carecía del sonido sordo y fuerte que yo habría esperado.

En su lugar, se oían unos pies finos, suaves y gráciles que parecían flotar por las escaleras - gracioso ...

De repente, la puerta grande y alta que tenía delante se abrió y me encontré con el rostro de una mujer rubia de unos cuarenta años que me sonrió coquetamente.

Lo cual sería mentira, porque en lugar de mirarla a la cara, mi primera e intuitiva mirada se encontró con su cuerpo... y vaya cuerpo.

Llevaba un top ajustado de color claro, empapado sin piedad por el sudor del caluroso día de verano, que mostraba abiertamente las sensuales y redondas curvas de su cuerpo femenino y me hizo tragar saliva de nerviosismo.

El sudor hacía que sus grandes y pesados pechos se vieran claramente bajo la tela húmeda y dejaba al descubierto sus redondos pezones para mi deleite.

De ahí hacia abajo, el espectáculo no era menos impresionante.

A una cintura que ya no era perfecta, pero que seguía siendo sensual y estrecha para su edad, le seguían unas caderas ardientes y unos muslos cachondos y regordetes que me hacían presagiar que me esperaba una hermosa visión de su trasero lleno al subir las escaleras - con suerte ella caminaba delante

Después de haber conseguido desterrar de mi mente la visión de su magnífico y ardiente cuerpo y de haber dirigido mis ojos hacia su no menos bonito rostro con un gran gasto de control interior, me presenté.

Con voz seca y excitada, dije por qué estaba aquí.

"Me alegro de volver a verte por fin Manuel, pasa, Alex te espera arriba", me contestó la rubia mientras me sonreía con las manos en las caderas.

¿Conocía a esta mujer?

La seguí al interior.

Una vez allí, no sabía dónde poner primero los ojos.

Al enorme y luminoso hall de entrada, en cuyas paredes aparecían muebles caros y exquisitos ante mí, tan guapos y magníficos como las grandes y regordetas nalgas de mi abridor de puertas, contoneándose a cada paso, o al cuerpo seductoramente delicioso de la mujer que tenía delante.

corriendo belleza.

Así que, como en trance, mis ojos se lanzaron salvajemente a mi alrededor, tratando de captar todos los encantos de una naturaleza sensual e interiormente cautivadora.

A ambos lados del vestíbulo, unas escaleras conducían en la misma disposición a un segundo piso abierto, desde cuya barandilla mi amigo ya me saludaba con un alegre saludo y me llamaba hacia abajo.

"Hola Manu, ¿has encontrado bien el camino hasta aquí?", resonó su voz en la amplia y abierta ronda.

"Por supuesto, no podía faltar la casa", respondí agradecido.

"Estupendo, tampoco queda casi nada por hacer, sólo tenemos que pintar una habitación más, entonces todo estará listo hasta ahora, sólo tienes que subir con mi madre y coger el rodillo de pintor".

"¿La mujer es su madre?" Pasó por mi mente horrorizada, sorprendida y completamente asombrada.

Claro, hacía bastantes años que no estaba en casa con Alex, y cuando lo había estado, normalmente estábamos solos, ya que su madre, entonces soltera, solía trabajar hasta tarde.

Estaba un poco abrumado.

Por supuesto, me había preguntado por qué la mujer que me había abierto la puerta casi nos doblaba la edad, pero si hubiera sido la novia de Alex, probablemente no habría necesitado más explicaciones por su cuerpo realmente perfecto, pero su madre...

Superado el shock inicial, ahora intentaba no mirar con demasiada obviedad el redondo y jugoso culo de la madre de Alex mientras subía las escaleras.

Una tarea, sin embargo, que resultó extremadamente difícil.

Con pasos gráciles y ligeramente chirriantes, la madre de Alex subió los peldaños de la escalera de madera, moviendo las caderas de un lado a otro con cada escalón y contoneando las nalgas de sus cachondas y redondas nalgas de forma tentadora frente a mí, estirándose a su vez y bamboleándose con cada uno de sus pasos.

Seguí a la madura belleza hacia arriba, mis ojos se posaron en su jugoso trasero. Alex me saludó calurosamente con un abrazo amistoso.

"Es estupendo que haya funcionado, Manu", me dijo, dándome una palmadita en el hombro mientras me guiaba por un pasillo aparentemente interminable hacia una de las muchas habitaciones.

Las altas paredes que daban a ella estaban forradas con innumerables certificados y fotos en las que, iluminado por las lámparas montadas en la pared, Alex posaba con trajes caros con gente de aspecto importante.

"¿Qué he estado haciendo mal en los últimos años?", me pregunté mirando esta ostentosa galería.

Al llegar al final del pasillo, entramos en una gran habitación que daba al jardín trasero de la propiedad y tenía ventanas altas y un techo estucado, así como un amplio balcón.

Me quedé atónito.

"La habitación de invitados es lo último que queda por pintar", me sacó Alex de mi mirada atónita.

"Así que la habitación de invitados...", pensé divertido, ya que la habitación era casi tan grande como todo mi piso.

"Traeré la pintura y todo lo demás, mi madre también te ayudará", dijo Alex y salió de la habitación.

"Lotería", pensé.

Sonriendo satisfecho, esperé en la habitación y mientras tanto me paseé por la estancia vacía y llena de ecos.

Por las ventanas abiertas y la puerta acristalada del balcón entraba un aire fresco de verano, impregnado del agradable aroma de las flores y la hierba recién cortada, que refrescaba mi cálida piel con un agradable frescor.

Pero la suave y tranquilizadora brisa sólo me refrescó brevemente. Un momento después, la madre de Alex entró en la habitación.

Llevaba el mismo top ligero y ajustado con los leggings negros de antes, sólo que su pelo rubio y abierto ahora ya no mojaba sus hombros, sino que estaba atado en una apretada trenza y caía como una gruesa cuerda dorada desde su espalda hasta justo antes de su jugoso trasero, una visión que hizo que mi temperatura corporal volviera a subir.

Sin embargo, no pude dejar que mis ojos se posaran en el estupendo cuerpo de la Milf durante mucho tiempo, porque Alex, cargado con todo tipo de material de pintura, se unió a mí poco después y dejó caer los botes de pintura y los pinceles con un sonoro estruendo sobre el suelo forrado de vellón de pintor, dejando escapar un jadeo de agotamiento.

"Uf, la verdad es que ya no estoy acostumbrado a trabajar físicamente", dijo, jadeando pesadamente, y se acomodó en una escalera que había traído consigo.

De repente, la respiración ruidosa de mi amigo se interrumpió.

Un fuerte timbre de teléfono móvil se oyó en el bolsillo de Alex, que sacó su smartphone y contestó.

"Oh de verdad, oh mierda, voy para allá".

Con cara de estrés, se quitó el móvil de la oreja y colgó.

"Lo siento mucho Manu, urgencia en la empresa, tengo que salir un momento, pero te lo

prometo, que volveré en una o dos horas, espérame hasta entonces".

Antes de que una respuesta hubiera salido de mis labios, Alex se había levantado de un salto y había salido de la habitación a paso ligero y ajetreado, bajando ahora a toda prisa las escaleras.

Poco después, se oyó el aullido de un motor y se marchó; ahora estaba sola con su madre.

Nervioso, me tiré de la camiseta, que a estas alturas se me pegaba con fuerza a la piel, y carraspeé de forma claramente audible para dejar escapar de mis labios una frase distendida y de aspecto relajado, lo cual era más difícil de lo que cabría imaginar dada la granada de mujer que había en la habitación conmigo.

"¿Por qué no empezamos por nuestra cuenta?" La madre de Alex se me adelantó.

Más tiempo en una habitación con esta mujer viene bien, pensé alegremente para mis adentros, así que acepté de buen grado.

Para parecer directamente confiado y masculino, también pasé a la acción sin mucho preámbulo y abrí el primer gran cubo de pintura blanca espesa.

Con un sonoro estallido, la tapa de plástico se desprendió y un fuerte y acre olor a pintura inundó el interior.

la luminosa y amplia habitación y sólo seducía y desconcertaba aún más mis sentidos en combinación con el calor veraniego y la ardiente milf.

Mientras tanto, la madre de Alex había cogido uno de los rollos de pintura aún recién empaquetados y se acercó a mí con él.

Sus manos, delicadas y femeninas, agarraron el mango del rodillo como si fuera un asta dura, y mientras se inclinaba y metía el rodillo en el blanco pegajoso de la pintura y volvía a sacarlo para dejar que gotearan del rodillo gruesas y brillantes gotas, se inclinó sobre el cubo de tal manera que, de pie a unos metros de él, se me ofreció la vista de sus dos pechos grandes y redondos.

Como dos cerezas gordas, sus jugosas tetas cayeron al suelo, arrastradas por la gravedad, e intentaron escapar del ajustado top mientras ella arqueaba la espalda.

En el hueco entre los pechos cachondos, las gotas de sudor del esfuerzo y el calor se deslizaban por la piel y mojaban sus redondos pezones, que ahora eran claramente visibles bajo la tela debido a la humedad.

Era difícil apartar la mirada, la visión era demasiado atractiva e hipnotizadora.

de esta madura y hermosa milf que lascivamente se presentaba ante mis ojos.

Los latidos de mi corazón se aceleraron, mi respiración se hizo más superficial y mis pupilas se dilataron: ¿cómo iba a concentrarme en pintar así?

La madre de Alex me había dado la espalda y ahora estaba empezando a pintar de blanco la

pared desnuda del lado derecho de la habitación con el rodillo.

Se agachó para empezar por la base del muro.

Al hacerlo, dejó a la vista todas las curvas femeninas de su trasero.

A través de la tela oscura de los leggings negros de gasa, sus bragas se ceñían con fuerza a su trasero regordete y torneado.

Mi cuerpo parecía haber olvidado por completo cualquier atisbo de cansancio y esfuerzo estival ante este delicioso espectáculo.

Inundado de energía, mis músculos se tensaron y una lujuriosa expectación se abrió paso en mis pensamientos.

La sangre acudió a mis ardientes entrañas y apareció un bulto inconfundible en mi vientre, palpitante de deseo.

La madre de Alex aún no se había dado cuenta de mis miradas lujuriosas a su culo cachondo y seguía pintando la parte inferior de la pared.

Las constantes flexiones hacia arriba y hacia abajo y los movimientos repetitivos de su cuerpo hacían que su culo se contoneara lujuriosamente con cada movimiento y me hacían casi estallar por dentro de deseo por esas curvas llenas.

Ya no podía aferrarme a mí mismo.

Con valentía, di un paso largo hacia la madre de Alex, me coloqué a medio metro detrás de ella y le di un golpe fuerte y abofeteante en su redondo trasero.

El impacto de mi mano plana en la tela de sus leggings hizo que el polvo de la obra que se había depositado en las curvas redondas se empolvase al resplandor de los rayos del sol, y su nalga derecha seguía temblando segundos después de mi golpe.

La milf soltó un grito de placer, sorprendida y lujuriosa.

"Manu, ¿qué estás

haciendo?". Se volvió

hacia mí. ¿Qué había

hecho?

La sangre, que aún no se había abierto paso hasta mi dura vara, conjuraba ahora un rubor en mi rostro.

Sorprendida de mí misma, estaba a punto de dar una explicación vergonzosamente tartamuda cuando la madre de Alex dio otro pasito hacia mi cuerpo, aún marcado por la calentura y la

confusión, y se arrodilló un momento en el suelo desnudo frente a mí.

Antes de que me diera cuenta de lo que me estaba pasando, su mano derecha me agarró la cadera y me recorrió lentamente el vientre por debajo de la camiseta sudada, mientras con la otra mano buscaba el bulto claramente visible bajo mis pantalones, lo acariciaba con sus delicados y suaves dedos y luego, ágil y firmemente, agarraba y encerraba dominante y exigentemente mi miembro lleno de sangre a través de la basta tela de mis pantalones de trabajo.

Gemí audiblemente: ¿qué estaba pasando aquí?

Con un tintineo metálico, la madre de Alex desabrochó con pericia la hebilla de hierro plateado de mi cinturón, desabrochó ágilmente los botones superiores del dobladillo de mi pantalón y, dejando mi pene al descubierto, tiró del

Pantalones hasta el suelo.

Directamente mi palpitante y dura polla erecta salió disparada gozosamente hacia ella.

Con la sangre apretada contra las paredes de mi piel, crispado, lujurioso y casi dolorosamente duro, mi grueso pene se alzaba ahora a pocos centímetros de los labios carnosos y rojos de la cachonda milf arrodillada en el suelo justo delante de mí.

Mirando desde arriba, vi cómo la brillante mata de pelo rubio resaltaba a la luz que brillaba a través de la

Ahora estaba alimentando lentamente mi eje duro en la gran ventana del sol radiante del mediodía - ¿qué había hecho para merecer esto?

Un poco más tarde lo sentí.

Relajado y excitado, dejé escapar un suspiro de satisfacción en la ronda abierta de la habitación. Húmeda, caliente y palpitante, sentí cómo la milf se había llevado mi cachonda polla a su golosa y húmeda boca y ahora la encerraba con sus jugosos y sensuales labios. Más y más sangre fluía hacia mi miembro, que se había hinchado hasta alcanzar su tamaño máximo.

La saliva húmeda rodeaba el glande de mi duro pene mientras la madre de Alex jugueteaba primero alrededor de la punta de mi tronco con los labios y lo acariciaba con su suave lengua antes de empujar lentamente mi polla más y más adentro de su boca hasta que había desaparecido casi por completo en su garganta y la punta de su nariz casi había alcanzado la piel de mi vientre.

Luego volvió a soltar mi grueso pene de su boca con un suspiro gutural en busca de aire y repitió de nuevo este juego cachondo.

Mientras ella empujaba mi polla una y otra vez hasta la empuñadura de su húmeda garganta, lamiendo su lengua sobre la piel de mi miembro palpitante de placer, yo hundía mis manos en la gruesa y rubia

Ahora movía la cabeza rítmicamente contra mi polla, y ella estaba arrodillada a mis pies.

Debido a los húmedos soplidos, chupadas y lamidas, el antes rojo carmín de la cachonda madre se difuminó al poco tiempo y ahora, mezclado con la saliva de su boca, se pegaba desordenadamente a sus mejillas, a los blancos dientes y a mi polla, que se deslizaba constantemente por su boca como un pistón bien engrasado y se frotaba húmedamente sobre sus labios, lengua y garganta.

Mi vástago tembloroso en su boca palmeadora reavivaba mis sentidos hasta tal punto que de vez en cuando, empleando todo mi esfuerzo y fuerza, apenas podía evitar que mi jugo de lujuria se descargara en su húmeda garganta y a menudo tenía que sujetar y detener su cabeza, que presionaba ansiosamente contra mi pelvis cada vez más deprisa, para no correrme en su boca.

La madre de Alex se dio cuenta de mi batalla de lujuria, riendo, se sacó mi pene tieso de la boca y ahora abrazaba el grueso miembro con la mano.

Las suaves, maduras y delicadas manos de la madre de Alex se cerraron ahora con fuerza y codiciosamente exigentes alrededor de mi miembro tieso y empezaron a moverse arriba y abajo, al compás de la lujuria la milf seguía pajeándose delante de mí, con las rodillas desnudas ya enrojecidas por el roce en el suelo, con pleno abandono y mirándome lujuriosa y profundamente con sus grandes ojos azules, mi pene palpitante y crispado, que se deslizaba de un lado a otro rollizo y lleno de sangre entre sus cálidos dedos fuertemente atrapados en la jaula de la sensualidad.

Cuando hubo pasado la humedad inicial de su saliva, aún adherida a mi tronco por la mamada, la madre de Alex me miró lujuriosamente desde abajo con sus ojos redondos, soltó mi polla de su mano y empezó a masajearme los huevos con ella, mientras se llevaba frívola y lascivamente los dedos de la otra mano a su boca cachonda y los lamía como si fueran un caramelo deliciosamente sabroso.

Luego sacó los dedos húmedos de sus labios carnosos y empezó a agarrar de nuevo mi pene casi reventado con sus finas manos.

Sus dedos encontraron de nuevo el camino hacia mi polla, que se balanceaba ligeramente de placer, y empezaron a satisfacerla.

Cada vez más rápido, más fuerte y más enérgica, sacudía el duro eje en su mano, cada vez más fuerte, su cálida y suave piel se cerraba alrededor de mi miembro de lujuria y con el aumento de su boca jugando en mi glándula con los gruesos labios de su boca, además de su masturbación, la milf provocó profundos gemidos de éxtasis en mí que se unieron al ligero roce de su masturbación.

Disfruté de la vista, pero quería ver más del cuerpo maduro y cachondo de la milf, su

suave

Siente su piel y ríndete ante sus curvas plenas.

A modo de invitación, bajé la mano y agarré el pecho de una de sus pesadas y gruesas tetas.

Los magníficos pechos eran tan grandes que no cabían completamente en mi mano.

La madre de Alex jadeó, aspiró aire con lujuria y gimió cuando empecé a amasarle íntimamente el pecho, aún envuelto bajo el ajustado top blanco.

Entendió mi pregunta sin palabras, mi petición de más, y poco después se despojó de la ligera tela de su cuerpo y dejó al descubierto sus dos pechos redondos y pesados, que colgaban redondos delante de su cuerpo como gruesas gotas de lujuria, pero que seguían siendo firmes y turgentes a pesar de su tamaño y su edad.

Suspiré excitada ante tan cachonda visión.

"Tumbate" me ordenó con firmeza al ver mis miradas golosas sobre sus tetas desnudas.

Le seguí de buena gana.

En cuanto me hube tumbado de espaldas sobre el suelo desnudo, la milf se sentó encima de mí y ahora estaba entronizada como una reina encima de mí, con la parte superior de su cuerpo desnuda.

Mirando desde abajo, sus gruesos pechos casi le cubrían toda la cara, pero aún podía ver sus labios húmedos, todavía brillantes y relucientes por la mamada, mientras formaban una sonrisa en el momento en que mis dos manos alcanzaron las cachondas tetas y empecé a recorrerlas ampliamente con las manos. Amasé con avidez la suave y cálida piel, acaricié con los dedos los puntiagudos pezones y dejé que se pusieran duros y rígidos entre mis dedos.

Como zarpas de un hambriento gato de presa, mis manos se cerraron con fuerza en torno a los turgentes pechos y hurgaron profundamente en la tierna carne, amasándola como una masa de buen pan.

La milf jadeaba cada vez más fuerte, cada vez más excitada y rendida a mi deseo sobre su cuerpo.

Ella seguía sentada a la altura de mi ombligo, pero mi gran polla dura presionaba exigiendo admisión por detrás contra su trasero lleno, que seguía embutido en los leggings encima de mí.

Sentía cómo la piel de mi vientre sobre la que descansaba la madre de Alex como una diosa de la lujuria se humedecía poco a poco, alimentada por el amasamiento de sus tetas.

Apenas audible, pero aumentando cada vez más, noté cómo la milf empezaba a frotar su pelvis contra mi cuerpo bajo mi feroz amasamiento de sus dos ubres cachondas: me deseaba.

Entusiasmado y seguro de mí mismo, tomé la iniciativa.

Levanté el torso y me endrecé, de modo que mi cabeza quedó directamente frente a la ardiente milf y pude mirar sus sensuales ojos brillantes, ver su fuego, oler el deseo en su aliento.

Permaneció cerca de mi cara un momento antes de que su suave mano me agarrara suavemente la nuca y sus labios carnosos llegaran a los míos.

Rápidamente nos encontramos en un apasionado e íntimo beso.

Ninguna hoja cabía entre nuestras bocas, que se besaban ávidas e inquietas.

Mientras ella me tocaba llena de apasionado temperamento furiosamente con su lengua y mimaba mi cuello y mi nuca con sus sensuales labios, yo acariciaba con mis manos su maduro cuerpo femenino y clavaba mis dedos como hambrientas garras de depredador en la firme carne de sus gruesas tetas desnudas, que a través de nuestros besos ahora se apretaban fuertemente contra mi cuerpo, de modo que podía sentir claramente la cálida piel de los pechos contra la parte superior de mi cuerpo y sentir los duros pezones contra mi cuerpo.

Después de besarnos extensamente durante un rato y de que mi nariz se llenara del olor de su

Cogí su delicado cuello con la mano derecha, lo sujeté y empujé suave pero firmemente a la madre de Alex hacia el suelo, de modo que ahora estaba tumbada boca arriba debajo de mí y yo seguía de rodillas entre sus piernas abiertas.

Con la izquierda, separé un poco más sus muslos, aún rodeados por los leggings pero de aspecto jugoso y voluminoso, y ahora me tumbé entre ellos, de modo que estaba tumbado sobre ella en la posición del misionero, con los pantalones bajados, y mi gruesa y dura polla podía tocar la tela de sus pantalones mojados.

El sol que entraba brillaba sobre nuestros cuerpos desatados y pude ver claramente que la tela oscura de los pantalones en su regazo estaba negra y húmeda por su excitación.

Cada vez estaba más cachondo por el magnífico cuerpo de esta milf dispuesta.

Mientras movía mi mano desde su cuello hacia arriba y la madre de Alex se llevaba mis dedos lujuriosamente a la boca, chupándolos como si fueran una fruta dulce y sabrosa, mi otra mano escarbaba desde sus pantorrillas por el interior de sus muslos, agarraba valientemente bajo su trasero y palpaba la carne cachonda de sus redondas nalgas.

Desde allí, deslicé mi mano hasta la parte húmeda de sus pantalones y dejé que la parte plana de mi mano descansara un momento sobre toda la superficie de su regazo mojado antes de que, confirmado por los gemidos crecientes y cada vez más fuertes de la milf, pasara mi mano desde arriba por dentro de los leggings y penetrara a lo largo de la piel desnuda hasta su clítoris claramente perceptible.

Con suaves movimientos circulares, mis dedos se deslizaron por su montículo de placer y provocaron gritos de satisfacción en la milf.

Mordía cada vez más fuerte mis dedos en su boca mientras yo intensificaba los movimientos entre sus lomos y metía los dedos a la madura mujer que tenía delante cada vez más cerca del borde del éxtasis. Pero no me bastaba con sentir su coño caliente, quería abarcar a esta diosa rubia con todos mis sentidos, saborear por completo su delicioso cuerpo y saborear su húmeda

hendidura.

Respirando fuerte y deprisa por la expectación, aparté mi cuerpo de la madre de Alex, que seguía tumbada en el suelo con las piernas abiertas, y me tumbé en el frío suelo de madera de forma que mi cabeza quedara justo entre sus magníficos muslos.

Con un sonido de bofetada, saqué mis dedos, húmedos y brillantes por la saliva de su boca, de su boca y ahora tiré de los leggings negros de sus caderas anchas y maduras con ambas manos.

Con un poco de fuerza y esfuerzo, conseguí quitar los leggings por completo del cuerpo de las piernas llenas y cachondas, y cuando por fin le bajé el trozo de tela mojada de los tobillos y lo arrojé desordenadamente a un rincón de la habitación, casi se me corta la respiración al ver la belleza de mujer que yacía ahora ante mí.

Sus piernas exuberantes y sensuales terminaban en una vulva cachonda y húmeda, a la vista de la cual mi polla encontró dureza de piedra y con avidez y lujuria metí la cabeza entre sus piernas para saborear a la milf cachonda.

Mientras mi lengua recorría seductoramente su monte de Venus, agarré sus caderas con las manos y las dejé vagar por sus flancos desnudos hasta los dos pechos gordos y cachondos que colgaban como perlas llenas de lujuria de su sensual cuerpo y se hinchaban bajo el firme amasamiento de mis dedos.

La madre de Alex dejó escapar gemidos de su boca mientras yo acercaba mi cabeza a ella y las puntas de mi pelo le hacían cosquillas en la piel desnuda alrededor de la vulva.

Con insoportable lentitud, le quité las bragas a la milf que se retorció bajo mis juegos de lengua, ya húmeda de deseo, y empecé a repartir besos suavemente por mi vulva.

Sus jadeos sinceros y ardientes estimularon aún más mi calentura.

Lleno de sangre, mi vástago palpitaba con la urgente anticipación de su cuerpo cachondo, pero primero quería darle a la madura mujer un primer clímax.

Empecé a masajear y acariciar rítmicamente su clítoris con la lengua. Gemidos fuertes y profundos anunciaban su placer, la euforia añorada del éxtasis puro y desatado fluía por mi cuerpo como si estuviera electrizado.

Cada vez que miraba su cuerpo exuberante y maduro, retorciéndose de placer, era como si cada célula de mi cuerpo se inundara de adrenalina.

Sentía como si sus tetas cachondas estuvieran por todas partes, como si su gran culo regordete fuera todo lo que esta mujer era, así que salvaje y animalmente mis manos cabalgaban frívolamente su cuerpo ahora completamente desnudo mientras lamía a la milf sin piedad y sin control como si me estuviera muriendo de sed y su húmedo agujero fuera la única fuente de supervivencia a lo largo y ancho.

No pasó mucho tiempo antes de que la madre de Alex echara la cabeza hacia atrás, gritando con

fuerza, y mientras su larga cabellera rubia fluía alrededor de su cuerpo, mis esfuerzos con la lengua estallaron en un intenso y poderoso orgasmo y la milf clavó sus dedos en mi cuero cabelludo como afiladas uñas y apretó mi boca contra sus calientes entrañas como si quisiera asfixiarme con su sensual cuerpo.

Después de que su magnífico cuerpo volviera a reposar lentamente y sus miembros, antes crispados por el clímax, se deslizaran pesadamente de nuevo sobre el duro suelo de madera, vi por fin que se acercaba mi momento, quería, no, tenía que tomar a esta madre magnífica e impresionantemente hermosa, tenía que hundir mi polla casi a punto de explotar en ella y aprovechar todas sus curvas.

Embargado por la inmensa y desbordante lujuria carnal, agarré con ambas manos las caderas de la milf completamente mojada y la giré decidida y enérgicamente sobre su vientre, de modo que ahora yacía ante mí presentando todo su trasero.

Su culo desnudo, redondo y enorme me lo exigía todo.

El sol brillaba sobre las curvilíneas curvas del gran melocotón y bañaba el maduro cuerpo con una luz seductoramente brillante, como si quisiera darme una visión aún más intensa del delicioso cuerpo.

Pero tal convicción no era necesaria.

Desde atrás, monté sobre el suave y cálido cuerpo y, colocando ambas manos sobre una nalga cada una, separé el grueso y redondo culo para que su vulva quedara libre e incitante ante mí y yo sólo tuviera que bajar las caderas para penetrar su húmedo agujero con mi pene casi vertido.

Respiré hondo y controladamente mientras el glande de mi polla chocaba contra la piel de la madre de Alex y mi grueso pene se introducía lentamente en su caliente trasero con un húmedo sonido de bofetada.

Volví a soltar sus nalgas después de que mi duro eje las penetrara e inmediatamente el redondo culo se apretó contra el interior de mis muslos.

Así que entronizado encima de ella, con mi polla hundida profundamente dentro de la milf, empecé ahora a mover mi pelvis arriba y abajo, trabajando su trasero con sonidos de palmadas y cubriendo el cuerpo maduro con firmes empujones.

Su cuerpo temblaba con cada empuje de mi vástago, con cada sonora palmada gemía ruidosamente.

Cada vez se la metía con más fuerza, cada vez golpeaba más fuerte con la pelvis su trasero enrojecido, que se agitaba como un flan con cada embestida.

A medida que nuestro sexo se intensificaba, seguí dándole golpes con la palma de la mano en las nalgas, que pronto empezaron a brillar y a mostrar las marcas rojas de mi mano.

Indignada pero excitada, gemía con cada una de estas caricias y cada vez que mi mano golpeaba

su trasero, dejaba escapar de su boca un sonoro y suplicante "Dámelo más fuerte" y estiraba su pelvis hacia mí esperando.

Pero no pude aguantar sus súplicas por mucho más tiempo, mi cuerpo duro se sentía demasiado bien.

La visión de su cuerpo maduro vibrando y retorciéndose era demasiado excitante.

Movilicé enérgicamente todas las fuerzas de que disponía, tensé los músculos y con la mayor voluntad conseguí no correrme todavía.

Saqué mi reluciente y húmedo pene de la madre de Alex.

Yo quería, no, necesitaba un descanso, no podía más, la sensación de su centro maduro era demasiado grande. Pero la milf estaba sedienta de mi polla y tomaba lo que quería.

Me había zafado de ella y estaba a punto de tumbarme para tomar un breve respiro cuando sentí las uñas pintadas de rojo de la madre de Alex recorriendo mis muslos hasta mi polla crispada y unos instantes después me apretó contra el frío suelo de la habitación vacía.

Como dos almohadas que se mecen, sus grandes y llenas tetas se balanceaban frente a mi cara mientras la milf se sentaba sobre mí y rodeaba mi pene con una mano para introducirse en ella.

Me tumbé de espaldas, dispuesta y preparada, porque no podía ni quería defenderme.

La madre de Alex se había arrodillado encima de mí, guió mi pene dentro de ella con un aleteo y ahora movía sus caderas cachondas arriba y abajo, cabalgándome como un semental salvaje.

Su gran culo golpeando mi cuerpo se abofeteaba y golpeaba con cada impacto y su cuerpo descansando sobre mí me quitaba la mente y la respiración, con tanta energía y agresividad me cabalgaba.

Jadeos y gemidos, gruñidos y gritos llenaron la acalorada y ya completamente cargada habitación, donde lanzamos nuestros cuerpos el uno contra el otro en un éxtasis desenfrenado, presionando y apretando como si quisiéramos conectar.

Incontroladas y feroces, sus grandes tetas se abofeteaban entre sí con cada movimiento de su húmedo cuerpo frente a mí y, con profunda satisfacción, estiré los brazos hacia arriba y sujeté sus pechos con fuerza y empecé a amasarlos al compás del vaivén de sus caderas.

La madre de Alex se inclinó más hacia abajo, de modo que sus magníficos pechos tocaban ahora mi cara. Con lujuria y avidez me llevé uno de los puntiagudos pezones a la boca y justo cuando empecé a chupar el cachondo pezón, un violento y explosivo orgasmo me recorrió y como un volcán descargué mis cálidos y espesos jugos en la madura milf.

Blanco y brillante, el lechoso semen goteaba de su hendidura mientras la madre de Alex levantaba lentamente la pelvis y liberaba su cuerpo desnudo de mí.

Contemplé su magnífico cuerpo con mirada lánguida y, mientras se levantaba, oímos una voz desde abajo.

"Hola, he vuelto chicos, ya podemos empezar a pintar". FIN

Vacaciones de otoño con la tía cachonda - Milf Adventure 2

Las cifras de suscripciones a Netflix estaban en alza, las redes sociales y la preparación de platos de calabaza agradables al paladar estaban en alza y las ventas del Pumpkin Spice Latte en Starbucks volvían a estar por las nubes: era otoño ...

Baviera, Múnich.

El bosque parecía besado por el sol.

Brillantes hojas amarillo-anaranjadas recubrían las densas copas y copas del bosque y los árboles estiraban sus gruesos y majestuosos troncos hacia los últimos rayos cálidos del año antes de que el soplo del viento liberara sus crispados fustes de ramas del denso follaje y desnudara por completo a los gigantes de madera.

En medio de este espectáculo otoñal, Manuel salió para su ronda diaria - la pasta debía estar en la mesa, - la nevera vacía, la próxima compra no muy lejos y la cuenta bancaria al igual que la bajada de las temperaturas en octubre siempre cerca de 0.

Deprimente.

Como estudiante de 25 años, no había mucho que hacer justo antes de empezar el semestre.

Quedaban pocos días en los que las cuatro paredes de su pequeña y escasamente amueblada vivienda de estudiante representaban el horizonte cotidiano de cada lúgubre jornada, antes de que el telón de la aburrida desolación se abriera de nuevo y la inmensidad y el infinito de las grandes aulas se apoderaran de él, trayendo consigo alegría y confianza.

Ante la perspectiva de un aprendizaje inminente, los pensamientos de Manuel se animaron.

A diferencia de muchos de sus compañeros, las vacaciones semestrales significaban para él soledad y un aburrimiento que le hacía bostezar: no tenía muchos amigos.

Mientras los tacones de los mocasines marrones de Manuel se movían con crujidos sobre el asfalto de la acera infestado de coloridas hojas otoñales y él vadeaba un mar resplandeciente de naranja y amarillo, su teléfono móvil zumbó en el bolsillo izquierdo de sus pantalones, sacando a Manuel de sus pensamientos.

Sacó el frío smartphone del fondo de sus pantalones y miró la pantalla empañada.

"Oye Manu, me voy de vacaciones con mi tía el fin de semana con poca antelación, ¿te apetece venir con nosotros?".

La letra pequeña y de aspecto inocente que Manuel tenía ante sus ojos le hizo olvidar toda la

frialdad que le rodeaba y le catapultó en su mente al verano en el que había visto por última vez a su amigo Alex.

La lectura de las últimas palabras había despertado en él un deseo que en ese momento se había descargado de forma caliente, cachonda y sensual -un inolvidable encuentro con la madre de su buen amigo le había llevado a abrazar sin excepción los posibles encuentros con miembros femeninos de la familia de su amigo-, así que la respuesta a la pregunta de su amigo llegó rápida y directa: "Claro, sólo dime dónde ir".

Con dedos nerviosos y fríos, Manuel tecleó estas palabras apresurada y temblorosamente y envió el mensaje.

Sonrió audazmente.

Si el corto viaje con su amigo resultaba ser tan bueno como el encuentro caliente con la milf en verano, para Manuel valdría totalmente la pena.

Cuando el estudiante, por lo demás tímido y reservado, conocía a mujeres maduras y atractivas, era como si se activara un interruptor en el centro de su mente, por lo demás lógico y tranquilo, que permanecía bloqueado hasta que se satisfacía un impulso animal y salvaje en su interior.

El teléfono móvil había vuelto a desaparecer en su bolsillo y los pasos del estudiante eran de repente más decididos, rápidos y decididos.

Al hambre de fideos se había unido algo más, el hambre de mujeres maduras y cachondas...

Dos días después

Húmedas y frías, las gruesas y húmedas gotas de lluvia caían sobre los ladrillos del pequeño ático.

El rugiente viento carcomía sin piedad el tejado rojo fuego y hacía rugir las habitaciones y el cuarto de baño del piso de una habitación como una vieja radio.

"No hay quien lo aguante, un año más y ya estamos otra vez en otoño, al diablo con el tiempo", oyó maldecir en voz baja Manuel al adinerado vecino del otro lado del pasillo mientras se retiraba a su espacioso dúplex y dejaba que la puerta chocara estrepitosamente contra la cerradura.

El tiempo empeoró.

El cielo se abrió y descargó un chorro de varios miles de millones de gotas de lluvia sobre el otoñal resplandor amarillo anaranjado de los suburbios de Múnich.

Las nubes de lluvia caían por las calles y los parques, formando pequeños riachuelos sobre el asfalto gris.

Pero era inútil, Manuel tenía que irse.

Eso significaba que quería ir, porque se suponía que el fin de semana de vacaciones con su buen amigo empezaba hoy.

Se levantó del colchón hundido de su cama individual blanca de Ikea y cruzó la habitación con tres movimientos, entró en el cuarto de baño y dejó correr agua fría del grifo.

"Ahh, qué bien sienta", gimió mientras el intenso frescor del agua le mojaba la piel y se enjuagaba la cara, renovado.

Después de lavarse los dientes y arreglarse más o menos el pelo, Manuel cogió su neceser, que parecía más una bolsa vieja que una cultura, metió en él el cepillo de dientes, la pasta dentífrica y el gel de ducha y guardó la bolsa en su mochila negra.

Le siguieron algunas ropas y libros, luego Manuel había empacado todo, - estaba listo para el viaje, listo para una aventura.

Envuelto en un chubasquero y con la mochila a la espalda, Manuel abrió la puerta alta del edificio de apartamentos y salió a la calle mojada.

El pavimento del sendero estaba mojado y brillante por la lluvia y reflejaba las luces de colores del letrero de la tienda de enfrente como un espejo resplandeciente.

Eran las 7:22.

"Uf, qué frío", pensó Manuel y se metió las manos en los bolsillos forrados de la chaqueta después de ponerse la capucha sobre la cabeza para protegerse de las inclemencias del tiempo. De pie junto a la carretera, con la mirada gacha, Manuel esperaba ahora a que Alex viniera a recogerle. Las gotas de lluvia corrían por la tela de la capucha en pequeños riachuelos, formando una pequeña cascada frente al cuerpo de Manuel, cuando de repente un coche oscuro pasó a toda velocidad, sumergiendo al hombre que esperaba en un espeso chorro de agua de charco.

Manuel estaba a punto de iniciar una réplica insultante y gritar salvajes improperios al conductor del coche, cuando éste se detuvo a pocos metros y se abrió la puerta del conductor.

Manuel se tragó el insulto, demasiado tímido para enfrentarse cara a cara con el propio conductor.

Pero para su alegría, del caro deportivo no salió ningún gigante grande y musculoso, sino que Manuel divisó el rostro radiante de su buen amigo Alex.

"Oh tío Manu, mierda, lo siento mucho", le dijeron riendo.

"No pasa nada, estaba a punto de gritarte", mintió Manuel y cogió la mano extendida de Alex para darle un apretón de saludo.

Los dos amigos se subieron al Audi R8 negro mate y partieron bajo el resplandor del sol otoñal que asomaba lentamente tras las densas nubes.

El relajante calor de la calefacción del asiento secó la ropa de Manuel y envolvió a ambos en una bruma rancia mientras el deportivo avanzaba entre charcos salpicando las calles de Múnich como un barco entre olas espumosas.

"Oye Alex, ¿a dónde vamos en realidad, tus mensajes sonaban tan misteriosos?" Manuel rompió el silencio inicial dentro del coche.

"Déjame sorprenderte, he alquilado una bonita propiedad".

A diferencia de mí, la vida de Alex tras dejar la escuela fue sencilla, casi exponencial: en su caso no hubo fases de duda y fracaso.

Ahora, a la misma edad que Manuel, ya había creado su propia empresa bien remunerada y la dirigía con más que éxito, un pensamiento envidioso que se le pasaba por la cabeza de nuevo cada vez que se encontraba con él.

Manuel

7:31

"Me da igual adónde vayamos, con tal de conocer a tu tía", pensé mientras me movía nerviosa e incómoda entre los cálidos cojines del asiento del coche con sólo pensar en ella y la tela de mi chaqueta húmeda chirriaba contra el cuero.

Había conocido a la madre de Alex en verano.

La cachonda y madura rubia me había abierto un nuevo mundo de lujuria con sus dos grandes y turgentes tetas y su exuberante trasero, en el que esperaba volver a sumergirme durante estas vacaciones, literalmente.

Aún tenía el olor del perfume barato en la nariz, aún sentía la piel cálida y suave de sus pechos turgentes.

Me invadió la excitación.

¿Cuándo íbamos a llegar por fin?

Mientras en mi mente pasaban cuerpos desnudos y maduros y yo seguía clavándome las uñas en la carne de las manos entre una niebla de grandes culos y pechos que se sacudían para seguir concentrada en la conversación con mi novio, el entorno exterior tras las ventanas empañadas del Audi también cambiaba.

Habíamos salido de Múnich.

Los altos y elegantes edificios antiguos fueron sustituidos primero por casas unifamiliares más bajas, seguidas al final sólo por grandes, lúgubres y grises edificios industriales, hasta que finalmente regresó la belleza y el idilio natural y Alex condujo el coche por húmedas carreteras rurales bordeadas de árboles, prados y campos.

De fondo, el sistema de audio del coche emitía los últimos y más populares éxitos.

Aburrido - una vez más me pregunté de dónde venía la popularidad de esta acumulación de tonos y voces que sonaba siempre igual, no era mi música.

Una mirada a la izquierda me mostró la respuesta a mi pregunta.

Alegre, Alex tamborileaba con los dedos en el volante al ritmo de las canciones pop y movía la cabeza de un lado a otro como una campana.

Tuve que reírme.

"Hombre Alex, por favor, explícame ¿qué es exactamente lo que uno sólo puede encontrar de

bueno en estas canciones?", pregunté medio en serio, medio acusadoramente.

Pero antes de que mi amigo pudiera darme una respuesta detallada a mi pregunta sobre teoría musical, la música se vio interrumpida por el estridente pitido del sistema de manos libres: alguien estaba llamando.

"Hablaemos más en un minuto, tengo que coger esto", dijo Alex, guiñándome un ojo divertido mientras cogía la llamada de "Beate" con un toque de su dedo en la pantalla táctil del ordenador de a bordo.

Las palabras "Aquí Alex, ¿qué pasa tía?" me hicieron olvidar inmediatamente el debate musical que había comenzado y agucé los oídos.

"Buenos días Alex, sólo quería preguntarle cuándo llegarían usted y su acompañante", sonó sonora y dulcemente zumbando en mi oído.

Qué voz.

Esperaba que el cuerpo fuera igual de seductor.

Las palabras que salían de los altavoces del coche llegaban a mis oídos como lenguas de ángeles y de nuevo me invadió un fuego interior de deseo, que no era nada comparado con la ahora abrasadora calefacción del asiento, en el que mi cuerpo se sentía lentamente como un trozo de carne chisporroteando en la parrilla.

Mi primera impresión de la tía de mi amigo terminó con las palabras "Llegaremos pronto, tía Beate, danos otros 15 minutos".

Mi curiosidad se despertó, mi expectación aumentó y la cuestión de la popularidad de molestas canciones pop olvidadas hace tiempo...

Con el chirrido de los neumáticos, el deportivo, ahora salpicado de barro, se detuvo frente a una gran verja de piedra y mi amigo Alex salió y pisó el suelo húmedo y marrón del sinuoso camino forestal por el que habíamos venido.

Pequeñas ramas, piedras y castañas crujían bajo sus zapatos a cada paso que daba.

Sacó una llave del bolsillo de su chaqueta planchada e introdujo la llave en la vieja cerradura.

"Ya hemos llegado, Manuel", oí decir a mi amigo mientras empujaba hacia dentro las alas de la verja ornamentada y me indicaba desde fuera con un gesto de la mano que debía atravesar la verja con el coche aún en marcha.

Dicho y hecho.

Yo no era un gran aficionado a los coches, ya que sólo poseía un viejo Ford de hace años (esto tenía más que ver con mi situación económica que con mi desinterés por los vehículos de motor, pero siempre era más fácil para mi conciencia justificarlo así), pero cuando el potente motor del

lujoso coche aulló bajo el impacto de las plantas de mis pies, me invadió una sensación de poder y grandeza... extraña.

Me habría encantado ser yo quien entrara así en la entrada de la propiedad.

Exitoso y señorial le habría parecido a la tía de Alex, de eso estaba seguro, pero después de mover el coche tres metros, volví a cambiar al asiento del copiloto.

No era un hombre de grandes apariencias y no me gustaba ser el centro de atención, supongo que ni siquiera la presencia de un coche demasiado caro podía cambiar eso.

Mientras Alex, que ahora volvía a actuar con confianza al volante como de costumbre, conducía el coche por la avenida de la finca en dirección a la casa, dejé que mi mirada recorriera la propiedad y me sentí emocionada, emocionada y envidiosa.

Tras los densos setos de hoja perenne y la gran puerta de piedra pulida se escondía una enorme, lujosa e impresionante finca de brillante arquitectura.

El largo camino de entrada a la casa principal estaba flanqueado a ambos lados por relucientes tilos amarillos y separado del frondoso césped verde por piedras redondas blancas.

La casa estaba construida al estilo de las granjas americanas, con elementos rústicos de madera oscura y piedra, y nos invitaba a entrar bajo la luz del sol otoñal.

Fantástico.

A nuestra izquierda, ligeramente inclinado hacia abajo, había un lago en cuya superficie se reflejaban las vigas y columnas de la gran casa palaciega.

Una pasarela de madera rodeada de todo tipo de arbustos daba al agua.

"Quién sabe", pensé, "quizá una mañana salga a pescar aquí o me dé un baño fresco y refrescante nada más levantarme".

Estos pensamientos eran más un juego y una fantasía que una representación de mis verdaderas intenciones.

Matar animales directamente o exponer mi cuerpo a un frío tan intenso a primera hora de la mañana no era realmente una opción para mí, pero la idea me infundió valor para el próximo encuentro con la tía de Alex.

El coche se detuvo en una plaza rectangular de piedra frente a la casa y Alex y yo nos apeamos.

"No está mal, ¿eh?", oí decir a Alex a mi lado.

Nuestros pasos resonaron en las lisas y limpias losas de piedra mientras caminábamos hacia el gran portal de entrada de la casa.

Tras dos escalones de piedra, nos detuvimos ante la enorme y acristalada puerta de entrada de la

casa, flanqueada por dos columnas de madera y sobre cuyo umbral se entronizaba un tejado a dos aguas ornamentado.

Mientras Alex volvía a sacar la llave para abrir la puerta, eché mi primer vistazo al interior de la casa.

Aún no había visto allí a la tía en cuestión, pero el interior de la lujosa casa también era algo y satisfizo mi vista por el momento.

Sobre el suelo de madera oscura de fresno se alzaban exquisitos muebles de graciosa gracia.

Tras la entrada, iluminada por una lámpara de araña, había un gran salón con paredes de piedra color arena adornadas con estanterías iluminadas y cuadros de aspecto caro.

Junto a un enorme sofá de aspecto acogedor había un piano de cola negro y brillante que, a juzgar por su aspecto, probablemente nunca se había tocado y servía más bien de decoración.

La madera oscura del suelo contrastaba con ligeras alfombras rectangulares y de vez en cuando se vislumbraban plantas frescas y verdes de todo tipo en elegantes jarrones de mármol.

"Estaría bien aquí", pensé asombrada mientras Alex abría la puerta delante de nosotros y entrábamos en la inmensidad de la casa.

Olores frescos e intensos de madera y piedra asaltaron mi nariz; por un momento había olvidado la verdadera motivación de mi viaje y estaba demasiado impresionada por la belleza del edificio en el que me encontraba, pero cuando oímos ruidos de tintineo procedentes de otra de las habitaciones del piso inferior, mi mente y mis sentidos se agudizaron de nuevo.

El olor rústico de la casa se mezclaba con el de una comida deliciosa, como si estuvieran friendo cebollas: ¿había alguien cocinando allí?

"Venga Manu, te voy a presentar a mi tía" fueron las palabras de Alex, que me hicieron echar rápidamente un último vistazo a un espejo redondo que había en la zona de la entrada para comprobar si mi aspecto era al menos medianamente respetable.

Seguí a mi amigo por un largo pasillo, a cuya derecha entramos en la cocina de la casa y vi a una mujer de mediana edad que estaba cocinando.

La tía de Alex estaba de pie junto a una isla de cocina revestida de madera.

Su largo pelo castaño caía por la espalda de su ajustado top blanco y terminaba justo antes de su cintura, alrededor de la cual llevaba atado un delantal de cocina de puntos rojos.

Para mi deleite, Beate nos había dado la espalda al principio, de modo que se me concedió una vista de sus nalgas redondas y regordetas, deliciosas y cachondas en unos vaqueros ajustados frente a nosotros.

surgió.

"Eh, tía, por fin hemos llegado nosotros también", terminó Alex mis miradas lujuriosas al bonito trasero de la madura y la tía de Alex se volvió hacia nosotros, radiante de alegría.

Su rostro no era menos bello a la vista.

Unas ligeras arrugas indicaban que Beate debía de rondar los cuarenta años.

Sus labios carnosos y rojos se torcieron en una sonrisa mientras se acercaba a nosotros y abrazaba primero con fuerza a su sobrino Alex.

"Ven aquí mi Alex, es genial que estés aquí, es una casa realmente genial la que nos has alquilado para el fin de semana".

Mientras Beate abrazaba a Alex, yo ya me estaba poniendo ligeramente nervioso a su lado.

Había visto el claro y gran bulto que tenía el delantal en la zona del pecho de Beate y, por lo tanto, pude adivinar que la guapa milf tenía que esconder dos gruesas y grandes tetas bajo la ropa... ¿recibí también un abrazo a modo de saludo?

Después de que los dos que estaban a mi lado se saludaran íntima y extensamente de forma familiar, llegó mi turno.

"Y tú debes de ser Manuel, ¿verdad?", dijo Beate con una sonrisa mientras se volvía hacia mí y me tendía la mano en señal de formal - decepción.

"Mi hermana ya me ha hablado de ti, pintasteis juntos la nueva casa de Alex en verano, ¿verdad?".

Tuve que sonreír.

¿Qué le había contado exactamente la madre de Alex a Beate sobre mí?

¿La tía de Alex sabía de mi encuentro con la rubia mamá de Alex?

Agarré la mano que me ofrecía y la apreté con contención.

Pero mientras veía por el rabillo del ojo cómo Alex se apartaba de nosotros desinteresadamente y dejaba que su mirada sudara por la amplia y cálida cocina, sentí cómo Beate pasaba lenta y sensualmente sus dedos por el dorso de mi mano, sonriéndome coquetamente.

Con esfuerzo, contuve una primera oleada de deseo creciente y tragué saliva nervioso cuando sentí la suave piel de las yemas de los dedos de Beate sobre mí.

"Encantada de conocerte", balbuceé visiblemente excitada; maldita sea, siempre que conocía a mujeres maduras y cachondas me sentía aún menos segura de mí misma que de costumbre.

Por suerte para mí, a la tía de Alex no pareció disgustarle demasiado, porque sólo dejó de acariciarme la mano, que sudaba ligeramente por el nerviosismo, cuando Alex volvió a centrar su atención en nosotros.

"Veo que ya has empezado a preparar la comida", dijo. Menos mal que no se había dado cuenta de nada.

"Iré a buscar nuestras cosas al coche Manu, puedes elegir una habitación mientras tanto, aquí hay muchas para elegir", dijo Alex en mi dirección y se encaminó de nuevo por el pasillo hacia el exterior.

Tuve unos momentos a solas con Beate.

La madura milf había retrocedido hasta la isla de la cocina y estaba manipulando una cazuela.

"Tú, Manuel, ¿serías tan amable de ayudarme un momento con el horno?", dijo Beate en un tono suplicante que me provocó otro escalofrío de excitación y tomó la abultada cazuela entre sus manos, señalando con la cabeza el horno empotrado en la pared.

"Claro, me encantaría", respondí, intentando sonar despreocupada para disimular mi nerviosismo.

Beate rodeó la isla de mármol de la cocina y se puso delante de los fogones.

"Por favor, abre la puerta del horno para que pueda meter el molde" -cómo me gustaría meter algo contigo ahora mismo, pensé en ese mismo momento, pero no lo dije en voz alta.

Alcancé la puerta del horno, abrí el horno precalentado y me hice a un lado para dejar sitio a Beate, que me seguía de cerca.

"Oh, tío, qué calor", gimió la madura tía de Alex con un tono que me puso aún más cachondo mientras deslizaba la cazuela sobre la rejilla central del horno y el calor de éste la golpeaba como las brasas de una hoguera.

Maldita sea, ¿cómo iba a aguantar el fin de semana en compañía de esta milf cachonda sin volverme loco?

Beate tuvo que inclinarse ligeramente hacia delante para empujar la cazuela hasta el fondo del horno.

Al hacerlo, se inclinó hacia delante de forma tentadora y estiró las nalgas jugosas y regordetas lascivamente hacia mí y me costó mucho no meter inmediatamente la mano en la carne crujiente y cachonda de sus dos redondas nalgas, que sólo estaban rodeadas por la tela de sus ajustados vaqueros.

Me corrían gotas de sudor por la frente. Maldita sea, ¿dónde estaba Alex?

Como si Beate pudiera sentir mi cada vez más intensa calentura y lujuria, no hizo ningún esfuerzo por salir de su posición doblada, pero me pareció que sólo estaba estirando aún más su espalda y empujando su trasero aún más cerca y exigente hacia atrás en mi dirección.

Con el movimiento de sus caderas en mi dirección, el dobladillo de sus pantalones extra

ajustados también cedió ligeramente, abriéndome la vista de la tela negra de su tanga, que ahora se asentaba sobre sus pantalones... qué espectáculo.

"Tú Manuel, ven aquí y ayúdame", oí la hermosa y seductora voz de Beate, que seguía con la parte superior del cuerpo a medio hornear.

Asombrado y, sin embargo, lleno de lujuria, me acerqué a la milf por detrás y esperé nuevas instrucciones.

"¿Dónde quieres exactamente que te ayude?", pregunté, irritado.

"Exactamente donde estás, ya está bien", gimió Beate, sonando ligeramente excitada, y ahora empujó bruscamente su gran culo contra mí, de modo que sus regordetas nalgas se apretaron contra mi regazo y tuve que apoyarme con ambas manos en la isla de la cocina, detrás de mí, del susto y la calentura del lujurioso espectáculo que tenía ante mis ojos.

No había esquivado el movimiento de Beate, pero como si quisiera mantener mi cuerpo atrapado contra el suyo, apretó aún más fuerte su enorme trasero contra mí e inmediatamente casi toda la sangre de mi cuerpo se precipitó a mis entrañas y mi pene se hinchó abultándose bajo los pantalones y ahora estaba firmemente presionado contra las nalgas de la cachonda milf que tenía delante.

Jadeé de placer, respirando agitadamente, los latidos de mi corazón se aceleraron y mis pupilas se pusieron grandes como platos - estaba más cachondo de lo que había estado en mucho tiempo, el cuerpo maduro y sensual de la voluptuosa mujer que tenía delante casi me robaba todos mis sentidos.

Sin embargo, en medio de una confusa bruma de excitación y euforia, se me ocurrió de repente:

"Maldita sea, ¿y si entra Alex?".

Como si Beate hubiera leído mis pensamientos, de repente volvió a aflojar ligeramente las caderas y apartó de nuevo un poco el trasero de mí.

Aliviada y triste a partes iguales, dejé escapar un profundo suspiro. Pero probablemente Beate aún no había tenido bastante.

Le golpeó el culo con la mano derecha de modo que un ligero estallido resonó en la amplia ronda de la cocina y luego le pasó la mano seductoramente por el trasero en círculos.

"Vamos Manuel, tú tampoco eras tan tímido con mi hermana", jadeó delante de mí.

Estaba a punto de estallar.

Mi grueso y duro miembro estaba a punto de estallar en mis pantalones y se apretaba con fuerza contra la tela como si quisiera escapar.

Beate, aparentemente menos preocupada por el posible regreso de su sobrino, empujó ahora de

repente sus ajustados y pálidos vaqueros de sus cachondas caderas y se bajó los pantalones hasta tal punto que su

nalgas gruesas y regordetas quedaban al descubierto.

Cachonda, jugosa y redonda como un delicioso y sabroso melocotón, su culo desnudo estaba ahora justo delante de mí.

La ajustada tela del tanga negro recortaba sensuales contornos en la carne rosada de las gruesas nalgas y acentuaba aún más las deliciosas curvas de la madura milf.

A la vista de estos frutos prohibidos, yo también tiré mis preocupaciones por la borda, la visión de las nalgas rollizas era demasiado atrayente y exigente.

Nervioso y con manos temblorosas, me desabroché la hebilla metálica del cinturón y desabroché el botón de la percha del pantalón.

Beate, mientras tanto, seguía atormentándome con su seductora mirada, clavando sus uñas pintadas de rojo en la suave carne de sus nalgas y tirando de su nalga derecha hacia fuera para que yo pudiera echar un vistazo a su caliente agujero del culo y a su sensual y cachonda vulva.

Sentí como si la temperatura de la cocina subiera desmesuradamente, el calor me inundó y mi polla se puso dura como el cemento mientras me bajaba los pantalones hasta tal punto que mi pene salió disparado y golpeó la nalga desnuda de Beate.

Gemí cuando mi vástago tocó la suave y cálida piel de su culo y la cachonda milf empezó a girar el culo como una hábil bailarina, de modo que mi grueso miembro se frotó contra él lujuriosamente y una primera gota de placer abandonó mi glánde y corrió por el muslo de Beate, brillante y pegajosa

-ahora deseaba desesperadamente sentir la madura belleza en su totalidad. Beate, frente a mí, respiraba ahora también de forma claramente audible, cada vez más deprisa, cada vez más superficial y más fuerte, y se arrastró con los dedos de su mano derecha desde la piel de su culo hasta mi miembro, que presionaba firmemente contra su trasero.

Gemí de placer cuando las delicadas y femeninas yemas de mis dedos alcanzaron la punta de mi polla y, poco después, Beate rodeó todo mi miembro con su mano.

"Así es exactamente como te quiero", jadeó de pie ligeramente inclinada frente a mí y a través del cristal de la estufa que tenía delante pude ver el reflejo de su cara y observé con satisfacción que sus facciones se habían formado en una contorsión de satisfacción y se mordía el labio con fruición.

Ahora empujó mi pene hacia el centro de su trasero y pronto mi polla, guiada por su suave mano, se encontró con la tela de su tanga.

Con firmeza pero despacio, guió mi miembro más abajo, más allá de su agujero del culo, hasta que llegué con mi polla a su húmeda hendidura y mi glánde se encontró con sus labios ya

empapados.

Con excitación, clavé mis manos en la fría losa de mármol de la isla de la cocina que había detrás de mí, como si quisiera atravesar la dura piedra, tan grande era mi deseo, tan agotador era no correrme directamente y eyacular sobre su trasero desnudo.

Tuve que apartar la mirada y mirar al techo decorado con vigas de madera, era demasiado excitante ver cómo Beate apartaba ahora la fina y húmeda tela de su tanga con el dedo índice y colocaba hábil y dominantemente mi pene entre sus nalgas como si fuera un joystick y luego empujaba bruscamente sus caderas contra mí para que mi polla penetrara profundamente en ella con un ligero sonido de bofetada.

"Oh, yessss", gimió exhalando lentamente mientras mi pene se introducía hasta la empuñadura en su coño y sus nalgas desnudas se pegaban a mi pelvis.

Volví a mirar hacia abajo y disfruté del espectáculo cachondo que se me presentaba.

Beate, frente a mí, con su largo pelo castaño cayéndole por los hombros y la espalda, se apoyó en la pared, justo al lado de la estufa, con la mano izquierda, mientras la derecha seguía posada en su rollizo trasero, justo al lado de mi polla, que estaba completa y totalmente dentro de ella, sujetando el tanga más a un lado.

Ahora empezó a empujar sus caderas y su cuerpo maduro arriba y abajo.

Rítmicamente, su culo gordo golpeaba una y otra vez mi miembro duro y ahora brillante y húmedo, y con cada embestida de la milf cachonda me acercaba más y más al clímax.

Beate parecía querer más de mí.

"Vamos Manuel, no seas tímido", la oí a través de la niebla de mi excitación.

jadea imponente.

Espoleado por las insinuaciones de la deliciosa belleza, levanté la mano y descargué un golpe rico y picante con la parte plana de la mano en una de sus redondas y gruesas nalgas y, con un sonoro estallido, Beate se encabritó brevemente y lanzó un excitado grito de placer.

"Así, sin más", exprimió con un gemido excitado mientras la piel de sus regordetas nalgas se enrojecía y aún temblaba ligeramente por mi golpe.

No pude evitar volver a abofetear la deliciosa carne del melocotón maduro que tenía delante. Una vez más bajé la mano sobre sus curvas cachondas e hice vibrar la carne desnuda de su trasero: estaba cachonda.

A Beate parecía gustarle lo que estaba haciendo.

Cada vez más intensa, más fuerte y más dura, dejaba que sus caderas y sus nalgas golpearan mi cuerpo y se empujaba cada vez con más ganas y firmeza contra mis entrañas, de modo que

nuestros cuerpos chocaban a intervalos cada vez más cortos.

La cocina se llenó de gemidos, quejidos y gruñidos satisfechos y lujuriosos mientras nuestros cuerpos chocaban al compás de la pelvis codiciosa de Beate, creando una sinfonía de pecado.

A través del reflejo de la estufa pude ver a la milf poniendo los ojos en blanco de lujuria y sus expresiones faciales cada vez más salvajes y cachondas.

Soltó la mano derecha del tanga, de modo que la apretada tela chocó contra mi polla metida dentro de ella y, además, se frotó contra mí con cada movimiento que hacía, y se agarró las turgentes tetas, que seguían ocultas para mí encajadas bajo el delantal. Observé con los ojos muy abiertos cómo empezaba a amasar y masajear los redondos y turgentes pechos a través de la tela de la ropa y ahora apenas podía contenerme. Justo cuando creía que iba a explotar y hundir mi jugo blanco de lujuria en la madura tía de Alex, se oyó el sonido de una puerta cerrándose desde el pasillo... maldita sea.

Beate parecía haberlo oído también.

Con un movimiento resbaladizo de su cuerpo hacia delante, mi pene se liberó de la apretada y cálida seguridad de su coño caliente y ahora estaba mojado y desnudo de tamaño natural fuera de mí.

Como si no hubiera pasado nada, Beate, aún de espaldas a mí, se volvió a poner los vaqueros ajustados por encima del tanga mojado y volvió a meter su culo regordete en los pantalones antes de alisarse el pelo y volverse hacia mí con una sonrisa frívola.

"Será mejor que vuelvas a vestirme, Manu", me dijo guiñándome un ojo y se volvió hacia las perillas de la estufa.

Me quedé petrificada por un momento, no sabía qué hacer con mis emociones y pensamientos, estaba cargada de las imágenes y sentimientos que había visto y sentido hacía tan sólo unos segundos... un fuego abrasador de lujuria seguía ardiendo en mi interior, que ahora tenía que apagar rápidamente antes de que mi amiga volviera a la cocina.

Volví a meter dolorosamente mi pene, aún duro y palpitante, en el pantalón y volví a apretarme el cinturón con un chasquido.

Luego me puse detrás de la isla de la cocina con un bulto en los pantalones, para que Alex no pudiera ver lo que pasaba dentro de mí cuando entrara.

En aquel momento aún no sabía que pronto tendría otra oportunidad de continuar el juego de placer que había iniciado con la madura milf....

Después de que hubiéramos comido un rico y riquísimo almuerzo y de que yo hubiera trasladado mis pocas pertenencias a uno de los innumerables y amplios dormitorios de la enorme casa, Alex propuso que los tres diéramos un paseo juntos por la otoñal finca.

Decía que necesitaba la naturaleza para equilibrar su vida, por lo demás estresante y agitada.

La vida cotidiana.

No tuve mucho que objetar, ya que me daba la oportunidad de pasar tiempo con Beate.

Vestidos con chubasqueros impermeables, nos reunimos en la entrada de la casa poco después de comer.

Cuando salimos al exterior y mis pulmones se llenaron del fresco y musgoso aire otoñal de octubre, las oscuras nubes de lluvia acababan de desaparecer del horizonte y el cielo estaba roto por claros y cálidos rayos de sol que bañaban el paisaje de un color amarillo anaranjado.

"Precioso aquí fuera, ¿verdad?", nos dijo Alex a Beate y a mí, respirando profundamente el aire fresco mientras cerraba los ojos y dejaba que el sol le diera en la cara. Aproveché el momento para regalarme yo también una vista "gloriosa".

Beate estaba ahora envuelta en un chubasquero ajustado en lugar del delantal, pero para mi deleite era lo suficientemente corto como para que su culo cachondo siguiera mostrándose en todo su esplendor en los vaqueros despiadadamente ajustados y no estuviera a salvo de mi mirada codiciosa.

Sus redondas nalgas se movían ahora lujuriosamente con cada uno de sus pasos y el contoneo de las nalgas de la madura milf eran como imanes para mis ojos mientras Beate tomaba el liderazgo de nuestra pequeña comunidad y empezaba a correr hacia el bosque - Alex y yo le seguíamos de cerca.

El delicioso culo de la tía se movía de un lado a otro mientras Beate caminaba por el suelo terroso y me costaba fijarme en la naturaleza que me rodeaba, imaginando con cada movimiento de sus caderas mi grueso miembro penetrando una vez más en la madura milf.

Alex, mientras tanto, también parecía haberse dado cuenta de que mi atención estaba sospechosamente puesta en su tía, y por eso oí las amistosas pero ligeramente asombradas e indignadas palabras que pronunció a mi lado:

"Mira un poco el bosque Manuel, muy diferente de tu pequeño lugar en la ciudad, ¿no?".

"Sí, tienes razón", intenté conciliar en tono apaciguador, apartando mis ojos ardientes de las magníficas curvas de Beate y dejando vagar un poco la mirada por el paisaje.

Alex tenía razón, todo parecía bastante bonito.

El ligero viento susurraba melódica y suavemente a través de las coloridas copas de los robles, abedules y hayas, densamente erguidos, y hacía bailar al compás de su soplo las hojas caídas a nuestro alrededor por los prados y los suelos de los bosques.

A cada paso que dábamos, el suelo, densamente cubierto de hojas y ramas, crujía y crepitaba, y aquí y allá se oía caer una castaña.

Tuve que entrecerrar los ojos mientras avanzábamos desde el borde de la pradera hasta la linde

del bosque, tan brillante y deslumbrante era el sol que brillaba entre las hojas, bañándonos en una cálida y amarilla luz otoñal.

"Venga, vamos a echar un vistazo al bosque", dijo Alex con entusiasmo y espíritu aventurero mientras se adentraba a pasos rápidos y enérgicos en la densa maleza del bosque, silbando alegremente... Me caía bien mi amigo, pero por el momento mi interés residía en cosas muy distintas al bosque.

Tras unos metros llegamos a una profunda pendiente al pie de la cual había un lago amplio y claro, la vista -incluso yo tenía que admitirlo- era impresionante.

"Vaya, aquí se consigue algo", exclamó Alex encantado e inmediatamente se dispuso a descender por el alto terraplén.

De forma atlética y controlando todo el cuerpo, Beate y yo vimos a Alex descender por la empinada pendiente, teniendo que agarrarse a raíces, ramas y piedras para no resbalar en el húmedo y resbaladizo suelo embarrado.

"A mi edad, yo no voy a bajar ahí", le dijo Beate a Alex, que estaba a mi lado. Yo era joven, pero ahora tampoco quería bajar ahí.

"Es culpa tuya, ya ves lo que te pierdes", volvió a llamar Alex desde abajo y se volvió rápidamente hacia el bosque y la naturaleza.

Estaba a punto de empezar a gritar una explicación inventada a Alex por mi incapacidad para bajar la pendiente, cuando de repente sentí una mano en mis pantalones desde el lateral, metiéndose en mi entrepierna y apretando con firmeza.

"Ven aquí" me sopló Beate al oído y empezó a masajearme la polla, que ahora encontraba nueva vida, amplia e íntimamente.

Jadeé con fuerza en el frío aire otoñal y el bosque se tragó mis gemidos de placer. Dominante y decidida, la ardiente milf tiró de mí detrás de un grueso árbol que ocultaba nuestros cuerpos a la vista desde abajo y apretó sus labios contra los míos.

Inmediatamente nos encontramos en un apasionado y salvaje beso.

Ardientes, apretamos nuestros labios con avidez y acariciamos nuestras lenguas intensa e íntimamente....

Mientras los labios rojos y carnosos de Beate me salían al encuentro desinhibidos y yo sentía dentro de mí la lengua suave y húmeda de la tía cachonda, el efervescente viento otoñal agitaba juguetonamente su espesa y larga cabellera castaña contra mi cara y me hacía cosquillas en la piel de las mejillas.

Mis manos, guiadas por mi lujuria desatada, se dirigieron rápidamente a sus caderas y desde allí bajaron hasta la parte trasera de su trasero regordete.

Con firmeza y avidez, coloqué mis manos sobre el culo caliente de Beate y hurgué en la suave y plena redondez de sus curvas maduras.

La excitante sensación de su culo rollizo hizo que mi calentura aumentara aún más.

La polla, que ya había crecido hasta casi su tamaño completo bajo el extenso trabajo de las manos de Beate, dio otro empujón y más sangre salió disparada por mis entrañas hacia mi grueso miembro.

Beate jadeó excitada.

Mientras la milf seguía frotando mi pene a través de la tela del pantalón contra mi pierna y sus dedos, dejé que mis manos se deslizaran por el dobladillo de los vaqueros y metí mis lujuriosas zarpas en su pantalón para tocar por fin su trasero desnudo.

Redentores y fríos, mis dedos se encontraron con la tierna y suave carne de sus curvas regordetas, cuando hube metido mis manos hasta el fondo de sus vaqueros y finalmente sostuve su trasero entre mis manos, - estaba cachonda.

Como un panadero en mora, empecé ahora a amasar intensamente las frías nalgas de Beate, como si quisiera dar forma de pan a las dos curvas regordetas y gruesas.

Mi respiración se hizo más pesada y superficial.

El aire se me escapaba de la boca a tirones y pequeñas nubes salían de mi boca, tan lleno estaba el frío y claro aire otoñal de mis lujuriosos y violentos jadeos. Mientras yo trabajaba el trasero de Beate con avidez, la madura tía de Alex me cubría ahora desde el cuello hacia abajo con besos húmedos y animales y me agarraba la polla cada vez con más fuerza y exigencia: quería más.

Dolorido por el momento, volví a sacar mis manos de sus pantalones y liberé su culo, ahora rojo y caliente, abundantemente perfumado por mis firmes amasamientos, de mi agarre y volví a colocar mis manos en sus caderas -todavía era demasiado tímido para iniciar un siguiente movimiento por mi cuenta, pero la belleza y la calentura de la tía dominante me hicieron esperar ansiosamente su siguiente instrucción como siervo de la lujuria.

"Vamos Manuel, fóllame ya o a qué esperas", vino la clara e inequívoca demanda de Beate inmediatamente de su boca contorsionada por la lujuria, cuando hube retirado mis manos de su trasero.

El entorno que me rodeaba parecía falso y encantado: ¿esta mujer madura y hermosa me acababa de pedir en serio que la llevara aquí, en medio del bosque?

Al parecer, sí, porque mientras yo seguía inmóvil, brevemente asombrado por mi buena suerte, Beate había soltado mi polla dura como una roca con ambas manos, se había arrodillado frente a mí en el suelo del bosque sembrado de hojas y ahora acariciaba impacientemente

la hebilla de mi cinturón para liberar mi pene de mis pantalones.

Con un chasquido, el metal se soltó e inmediatamente Beate me bajó los pantalones de un fuerte tirón, dejándome al descubierto de cintura para abajo.

Mi vástago gordo y duro salió disparado hacia la tía madura como una bala y se estrelló contra su cara con un ruido seco.

"Ahí lo tienes", oí decir a Beate satisfecha y riendo ligeramente debajo de mí mientras ahora cogía mi pene con su mano derecha y lo alineaba peligrosamente cerca delante de su boca cachonda.

Gemí con fuerza y me apoyé ligeramente en el tronco del árbol que nos ocultaba.

Lo siguiente que sentí y vi fue la cabeza de Beate empujando lentamente hacia delante, los carnosos labios rojos de su boca abriéndose de par en par y mi polla desapareciendo en su boca con un golpe seco y una cálida sensación de humedad.

"Hmm", oí gorgotear a Beate mientras empezaba a deslizar mi abultado pene de un lado a otro por su boca, haciéndome una mamada cachonda y húmeda.

Mientras subía y bajaba la cabeza y se metía mi pene cada vez más en la garganta, su lengua jugueteaba adicionalmente alrededor de mi eje húmedo.

Los antes finos y pulcramente maquillados labios que con avidez acogían una y otra vez mi ahora reluciente polla se desdibujaban cada vez más con los salvajes movimientos de la cabeza de Beate y tras un rato de feroz e intenso chupar, chupar y lamer mi polla, la bonita cara de la madura milf era un puro caos.

El rojo de su pintalabios no sólo se pegó a mi pene, sino que también cubrió la barbilla y las mejillas de la ahora satisfecha y satisfecha sonrisa de Beate, que, aún con leves arcadas, se metió mi polla en la boca y se dio un festín insaciable y hambriento.

Alrededor de sus mojadas y brillantes mejillas, esporádicos pelos largos marrones se pegaban a su saliva y la cabeza también estaba despeinada y desordenada, - la milf había hecho un gran trabajo y me había mamado el pene con total abandono.

Pero eso no era suficiente para ella.

Al parecer, Beate sólo quería asegurarse de que mi polla estaba lo suficientemente húmeda y dura para su delicioso cuerpo, porque ahora la tía de Alex sí que se puso en marcha.

Mientras yo empezaba a preguntarme inseguro y nervioso cuánto tiempo permaneceríamos los dos sin ser molestados aquí arriba, Beate, aparentemente sin ninguna preocupación por una repentina aparición de su sobrino, había vuelto a soltar mi pene de su garganta y ahora se colocaba a cuatro patas frente a mí.

"Vamos Manuel, tú también se lo diste a mi hermana", me espetó Beate lasciva y frívolamente mientras se daba la vuelta arrodillándose en el suelo frente a mí.

La milf madura en posición de perrito frente a mí en el suelo fangoso y otoñal del bosque era demasiado.

El fuego de la lujuria se había apoderado de mí y, como una llama ardiente y dispuesta, tomé la iniciativa exigida por Beate.

Me apresuré a acercarme a Beate, le puse la palma de la mano en la espalda y la empujé por la parte baja de la espalda para que su culo gordo y caliente se estirara aún más gordo y redondo hacia mí, y con la otra mano le saqué los vaqueros de las caderas.

Sacudida tras sacudida, el ajustado material de los pantalones se deslizó por su trasero y sus muslos, exponiendo su culo caliente a mi mirada.

Le bajé los pantalones hasta las rodillas, que descansaban en el suelo del bosque, y le di a Beate un rico y aplastante golpe en los dos gruesos montículos que descansaban desnudos ante mí.

Con fuerza y palmadas, el redondo y grueso trasero tembló y aparecieron ronchas rojas en la deliciosa carne.

La visión era demasiado deliciosa, así que volví a abofetear la otra nalga.

Ahora todo el culo de Beate se bamboleaba de un lado a otro y brillaba rojo como brasas ardientes.

"Aún más fuerte", jadeó la madura belleza, clavando profundamente las uñas en la sucia y suelo terroso del bosque para canalizar su excitación.

Ahora estaba de pie directamente detrás de la tía cachonda y dispuesta.

Mis pies descansaban a derecha e izquierda, a escasos centímetros de sus pantorrillas y mis pantalones bajados tocaban la parte trasera de sus rodillas en el suelo del bosque: era ahora o nunca.

Me puse en cuclillas, aparté su tanga ya empapado y dejé al descubierto su húmeda vulva.

Con la mano derecha tomé mi pene, que palpitaba excitado, y lo dirigí hacia el trasero de Beate.

Empujé mi vara entre los labios de la ardiente milf y luego penetré a Beate entre sus magníficos muslos.

Cálido y apretado, presioné mi duro miembro contra su húmeda hendidura y disfruté de la sensación de su cuerpo maduro y cachondo.

Medio de pie, medio de rodillas, empecé a penetrar a Beate por detrás, empujando mi pene en su resbaladiza, húmeda y apretada vagina con cada movimiento de mi pelvis. El golpeteo rítmico y cada vez más fuerte de mi cuerpo contra el culo regordete de Beate se mezclaba con el crujir de

las hojas y los jadeos golosos y gimientes de la milf, que gritaba de placer con cada embestida en su magnífico vientre.

Ahora eché por la borda todas las preocupaciones y temores y desterré de mi mente los pensamientos admonitorios de Alex.

Desde atrás, alcancé con una mano la abundante cabellera castaña de Beate, agarré los gruesos mechones y tiré de ellos, de modo que tuve a la madura tía firmemente sujeta por las riendas y su cuerpo voluntarioso y curvilíneo se presentó ante mí aún más encorvado y dispuesto.

El culo descansaba como un jugoso melocotón frente a mí y cada empujón de mi vástago hacía temblar de bofetadas la carne desnuda y cachonda.

El cuerpo de Beate seguía cediendo bajo mis feroces embestidas y sus gemidos cada vez más profundos denotaban su creciente satisfacción.

Empujón tras empujón, su cuerpo contoneante se hundía aún más en el suelo del bosque, tan duros e intensos eran mis despiadados golpes en su gordo trasero.

Las rodillas expuestas y desnudas de la milf que jadeaba frente a mí estaban ya sucias y marrones por el barro y la tierra del suelo del bosque y se frotaban de un lado a otro al compás del choque de nuestros cuerpos.

Al cabo de un rato, volví a soltar su pelo de mi apretado agarre y volví a centrarme más en su trasero.

Separó sus anchas y redondas nalgas y disfrutó de la visión de mi pene deslizándose húmedamente una y otra vez en la apretada y cálida profundidad de su madura hendidura, provocando gritos lujuriosos de Beate.

Beate también parecía divertirse.

La sentí usar su culo cada vez más y estirarlo cada vez más hacia mí y ahora ella se unió al ritmo de mis empujones y empezó a empujar sus caderas hacia arriba y hacia abajo también. Aturdido por la lujuria y la euforia, de repente me invadió el anhelo y el deseo de tener más de ella: quería sentirla directamente debajo de mí, estar aún más cerca de su cuerpo y también sentir y experimentar sus turgentes y grandes tetas.

Pensamiento hecho.

Con un fuerte tirón hacia atrás, saqué mi polla húmeda y brillante de Beate y la puse boca arriba con un fuerte empujón de la cadera derecha.

"Eh, no pares", se le escapó a Beate en tono indignado, aún jadeante de excitación, "espera y verás".

Rápida y apresuradamente, saqué los vaqueros de las pantorrillas de Beate, dejé caer los zapatos y los pantalones descuidadamente en el suelo del bosque junto a nosotros y agarré con cada

mano un tobillo de la milf que yacía frente a mí. Luego separé los muslos cachondos y me metí entre ellos.

Mis manos recorrieron ahora hacia arriba la piel cálida y suave de las piernas de Beate.

Al llegar al interior de sus muslos, Beate echó la cabeza hacia atrás de placer y jadeó audiblemente.

"Vamos Manu, dámelo otra vez", insistió entre gemidos y respiraciones entrecortadas. Nada mejor que eso, pensé, y bajé las caderas hacia su hendidura cachonda. Rápidamente encontré la humedad de su maduro coño con mi duro glande y penetré de nuevo a la milf.

Con ambas manos agarré primero sus caderas y tiré y empujé firmemente su cuerpo cachondo contra mí, mientras yo mismo ejercía una fuerte presión sobre su cuerpo maduro con mi pelvis.

Con mis embestidas podía ver a través del chubasquero de Beate cómo sus grandes y gordas tetas se agitaban de un lado a otro; tenía que verlas.

Con avidez eché mano a la cremallera de la chaqueta y quise liberar sus cerezas ocultas, pero Beate tenía otras cosas en la cabeza.

Se resistió a mi mano y empezó a bajar ella misma la cremallera, con una lentitud angustiosa.

Pulgada a pulgada, el chubasquero oscuro se abría pieza a pieza y casi me volvía loco de excitación y expectación.

Cuando por fin hubo liberado la parte superior de su voluptuoso cuerpo del chubasquero, sus dos gruesos pechos cayeron directamente hacia mí, pero seguían rodeados por un ajustado top blanco. No podía esperar más.

Desinhibido y lujurioso, me incliné hacia delante y rasgué la fina tela del ligero top de Beate, lo que provocó un grito sobresaltado y brillante.

El sol otoñal que brillaba a través de las hojas revelaba dos pechos grandes y pesados, con los pezones ya erectos y puntiagudos de lujuria, que me miraban de forma prometedora: ahora ya no había quien me parara.

Pasé las manos con avidez por las dos tetas desnudas y llenas de Beate y las agarré con valentía.

Como zarpas de un depredador hambriento, mis dedos encerraron los exuberantes pechos y hurgaron en la carne desnuda y suave.

La milf jadeó.

Al igual que el culo, ahora amaso los pechos ampliamente y sin freno.

Golpeaba las dos ubres sacudiéndose una contra otra y hacía que sus tetas bailaran salvajemente bajo los apretones de mis manos.

Sin freno ni contención, sus tetas se hinchaban entre mis manos mientras yo seguía penetrando a Beate con mi pene y me introducía en ella tumbado entre sus muslos. Entre medias soltaba una y otra vez los dos gruesos pechos, rodeaba el cuello de Beate con mis manos o dejaba vagar mis dedos por su húmeda boca, donde la cachonda milf chupaba y lamía lujuriosamente o clavaba sus dientes en mi carne con duros y fuertes empujones.

Cada vez que mis manos exploraban otras partes del maduro y voluptuoso cuerpo de Beate, sus dos pesados y grandes pechos rebotaban y se golpeaban salvajemente el uno contra el otro extasiados y en el frenesí de nuestros cuerpos como gruesas bolsas redondas, creando un sonido adicional que se unía al juego sonoro de estallidos, bofetadas y bofetadas de nuestra lujuria.

A estas alturas, habíamos revuelto el suelo del bosque bajo nosotros como dos jabalíes.

Ramas rotas, tierra removida y musgo raspado yacían esparcidos alrededor de nuestros cuerpos desnudos, rodeando nuestro ardiente y apasionado juego corporal.

De repente, estaba amasando uno de los pezones de Beate entre mis dedos, cuando la lujuria de Beate estalló en un violento orgasmo.

Clavó sus afiladas uñas en un árbol cercano para que la resina pegajosa y oscura saliera de la corteza y lanzó un grito fuerte y salvaje al bosque, que apenas conseguí sofocar con la mano.

Su cuerpo desnudo y curvilíneo se sacudía, rompiendo ramas, empujando hojas y levantando...

y se retorció de excitación y satisfacción bajo mis embestidas.

Cuando su respiración volvió lentamente a la normalidad y solté la palma de mi mano de sus labios, ambos nos sobresaltamos de repente.

Oímos la voz de Alex desde abajo.

"Eh, ¿habéis oído eso?". Maldita sea, ¿por

qué tuvo que interrumpir justo ahora.

"He oído un grito extraño, creo que volveré a subir si todavía estás ahí arriba". - No teníamos mucho tiempo.

Beate me miró pertinaz y misteriosamente cuando estaba a punto de salir de ella y volver a subirme los pantalones.

"Todavía no Manuel" me guiñó el ojo la milf, se acercó con la parte superior de su cuerpo y me presionó con sus delicadas manos sobre el lomo del suelo del bosque.

La tía de Alex estaba ahora encima de mí, en cuclillas de modo que su húmeda vagina estaba directamente sobre mi glándula, y luego bajó su cuerpo sobre mí y se deslizó sobre mi duro eje - estaba así de cachonda.

Ahora empezó a cabalgarme salvajemente.

Arriba y abajo bajaba y subía su cuerpo, abofeteando y golpeando mi cuerpo tendido en el suelo una y otra vez, utilizándome como un juguete.

Sus pechos libres y desnudos rebotaban salvajemente, golpeándose entre sí con cada uno de sus movimientos animales.

La agarré y detuve las dos turgentes tetas sujetándolas y masajeándolas con avidez.

Entonces, tras unos segundos de cabalgada salvaje, Beate bajó las rodillas de modo que ahora estaba sentada completamente encima de mí y empezó a frotar su pelvis contra mi vientre de modo que su clítoris se deslizó sobre mi piel y Beate volvió a gemir de placer.

Sus dos pesadas cerezas caían ahora directamente sobre mi cara y yo chupaba sediento sus pezones mientras sus pechos se agitaban frente a mi cabeza.

Oímos pasos que se acercaban.

Una última vez, uno de los turgentes pechos de Beate me golpeó la mejilla y, finalmente, un orgasmo explosivo y violento me recorrió y derramé mi semen en su coño maduro y caliente.

De un blanco pegajoso, mi gota brilló mientras corría por los muslos desnudos de Beate mientras ella se bajaba de mí apresuradamente y buscaba sus vaqueros en el suelo del bosque.

Yo también me levanté.

Todavía con la respiración agitada, me subí apresuradamente los pantalones sucios y cubiertos de barro y me abroché el cinturón.

Los pasos de Alex se acercaban cada vez más.

"Rápido, Beate", respiré tenso y excitado acercándome a la milf de aspecto desaliñado. La tía de Alex acababa de apretarse los vaqueros sobre el culo prieto y de volver a meterse las enormes tetas en la chaqueta cuando vi las puntas del pelo de Alex subiendo por la pendiente.

Con saliva, Beate enderezó su rostro maltrecho, se medio alisó la ropa y me miró interrogante.

"Sí, está bien", dije más esperanzada que convencida, cuando Alex estaba a pocos metros de nosotros y ya se oía el ruido de sus botas de montaña sobre el suelo del bosque.

Beate acababa de ponerse el segundo zapato cuando Alex salió de entre los árboles.

"Dónde habéis estado todo este tiempo, chicos, allí abajo se estaba muy bien" - aquí arriba también, pensé con una sonrisa.

Entonces Alex vio a su tía.

"Dios mío, qué espectáculo, Beate", dijo Alex, sorprendido y asustado.

"No pasa nada, Manu y yo también queríamos bajar, pero resbalé en la pendiente y me caí, por

eso toda la suciedad".

"Oh bueno, oh hombre, será mejor que volvamos entonces", respondió Alex, medio preocupado, medio desconfiado.

¿Si se había creído la mentira?

Al parecer sí, porque este encuentro con sus familiares femeninas no iba a ser el único, ya que las próximas vacaciones no estaban lejos...

La cena de Navidad - Milf Adventure 3

Una espesa nevada caía en gruesos copos desde el cielo gris y apagado, envolviendo los pequeños y grandes pueblos de los alrededores de Múnich en una blanca y brillante capa de azúcar glas, bajo la cual cada una de mis pisadas crujía estrepitosamente contra mi oído, oculto bajo un cálido gorro de invierno, mientras me dirigía a mi garaje y sacaba la llave con las manos temblorosas de frío.

Saqué el frío trozo de metal del bolsillo del pantalón, lo introduje en la cerradura, lo giré y, con un chirrido, abrí la gélida puerta corredera, que dejó al descubierto mi viejo y avejentado Ford Focus.

Estaba deseando que llegara el calor de la calefacción del coche.

Rápidamente volví a sacar la llave del garaje de la cerradura, abrí el coche y subí al vehículo mohoso y frío.

Un cálido roce de la mano más tarde, el motor ronroneó y dejé que el coche saliera de su pequeña guarida antes de que el motor volviera a apagarse mientras sacaba la llave y tenía que salir de nuevo para volver a cerrar la puerta del garaje - ¿cuándo compré por fin un segundo juego de llaves?

Molesto, saqué a tientas la llave del garaje de la anilla metálica de mi llavero, juré guardarla por separado de ahora en adelante para no tener que apagar el coche cada vez que lo sacara del garaje, y volví a arrancar el motor.

La nevada había aumentado y mi coche se deslizaba tranquilamente por las carreteras nevadas y apenas transitadas de la campiña múniquesa, dejando un rastro de nieve marrón a su paso. La calefacción del interior del coche empezó a hacer su trabajo, ya que las nubes de vaho que salían de mi boca con cada respiración disminuyeron y habían desaparecido por completo cuando me quité la gorra y la arrojé al asiento de al lado.

Me relajé.

Atrás quedaban semanas estresantes de estudio y trabajo, dudas y procrastinación. Ahora quería olvidarme por un tiempo de la vida cotidiana universitaria y laboral y pasar unos días de relax en la casa de vacaciones de mi bien ganado colega Alex.

Una vez más me había invitado a su casa.

Organizaba una cena familiar y me había invitado también a mí, como buen amigo de los viejos tiempos de la infancia.

Alegremente y no del todo sin segundas intenciones, había aceptado de inmediato, porque la familia de mi amigo Alex poseía una cosa que yo amaba más que nada en el mundo: mujeres maduras y cachondas.

Ya en verano y otoño había conocido a la madre y a la tía de mi amigo, momentos que nunca olvidaría...

Mi pequeño y aún helado coche llegó ahora lentamente a la elegante zona donde vivía mi amigo.

Grandes y pulcras villas con setos de hoja perenne recortados con precisión, ahora bajo una gruesa capa blanca como vallas de azúcar glas, se alineaban con otras casas de grácil y elegante belleza.

Me sentía fuera de lugar, un extraño en medio de tanta pompa y riqueza.

Pero sabía qué recompensa podría esperarme al final del viaje y, con eso en mente, volví a pisar el acelerador con motivación, de modo que los neumáticos giraron bajo la nieve resbaladiza y dirigí mi coche con rapidez y firmeza en dirección a la finca de Alex: las milfs cachondas en el ojo de mi mente.

Cuando los neumáticos de mi coche crujieron en el camino de entrada de la finca de Alex y pasé por delante de la gran verja de hierro fundido, el sol de invierno ya se había puesto mucho después de que el sol se pusiera.

y brillaba sólo escasamente en el cielo claro y frío, de modo que el blanco paisaje invernal parecía bañado en una luz mortecina.

Aparqué mi coche junto a uno de los caros y lujosos deportivos que ya estaban aparcados a la sombra de la grande y pomposa casa y puse el freno de mano.

En lugar de salir y adentrarme en el frío resplandeciente de nieve de la noche, subí un poco más el volumen de la radio, que seguía sonando, apoyé la cabeza en el maltrecho respaldo del asiento de mi coche y escuché unos instantes más los relajantes y alegres sonidos de villancicos familiares que salían alegres y traqueteantes por los altavoces de mi equipo de música y fluían cómodamente por el interior del coche.

Mientras estaba allí sentada, dejé que mis ojos recorrieran la fachada blanca de la casa de Alex.

Mi novio no se había mudado a este magnífico edificio hasta el verano y, desde entonces, sólo guardaba buenos recuerdos para mí: aquí, entre estas cuatro paredes, había vuelto a encontrarme con la madre de mi antiguo amigo del colegio después de muchos años.

Desde entonces, se había despertado en mí un hambre insaciable de mujeres maduras, que trataba

de satisfacer siempre que podía.

Hoy podría volver a ser ese momento. Sonreí
audazmente.

Como estudiante más bien tímido y reservado, sin un gran círculo de amigos, había sido como un milagro cuando la ardiente y voluptuosa milf me había seducido este verano.

E incluso cuando había estado de vacaciones con otra mujer de la familia de Alex, su tía, en otoño, había vuelto a saltar la chispa: parecía sentir una atracción especial por las mujeres mayores.

Las mujeres maduras, cachondas y a menudo mal folladas se daban cuenta de que yo era una presa fácil y me utilizaban para obtener su insaciable satisfacción, a lo que yo accedía encantado.

Las grandes y anchas ventanas de la casa estaban todas iluminadas y dejaban caer su cálida luz amarilla al exterior sobre el blanco manto de nieve, como los rayos de las velas de una corona de Adviento.

A través de los cristales ligeramente empañados de algunas ventanas de la parte derecha de la casa, unas sombras en movimiento danzaban y anunciaban que la mayoría de los invitados debían de estar ya allí.

Alex no me había dicho exactamente a quiénes había invitado durante nuestra última conversación, pero por un presentimiento y un deseo interior había aceptado sin dudarlo y ahora esperaba que algunas de las mujeres de su familia nos honraran con su presencia.

Me dejé soplar unos segundos más por el ventilador cálido y ruidoso de la calefacción del coche, luego bajé el retrovisor interior hasta la altura de la cabeza, eché un último vistazo a mi pelo ligeramente desordenado e intenté ordenar el caos sempiterno con unos cuantos golpes desesperados de la mano antes de apagar el motor y salir al frío glacial.

"Brrr, qué frío", me estremecí mientras escapaba del reconfortante calor de mi coche y me dirigía rápida y apresuradamente hacia la puerta principal.

Las huellas de mis zapatos en la nieve se alineaban junto a multitud de otras huellas, todas en dirección a la puerta.

Interesado, busqué a ver si algunos de ellos encajarían en una mujer y los encontré - aquí tienes.

Complacido y satisfecho, me aparté de nuevo de las huellas de los zapatos en la nieve y pulsé el timbre helado y congelado.

Se oyó un fuerte timbre desde el interior.

"Ya voy", se oía la voz lejana de mi amigo que llegaba a través de la casa grande.

Tiré por última vez del cuello de mi camisa demasiado fina, oí ruidos y pasos pesados que

pisaban el parqué de madera del interior y, unos instantes después, la pesada puerta de roble de la casa se abrió de golpe.

"Hola Manu, me alegro de que hayas podido venir, pasa", me saludó con un chorro de calor y olor a vino mi ya ligeramente ebrio amigo.

Agradecido, entré en la amplia zona de entrada de la casa.

Desde la derecha, voces apagadas y risas alegres llegaban a través de la ronda abierta del pasillo.

"Vamos, te presentaré a los demás" me indicó Alex con un gesto de la mano para que le siguiera.

Cuando el tintineo de nuestros zapatos resonó en el suelo de madera oscura, mi excitación y nerviosismo aumentaron notablemente.

Detrás de una de esas puertas aún cerradas estaba mi destino para esta noche, oculto en una de esas habitaciones estaba lo que tanto tiempo había estado esperando y con lo que tantas horas solitarias había llenado mis pensamientos: una milf.

Alex, que caminaba contento por delante, se detuvo a los pocos metros ante una puerta de la que salían voces y música navideña y la abrió.

Inmediatamente, el delicioso y agradable olor a asado grasiento, albóndigas y todo tipo de comida se elevó hasta mi nariz, mezclándose con el aliento especiado y ahumado del incienso y la cera, extendiéndose por la habitación como una bruma navideña y fluyendo tranquilamente por todos los poros de mi cuerpo.

Pero mucho más importante que lo que olía mi nariz era lo que veían mis ojos.

En la mesa ricamente dispuesta en el centro de la sala, amplia y confortablemente amueblada, se sentaban dos mujeres de mediana edad, en torno a los cuarenta años: el premio gordo.

Aliviada y excitada a partes iguales, entré en la cálida y casi sofocante habitación detrás de Alex y cerré la puerta tras de mí.

"Chicos, este es mi buen amigo Manuel, del que ya os hablé", rompió Alex el interesado silencio de los presentes, que nos miraban con curiosidad.

Encantado de conocerte, soy Manuel -repetí las palabras de Alex, sonando un poco tonto, ya que no se me ocurría nada mejor que decir debido a mi nerviosismo.

"Hola Manuel" las dos mujeres me ayudaron a salir de la situación con una sonrisa - noté como sus ojos se fijaban en mi cuerpo y como me examinaban de cerca.

Los dos hombres del otro lado de la mesa, presumiblemente las parejas de las dos milfs, se limitaron a saludarme con unas incomprensibles palabras de asentimiento y enseguida volvieron a centrar su atención en los platos de comida que tenían delante.

Aparte de ellos cuatro, no había nadie más.

Alex me presentó a las dos mujeres como Tina y Sandra.

Una era una tía en segundo grado, la otra una buena amiga del trabajo. Rápidamente olvidé los nombres de sus maridos.

"¿No vienen tu madre y tu otra tía?", le pregunté a mi amigo, ligeramente decepcionado.

"Desgraciadamente no, ambos volaron de vacaciones, probablemente querían escapar del frío".

"Oh, qué pena" contesté, intentando que no se notara mi tristeza por ello, ya me las arreglaría para divertirme con las dos maduras presentes

Después de sentarme a la cabecera de la mesa y poner en mi plato algunos de los innumerables y maravillosamente fragantes manjares, miré más de cerca por primera vez a las dos mujeres que habían vuelto a su conversación.

Los dos estaban en medio de una conversación y de momento no se dieron cuenta de mis miradas ardientes y lujuriosas a sus cuerpos voluptuosos y guapos, que yo veía a través de la mesa.

Por desgracia, la mitad de ellos han permanecido ocultos hasta ahora, así que me he limitado a la parte superior de sus cuerpos por el momento.

Así que se me hizo la boca agua incluso sin la deliciosa comida.

Una de ellas tenía el pelo largo y oscuro, que le caía en gruesos mechones por los hombros hasta el top rojo, muy abierto en el escote y que dejaba al descubierto gran parte de su rollizo busto.

El top, de corte ajustado y constrictivo, estaba abierto en forma de V en la zona del pecho y los dos rojos y finos trozos de tela, que debían cubrir los dos grandes y claramente protuberantes pechos de la belleza morena, estaban unidos únicamente por cadenas con ribetes dorados... qué espectáculo.

Los labios carnosos y sensuales de la mujer, que a juzgar por las palabras de su vecina de asiento debía de ser Tina, estaban maquillados del mismo rojo vivo que su sexy top y destilaban una atracción casi insoportable que sólo podía soportarse a través de la barrera física de la mesa que nos separaba.

La mujer que estaba a su lado no era menos guapa.

Sandra tenía una larga cabellera rubia que le caía por la esbelta espalda como un chorro de lana dorada, anudada en una apretada trenza.

En su rostro, que brillaba con dulzura y descaro a la luz vacilante de las numerosas velas, llevaba unas gafas de bordes afilados que, junto con su pelo atado, le daban un aire autoritario.

Sobre su maduro cuerpo llevaba un jersey navideño estampado en rojo y blanco, que no dejaba al descubierto tanta piel como Tina, pero era suficiente para que yo, como conocedor del tema,

estuviera seguro de que Sandra también tenía un cuerpo de rata.

El tejido de punto grueso de su jersey de lana invernal proyectaba sombras grandes y redondas, y pude ver claramente que bajo el cálido tejido debían de esconderse dos tetas gordas y magníficas; como se demostró más tarde, iba a tener razón en esta suposición.

Observé a las dos milfs curvilíneas mientras cortaban con destreza la masa blanda de sus jugosas albóndigas redondas y se metían con fruición los bocados bañados en salsa húmeda en sus bocas cachondas y luego se lamían húmedamente los labios, de modo que por un momento deseé ser una albóndiga en lugar de un ser humano. "Ya basta, Manuel", me dije volviendo a mis cabales.

Después de haber saboreado bastante sus cuerpos ardientes con mi mirada codiciosa y de haberlas desnudado ya completamente en mi imaginación, me volví ahora hacia la comida que yacía frente a mí, que ya se había enfriado casi por completo.

De una amplia gama de crujientes carnes fritas, horneadas y cocidas, había cogido unos cuantos trozos de aspecto prometedor, los había aderezado con salsa y ahora empezaba a comérmelos.

Mientras masticaba, no dejaba de mirar a las dos mujeres maduras y me pareció que ese intercambio secreto de miradas entre platos y platos era mutuo, porque de vez en cuando pillaba a una de ellas de reojo lanzándome también miradas curiosas y frívolas.

Los dos hombres, algo ceñudos, parecían no darse cuenta de nada de todo esto.

Con su abundante comida y una gran jarra de cerveza delante, los dos parecían contentísimos y no se dieron cuenta de que yo y sus dos esposas intercambiábamos miradas cada vez más intensas y chispeantes a medida que avanzaba la comida y, en lugar de comer, ahora se deleitaban cada vez más con la visión del otro.

Después de que la satisfacción de masticar, chasquear y tragar se desvaneciera gradualmente y el confortable y cálido comedor se impregnara de exclamaciones de satisfacción como "Ah, qué bien sabía" o "Hmm, estaba delicioso", Tina se levantó de su asiento y me dijo más a mí que a nadie:

"Me gustaría salir a la terraza y fumar un cigarrillo si alguien quiere venir" - ese fue mi momento.

Sin hacer ningún comentario y con el corazón latiéndome deprisa, me levanté de la silla y saludé a Tina con la cabeza.

"¿Desde cuándo fumas Manu?", me preguntó asombrado y suspicaz mi amigo Alex mientras yo empujaba mi silla vacía hacia la mesa con un chirrido y quería ir hacia la puerta para seguir a Tina.

"Oh, empecé hace un tiempo debido a todo el estrés del estudio", respondí, tratando de sonar lo más convincente y segura posible.

Incluso el prim marido de Tina levantó la vista con curiosidad ante la pregunta que me hizo

Alex.

"Oh, bueno, entonces", dijo Alex, despidiéndome para mi alivio. Sigo a Tina fuera.

A juego con el ajustado top rojo, la tía lejana de Alex llevaba una falda negra y medias debajo.

Mientras la seguía por el largo pasillo, mis ojos se posaban únicamente en las curvas cambiantes de sus nalgas redondas y prietas a cada paso que daba, empujando con placer contra el tejido ceñido de la falda con cada movimiento que hacía.

Temblorosa, las nalgas de la madura milf se apretaron contra mi falda y yo estaba tan en trance por la visión cachonda e hipnótica de su delicioso trasero que había pasado por alto llevarme una chaqueta como la de Tina.

Temblando, salí junto a ella al suelo de piedra de la espaciosa terraza que se extendía hasta la parte trasera del jardín.

"¿Necesitas uno?", me preguntó interrogante Tina, tendiéndome un paquete abierto de cigarrillos -

odiaba fumar-.

"Sí, me encantaría", respondí y saqué uno de los tallos malolientes con dedos temblorosos.

"Quédate quieto aquí".

Tina había conjurado un encendedor de aspecto noble de la nada con un ruido metálico y sostenía el trozo de acero en llamas frente a mi cara con la mano derecha.

Empecé a preguntarme si realmente sólo habíamos venido aquí a fumar y di una calada decepcionada y asqueada a mi cigarrillo, que se había consumido al contacto con la llama del mechero.

Tuve que toser.

"Tú no fumas, ¿verdad?", rió Tina a mi lado, alegre y divertida.

"Bastante menos", resoplé, sacándome el humo de los pulmones.

"Bueno, entonces sé de algo que podría gustarte más".

Tina había dejado caer descuidadamente la caja a su lado, en el suelo de la terraza, y ahora se acercó más a mí.

Ahora estaba de pie a unos centímetros de mí y podía oler su aroma a vino tinto, perfume y champú afrutado.

"Estás temblando, pobrecita mía", me dijo en tono mohíno y maternal, y con una mano me sacó de la boca el cigarrillo apenas encendido, lo puso entre sus propios labios rojos y chupó lasciva y

seductoramente el tallo humeante.

Mi excitación iba en aumento.

Abrió su sensual boca y me sopló burlonamente el humo del cigarrillo en la cara, al tiempo que acercaba aún más su cabeza a mí y me besaba bruscamente a través del espeso humo.

De repente me encantó el olor a cigarrillo.

Suaves y húmedos, sus labios se encontraron con los míos y la lengua de Tina se abrió paso en mi boca.

Embargado por la excitación y el placer, mi cuerpo empezó a olvidar de repente el amargo frío de la gélida tarde de invierno y de pronto sentí calor.

Los latidos de mi corazón se aceleraron, mis pupilas se dilataron y mi respiración se hizo más superficial.

Mientras tanto, las delicadas y femeninas manos de Tina también habían dejado caer mi cigarrillo y la madura milf había apagado las brasas humeantes con la punta de sus zapatos de tacón.

Llevó sus manos, ahora libres, a mi cuerpo y las pasó de mi pecho a lo largo de mi camisa hasta justo antes de mi polla.

Los dedos que se acercaban y los sensuales labios de Tina eran suficientes y ya sentía cómo mi pene se llenaba de sangre y se hinchaba duro y excitado en mis pantalones, presionando contra la pernera y la tela del pantalón.

"¿Mejor que fumar qué?", me espetó Tina frívolamente y con una voz humeante y cálida al oído y, al mismo tiempo, agarró mi gruesa polla con la mano y la encerró con los dedos.

Gemí.

Con el toque de Tina, toda la sangre que quedaba en mi cuerpo se dirigió a mis entrañas y mi pene siguió creciendo.

"Así es como me gusta", dijo satisfecha la tía de Alex, y empezó a frotar su mano derecha contra mi vara dura como un garrote y a darle placer a través de mis pantalones.

Los satisfactorios movimientos de la cachonda milf me hacían jadear más fuerte y más rápido, y yo soplaba pequeñas nubes de aliento en el frescor del oscuro jardín al compás de sus manos que se frotaban.

Como una máquina de vapor, el vaho salió disparado de mi boca de forma uniforme y rápida, mientras yo respiraba más rápido y más hondo mientras Tina se apretaba más contra mí y dejaba que sus suaves y delicadas manos se deslizaran por la pernera de mi pantalón, satisfaciendo y sacudiendo mi pene cada vez con más intensidad y urgencia.

"Creo que quiere salir", me susurró al oído y al mismo tiempo me acarició el glande crispado con los dedos.

¡Y cómo quería salir!

Tina, que parecía no conocer ni el frío ni la incomodidad, me dio un último beso en los labios y me lamió el cuello una vez más, luego se separó de mí y, para mi deleite, se arrodilló frente a mí en el duro y frío suelo de piedra.

"Vamos entonces", dijo impaciente, con un hambre y un deseo en la voz que te hacían pensar que no había probado bocado antes.

Con avidez y agilidad, me desabrochó el dobladillo de los pantalones y me aflojó la hebilla del cinturón, de modo que los pantalones quedaron sueltos y libres.

Zack.

Con un tirón definitivo y dominante, Tina me había bajado los pantalones, incluidos los calzoncillos, y mi gruesa y dura polla había saltado hacia ella con un movimiento espasmódico.

La milf miró mi pene grande y ligeramente bamboleante durante un momento, luego agarró el miembro desnudo y caliente con una mano y lamió la punta de su lengua suave y lentamente sobre mi glande.

Mojada y húmeda, mojó ahora todo mi tronco con su saliva y deslizó su lengua juguetona y cachonda sobre la piel palpitante de mi polla.

Tuve que recostarme contra la pared y apoyarme en la fría fachada de la casa con lujuria y excitación, - era que cachonda

Con mi pene ahora brillando húmedamente en el resplandor de la luz que caía de la casa, Tina abrió la boca de par en par y con un carraspeo se llevó toda mi polla a su húmeda y cálida garganta.

Me sentí abrumado por la sensación de la milf cachonda.

Ruidosamente, Tina comenzó a chupar mi gran pene.

Su cabeza se movía rítmicamente de un lado a otro y su saliva húmeda brillaba cada vez más sobre mi miembro, que la boca de la cachonda milf trabajaba extensamente y con fuerza.

Chupaba y lamía mi polla como si fuera un caramelo especialmente sabroso que quisiera tomar por completo en su boca.

Su pelo castaño se movía de un lado a otro al compás de su cabeza y caía sobre mi polla mojada, de modo que el vello me hacía cosquillas en la piel desnuda.

El carmín que antes había adornado solo los labios de Tina se extendía ahora caótica y salvajemente por sus mejillas, su barbilla y mi polla, brillando con su saliva.

Mientras se arrodillaba debajo de mí y empujaba con avidez mi pene hasta su garganta, Tina parecía una loca hambrienta... Me gustó la visión.

A través de la chaqueta abierta, las grandes y gordas tetas del ajustado top se balanceaban adelante y atrás al compás de su cuerpo, añadiendo un condimento extra al lujurioso espectáculo que resultaba casi insoportable para mi gusto: pronto me correría.

Mientras Tina seguía con una mano en mi tronco y continuaba jugando con mi polla con la boca, con la otra metió la mano bajo su falda negra y empezó a satisfacerse a sí misma, oculta a mi vista.

Mis jadeos lujuriosos y el húmedo golpeteo de su mamada se unieron ahora a los gemidos excitados y lujuriosos de Tina.

Nuestros sonidos de éxtasis debieron de llegar hasta la casa, porque de repente se abrió la puerta corredera de cristal que daba a la terraza.

"Así que aquí estáis", nos gritó Sandra, enfurecida y envidiosa.

Casi resbalo del susto y me habría caído sin el apoyo de la fachada de la casa. Esperemos que Sandra no se enterara.

Levanté la mano en un gesto de aplacamiento e iba a sacar mi pene de la cálida boca de Tina con la otra, que seguía chupando mi húmedo miembro completamente indiferente a la aparición de Sandra, pero ésta me dijo con severidad: "Deja la polla donde está.

Dejó la puerta corredera abierta y, para mi asombro, se acercó a nosotros: ¿qué había hecho yo para merecer esto?

Mientras Tina seguía arrodillada frente a mí, chupando y metiéndose los dedos con fiereza y fervor en mi polla, la rubia Sandra se subió encima de ella para quedar de pie directamente encima de Tina y frente a mí.

Para mi deleite, la rubia milf no necesitó un cigarrillo introductorio, sino que inmediatamente me apretó contra la pared de la casa con ambas manos y me cubrió el cuello y la boca de ardientes besos mientras sus puntiagudas y largas uñas masajeaban la zona de mi pecho y se clavaban en mi carne.

Al ser trabajada por ambas mujeres maduras, perdí visiblemente la orientación.

Aturdido por la lujuria y embargado por la calentura, noté cómo la severa Sandra me soltaba brevemente y se quitaba su grueso y rasposo jersey de punto.

Ahora también sabía por qué se había puesto la prenda de abrigo: no llevaba nada debajo. Cuando se puso la prenda de lana sobre el pecho, dos tetas enormes, pesadas y turgentes cayeron directamente hacia mí, golpeando la piel desnuda de Sandra.

Como si estuvieran controladas, mis manos alcanzaron inmediatamente con avidez los dos

jugosos y calientes pechos y, con un jadeo de satisfacción, mis manos encerraron las suaves y redondas cerezas y empezaron a amasar la jugosa carne de Sandra como si fuera una masa.

Con avidez, mis dedos exploraron los gigantescos pechos de Sandra, que mis firmes amasamientos y

Presionando para complacer cayó, porque ahora también empezó a unirse a los gemidos fuertes y extáticos de Tina y míos y lanzó su cuerpo maduro presionando contra mí como una invitación inequívoca a trabajar sus tetas y su cuerpo cachondo aún más duro.

Mis sentidos ya no sabían adónde ir.

En mi vientre lleno de sangre sentí la cálida y húmeda succión de la gutural Tina, que ahora también me hacía cosquillas en los huevos con la mano libre.

Encima de mi cabeza y mi pecho me mimaba la rubia Sandra, que apretaba con avidez sus dos tetas regordetas contra mis manos amasadoras y cabalgaba extensamente la parte superior de mi cuerpo.

Sólo había un pensamiento que aún podía captar a través de la bruma de los cuerpos de las mujeres maduras: quería sentir a las dos voluptuosas mujeres también desde dentro.

Las dos maduras parecían sentir lo mismo, porque Tina soltó de repente mi húmeda polla de su boca y se levantó.

Un frío glacial subió por mi pene, que ahora estaba desnudo en el frío.

Tina reconoció mi angustia.

"¿Por qué no pruebas esto?", me gritó lujuriosa y audazmente, apoyándose en la cercana mesa del patio en posición encorvada y estirando hacia mí sus regordetas nalgas.

Sandra, que obviamente no quería perderselo, también se acercó a Tina y también se apoyó en la gran mesa de madera y estiró su redondo trasero hacia mí.

¿Adónde debo ir primero?

La morena Tina me libró de esta difícil decisión por el momento, porque con un movimiento de su brazo movió su mano derecha hacia atrás y se subió la ajustada falda negra hasta las caderas, de modo que su culo desnudo, envuelto en seductoras medias de rejilla, estaba ahora a mi vista.

Con avidez me acerqué por detrás.

Para mi deleite, Tina no llevaba ropa interior bajo las medias de rejilla, de modo que la carne desnuda de sus gruesas nalgas se extendía ahora desnuda y tentadora contra los finos y cortantes hilos de rejilla hacia mi dura polla.

Solté un golpe de pimienta con la palma de la mano sobre el de Tina y el culo gordo tembló golpeándose con el impacto de mi mano y vibró temblorosamente después.

"Venga, dámelo a mí también", oí decir a Sandra a mi lado, y la rubia me agarró de la muñeca y guió mi mano hasta su trasero.

Me alegré de repetir el mismo procedimiento aquí también, y solté unos cuantos golpes duros en el culo prieto de la milf de anteojos, de modo que sacó gemidos de su cara distorsionada por la lujuria y se mordió los labios con deseo.

"Ahora Sandra ya ha tenido bastante", oí decir a Tina suplicante y ligeramente enfadada delante de mí y sentí que echaba la pelvis hacia atrás y apretaba su culo desnudo contra mi polla, de modo que mi vástago quedó apretado en la grieta entre sus gruesas nalgas y gemí audiblemente.

"Métemela ya", me animó ahora la madura milf con claro énfasis y ahora colocó la parte superior de su cuerpo plana sobre la mesa de forma que sus grandes tetas sobresalían a los lados de la parte superior de su cuerpo.

Además, se echó hacia atrás las dos manos que ahora tenía libres, se las puso en las nalgas y separó las dos nalgas, de modo que las finas líneas de tela de las medias se clavaron claramente en su carne y el agujero del culo y los labios se abrieron de par en par.

Era invitación suficiente.

Inmediatamente dejé de dar placer al trasero de Sandra con mis caricias y puse ambas manos en el trasero desnudo de Tina.

Entonces, con una húmeda bofetada, alineé mi pene entre los maduros muslos de Tina y empujé mis caderas hacia delante con violencia y avidez, de modo que mi miembro penetró profundamente en la húmeda hendidura de Tina y mi vástago fue absorbido por la húmeda y apretada calidez de sus entrañas.

era.

Presa de la satisfacción, Tina se encabritó y echó la cabeza hacia atrás.

Intenté contener a la lujuriosa milf y agarré el pelo que soplaba salvajemente y tiré de él, para que Tina volviera a estirar voluntariamente la espalda y sus redondas nalgas quedaran frente a mí en la mejor posición.

Envuelto por la profundidad cachonda y la estrechez de la milf caliente, comencé ahora a depositar empujones sobre su cuerpo, primero lentamente, luego cada vez más rápido.

Nuestros cuerpos se encontraron, golpeándose, y sus muslos y nalgas se enrojecieron por el impacto constante y duro de mis caderas sobre su cuerpo desnudo y curvilíneo.

Mientras yo clavaba a Tina cada vez con más fuerza contra la mesa de madera del patio y follaba vigorosamente su culo rollizo, Sandra, que estaba de pie junto a nosotros con la parte superior del cuerpo al descubierto, se desprendió de sus vaqueros de color pálido.

Una rápida mirada a un lado y vi los pezones de la belleza rubia, rígidos y puntiagudos por sus

pechos turgentes a causa del frío y la excitación, erguidos y mirándome de forma prometedora...

Tenía que agarrarlos, se me pasó por la cabeza.

Mientras acariciaba el trasero ahora caliente de Tina con mi mano izquierda y dejaba que mi mano descansara sobre su jugosa cadera, me acerqué a un lado con la derecha y tomé los pechos llenos de Sandra entre mis dedos y dejé que sus pezones rígidos se deslizaran entre mis dedos y jugué valientemente con los pezones cachondos.

"Si quieres seguir jugando con ellas, tendrás que hacer algo al respecto", dijo Sandra y volvió a retirarse por el momento, de modo que sus desnudas y pesadas tetas resbalaron de mi mano derecha. Antes de que pudiera preguntar qué se suponía exactamente que debía hacer, la ardiente rubia se había subido a la, para mi alivio, suficientemente maciza mesa de madera y ahora se estaba tumbando acrobática y graciosamente con la espalda sobre la espalda de Tina, de modo que Tina estaba ahora doblada y apoyada sobre la mesa en posición de perrito delante de mí y Sandra estaba tumbada encima de ella en posición del misionero, estirando los muslos en el aire y separándolos.

"Vamos, si quieres tocarme, tienes que pagarme por ello", y ya Sandra, que sólo iba vestida con sus húmedas bragas rojas, había puesto sus largas piernas sobre mis hombros y había empezado a acariciarse provocativamente sus turgentes pechos, clavando sus uñas en la tierna carne.

Con un sonido resbaladizo saqué mi miembro del húmedo coño de Tina, volví a golpear con ambas manos las maravillosas nalgas que se agitaban frente a mí, luego me puse ligeramente de puntillas y presioné mi húmeda polla contra el interior de los muslos de Sandra.

Ella gimió de satisfacción.

Mientras Tina frotaba su delicioso culo contra mis piernas desnudas y lo movía arriba y abajo, yo acariciaba mi polla cada vez más hacia el lujurioso centro de Sandra y dejaba que mi glande rozara su clítoris para luego penetrarla lentamente con mi duro eje.

"Ohhh, por fin", jadeó la rubia de gafas, clavando con lujuria las yemas de los dedos en sus redondos pechos, que se agitaban y rodaban pesados y redondos sobre su cuerpo desnudo mientras yo empezaba a intensificar mis embestidas en su húmeda hendidura.

Sandra emitía sonidos de éxtasis cada vez más violentos y se retorció salvajemente bajo mis potentes embestidas.

Sus manos habían vuelto a soltar sus pechos, así que me incliné aún más hacia delante, agarré las cálidas y suaves bolsas y apreté con firmeza mientras mi abofeteante pelvis subía y bajaba entre el culo de Tina y las piernas abiertas de Sandra.

Me había olvidado del frío.

Todo lo que sentía era calentura, deseo y lujuria desenfrenada por los maduros y magníficos cuerpos de las dos mujeres de sangre caliente, que se erguían lujuriosas bajo los empujones de mi polla como presas cazadas.

Con avidez, mis manos recorrieron ahora los cuerpos desnudos de las dos milfs.

Lascivamente, mis dedos arañaron la carne caliente de las tetas llenas, apretaron el cuello del tierno cuerpo de Sandra y se abalanzaron con fuerza sobre las nalgas temblorosas y enrojecidas de Tina. Me encontraba en un paraíso invernal de puro pecado, saboreando como un depredador hambriento las deliciosas y jugosas curvas de las dos mujeres.

Después de pasar un rato dándole placer a Sandra, volví a sacar mi pene brillante y húmedo de su vientre y ahora lo introduje alternativamente en las dos milfs cachondas.

Primero entre las gruesas nalgas de Tina, y luego de nuevo en las ardientes entrañas de Sandra.

Ambas estaban ya tan mojadas como máquinas bien engrasadas, así que mi abultada polla se deslizó suavemente hacia delante y hacia atrás entre sus lujuriosos agujeros, provocando por igual jadeos y gritos guturales de profunda satisfacción.

Tina empezaba a encontrar demasiado pesado el peso de Sandra, por lo que la rubia milf abandonó de nuevo su trono de pecado y descendió de la mesa.

"¿Por qué no dejas que nuestro joven amigo se siente?", dijo Sandra, que había bajado de la mesa y vio con qué violencia jadeaba yo de lujuria y esfuerzo a partes iguales.

"Si eso es lo que hace falta", rió Tina y también se levantó de su posición tumbada sobre la mesa.

La rubia acercó una de las sillas acolchadas del jardín y me indicó que me sentara en ella.

"Oh, mierda, hace frío", gemí mientras sentaba mis nalgas desnudas en la fría silla.

"Nos aseguraremos de que nuestro pobre Manuel vuelva a entrar en calor", me guiñó un ojo Tina y se acercó a la silla.

Se dio la vuelta delante de mí, de espaldas a mí, y apartó las nalgas redondas y jugosas.

Al mismo tiempo, Sandra se acercó por detrás, se inclinó hacia delante y me separó las piernas con las manos, de modo que Tina pudo meterse entre mis muslos con su culo gordo y sentarse en mi regazo con su culo regordete. Golpeando, mi polla se apretó de nuevo contra el cuerpo cachondo de la milf morena.

Sandra, mientras tanto, dejaba que sus grandes tetas descansaran sobre mis hombros y me masajeaba la parte superior del cuerpo desde atrás.

No tuve que hacer nada más.

Relajado, me dejé caer en el respaldo de la silla, que aún estaba fría pero cada vez más caliente, y disfruté de cómo Tina dejaba que sus redondas nalgas rebotasen arriba y abajo sobre mi polla y apoyaba las manos en mis muslos. Dejé que mis manos se apoyaran primero a la derecha y a la izquierda de mi polla para que las nalgas desnudas y calientes de Tina chocaran suavemente y se golpearan contra ella con cada movimiento que hacía.

Ya no podía contenerlo más.

Como una erupción, mi jugo caliente y pegajoso salió disparado hacia la vagina cachonda de Tina y penetró en su cuerpo de milf madura como un néctar caliente de lujuria.

Desinhibido, gruñí y gemí, y mis sonidos de clímax se mezclaron con el constante golpeteo de las curvas llenas de Tina mientras seguía cabalgando mi eje salvaje y animalmente. Cuando las primeras gotas de esperma blanco y pegajoso brotaron de la hendidura de Tina y quedaron atrapadas entre la suave carne de su culo desnudo y la tela de las medias de rejilla, la ardiente milf también llegó al orgasmo.

Con un fuerte grito y un cuerpo desenfrenado, sacudiéndose salvajemente, se lanzó contra mí y apretó su culo firmemente contra mi eje una última vez antes de bajarse de mí, respirando agitadamente, e hizo sitio para que Sandra tampoco se perdiera.

La rubia milf vio mi pene ahora lentamente flácido, se rió y dijo:

"Bueno, me tocará a mí la próxima Navidad".

Vacaciones en el Báltico

Capítulo 1

Oscuro y tranquilo, el silencio de la noche caía sobre los tejados y los frontones de los suburbios de Múnich, bañando de un negro profundo las sobrias casas unifamiliares y plurifamiliares, sólo interrumpidas por farolas escasamente iluminadas y algún que otro núcleo plano de televisión.

En lo alto, en el ático de un edificio residencial de aspecto anodino, una tenue luz seguía ardiendo en la oscura noche primaveral.

El joven estudiante podía sentir su pulso en las palpitantes sienes de su cráneo.

Con la cabeza zumbándole y dolorida, las letras negras y minúsculas se desdibujaron ante los ojos de Manuel convirtiéndose en figuras danzantes que se movían por la brillante pantalla de su portátil, intentando abrirse paso fuera del orden constreñido del texto pulcramente formateado. Manuel parpadeó y entrecerró los ojos llorosos.

Las letras volvieron a quedarse quietas.

Cansado y agotado, el estudiante arrastró el ratón del portátil con las extremidades cansadas hasta la esquina superior derecha de la pantalla y guardó el documento.

Bostezó con alivio y satisfacción: por fin lo había conseguido.

El estudiante de 25 años ha pasado unas semanas muy duras.

Los estudios realmente satisfactorios habían despojado al tímido estudiante de todas sus reservas mentales y físicas y le habían llevado al límite de sus capacidades cognitivas. Pero allí, al borde amenazador del agotamiento total, sólo había conseguido agarrarse a la paja salvadora de este trabajo y no había caído por el abismo.

Con el clic del ratón que acababa de hacer, su trabajo estaba hecho y su rescate perfecto. Ahora podía relajarse, y así lo hizo.

Satisfecho y embargado por una oleada de relajación, Manuel cerró su portátil y se dejó hundir en el respaldo de su silla, como si quisiera fundirse con el respaldo tapizado.

Con la certeza del trabajo terminado, un cansancio abrumador se instaló en el cuerpo del joven, haciéndole cerrar los ojos y casi dormirse.

Pero justo cuando Manuel estaba a punto de dejar que su cuerpo flácido flotara hacia el bien merecido reino de los sueños, el teléfono inteligente del estudiante vibró y le sacudió de su crepuscular medio sueño.

"¿Quién demonios es ese a estas horas?", dijo Manuel con un profundo bostezo y se incorporó.

Sus dedos somnolientos agarraron el móvil y Manuel miró la pantalla. De repente, todo el cansancio había desaparecido.

"Oye, estudiante ambicioso, ¿te gustaría volver a irte de viaje unos días?" .

Parecía que Manuel acababa de leer el texto más apasionante de la historia de la humanidad.

Sintió calor y frío por turnos, se le aceleraron los latidos del corazón y se le pasó el dolor de cabeza.

Manuel sabía lo que significaba para él que su buen amigo Alex le invitara a su casa. Tres veces ya, las invitaciones le habían conducido a su mayor y más íntima pasión y habían hecho realidad sus sueños más húmedos.

Cada vez que Manuel visitaba a su amigo Alex, se encontraba con lo que más le gustaba en el mundo: mujeres maduras y cachondas, milfs.

Y este amor era mutuo, porque cada vez que el joven estudiante, por lo demás bastante tímido y reservado, se encontraba con mujeres mayores, se sentía de una extraña manera

se prendó de él y lo sedujo.

No podía resistirse a las mujeres maduras, y esta lujuria desenfrenada era explotada descaradamente cada vez de nuevo por las experimentadas damas.

¿Volvería a ocurrir lo mismo en esta visita?

Sin más preguntas, Manuel desbloqueó su móvil y martilleó con sus dedos, que habían vuelto a la vida, la pantalla de su teléfono.

"Sí, claro, me encantaría" , escribió inmediatamente en respuesta y envió el breve mensaje con los dedos temblorosos de nerviosismo y expectación.

No había preguntado la fecha ni el destino, porque cuándo se marchaba o adónde iba era irrelevante, carecía de sentido, los únicos pensamientos de Manuel giraban en torno a una pregunta importantísima:

"¿Estaría Alex acompañado por alguien".

Pronto el joven estudiante recibiría una respuesta a esta apremiante pregunta.

Tres días después. .

Con una ligera y escasa bolsa de deporte negra al hombro, me abrí paso entre la densa y ruidosa multitud de la estación de Múnich, empujando a viajeros, veraneantes y niños gritones hacia mi andén.

Caminar por el abarrotado vestíbulo de la estación parecía una expedición a través de una jungla densa y cubierta de maleza.

Utilizando el brazo como machete, me abrí paso entre gruesos cuerpos, empujé hombros y mochilas y me abrí paso metro a metro por la ruidosa jungla urbana, en la que todos los miembros parecían largas y gruesas lianas.

No me quedaba mucho tiempo.

Hacía unos instantes, la monótona voz femenina de los grandes altavoces ocultos había anunciado, con una indiferencia que me enfurecía, que la vía de salida de mi tren había sido desplazada.

Y al otro lado de la estación.

Mientras la misma voz de mujer despotricaba ahora del retraso de otro tren, yo jadeaba y corría entre las masas de gente, intentando coger mi tren a tiempo.

Esa misma noche, Alex me había enviado billetes de tren para un ICE a Stralsund, desde donde debía tomar un ferry a una isla donde mi amigo, rico y acomodado, poseía una casa de vacaciones.

Respirando fuerte y jadeando, finalmente me detuve frente al tren que ya estaba listo para partir, tosi brevemente, juré volver a hacer más ejercicio y subí.

En lugar de buscar uno de los apenas disponibles asientos libres de segunda clase, como de costumbre, mis pasos me llevaron a la cabeza de la locomotora.

Alex me había reservado un asiento en primera clase, que debía de costar más o menos lo mismo que mi alquiler mensual.

Así que dejé atrás los ruidosos vagones atestados de gente y maletas y, atravesando una puerta de cristal de apertura automática, entré en el tranquilo y agradable silencio de la primera clase.

Aquí reinaba el mismo silencio que en una

biblioteca. Los acomodados viajaban en

silencio.

Pasé tranquilamente por delante de los trajes de aspecto importante y miré hacia arriba para

encontrar mi asiento reservado.

De repente hice una pausa.

Vi algo que por el momento era más importante que cualquier asiento en la primera clase de un ICE.

A mi derecha, a pocos metros, estaba sentada una mujer rubia de mediana edad que tecleaba afanosamente

tintineando en el teclado de un portátil abierto. No era una mujer cualquiera.

Era una milf caliente y ratonera. Me subía

el pulso.

Mientras mis pupilas se dilataban de deseo y se hinchaban hasta alcanzar el tamaño de un plato redondo, me aventuré a acercarme al objeto del deseo con pasos vacilantes.

Paso a paso, con mis ojos ávidos sin dejar de fijarse en la madura belleza, me acerqué al lugar donde ella se demoraba.

Para mi regocijo, la atareada mujer aún no se había percatado de mi presencia y seguía absorta en su aparentemente importante martilleo del teclado, por lo que pude examinar más de cerca al guapísimo desconocido.

Como un entendido en arte, mis ojos recorrieron el cuerpo maduro de la milf con movimientos de mirada apreciativos y despertaron en mí lujuriosos sentimientos de deseo.

El magnífico cuerpo que tenía ante mis ojos, envuelto en una falda corta y ajustada en el cómodo asiento de cuero, acurrucaba sus curvas llenas y sensuales sobre el asiento tentadoramente cómodo.

La ajustada falda de cuero negro que se extendía como la cuerda de un lazo sobre su cuerpo seductoramente caliente chirriaba contra el cuero del asiento azul oscuro de primera clase con cada movimiento que hacía, haciéndome gemir por dentro.

Las desnudas y largas piernas bajo la prohibida falda ajustada terminaban en un par de tacones altos lacados en rojo.

La piel suave y clara me cegó tanto por un breve instante que no me había dado cuenta de que se había formado un atasco detrás de mí y otros dos pasajeros, ambos hombres, esperaban a que siguiera andando.

"¿Tardaremos mucho más por allí?", me espetó irritado uno de ellos desde atrás y pateó el suelo molesto.

"What, no no sry".

Arrancado de mi caliente y cachonda contemplación, aparté con gran dificultad mi penetrante mirada de la belleza rubia, hice un gesto apaciguador a las personas que esperaban detrás de mí y continué mi camino por el compartimento hacia mi asiento.

Despacio y sin esfuerzo, pasé junto a la mujer madura, que, sin embargo, no me dignó una mirada y siguió escribiendo enérgicamente en su teclado.

Cuando llegué exactamente a su altura, me atreví a echar una última, anhelante y lánguida mirada a su maravilloso cuerpo y aspiré su aliento profunda y placenteramente en mi nariz.

Su aroma era afrutado, juguetón y a la vez decidido.

Con un cosquilleo de pasión en la nariz, también le di un último capricho a mis ojos y logré vislumbrar la parte superior de su cuerpo antes de pasar junto a los dos caballeros que se empujaban todavía a su espalda.

Su blusa blanca y brillante, que para mi decepción estaba prudentemente abotonada hasta el cuello, me dio a entender que la tela limpia ocultaba algo exuberante y regordete.

Porque las claras elevaciones atestiguaban que la atareada mujer de negocios ocultaba dos grandes y jugosos pechos bajo la anodina tela de su blusa de aspecto inocente.

Mientras imaginaba cómo sería aflojar la restrictiva falda de la milf de sus exuberantes curvas y liberar a la ardiente y madura mujer de la tela de su blusa, encontré mi asiento y me acomodé en él, excitado y aún respirando rápida y superficialmente.

Si tan sólo pudiera entablar conversación con la mujer.

Una sola mirada más a sus exuberantes curvas bastaría para mí, una sola bocanada más de su aroma sensualmente dominante bastaría para darme momentos de placer pleno.

En aquel momento, no tenía ni idea de los minutos, horas y días felices que iba a disfrutar.
en breve.

Porque pronto iba a experimentar una agradable sorpresa que cambiaría decisivamente el curso de mi viaje de vacaciones.

Pero no tenía ni idea de todo esto ..

Pasaron las horas y el tren atravesó campos, prados y bosques a su velocidad habitual, mostrando siempre paisajes nuevos y cambiantes tras sus ventanillas.

Anuncio tras anuncio, la voz crepitante y apresurada de los revisores informaba a los pasajeros de nuevas estaciones, ciudades y posibilidades de transbordo, y una y otra vez revisores y persistentes vendedores de café pasaban por el compartimento, por lo demás silencioso, para hacer su trabajo.

Después de rechazar lo que me pareció la enésima oferta de café y de tragarme el último sorbo

del agua del grifo que había traído, el tren se hizo cada vez más lento y atravesamos los pueblos y suburbios de Stralsund.

El paisaje que nos rodeaba era llano y dominado por campos y casas de ladrillo. Simplemente el norte de Alemania.

Mientras empaquetaba mis pocas cosas, como la botella, el cable de carga y los auriculares, y las guardaba en mi bolsa de viaje, dejé vagar una mirada por el compartimento, que se había vaciado notablemente entretanto, y me alegró comprobar que la rubia madura seguía sentada en su asiento unas filas delante de mí.

Así tendría otra oportunidad de mirarla, saborear visualmente su cuerpo y disfrutar de la visión de sus curvas de rata.

Después de haber perdido de vista a la rubia por el momento después de salir del tren y la belleza rubia había desaparecido en la masa de gente, me dirigí hacia el puerto donde mi ferry debía salir en una hora, los billetes ya habían sido pagados por Alex y guardados digitalmente en mi teléfono móvil, así que no tenía prisa.

Caminé tranquilamente por la bulliciosa ciudad, absorbiendo con avidez los nuevos olores e impresiones e intentando meterme en el ambiente navideño.

Intenté respirar tranquila y profundamente. No

funcionó.

Fragmentariamente, mis pensamientos se inundaban una y otra vez de trabajo universitario y exámenes.

Y ello a pesar de que nunca antes había tenido problemas con las malas notas.

Pero entonces llegué al puerto y toda la tensión pareció desvanecerse en el aire.

El olor a pescado y salado de la costa, el mar y el agua penetró tranquilizador en mi nariz e inundó cada poro de mi cuerpo como una relajante nube de aroma marítimo.

El chapoteo de las olas rompiendo rítmicamente contra el alto borde de piedra de la orilla del puerto se combinaba con el maravilloso y tranquilo sonido de las gaviotas chillando y dando vueltas en el aire para crear una sinfonía de relajación. Con la sal en la nariz y el fuerte viento costero a mis espaldas, inicié un breve recorrido por la extensa y ajetreada zona portuaria para pasar el tiempo que quedaba hasta la salida del ferry.

Fresco y revigorizado, caminé por la estructura del paseo marítimo, pasando junto a puestos de pescado de delicioso olor con salmones y arenques grasientos y brillantes, casas de ladrillo grandes y anaranjadas e innumerables veleros amarrados con nombres graciosos.

Muchos cúteres podrían rivalizar fácilmente por el exotismo de su nombre con los hijos del culebrón de telerrealidad de cada tarde en la tele, pensé mientras observaba un pequeño velero de

un solo mástil llamado "Cynthia-Canaia" flotando en el muelle muy cerca del ferry, que ya estaba en el agua.

Sin embargo, no disponía de mucho tiempo para realizar estudios más detallados de los nombres de los barcos.

Un rápido vistazo a mi teléfono móvil me dijo que había acertado al observar la multitud que se congregaba frente al transbordador.

Aún faltaban unos 15 minutos para la salida.

Desvié la mirada de las pequeñas embarcaciones y me uní a la cola cada vez más larga de gente cargada de maletas y bolsas, que formaba como un convoy repleto de peregrinos que se dirigían al ferry.

Curioso, dejé que mi mirada recorriera la multitud. Era casi la

única persona que viajaba sola.

Rodeado de parejas de jubilados de aspecto senil y reposado vestidos de beige, niños gritones que se soltaban impacientes de las manos de padres estresados y con el ceño fruncido y transeúntes ligeros de equipaje camino del trabajo, me acerqué cada vez más a la entrada del transbordador.

Entonces la vi.

Por un segundo, mis latidos parecieron detenerse antes de reanudarse con un ritmo alegre y rápido y mi corazón pareció saltar excitado en mi pecho.

Entre sombreros de sol y coloridas gorras de béisbol, había visto el reflejo deslumbrante de un mechón de pelo rubio que ondeaba alborotado al viento, a la luz del sol claro y brillante de la tarde.

Por ahora, sólo una esperanza, una premonición suplicante.

Pero cuando la mujer que pertenecía a él se volvió en mi dirección durante un breve instante, tuve la certeza.

Aquí estaba, la mujer del tren.

El fuerte ruido que me rodeaba desapareció y mi campo de visión se estrechó como un túnel, centrándome únicamente en la mujer madura y atractiva que tenía veinte metros delante y que estaba sacando un billete de su bolso para enseñárselo al revisor de la entrada del ferry. Me moría de ganas de embarcar.

Nervioso como un caballo de carreras, arrastré los zapatos por el húmedo pavimento del puerto y esperé impaciente a que avanzara la cola para poder seguir a la milf hasta el ferry.

Seguía sola, lo que significaba que o bien viajaba sola y vivía o trabajaba en la isla en la que

hacía escala el ferry, o bien se encontraría allí con alguien que ya estaba esperando.

Esperaba lo primero, pero pronto supe que la atractiva desconocida se había subido a la barandilla del transbordador por la misma razón que yo.

Cuando por fin hube presentado mi móvil y subido al barco, que se balanceaba ligeramente, miré a mi alrededor en todas direcciones.

¿Adónde había ido?

Tras guardar mi equipaje en un espacio acolchado de la parte inferior del transbordador, me abrí paso a través del abarrotado barco, que ahora abandonaba el puerto.

Desde el exterior se oía un bocinazo sordo a través de las gruesas ventanillas salpicadas de agua, luego el coloso de acero blanco de un transbordador empezó a moverse lentamente y abandonó la abrigada dársena del puerto hacia mar abierto bajo la mirada curiosa e interesada de los pasajeros.

Tambaleándome ligeramente, me balanceé por la cubierta inferior y llegué a una escalera que conducía a la parte superior abierta del transbordador.

Instintivamente me agarré a la barandilla.

El aire soplaba húmedo, fresco y con corrientes de aire hacia mí en ese momento y subí con fuerza la cremallera de mi chubasquero ligero bajo la barbilla una vez más para prepararme para el tiempo de espera que hacía fuera.

Ojos entrecerrados para protegerse del resplandor del sol y de las salpicaduras de las gotas de agua.

Subí la estrecha y empinada escalera, medio ciega, que resonaba metálica a cada paso que daba, y entré en una zona abierta bordeada de hileras de bancos, rodeada a los lados por una barandilla que llegaba hasta el pecho.

Había mucho más ruido aquí fuera que en las entrañas del transbordador.

Desde abajo se oía el rugido ensordecedor de la turbina del barco, que arrastraba el transbordador por el mar espumoso y cargado de olas y hacía que el buque surcara violentamente el mar.

Miré a mi alrededor con más detenimiento.

Aparte de mí, sólo unas pocas personas se habían aventurado hasta aquí.

Ataviados con capuchas para la lluvia, algunos jubilados tomaron algunas instantáneas del inmenso azul del mar y tuvieron dificultades para mantenerse secos ellos y el objetivo de la cámara.

Más adelante, un solo hombre estaba sentado fumando un cigarrillo muy humeante, que se fumaba más el viento que él mismo.

Y unas filas de bancos más adelante, a la izquierda, se sentaba otra persona cuya chaqueta me resultaba familiar.

Caminé por el pasillo en medio de las filas de bancos, intentando no resbalar en el resbaladizo suelo mojado.

Mientras el transbordador se alejaba cada vez más de tierra firme, dejando tras de sí un rastro de espuma blanca en el mar chapoteante, llegué a los bancos delanteros y me acomodé en uno de ellos.

Estaba viendo cómo una bandada de gaviotas se alejaba del transbordador y volaba hacia la costa cuando la chaqueta familiar de mi campo de visión izquierdo se volvió hacia mí y vi la cara de la mujer rubia del tren.

Así que después de aquí arriba había desaparecido. Pero, ¿por qué?

Exteriormente, no me había dado precisamente la impresión de una persona cercana a la naturaleza e interesada por el mar, que se expusiera sin motivo a las adversidades de un tiempo incómodo.

Parecía haberme visto.

"Mierda, mira para otro lado otra vez" , pensé, avergonzado, y quise volverme hacia el mar abierto a mi derecha lo más rápido posible, pero para mi asombrado alivio, la milf me dedicó una sonrisa que parecía genuina y amistosa.

¿O simplemente era incapaz de interpretar correctamente las señales no verbales de otras personas?

¿Por qué una mujer tan guapa y sobre todo mucho mayor se fijaba en mí de esa manera?

Me guiñó un ojo a través del aire salado y brumoso del

mar. ¿Qué quería esa mujer de mí?

Tras devolverle la sonrisa, desvié de nuevo la mirada y miré las olas.

El rugido de la turbina parecía ahora aún más fuerte que antes.

Mis sentidos se agudizaron y sentí que el frío y la brisa del viento del mar Báltico apenas me molestaban ya, pues mi temperatura corporal había aumentado ante la sonrisa de la mujer madura.

Tragué saliva con nerviosismo y oí los latidos de mi corazón palpar excitado en mis sienes palpitantes. Lo único que deseaba ahora era acercarme a la milf, captar otra mirada o una sonrisa de sus labios carnosos.

Cuando habían pasado uno o dos minutos más de inactividad y apenas podía mantenerme quieta en el banco, ahora notablemente mojado por mi excitación interior, me atreví a echar otro rápido vistazo por encima del hombro hacia la parte de atrás.

Me di cuenta de que el fotogénico grupo de jubilados había terminado su búsqueda de motivos y se había retirado a la acogedora calidez del interior.

Aparte de mí y de la mujer, sólo el hombre que fumaba desesperadamente permanecía cerca de las escaleras tras

se tumbó en la cubierta abierta e intentó insistentemente encender un nuevo cigarrillo, pero no lo consiguió a causa del fuerte viento.

Tras sostener en vano por décima vez su pitillo aún sin encender ante el mechero siempre apagado, abandonó resignado su lucha contra el tiempo, maldijo unas palabras que se tragó el viento y bajó las escaleras enfadado.

Ahora estábamos solos.

En cuanto el hombre abandonó su puesto de fumador, vi a la rubia sexy levantarse y caminar hacia mí.

Mi tensión aumentó.

A medida que se acercaba paso a paso, me apresuré a pronunciar en mi cabeza algunas frases de confianza y seguridad en mí mismo, por si ella se acercaba a mí o, lo que era bastante improbable, por si yo reunía el valor para acercarme a ella.

Ocurrió lo primero.

"¿Hay sitio aquí?", preguntó tras llegar junto a mí, señalando el banco que había a mi lado.

Antes de que pudiera pronunciar un entrecortado y casi exultante **"Sí, por supuesto"**, ya había pasado por delante de mis piernas y se había sentado a mi lado.

Tan cerca que en otra constelación bien podría haberse considerado grosero.

"Aquí se ve mucho mejor desde el frente, ¿no?".

Al decir esto, tomó una fuerte bocanada del aire salado del mar en sus pulmones y dejó caer la cabeza hacia su cuello con placer, cerrando los ojos.

Intentando parecer tranquilo, entrecerré los ojos y la miré.

Su espesa y larga melena rubia le caía por los hombros como terciopelo dorado y brillaba y centelleaba a la luz de los intensos rayos del sol.

El viento, que soplaba incesantemente, hacía que los mechones sueltos de la mata de pelo se agitaran danzando alrededor de los contornos de sus bonitas facciones y jugueteaban

burlonamente alrededor de su rostro.

Seguía con los ojos cerrados en señal de relajación, así que continué paseando mi mirada por su cuerpo.

Sobre su blusa blanca llevaba un chubasquero oscuro, que seguía sin revelar una visión más profunda de su busto.

Nada había cambiado de cintura para abajo.

La falda ajustada y de cuero seguía adornando las jugosas y largas piernas desnudas de la madura milf, que no parecía congelarse a pesar del frío.

Su calzado tampoco cambiaba y me hizo preguntarme cómo de controlada debe estar esta mujer.

Aún llevaba zapatos rojos de tacón alto, lo que probablemente habría supuesto una caída segura para la mayoría de la gente en la resbaladiza cubierta del transbordador, que se balanceaba ligeramente.

"Sí, la vista aquí es realmente maravillosa" , respondí de acuerdo, sin dejar de mirar sólo su cuerpo en lugar del inmenso mar.

Mis ojos habían vuelto a su rostro y estaba estudiando sus carnosos y brillantes labios rojos cuando la mujer volvió a abrir los ojos y me miró directamente. Maldita sea, pensé, qué vergüenza...

De forma brusca, intenté volver rápidamente la mirada al oleaje y que no se me notara nada, pero noté que la cabeza se me ponía roja de vergüenza.

"¿Qué pasa , pensaba que te gustaba la vista?" .

La seductora y frívola voz de la milf me sacó de mi embarazoso desarraigo y me hizo incorporarme con asombro y excitación.

¿Acabo de oírlo bien?

Como si tuviera que asegurarme de que no estaba soñando, me pellizqué la pierna con la mano izquierda, que estaba apartada de la mujer.

Ouch, eso dolió, - así que estaba bien despierto.

Lentamente volví la cabeza hacia la mujer.

Me sonrió audazmente.

"Me llamo Mia, encantada de conocerte Manuel" .

¿Cómo demonios sabía mi nombre la milf buenorra?

Tenía que estar soñando, no podía explicar lo que estaba pasando de otra manera.

La rubia se acercó un poco más a mí y su encantador y dulce olor desplazó la sal del aire marino en mi nariz, todos mis sentidos estaban ahora con la extraña mujer.

Cada vez estaba más nerviosa, pero también más cachonda.

La palpable cercanía de la ardiente y madura rubia me hacía hervir la sangre y mi excitación aumentaba con cada centímetro que se acercaba a mi excitado cuerpo.

"Los demás ya me habían advertido de que eras un poco tímido al principio".

Antes de que pudiera preguntar quiénes eran los "otros", sentí una cálida mano de mujer sobre mi muslo y vi con ojos abiertos y asombrados que Mia había colocado sus delicados dedos peligrosamente cerca de mi entrepierna y ahora había empezado a rozar la tela de mis vaqueros.

Gemí audiblemente.

Sus rojas y largas uñas se clavaron ansiosamente en la pernera de mi pantalón como una voraz gata de presa y se dirigieron al centro de mi vientre, donde mi pene, ya erecto, había empezado a llenarse de sangre con gozosa anticipación y se apretaba duro y firme contra mi pantalón. ¿Qué estaba ocurriendo aquí?

Antes de que pudiera asegurarme de que seguíamos solos en la cubierta superior libre del ferry, la segunda mano de Mia se había colocado también sobre mis lomos y, con un tintineo, la cachonda milf había desabrochado la hebilla de mi cinturón y continuaba penetrando mi polla, ahora completamente dura, como si hubiera entrado en un frenesí de lujuria. Mi respiración se hizo menos profunda, más rápida y más fuerte.

Un momento después, sentí las frías yemas de los dedos traspasando el dobladillo de mis pantalones y empujando exigentes hacia mi miembro.

Yo estaba más que feliz de conceder a Mia esta petición.

Se me puso la piel de gallina, más por la lujuria que por el frío.

"Cae con él".

La milf tiró dominantemente de mis pantalones y dejó al descubierto mi abdomen con cierto tirón.

"Ya está".

Sonriendo, Mia bajó la vista hacia mi pene, duro y rígido, que ahora se desprendía de mis vaqueros, se dirigía directamente hacia ella y golpeaba su mano extendida.

Al parecer, le gustó lo que vio y sintió.

Con un gemido de satisfacción, rodeó mi polla con toda su mano, puso sus cálidos dedos

alrededor de mi miembro y empezó a pajarlo suavemente al principio, luego cada vez con más vigor.

Gemí fuerte y dejé caer pesadamente la parte superior de mi cuerpo contra el respaldo del banco, lleno de lujuria y satisfacción, y me entregué a los movimientos lujuriosos y cada vez más rápidos de la caliente milf.

"Sé de algo que podría complacernos aún más a los dos".

Mia inclinó la cabeza hacia un lado con una sonrisa, de modo que su dorada cabellera le caía sobre los hombros y su sensual rostro quedaba al descubierto, luego se lamió lascivamente la lengua sobre sus labios carnosos y ligeramente brillantes y se inclinó hacia mi abultada polla, que se agitaba excitada en su mano en previsión de lo que se avecinaba.

Las siguientes palabras que salieron de la boca de la guapa mujer madura apenas se entendían, porque Mia había llegado a mi vientre desnudo y poco después sentí el cálido aliento en mi glande, sus labios habían envuelto mi pene y mi polla estaba húmeda y apretada en su garganta.

Volví a gemir de satisfacción y me agarré al banco extasiado, disfrutando de la sensación húmeda y cachonda de mi miembro en la garganta de la madura milf.

Los gorgoteos y golpes rítmicos y salvajes se mezclaban con el zumbido constante del

La turbina del barco y el chapoteo de las olas contra el muro del ferry quedaron ahogados por los suspiros y gemidos excitados, tan ávida y hambrienta soplaba ahora Mia y jugueteaba con su boca alrededor de mi pene, ahora húmedo y reluciente.

Y al parecer aún no había tenido suficiente.

Mi polla desaparecía cada vez más profundamente en las húmedas profundidades de su glotona garganta y Mia apretaba su cabeza, ligeramente atragantada, cada vez más fuerte contra mi centro, como si quisiera tomar mi pene completamente dentro de ella.

Mis gemidos eran cada vez más violentos.

La milf parecía loca por mi cuerpo.

Ni siquiera la dura superficie del banco era ya suficiente para mis manos como compensación por los duros soplidos de la milf, así que busqué instintivamente un lugar más cachondo para mis inquietos dedos y encontré, como a través de una bruma de lujuria, la parte superior del cuerpo de Mia, aún cubierta por el oscuro chubasquero, un blanco bienvenido para mis lujuriosos estiletes.

La agarré con valentía a través de la tela y mis dedos palparon con alegría dos pechos suaves, redondos y grandes.

Mia chilló en señal de afirmación.

Sus pechos llenos caían pesadamente contra mis palmas abiertas a través de la parte superior de su cuerpo inclinado y se apretaban redondos y suaves contra mis dedos.

La chaqueta tenía que irse.

Con la sensación húmeda, caliente y cachonda de su boca en mi regazo, mis dedos se movieron hacia el cuello de Mia y encontraron la cremallera de la engorrosa chaqueta que me ocultaba los pechos llenos de la ardiente milf como último baluarte.

Ratsch.

Rápidamente y con avidez había abierto la chaqueta y con dos movimientos más de la mano se desabrocharon también los botones de la blusa blanca.

Ahora nada se interponía en mi camino.

Vaya.

Otra oleada de placer y lujuria abrumadora me invadió cuando vi y sentí que Mia no llevaba sujetador bajo su fina blusa.

Como dos gotas pesadas y llenas, sus gruesas tetas se derramaron por la parte superior abierta y cayeron aplaudiendo en mis manos abiertas.

Encerré la carne caliente y apreté con fuerza, excitada y hambrienta.

Las venas ligeramente visibles en la pálida piel de sus pechos entrecruzaban la blanca carne como finas líneas de sensualidad y no pude evitar gemir cada vez más rápido por la sensación de su cuerpo contra el mío.

Me encantaba el hormigueo y el subidón de deseo que me producían los cuerpos maduros y voluptuosos de las mujeres, y en ese momento desconectaba por completo de todo lo que me rodeaba.

Ya no sabía dónde estaba ni adónde íbamos.

Todo lo que percibía era a la caliente y golosa milf que seguía chupando violentamente mi polla cada vez más húmeda y que parecía alabar alegremente la exposición y el trabajo de sus pechos con brillantes gemidos ahogados.

El cabello rubio y abundante de Mia caía cosquilleante sobre la piel desnuda de mis piernas y se posaba como una cortina sobre la milf y mi polla, ocultando la visión de su pecaminoso juego bucal.

Pero disfruté viendo este espectáculo.

Mientras seguía amasando con firmeza los pesados y grandes pechos con una mano y acariciaba los pezones, ahora puntiagudos y duros, y los tomaba entre mis dedos, cogí el pelo de Mia en un mechón con la otra mano y se lo sujeté por encima de la cabeza a modo de moño, de modo que

pude ver una vez más a la milf mamona y lo que sentía: una mujer madura y caliente que trabajaba ansiosamente mi húmedo eje entre sus labios como una fruta exquisita, chupando, chupando y lamiéndolo como si su vida dependiera de ello.

La saliva de su boca brillaba y relucía sobre la piel venosa de mi polla como una húmeda telaraña de lujuria, mojando glande y tronco como el rocío de la mañana.

Era como si la humedad del aire marino subiera hasta nosotros y cubriera y envolviera nuestros cuerpos.

Aparentemente, sin embargo, mi pene y el mar no eran las únicas cosas que estaban mojadas en ese momento.

Después de que Mia hubiera hundido mi miembro más profundamente que nunca en su garganta por última vez, de modo que la punta de su nariz casi tocaba mi vientre, soltó mi pene con un jadeo y se lamió la saliva de sus labios, que casi le cubrían toda la cara y habían arrasado con su maquillaje de forma salvaje y caótica.

Ya no parecía una fina y estirada mujer de negocios, sino más bien una zorra usada, -me encantó.

Pero el tono lo seguía marcando Mia.

Se limpió la cara una vez bruscamente con la mano y se soltó algunos pelos que tenía pegados a la mejilla, luego, sin perder más tiempo, la milf se puso de pie a mi lado y trepó sobre mí con una pierna y se sentó bruscamente en mi regazo, de modo que quedó sentada directamente frente a mi pene que apuntaba hacia arriba y se apretaba verticalmente contra el cuero de su falda.

Mia se agarró las caderas con ambas manos y, con un chirrido, tiró de la ajustada tela hacia arriba desde los muslos hasta la altura del vientre; ahora estaba casi completamente desnuda desde los zapatos hasta el ombligo.

Sólo un tanga rojo brillante del mismo color confiado que su pintalabios y sus uñas ocultaban los últimos restos de piel madura.

Sentada sobre mí, Mia se acercó aún más a mí y el pene y el glande se apretaron directamente contra sus braguitas, que ya estaban mojadas.

Mi nariz se inundó del encantador y dulce aroma de su pelo y su piel y mis muslos se calentaron por el contacto directo con sus piernas desnudas.

Sin esperar una reacción por mi parte, de la que de todos modos era incapaz en mi estupefacta y atónita posición de araña agarrada, Mia se frotó el abdomen unas cuantas veces con un gemido contra mi pene presionándolo, de modo que el material del tanga se humedeció y oscureció, y se inclinó con la parte superior de su cuerpo cerca de mí, de modo que sus pesados pechos cayeron por fuera de la blusa abierta contra mi cara y se abultaron sobre mí.

Disfruté, absorbí todas las sensaciones, imágenes y olores con avidez como un niño recién nacido y esperé que este momento inesperado de pura plenitud no acabara nunca.

Mia, acercándose cada vez más a mí, pasó sus labios por mi cuello y me cubrió de suaves besos mientras una mano me rascaba lentamente el pecho y la otra se dedicaba a apartar su tanga.

A pesar del frescor del mar abierto, mi polla seguía dura y tiesa y, mientras la milf me besaba más íntimamente, levantó ligeramente el abdomen y maniobró mi miembro entre su tanga y su vulva con una mano, presionándolo entre sus labios húmedos.

Estaba a punto de correrme.

Mia bajó de nuevo el abdomen y con un gemido corto y fuerte mi polla entró en ella y ahora estaba empujando profundo y apretado dentro de la milf cachonda.

La rubia madura, sentada ahora sobre mi pene, empezó a girar y a botar, dejando caer su pelvis arriba y abajo contra mi regazo, de modo que su culo y sus deliciosos muslos me abofeteaban una y otra vez, creando una melodía constante y chasqueante de dos cuerpos que se encontraban.

Al sonido de la salvaje y animal cabalgada de Mia se unían los cada vez más fuertes gemidos de hinchazón que la milf soltaba ahora por la boca con cada nueva penetración de mi pene.

La parte superior de su cuerpo seguía apretándose contra mi cara y sus tetas se agitaban unas contra otras como boyas de mar en un fuerte oleaje, meciéndose irrefrenablemente y golpeándome también una y otra vez, llenas y excitadas.

Entre el pelo alborotado, los labios húmedos y las afiladas uñas que me arañaban, los pezones rígidos y duros de Mia rozaban repetidamente mi boca y mi cara. El latido de su cuerpo maduro sobre mí era cada vez más rápido.

Extasiada y dinámica, Mia me abofeteaba con su cuerpo semidesnudo a un ritmo cada vez más rápido, dejándose caer cada vez con más fuerza sobre mi pene como si quisiera que la empujara hasta el fondo.

Mientras tanto, mis manos tocaban todo lo que pillaban.

Primero la tumbé sobre la cálida y suave piel de sus preciosas y maduras caderas y dejé que mis dedos se deslizaran entre la apretada tela de su ropa interior en forma de V, que se clavaba en la pálida carne de Mia roja y ardiente como una tensa cuerda de arco, luego desde allí continué hacia atrás hasta su trasero y hundí mis manos en las redondas y regordetas nalgas, separando sus dos cachondas nalgas y dejando que mis dedos se deslizaran desde el agujero del culo hacia abajo entre ellas, donde sentí cómo mi vástago se hundía húmedamente en ella.

Sabía que no podría aguantar mucho más.

Entonces, mientras sus grandes tetas se agitaban violentamente contra mí una vez más y yo le propinaba un golpe con la palma de la mano en su temblorosa nalga que hizo que Mia gritara violentamente con un gemido y que sus dedos se apretaran en mi piel, fui atravesado por un violento orgasmo. En oleadas cortas e impulsivas, me apreté con fuerza contra la milf y descargué mi jugo blanco y pegajoso en potentes bombeos dentro de la apretada hendidura de Mia.

La milf se pasó una mano entre las piernas, volvió a salir y unas gotas blancas resbalaron por su mano.

"Es suficiente por ahora, creo que llegaremos pronto", me susurró, sonriendo lascivamente, y se puso el dedo de semen entre los labios cubiertos de saliva, saboreándolo con fruición, como si degustara un delicioso y exquisito dulce.

Mientras yo seguía jadeando, recuperando lentamente el sentido, Mia se apoyó en el asiento del banco, se bajó de mí con un golpe seco y soltó mi polla cubierta de esperma, tomando también un rápido respiro.

Todavía no podía creer lo que había pasado.

Pero otro pellizco en mi muslo desnudo seguía confirmando que no era un sueño.

Mia se levantó, se alisó la falda y se volvió hacia mí una última vez con una sonrisa antes de alejarse con pasos sonoros por la cubierta abierta hacia las escaleras.

"Estoy seguro de que volveremos a vernos muy pronto",

me llamó conspiradoramente mientras se alejaba y segundos después había desaparecido en el vientre del transbordador.

¿Qué quería decir con eso?

Lleno de preguntas en la cabeza y aún respirando agitadamente, volví a apretarme el cinturón y miré hacia el puerto de la isla, que se acercaba cada vez más.

Los pequeños puntos marrones a lo lejos resultaron ser acogedoras casas de ladrillo con tejados de paja, que se alzaban desamparadas entre las dunas arenosas y rodeadas de hierba de las dunas que bailaba con el viento.

A izquierda y derecha del idílico asentamiento, playas de arena blanca y densos pinares se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

El puro sueño báltico.

Antes de que pudiera saciarme de la belleza natural del norte, el fuerte y apagado rugido de la bocina del barco me sacó de mi hechizo visual.

Dos toques de fanfarria resonaron sobre las olas espumosas, informando de nuestra llegada al pequeño puerto situado a 200 metros, a vuelo de pájaro.

Allá vamos.

Me volví a poner la ropa, que ya estaba húmeda por la brisa y necesitaba cambiarme urgentemente, y me dirigí al bullicioso interior del ferry.

La mayoría de la gente se puso chaquetas, sombreros y mochilas y ya rodaba impaciente hacia la

salida con sus maletas de viaje completamente cargadas.

Otro rugido se abrió paso entre la charla excitada y relajada de los innumerables viajeros.

El puerto era ahora claramente visible.

La charla y el parloteo se calmaron un poco y las miradas de los pasajeros, iluminadas por las vacaciones, se fijaron con interés en la isla que se acercaba, cuyos contornos se hacían cada vez más nítidos, como si los cristales de las ventanillas se enfocaran por fin.

Pronto pudo distinguir a la gente y las caras en el puerto.

Un anuncio y un forcejeo más tarde, pasé el resbaladizo y tambaleante tablón de transición y volví a pisar tierra firme.

Había llegado.

"Por aquí Manuel".

Entre la multitud de gente varada, oí una voz que conocía. Mi buen amigo Alex, iniciador y anfitrión del viaje, me había llamado.

Miré a mi alrededor.

A poca distancia del muelle le vi, vestido con un elegante traje de playa, esperando en el muelle y saludándome alegremente.

Pero no estaba solo.

Me quedé con la boca abierta.

Junto a mi amiga de buen humor estaba nada menos que Mia.

La rubia sexy ya se había puesto gafas de sol, pero a través de las comisuras de los labios ligeramente respingones pude ver que la guapa milf sonreía.

¿Sabía quién era yo desde el principio o por qué no parecía sorprendida? Me abrí paso entre el grupo de veraneantes hasta ellos dos y saludé a Alex con un abrazo amistoso.

"Me alegro de que hayáis llegado bien" , dijo Alex, dirigiéndose a mí y a Mia y con una sonrisa de oreja a oreja.

Era muy feliz cada vez que encontraba un momento de descanso en su estresante vida laboral y encontraba relajación y paz.

"Manu, me gustaría presentarte a mi madrastra Mia, quizá os hayáis visto en el ferry".

Tuve que tragar saliva nervioso ante las últimas palabras

inofensivas. Y si ya nos habíamos visto en el ferry...

Alex, sin embargo, no tenía ni idea de lo que había ocurrido en alta mar hacía tan sólo unos minutos, así que siguió hablando alegremente.

"Mia, este es mi buen amigo Manuel del colegio, ya te he hablado de él" .

Mia me miró con curiosidad, como si me viera por primera vez.

"Sí, creo recordar, me alegro Manuel".

Cordialmente y con expresión fingida, la milf alargó hacia mí su mano, que no hacía mucho había estado acariciando mi duro miembro.

"Encantado de conocerte a ti también" .

Un poco confuso y desconcertado, la cogí de la mano y nos saludamos delante de Alex como dos personas que se encuentran por primera vez.

"Pues adelante, te lo enseñaré todo" .

Alex, que parecía ajeno al extraño ambiente, empezó a moverse y nos indicó que le siguiéramos.

La maraña de veraneantes que llegaban se había diluido un poco y el flujo de gente se había dispersado en distintas direcciones alejándose del puerto.

Seguimos a mi amigo por un camino empedrado de piedras rojas que discurría directamente a lo largo de la duna a través de la arena hacia una casa grande y, desde la distancia, ya de aspecto señorial, que surgía de la arena como un palacio.

"Está justo delante" , me confirmó Alex mi suposición de que probablemente ésta sería nuestra casa de vacaciones durante los próximos días.

No esperaba otra cosa, nada a lo que estuviera acostumbrada de las salidas con mi novio rico y nada que me hiciera más ilusión por un breve instante, pero entonces volví a notar la maleta de Mia rodando a mi lado y me di cuenta de que no me importaba en absoluto la casa ni el paisaje, una milf afilada como una cuchilla caminaba a mi lado.

Al acercarme a la casa de campo, se confirmaron mis suposiciones sobre el estado y el posible precio del edificio.

El camino asfaltado por el que corrimos pasaba primero por una valla que nos llegaba a la altura de las rodillas y luego se dirigía directamente hacia la puerta principal de la villa blanca y de tres plantas, que yacía como una gran y hermosa concha en la arena a pocos metros de la playa.

Escudada por dos grandes dunas cubiertas de maleza, la villa de la playa estaba ahora justo delante de nosotros.

La parte inferior del edificio estaba acristalada por todas partes, salvo las columnas blancas que

lo sostenían, y rodeada por dos lados por una gigantesca piscina, que llevaba superfluamente casi tanta agua como el mar que se encontraba a pocos metros.

Los pisos superiores contrastaban con el blanco inferior, con una fachada de madera rústica de color marrón y bastantes menos ventanas, pero con todos más balcones y terrazas en la azotea donde las tumbonas invitaban a tomar el sol.

"Es agradable quedarse aquí un tiempo, ¿verdad ?", preguntó Alex, medio en broma, medio orgulloso, señalando un grupo de sillas de playa de la casa que lucían cómodas bajo el sol junto a la brillante piscina turquesa y parecían no haber sido usadas nunca: aquí todo era nuevo y de la mejor calidad.

"Efectivamente", coincidí asintiendo afirmativamente, pero rápidamente aparté de nuevo la mirada de los mullidos asientos y mis ojos se desviaron hacia otro lugar bastante respetable frente a la casa: Mia.

La madura milf se limitó a acariciar con la mano, curiosa y juguetona, un parterre cercano y meticulosamente cuidado, en el que se alineaban plantas de colores, y no se dio cuenta de que yo miraba con anhelo y avidez sus exuberantes curvas.

Aunque estábamos cerca del mar abierto, el rugiente viento se había calmado y el sol de la tarde, despejado de nubes en el cielo, enviaba cálidos rayos sobre nosotros. **"Entra y elige una de las**

habitaciones, hay más que suficientes".

Alex abrió la puerta acristalada de la elegante casa de vacaciones y nos dejó entrar a Mia y a mí.

A pesar de su aspecto exterior más bien estéril y de lujo, el interior de la casa desprendía un ambiente agradable y hogareño, que probablemente se debía al suelo de madera oscura, la chimenea, que no era necesaria en esta época del año, y una multitud de plantas, libros y cuadros.

"Muy bonito", dije apreciativamente y caminé por la amplia y abierta zona de estar y comedor, que consistía en una enorme cocina con isla de cocina e innumerables opciones para sentarse.

El piso abierto y bajo estaba bañado por la luz del sol a través de las paredes acristaladas y los muebles pulidos brillaban con resplandor y glamour, al igual que el cuero negro de la falda de Mia, que ahora estaba de pie al pie de la escalera de arriba y dijo: **"Voy a subir mis cosas y a**

refrescarme , luego podemos ir a la playa, ¿o qué te parece?

Mientras me colgaba de sus labios, noté cómo me miraba de forma inquietante y cómo me atravesaba con sus ojos como el brillo de los rayos del sol.

¿Qué intentaba insinuar?

¿Quería decirme algo?

Fuera lo que fuese, había estado esperando fervientemente otra oportunidad de estar a solas con

la ardiente milf desde nuestra llegada.

Después de nuestro primer encuentro en el ferry, habría dado cualquier cosa por revivir lo que acababa de experimentar.

Me costaba concentrarme en mi amiga o en la gran casa, en presencia de semejante mujer estaba en tensión constante, como cargado y constantemente al límite. Todavía me costaba creer lo que había pasado en el barco y aunque los recuerdos y las imágenes de aquello seguían inundando mi mente y casi me la volvían a poner dura, todo aquello me parecía casi un sueño.

Un sueño del que no quería volver a despertar.

"Ok bueno, puedes subir tus cosas o puedes ayudarme afuera con la parrilla un rato" .

La voz de mi amiga volvió a sacarme de mis pensamientos y alejó de mi mente las curvas desnudas y ardientes de Mia.

Al menos por poco tiempo.

"Sí, claro, saldré y te ayudaré" .

Necesitaba alejarme un poco de la exuberante madrastra, quería ordenar mis pensamientos y dar a mi excitado cuerpo una breve pausa de descanso.

Junto con Alex volví a salir y dimos una vuelta por la casa.

Aquí, en este punto del jardín, se habían plantado artificialmente grandes y sombríos árboles de hoja caduca, que se erguían un poco incómodos en el paisaje de playa, por lo demás bastante árido.

Me sentía como esos árboles.

Desarraigado de mi realmente aburrida vida cotidiana, ahora me encontraba aquí, en una enorme villa en compañía de una mujer extremadamente atractiva... algo inimaginable.

"Espero que esté bien que haya arrastrado a mi madrastra conmigo, Manu, pero Mia también necesita unas vacaciones, es casi todo trabajo" .

Alex abrió una gran parrilla y empezó a trabajar en ella. Si lo supieras, pensé.

"Sí, claro, no hay problema".

Mi novio no tenía ni idea de lo que había pasado y de cómo era mi cabeza en ese momento, si por mí fuera tendría permiso para llevar a su madrastra a todas partes.

Y lo que había estado rondando mis pensamientos ahora se hizo realidad de nuevo.

Mientras miraba por encima del hombro de mi amigo, bastante menos interesado en inspeccionar

la barbacoa, noté por el rabillo del ojo cómo una figura semidesnuda y decorada con acentos rojos entraba en el jardín y se dirigía hacia uno de los sofás: la madrastra de Alex había regresado.

Mia

El termómetro situado junto a la puerta del patio, en la parte trasera de la casa, sigue marcando temperaturas agradables.

Tras el agotador día y el largo viaje en ropa de trabajo, que hasta el momento había sido muy satisfactorio, Mia decidió cambiarse a un atuendo más vaporoso.

para cambiarse de ropa.

Antes de salir a la calle con un Bionade helado que había descubierto mientras rebuscaba en la nevera, sacó un

Bikini puesto - adecuado para unas vacaciones en el Mar Báltico, pensó.

La luz del sol del atardecer, que se ponía lentamente, se reflejaba en el lacado brillante de los muebles del jardín y deslumbraba los ojos de Mia cuando salía al jardín.

En los sombreados árboles que rodeaban el jardín, las exuberantes hojas verdes de primavera susurraban ligera y armoniosamente con la suave brisa, mientras el alegre canto de los pájaros se combinaba con el constante piar de los grillos y el graznido de las gaviotas para formar una apacible orquesta natural.

Entrecerrando los ojos, la milf se puso ágilmente de puntillas sobre las abrasadoras losas y exhaló un suspiro de alivio y satisfacción cuando sus pies descalzos alcanzaron el relajante frescor y la suavidad del sombreado césped y los dedos de sus pies fueron acariciados y mimados por las puntiagudas briznas de hierba.

Mia se acercó a la tumbona plegada que yacía suavemente sobre el césped frente a ella y se dispuso a acomodarla para tumbarse en ella.

Lo que no notó al principio fueron las miradas ardientes y lujuriosas sobre su cuerpo, que le lanzaban desde la parrilla diagonalmente opuesta y que ardían sobre sus curvas cachondas y magníficas, mezclándose con los rayos del sol.

Manuel se había fijado en ella con el rabillo del ojo y ahora encontraba a su compañera de viaje de espaldas a él en posición lujuriosa.

Su bikini rojo fuego se asentaba firmemente sobre sus muslos exuberantes y ardientes, acentuando su culo caliente, que ahora se estiraba rollizo y tentador hacia él mientras Mia se agachaba ligeramente, alcanzando la tumbona.

Como grilletes rojos, la tela brillante del escueto bikini se estiraba alrededor de sus caderas cachondas y acentuaba las curvas completas de su trasero prieto y exuberante, mientras Mia, ahora totalmente inclinada en una postura demasiado tentadora, se rendía a su lujuriosa mirada.

Sus largas y esbeltas piernas se entronizaron como puertas lujuriosas frente al aún lejano

Manuel, en cuyo prometedor extremo aguardaba el calor córneo y húmedo de los labios vaginales, ahora claramente visibles bajo el ajustado bikini.

Agachándose, Mia se había fijado en el amigo de su hijastro.

Entre sus muslos abiertos, había divisado la mirada lujuriosa del tensor y ahora se disponía a satisfacer el deseo de este muchacho de espíritu libre.

"Se lo enseñaré", pensó Mia.

Con gracia, depositó su cuerpo caliente y cachondo, semidesnudo, sobre la tumbona desplegada y se recostó en ella invitadoramente.

Tomó el cuello de la botella de Bionade frío y lentamente llevó el eje vidrioso a sus labios rojos y llenos, dejó que su lengua húmeda y brillante corriera lentamente sobre el vidrio y luego empujó lenta y placenteramente la botella en su boca caliente.

Las frescas gotas de agua de la botella jugaban alrededor de los labios carnosos de su sensual mientras acariciaba seductoramente el cuello de la botella con la boca, como había hecho antes con la polla de él.

Entre medias, derramó una pequeña cantidad de la pegajosa limonada ácida

"accidentalmente" sobre su regordete escote, de modo que el jugo de la fresca bebida corrió como un pequeño chorro de lujuria por su delicado cuello y se esparció por sus dos cachondas tetas, donde dejó sus pezones pegajosamente húmedos y visibles bajo el ajustado bikini.

Manuel vio todo esto, respirando agitadamente y casi reventando de lujuria y calentura, en la zona de barbacoas de enfrente.

Manuel

Con gran dificultad volví a apartar la mirada.

Alex ya había puesto en marcha la barbacoa y pronto unas llamas rojas y danzantes empezaron a parpadear sobre el acero de la barbacoa, cuando de repente sonó un teléfono móvil en su bolsillo.

"¿Qué pasa ahora?"

Mi amigo sacó el smartphone de sus pantalones caqui de tela color tierra, miró la pantalla con el ceño fruncido y la mirada estresada y, antes de coger el teléfono y salir corriendo hacia la casa, me murmuró molesto: "El trabajo, seguramente llevará bastante tiempo".

Tres segundos después había desaparecido dentro de la casa,

hablando en voz alta. ¿Y ahora?

El sol había descendido aún más, bañando el jardín con un resplandor rojo de luz vespertina.

El viento seguía siendo suave, la temperatura cálida y mi mente y mis sentidos agudizados. La razón de esto último estaba en la forma de una madura y caliente milf a pocos metros de distancia en uno de los sofás.

Y para mis grandes amigos, ahora que Alex estaba dentro de la villa, vi a Mia levantarse, ponerse una rebeca larga y venir en mi dirección.

Tragué saliva con nerviosismo.

"**¿Adónde ha ido Alex?**", preguntó, como si esperara que no reapareciera tan pronto.

"**Entró, llamada de trabajo**". Los ojos

de Mia brillan de alegría.

"**Entonces los dos tendremos que pasar el tiempo sin él, qué pena**".

Mia dio otro paso hacia mí y por su voz pude oír que aquella circunstancia le parecía cualquier cosa menos una lástima.

"**¿Por qué no vemos el amanecer?**".

Sin esperar respuesta por mi parte, la madrastra de Alex me agarró dominantemente por la muñeca y me ordenó que la siguiera.

¿Qué pretendía?

Fuera lo que fuese, después de lo que había pasado en el ferry, estaba decidida a averiguarlo. Así que la seguí de buena gana fuera del jardín hasta las dunas cercanas.

Pisamos dos o tres escalones a través de la arena pesada y blanda y la hierba de las dunas altas que nos hacía cosquillas en las piernas, luego llegamos a la cima y nos plantamos frente al mar ancho, abierto y azul que centelleaba como una bola de fuego rojo anaranjado bajo el sol semicircular poniente.

El viento aquí arriba soplaba de nuevo un poco más fuerte y nos revolvía el pelo a los dos juguetonamente, dejando que las olas embravecidas y espumosas se precipitaran contra la arena de la playa.

"La playa está bastante vacía, ¿verdad?", oí decir a Mia, satisfecha, a mi lado.

Era cierto.

Miré a ambos lados y sólo pude distinguir algunas siluetas de personas a lo lejos, pero se alejaban de nosotros.

Poco a poco me di cuenta de por qué la milf me había atraído hasta aquí. Mi excitación iba en aumento.

Mia se volvió hacia mí, me agarró del brazo y me dirigió un poco más hacia la arena de la duna.

"No hemos terminado lo que empezamos antes" . Era una afirmación, no una pregunta.

Dominante y decidida, se lanzó a mi alrededor y apretó sus labios contra mi boca. El sabor de su lengua fue un cambio bienvenido respecto a la sensación salada del De todos modos, el aire del mar y la sensación de sus labios suaves y tiernos no eran comparables a nada. Devolví con placer el beso apasionado, casi ávido y voraz, y palpé cuidadosamente con las manos las caderas desnudas de Mia.

Pero por qué seguir teniendo inhibiciones, me pregunté.

Más confiado de lo que había estado en el ferry, la agarré con más firmeza y pasé de sus caderas a la espalda, agarrando las nalgas llenas y firmes de su trasero.

Se sentía bien.

Mia intensificó su beso y gimió ligeramente mientras yo hundía mis dedos más y más profundamente en la deliciosa carne de su redondo culo, apretándola más contra mí.

"Ya estás haciendo progresos Manuel" , jadeó hacia mí, separándose brevemente de mi boca.

Eso ya era suficiente confirmación, ahora ya no podía contenerme.

Sabiendo que estábamos solos, a diferencia del ferry, y con la certeza de que aquella milf cachonda deseaba mi cuerpo y exigía mi polla, metí la mano derecha entre sus piernas, aparté el fino trozo de tela de las bragas del bikini y me deslicé sin esfuerzo y húmedamente en el coño mojado de Mia, que gimió con fuerza en el mismo momento.

"Ey" aprieta entre sus labios con sorpresa y alegría y me acerca aún más a ella.

Su vientre cachondo brillaba de lujuria y mientras mis dedos la penetraban más y más, sentí que el pubis de la rubia caliente se humedecía más y más como el mar abierto que teníamos delante.

Mientras tanto, mi otra mano estaba sobre Mia.

Con la mano izquierda, atravesé enérgica y salvajemente todo lo que caía en mis manos.

Desde las redondas nalgas, que golpeé con fuerza para que la pálida carne empezara a enrojecer, pasando por la espalda desnuda, hasta el cabello dorado que ondeaba al viento.

"Adelante, fóllame ahora, métemela " jadeó Mia sin aliento mientras mi mano agarraba la mata de pelo abierta por detrás y con mi nuevo valor tiraba de la cabeza de la milf hacia su cuello y le besaba el cuello.

Un poco sorprendido por su franqueza, me suelto un momento.

Pero Mia zanjó mi breve incertidumbre con una mano entre mis piernas y apretó su mano contra mi pene medio duro.

Inmediatamente, la sangre, la energía y el deseo se dispararon por mi miembro como si me hubiera metido cocaína por la nariz.

Con los nervios electrizados, agarro a Mia, le doy la vuelta y la empujo hacia el suelo arenoso.

Mi pene se ha despertado a tamaño natural.

Esta vez me abro yo mismo los pantalones.

Mientras yo estaba medio de rodillas, medio de pie, Mia ya estaba tumbada boca abajo en la arena, jadeando ruidosamente en alegre anticipación de lo que vendría a continuación.

Impaciente y ligeramente tembloroso por la excitación, me desabroché la hebilla del cinturón y dejé que se deslizaran hacia abajo los pantalones y los calzoncillos.

El sonido de mi ropa cayendo hizo que la milf diera un respingo de lujuria y antes de que yo hubiera bajado mi cuerpo hacia ella en el suelo, vi a Mia levantar la parte inferior de su cuerpo, estirar su trasero caliente hacia mí y lanzarse hacia atrás con una mano para empujar el bikini rojo a un lado para que pudiera recibir mejor lo que yo estaba entregando ahora entre sus muslos.

Ante esta visión perdí todo control sobre mi cuerpo, ya no era dueño de mis sentidos, porque la pura lujuria se había apoderado ahora del timón de mi mente y dirigía mi polla entre las dos gruesas y jugosas nalgas de Mia como en un trance.

A través de una bruma de piel desnuda y arena, percibí cómo empujaba mi glande entre sus labios cachondos con una mano y vi cómo Mia, en el mismo momento del primer toquecito en su cuerpo, apretaba su pelvis hacia atrás contra mí para recibir finalmente mi polla.

"Ahhh, joder, así" .

La milf echó la cabeza hacia atrás, clavó los dedos en la arena y empujó firmemente su trasero contra mí para que mi pene desapareciera por completo en su interior y la penetrara húmedamente.

Un breve dolor punzante sacudió sus entrañas cuando mi pene penetró por primera vez en su centro y forzó la separación de sus labios vaginales, luego la embargó una excitante sensación de satisfacción y se dejó caer de nuevo sobre el suelo arenoso.

Apretado, cálido, húmedo.

Mis pensamientos y mi percepción no sabían dónde colocar todos los encantos que esta mujer madura tenía que ofrecer.

Jadeando, empecé a mover las caderas de un lado a otro y a penetrar rítmicamente a Mia, que gemía con cada movimiento y empezaba a retorcerse en la arena.

"Más lejos, más fuerte, más apretado".

Mia gemía, suplicaba y suplicaba cada una de mis embestidas y ahora jadeaba y gritaba cada vez más violentamente de placer.

Empujón tras empujón, clavé mi miembro en la madura milf y, mientras me abría paso en su interior, mis pelotas golpeaban el interior de sus muslos.

Mis manos estaban ahora clavadas como vicios en sus nalgas, que se ponían cada vez más rojas como el sol poniente, contoneándose y vibrando al compás de mis embestidas.

Las tetas se abofeteaban frente a su pecho y vagaban de un lado a otro por la arena del suelo. Clavé a Mia cada vez más fuerte en la arena y la milf se retorció a cuatro patas de forma tan animal que raspó una pequeña capa de arena a su alrededor.

Con los ojos cerrados de placer, gimió fuertemente en señal de súplica y, tras unas cuantas embestidas más, no pudo aguantar más.

Gritando con fuerza, la milf empezó a convulsionarse, penetrada por olas temblorosas, y llegó al clímax apretada contra mi vientre y mi polla.

Como una tormenta de lujuria, la atravesaron violentos empujones y su apretado coño apretó mi pene con fuerza y fuerza.

Luego, respirando agitadamente y con arena por todo el cuerpo, Mia se tumbó boca abajo delante de mí, exhausta.

"Por hoy has cumplido con tu deber Manuel" .

FIN

Las prácticas

Manuel se agacha e inspecciona más de cerca las hileras inferiores de las estanterías de la tienda de descuento. Se fijó sobre todo en los colores de las señales luminosas y los números bajos.

Un cero antes del punto decimal era el premio gordo.

Era de nuevo final de mes y el estudiante, que ahora tenía 26 años, necesitaba dinero como tantas otras veces. Ahora buscaba en las etiquetas de precios de los supermercados ofertas y gangas prometedoras y se abría paso a través del interminable mar de productos diferentes, con el hambre en los miembros y el estómago rugiendo.

Mientras Manuel depositaba su escaso y monótono botín de pesto, pasta y avena en la cinta de la caja, que rodaba lentamente, y sacaba tintineantemente las últimas monedas que le quedaban en la cartera, ya estaba harto: no podía seguir así.

El estudiante, estudioso, ambicioso y tímido, carecía de dinero y esto empezaba a ponerle de los nervios.

Claro que había trabajo por todas partes, y el introvertido y reservado estudiante también tenía tiempo gracias a sus mínimos contactos sociales, pero Manuel quería algo más que ordenar estanterías por el salario mínimo.

La razón principal de esta vanidosa opinión era su buen y aquí en Múnich casi único amigo Alex. El carismático y enérgico colega de la época escolar había llegado al paraíso financiero de la clase alta muniquesa con su propia empresa, había llegado lejos y era en muchos aspectos todo lo contrario a Manuel.

Mientras el estudiante buscador de gangas devolvía nervioso y torpemente la coqueta sonrisa de la guapa cajera y guardaba con dedos algo temblorosos su ahorrativa compra en una bolsa de tela que había traído consigo, se le ocurrió una idea.

Frente a la puerta del supermercado, Manuel dejó la bolsa sobre el asfalto del aparcamiento y sacó el móvil del bolsillo de su pantalón de chándal oscuro.

Desbloqueó la pantalla de su smartphone, buscó el contacto de su buen amigo Alex y pulsó "Llamar".

Toot.

Toot.

Sonó una vez, dos veces, y luego una voz alegre y alerta salió por los altavoces del móvil.

"Hola Manu, ¿qué puedo hacer por ti?"

Una semana después

Me miré en el espejo por última vez.

Entre salpicaduras de pasta de dientes y huellas dactilares, miré el reflejo de un veinteañero de pelo castaño oscuro, ligeramente despeinado, que se miraba con desconfianza.

Hacía años que no se ponía un traje; normalmente me abstengo de este tipo de ropa.

Pero eso no era posible ahora.

La corbata, laboriosa y torpemente anudada sobre mi camisa claramente arrugada, atestiguaba que el traje y yo éramos extraños que ahora sólo se veían obligados a permitirse un contacto físico tan estrecho y sólo a costa del mayor esfuerzo.

Con la molesta sensación de haberme metido en una segunda piel falsa, aparté la mirada del espejo del baño, que necesitaba una limpieza urgente, apagué la luz y salí de la habitación oscura y sin ventanas en dirección a la puerta de mi piso.

Se suponía que empezaría hoy.

Para aliviar mi siempre amenazadora mala situación financiera, le había pedido a mi amigo Alex un trabajo en su empresa: una petición de amistad.

A pesar de mi casi inexistente cualificación en el sector, Alex había mostrado amabilidad y buena voluntad y me había conseguido un puesto de becario remunerado.

Lo que me había dado alegría y entusiasmo en el primer momento, me llenaba ahora que por fin era

con nerviosismo excitado, tensión y miedo.

En lugar de alegrarme de poder volver a comer algo que no fuera pasta con pesto, había perdido por completo el apetito por cualquier cosa comestible por el momento y una sensación de hundimiento se había apoderado de mi estómago.

Me tragué mis dudas y mi tensión y me fui.

El aire fresco y fresco de la mañana del suave día primaveral despertó mis sentidos y la brisa fresca de aire con olor a flores que se extendía por la calle adornada con parques y parterres de camino al edificio de oficinas de Alex me quitó el nerviosismo por el momento.

Un rápido vistazo a mi móvil marcó las 7:15 a.m. Hacía semanas

que no me despertaba tan temprano.

Por primera vez en mucho tiempo, se me reveló un mundo casi desconocido de la vida urbana

matutina, que como madrugador solía permanecer oculto para mí.

Los ajetreados trajeados se apresuraban a pasar junto a madres con cochecitos de bebé con pasos rápidos y apresurados y se cruzaban con paseantes que trotaban tranquilamente con perros o escolares que esperaban en las paradas de tren. Aquí y allá, la gente salía de aromáticas panaderías con tazas de café y las calles estaban llenas de coches empujándose unos contra otros, abriéndose paso entre el denso tráfico de la hora punta.

Me hubiera gustado volver a mi cama tranquila, cálida y suave.

Doblé la esquina de una calle por última vez, entonces ya vi a cierta distancia el edificio de la empresa de mi amigo.

Majestuoso, grande y dominante, el monstruo de hormigón de 10 plantas se alzaba frente a mí en medio de hileras de casas aparentemente insignificantes.

La fachada, aparentemente interminable, me recordó a un acuario demasiado grande, porque casi toda la fachada del edificio que daba a la calle estaba formada por grandes y altas ventanas que me hicieron pensar en oficinas diáfanas. Caminé hacia el edificio, tiré y me retorcí una última vez de la ropa que me quedaba incómoda, luego entré en el amplio y gran vestíbulo de la zona de entrada a través de una puerta corredera de apertura automática y ya había llegado al interior del gigante de cristal.

Así que aquí es donde yo trabajaría ahora ..

Mientras los tacones de mis zapatos de traje, lustrados el día anterior, resonaban en el limpio suelo de baldosas del vestíbulo, miré a mi alrededor.

Metido en mi traje ligeramente demasiado ajustado, me sentía aún más extraño en medio de este estéril entorno empresarial que en la hora punta de la mañana.

En la zona de entrada, de forma ovalada y un metro de altura, había un mostrador de recepción atendido por varias personas al fondo, hacia el que me dirigí.

Mientras otros usuarios de corbatas me miraban con interés, me acerqué al mostrador blanco, con el pecho palpitante y la frente sudorosa.

La recepcionista levantó la vista de la pantalla del ordenador, dibujó una sonrisa falsa en la comisura de los labios y me deseó buenos días.

Ambiente agradable.

"Buenos días, mi nombre es Manuel Weber, me gustaría ver a Alex Meyer".

Intenté sonar segura y normal, pero mi inseguridad parecía revelarse a través de mi voz.

La mujer me miró como si hablara español.

"El señor Meyer sólo atiende a los clientes después de una estricta cita", respondió rígida,

mirándome con tanto desdén y penetración como si lo supiera todo sobre la agenda de Alex -.hoy probablemente no tenía ninguna con un Manuel Weber...

Volví a intentarlo con un poco más de precisión.

"Soy el nuevo aprendiz de Alex y no sé exactamente adónde ir". Tal vez sirviera de algo despertar un poco de compasión, así que añadí de nuevo que no tenía ni idea de adónde debía ir.

La recepcionista, evidentemente fuera de lugar en su profesión, gruñó algunas palabras ininteligibles con fastidio y me indicó que la siguiera en un tono que era cualquier cosa menos empático.

Con un fuerte ruido metálico, salió pavoneándose de detrás del mostrador de mármol y yo la seguí hacia las puertas del ascensor, al fondo del vestíbulo.

Click, clack, click clack.

Mientras la recepcionista empezaba a moverse delante de mí y caminaba decidida hacia una de las abiertas

Mientras subía y bajaba por los ascensores, los tacones puntiagudos y de aspecto peligroso de sus zapatos de tacón martilleaban bruscamente sobre las duras baldosas a cada paso que daba, creando un paisaje sonoro que, combinado con el tamaño y el bullicio de todo el edificio, me intimidaba cada vez más.

Aquí había una seriedad y una seriedad que no conocía de mi vida cotidiana de estudiante. Una vez más, una sensación de pánico se apoderó de mí.

Pero parecía haber un rayo de esperanza.

Me he dado cuenta ahora.

A pesar de mi intensa y creciente tensión, me había dado cuenta de que la mayoría de las mujeres empleadas aquí, y la recepcionista que ahora caminaba delante de mí no era una excepción, eran extremadamente guapas.

Lo cual era más bien un eufemismo que no hacía justicia al asunto.

La verdad es que la mayoría de las mujeres que vi estaban muy buenas.

Sólo ahora, mientras caminaba directamente detrás de una de ellas, me di cuenta de que casi todas las mujeres que atravesaban el amplio y espacioso vestíbulo tenían una figura voluptuosa y cachonda.

Dondequiera que mirara, dondequiera que mi mirada se perdiera, se abría ante mí la misma imagen: mujeres atractivas y desaliñadas cuyas deliciosas curvas se habían metido en trajes de negocios demasiado ajustados.

Culos temblorosos, pechos turgentes y melenas sueltas en lujosos trajes de negocios hasta donde

alcanzaba la vista.

Tragué saliva con nerviosismo.

Así que aquí, además de dinero, había más cosas que me gustaría tener.

Y aún no sabía que debía conseguir algunos de ellos también ..

Con un ligero chirrido, la puerta se abrió a ambos lados, revelando un pasillo grande e interminablemente largo con innumerables puertas alineadas a lo largo de las paredes.

"Por aquí, por favor", me dijo la recepcionista al salir del ascensor.

Me esforcé por mantener el ritmo, a duras penas. Pasamos varias puertas.

Algunas abiertas, otras cerradas.

Desde las oficinas se oían llamadas telefónicas fuertes y emotivas, dedos sobre teclados y mucho más.

Todos sonidos de los que me hubiera gustado

librarme. Pero ahora tenía que rendirme a ellos.

Cuando nos detuvimos al final del pasillo frente a una puerta cerrada y exhalé ruidosamente, expulsando de mis pulmones la tensión y el esfuerzo de la corta maratón, la puerta se abrió de repente una fila más atrás y salió Alex, mi buen amigo y jefe de la empresa, para mi completo deleite.

Inmediatamente me tranquilicé, él me ayudaría. Mi

boca se torció en una sonrisa.

Le saludé no sólo como a un amigo, sino casi tan afectuosamente como a alguien que acababa de salvarme la vida.

Considerando que incluso podría haberlo hecho.

Una rápida mirada al ceño fruncido de la recepcionista hizo que esta suposición no fuera del todo inverosímil.

"Me alegro de que hayas encontrado el camino hasta aquí, Manu, seguro que la señora Beier ya te ha

enseñado tu lugar de trabajo y te ha familiarizado con tus tareas, ¿verdad?".

La señora Beier parecía más bien como si se hubiera familiarizado mentalmente con la idea de

volver a echarme, pero en presencia de su jefe sabía disimular hábilmente su desaprobación hacia los simples y despistados aprendices como yo.

"Por supuesto, estaba a punto de enseñárselo", dijo guiñándole un ojo a Alex, cubriéndome también con una sonrisa exquisitamente jugada.

"Entonces el Sr. Weber está en las mejores manos. Manu, nos vemos luego, tengo que irme".

Alex me dio otra palmada amistosa en el hombro y luego se apresuró a avanzar a pasos rápidos. Los relojes de aquí parecían ir más deprisa de lo que yo había aprendido, no había otra forma de explicar la rapidez del movimiento.

La Sra. Beier abrió ahora la puerta por donde habíamos querido ir en un principio y entró.

Era un despacho bastante escaso y poco amueblado.

Detrás de un escritorio situado en el centro de la sala, grandes ventanales ofrecían una amplia vista de la ciudad de Múnich.

Teníamos que estar en lo alto del edificio.

A la derecha de la puerta había una estantería alta llena hasta los topes de innumerables carpetas y archivadores negros de aspecto idéntico.

Aparte de eso, sólo había una silla de aspecto incómodo, una planta de interior marchita y de aspecto triste y un ordenador que al menos parecía moderno.

Al menos Alex no parecía estar invirtiendo los beneficios de su empresa en amueblar su oficina.

"Espera aquí, ahora vuelvo ", dijo la Sra. Beier y desapareció de mi vista a su habitual paso rápido, dejándome solo en la pequeña habitación.

Rodeé el escritorio y me senté en la silla de oficina giratoria, que era más cómoda de lo que parecía.

¿Y

ahora?

Espera.

Hice girar la silla en círculos unas cuantas veces, tintineé en el teclado del ordenador apagado para divertirme y abrí y cerré una birome que tenía por ahí haciendo clic. Mientras repetía este procedimiento de pérdida de tiempo unas cuantas veces más, seguía oyendo pasos, voces y ruidos que pasaban junto a la puerta cerrada, pero la señora Beier seguía esperando.

No me importaba, me gustaba ganarme el dinero así de fácil y un vistazo al reloj me mostró que

ya llevaba veinte minutos cuando por fin se abrió la puerta y Frau Beier entró en la habitación con una pila de expedientes en los brazos.

"Toma, lleva la petición al despacho del jefe".

Dejó caer descuidadamente la pila de papeles sobre el polvoriento tablero de la mesa que tenía delante con un ruido sordo y desapareció tan rápido como había venido, sin dejarme tiempo para preguntar dónde estaba exactamente el despacho de Alex.

Aquí parecía haber poca simpatía por los internos.

Lo encontraré, pensé para mis adentros, dándome ánimos, y me puse en marcha, con los numerosos documentos bajo el brazo.

Tras deambular durante unos minutos por el laberinto de cristal de los edificios de oficinas y preguntar una y otra vez a otros miembros del personal, por fin llegué a un prometedor pasillo de aspecto completamente distinto, que se encontraba casi en el punto más alto del edificio y estaba dispuesto de forma diferente a los demás lugares de trabajo.

A diferencia de los suelos que había visto hasta entonces, el de aquí estaba cubierto de un magnífico parqué brillante y limpio, y las paredes, de un metro de altura, estaban decoradas con arte extraño y de aspecto caro, brillantemente iluminado por lámparas en la pared.

El pasillo sólo conducía a una puerta al final.

Mientras seguía mirando a mi alrededor con curiosidad, me dirigí hacia esta puerta. Esta tenía que ser la oficina de Alex.

Al llegar a la puerta, llamé nerviosamente, aunque el despacho, en realidad toda la empresa, pertenecía a mi buen amigo, la abierta exhibición de riqueza había desencadenado en mí un sentimiento sumiso y reverente que me costaba sacudirme.

"Pasa", la voz llena de mi amigo sonó a través de la puerta.

Abrí, entré y me quedé atónito cuando vi qué clase de habitación se revelaba ante mí.

La habitación oculta tras la puerta podría rivalizar fácilmente con el despacho oval del presidente de EE UU.

Del techo colgaba una pesada lámpara de araña de aspecto antiguo que contrastaba con el resto del mobiliario, más bien moderno, y creaba la atmósfera de un salón del trono real.

"Ah, eres tú Manu".

Alex se estiró del cómodo respaldo de una silla de oficina de gran tamaño situada al fondo de la habitación y salió de detrás de su reluciente escritorio de caoba, en el que todo tipo de esculturas doradas ocupaban su lugar junto a mi ordenador y algunos documentos.

Los dos lados a izquierda y derecha de la pared del escritorio estaban totalmente acristalados y

permitían ver los tejados de las casas de Múnich, que, debido a la impresionante altura de la oficina, parecían pequeños triángulos naranjas en

lejos.

"En invierno es más bonito", me dijo mi amigo, que me sacó de mi asombro y se puso a mi lado señalando las casas que teníamos debajo.

Aparentemente esperando ya los documentos que tenía en las manos, Alex me quitó la pila de carpetas y se dirigió con ellas a un armario alto en la pared detrás del escritorio.

"Espero que hayas podido instalarte en tu despachito", me dijo en un tono que sonaba bastante ausente, de espaldas a mí, rebuscando en una de las carpetas.

"Sí, todo va bien".

Me adentré en la habitación y me acomodé en uno de los dos sillones de cuero negro que había frente al escritorio.

"¿Té, café o agua?".

Alex se volvió de nuevo hacia mí.

"Jo, me tomaría un café, tú Alex, qué debería hacer ahora exactamente..."

Mi amigo no parecía haber encontrado lo que buscaba en los periódicos, porque antes de que pudiera decir nada más, me detuvo a mitad de frase y salió de la habitación a paso ligero.

"Mi ayudante le traerá su café, tengo que salir urgentemente un momento".

Sus zapatos de traje pisotearon el caro suelo de madera y, más rápido de lo que pude ver, me quedé solo en el despacho.

Simplemente demasiado rápido para mí esta tienda ..

Dejé que mi cuerpo se hundiera pesadamente contra el suave cuero del sillón, cerré los ojos un momento y respiré profundamente.

Sola en la magnífica oficina por encima de las nubes -al menos casi-, de repente me sentí mucho más segura de mí misma, más grande y mejor que hacía unos minutos.

Aspiré alegremente el aire de la oficina, que olía a papel, detergente y cuero, y aspiré profundamente el aliento bonzo.

Era un buen lugar para alojarse.

Esperaba que Alex se mantuviera alejado durante un rato, mi café podía esperar de todos modos y la descontenta Frau Beier también era bienvenida a mantenerse alejada de mí durante un rato.

Pero justo cuando estaba a punto de revolcarme aún más en mi fantasía de gran poder de un jefe de empresa de éxito, oí unos pasos que venían hacia mí desde el pasillo y abrí los ojos de golpe, desechando mis pensamientos soñadores.

El eco de los sonidos que ahora se habían extinguido al otro lado de la puerta no parecía el de los pasos de mi amigo, así que no podía ser Alex.

Toc toc.

"Hola Sr. Meyer, sus bebidas están listas".

Desde fuera se oía la voz clara y brillante de una mujer de mediana edad. Mi nerviosismo había vuelto.

Me enderecé de golpe en la silla e instintivamente me cepillé el pelo antes de contestar sonando más tímida que dominante.

" Entre tranquilamente, el Sr. Meyer acaba de salir un momento".

La puerta se abrió y entró una granada de mujer, sosteniendo una bandeja llena de bebidas delante de ella con sus brazos delgados y desnudos.

Me quedé mirándola como hechizado.

"El Sr. Meyer ni siquiera me dijo que iba a recibir a un cliente esta mañana".

La mujer, de unos 40 años y una belleza desmesurada, cruzó la habitación y colocó la bandeja cargada sobre el escritorio frente a mí.

"¿Qué te apetece beber?".

Mientras la bella ayudante me ponía delante una taza de café negro y humeante y me sonreía amablemente, mi cabeza traqueteaba.

Me resistía a admitir que sólo era un becario, como cliente probablemente tendría más posibilidades de tener a la mujer madura en la oficina conmigo durante unos momentos más.

"¿Muchas gracias, señora..? ", cogí la taza de la mesa y apreté los dientes sin darme cuenta, pues la porcelana aún estaba al rojo vivo.

"Señora Klaasen, pero puede llamarme Sandra", respondió a mi pregunta sobre su nombre y se apartó de la mesa.

Con suerte, ella no me preguntaría sobre alguna cosa relacionada con la empresa, entonces inmediatamente

darse cuenta de que yo sólo era un aprendiz ignorante. Pero Sandra fue amable por el momento.

"¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor... ?".

Al parecer, la madura ayudante estaba visiblemente avergonzada por no saber el nombre de un cliente importante, pues me miró disculpándose y sumisa, buscando las palabras.

"Señor Langenfeld, pero llámeme Manuel" , le dije, salvando a Sandra con una mentira. La pobre no podía saber que yo no era cliente de su jefe en absoluto.

"Ah, claro, señor Langenfeld", respondió con una sonrisa encantadora y hasta me creí su descarada actuación, tan guapa y chispeante me miraba Sandra.

"Así que Manuel" , me guiñó audazmente un ojo, **"si necesitas algo más que una copa, sólo tienes que**

decirlo , **ya conoces las ventajas de nuestro servicio de atención al cliente"**.

Sus últimas palabras me pusieron la piel de gallina. ¿A qué ventajas especiales se refería Sandra?

Probablemente sólo había una forma de averiguarlo.

Intenté sonar lo más segura y convincente posible con las siguientes palabras.

"Si no causa ningún inconveniente, por supuesto que me gustaría utilizar el servicio completo de atención

al cliente".

Hechizada y excitada, esperé y apreté un poco más mi nervioso cuerpo contra el cuero de la silla para tranquilizarme.

"¿Aquí mismo, en la oficina?".

El ayudante me miró ligeramente desconcertado.

¿Se había dado cuenta Sandra de que en realidad no tenía ni idea de lo que estaba hablando? Parece que no.

"Como desee, Sr. Langenf..., Manuel quiero decir".

Me guiñó un ojo conspiradoramente y se colocó justo delante de mí. Tragué saliva, sin saber qué me esperaba. ¿Un masaje, tal vez?

Pero para mi deleite se convirtió en mucho más que eso.

"Entonces siéntate y disfruta " me dijo Sandra con un aliento íntimo y tentador y se puso de rodillas justo delante de mí.

Disfrutar - eso es exactamente lo que hice.

Antes de que pudiera pensar en cuándo volvería Alex y en lo que diría sobre lo que iba a ocurrir a continuación, sentí dos manos cálidas y femeninas en las perneras de mi pantalón y vi cómo los

sensuales dedos de la madura ayudante de oficina se paseaban por la tela de mi fino pantalón de traje y se dirigían hacia mi cinturón.

Exhalé un fuerte suspiro de alivio.

No esperaba este servicio.

Y prometía ser algo más que un masaje.

Como en un trance, vi y sentí cómo la voluntariosa Sandra alcanzaba la hebilla de mi cinturón plateado y, dos ágiles movimientos de los dedos después, oí el tintineo metálico que anunciaba la apertura de la hebilla.

"¿Está todo a tu gusto Manuel?" .

La madura milf se había dado cuenta de mi expresión abierta y atónita. Parecía darse cuenta de que no me lo esperaba en absoluto.

"Sí, por favor, continúe ", exprimí bajo excitadas y rápidas bocanadas de aire y sentí cómo mi pene, llenándose cada vez más de sangre, presionaba desafiante contra la tela de mis pantalones.

"Nada mejor que eso" .

Sandra volvió a guiñarme un ojo y con un cierto tirón del pantalón la parte inferior de mi cuerpo quedó al descubierto hasta los tobillos.

"Cuando termine, estoy seguro de que elegirás nuestra empresa" .

Los ojos de Sandra se habían encendido con entusiasmo al ver mi polla saltar hacia ella, y después de que la ardiente milf se pasara brevemente la punta de la lengua por los labios en señal de placer, bajó la cabeza e instantes después sentí la cálida humedad de sus labios humedecidos siendo la puerta de entrada a su sensual boca.

Eso fue genial.

Debajo de mí vi la cabellera de la milf morena, que se alzaba y caía alternativamente.

y se agitaba de un lado a otro al compás de su boca chasqueante.

El calor apretado y húmedo de su juego bucal me ponía cada vez más cachondo y sentía como mi miembro se hinchaba más y más y más de lujuria y llenaba toda la garganta de la golosa milf.

Al parecer, esta sensación no estaba lejos de la realidad.

Sandra tenía mucho que hacer para acomodar mi pene en su garganta.

Como una fiera voraz, lamió el tronco y el glande y apretó mi polla profundamente dentro de ella como si quisiera devorarme y como si mi pene fuera un alimento delicado y exquisito, cuya degustación provocaba en ella la sensación de mayor subidón que jamás había experimentado.

Al hacerlo, emitió ruidos guturales y nauseabundos a la redonda y clavó profundamente sus uñas puntiagudas pintadas de rojo en la carne de mis muslos como si jadeara en busca de aire.

Hice todo lo posible por no venir.

Respirando entrecortada y rápidamente, tenía la sensación constante de estallar, explotar y eyacular en su boca en cualquier momento.

Jadeante y en puro éxtasis, me entregué a las mamadas, lamidas y succiones de la milf que se movía cada vez más violentamente.

Las puntas del pelo de la melena castaña me hacían cosquillas sobre las piernas desnudas, me acariciaban los huevos y se enredaban aquí y allá con la saliva pegajosa de Sandra, que se esparcía por todas partes y ahora ya me mojaba todo el tronco como el jugo del pecado.

La guapa ayudante trabajó mi pene tan extensa e insaciablemente con sus labios, boca y lengua que mi vientre pronto se cubrió de humedad y brillo como un prado en el rocío de la mañana, y sus arcadas y bofetadas se hincharon cada vez más, de modo que casi me desmayé de satisfacción y me deslicé de un lado a otro en mi sillón de cuero, apenas capaz de sostenerme.

No podía aguantar mucho más.

La madura milf parecía haberse dado cuenta.

Jadeando y emitiendo un sonido de bofetada, levantó su cabeza, que ahora parecía muy despeinada, y soltó mi polla de su boca.

"Me darás más tiempo para convencerte, ¿verdad?", me preguntó, respirando profunda y pesadamente, como si hubiera corrido una maratón.

Su pelo parecía como si la hubieran sacudido violentamente una vez y su pintalabios estaba por toda la cara excepto en los labios.

Entre medias, la saliva y los escupitajos brillaban por todas partes, haciendo que la piel de la milf cachonda y glotona reluciera brillantemente.

Antes de que pudiera pronunciar un **"Sí, por supuesto"**, Sandra había vuelto a apartar parte del pelo que tenía pegado a la cara y había vuelto a sumergir la cabeza entre mis piernas.

Como si quisiera burlarse de mí y jugar conmigo, volvió a abrir la boca y se metió mi pene en la boca una y otra vez.

Una, dos, tres veces, una y otra vez puso brevemente sus labios sobre mi miembro y lo hundió brevemente en su garganta.

Cada vez, se oían sus leves arcadas mientras mi dura polla llenaba su garganta tan grande y poderosa.

Mientras jugaba conmigo a este juego de placer agonizantemente cachondo y me acercaba al

clímax con cada una de sus caricias, sus dedos rodeaban mis pelotas y las masajeaban.

"Ahora pasamos a la siguiente parte de mi servicio de atención al cliente" .

Sandra se metió mi polla en la boca por última vez y deslizó la punta de su lengua húmeda y pecaminosamente lenta sobre mis venas cálidamente palpitantes que se extendían como pequeños torrentes de placer sobre mi duro tronco y luego volvió a subir y soltó mi pene de nuevo en el frescor de la habitación.

Sólo podía adivinar cómo sería la siguiente parte de su servicio, o mejor dicho, cómo se sentiría.

Sandra se levantó, se dio la vuelta colocándose frente a mí, de modo que ahora estaba de espaldas a mí, e inclinó el cuerpo como un gato, de modo que se apoyó en el escritorio que tenía delante y se hizo un hueco en la espalda.

Con este lascivo movimiento, sus firmes y redondas nalgas se apretaron firme y rotundamente contra la tela de su corta falda y se acercaron tentadora y seductoramente a mí, abriéndose ahora grandes y jugosas ante mí.

Me sentí como en la Biblia, tentado a probar el fruto prohibido que tenía delante y a pecado.

Y Sandra era la serpiente que quería hundirme en la ruina. Y eso es exactamente lo que hizo - para mi deleite.

"¿No quiere echarme una mano, Sr. Langenfeld?", me espetó desde delante, levantando una de sus esbeltas piernas y pinchándose exigente con la punta de su tacón.

Claro que sí.

Indeciso, pero cargado de calentura, a punto de estallar, hice acopio de todo mi valor y alargué la mano hacia donde el culo redondo y lleno de la hermosa asistente se extendía hacia mí como un melocotón maduro.

Como zarpas hambrientas, mis manos saltaron hacia delante y se posaron en las nalgas regordetas de Sandra, que se sacudieron ligeramente hacia delante cuando mis dedos chocaron con su trasero y jadeó lascivamente.

La caliente milf parecía realizar su servicio al cliente con pasión y dedicación.

A través de la tela de la falda ya podía sentir la carne crujiente y cachonda de su culo e inmediatamente empecé a amasar ambas nalgas con firmeza y dureza como una masa.

Mis manos se clavaron cada vez con más fuerza y avidez en la carne del culo cachondo y Sandra se estiró cada vez más hacia mí.

Ella me tenía tan lejos.

Presa de una excitación total, me acerqué, me coloqué justo detrás del trasero extendido de la ardiente milf y tiré de la ajustada falda hacia arriba con ambas manos.

Sandra gimió excitada.

Crujientes y redondas, las nalgas regordetas me saltaban a la vista, su carne tierna y pálida rodeada por un tanga negro y unas finas medias de rejilla.

Puse una mano en la esbelta y atlética espalda de Sandra y di un pequeño golpe con la otra. Bang.

Tambaleándome, mi palma plana cayó sobre la nalga derecha del voluntarioso ayudante y golpeó el suelo dando una palmada.

El culo vibró abierto y se contoneó brevemente, -qué espectáculo.

La milf se sacudió ligeramente hacia delante y dejó escapar una aguda bocanada de aire.

"No seas tan tímido Manuel" .

Su voz sonaba suplicante, casi implorante.

Aparentemente había algo más aquí.

De nuevo solté un buen golpe sobre la milf morena y esta vez puse un poco más de fuerza en el movimiento.

Rumble.

Una vez más, el despacho se llenó de un golpeteo inconfundible y esta vez Sandra gimió con fuerza, dejando caer la cabeza hacia atrás en su cuello como un caballo salvaje y clavando los dedos con lujuria en la costosa madera de la mesa de caoba.

Mi palma había bajado con fuerza y firmeza sobre las nalgas regordetas y se podía ver a través de las medias cómo aparecía una clara huella roja en la carne blanca y la piel se enrojecía claramente.

Sandra quería más y yo se lo di encantado.

Aún más suplicante, empujó su cuerpo contra mí y meneó las caderas de forma tentadora y seductora, presentándome su hermoso trasero y sus dos muslos largos y cachondos.

¿Podría ser real lo que estaba ocurriendo? Estaba

como en trance.

Mi mente clara y racional se había despedido y había dado paso a otro poder superior que había tomado posesión de mi cuerpo y mi mente y sólo sabía una cosa: sexo, lujuria y calentura. El cuerpo de la mujer madura que se presentaba ante mí era todo lo que aún podía percibir y todo lo

que ansiaba.

Mientras le daba a la milf otro golpe en el culo y la cabalgaba con fuerza, mi polla libre y dura se agitaba excitada entre mis piernas y tocaba repetidamente los muslos de Sandra. El constante deslizamiento por la tela de sus finas medias me excitó visiblemente y una húmeda gota de placer brotó de mi glande y se difuminó en los finos agujeros de su ropa.

Sandra también parecía querer más y ahora exigía más y más.

Mientras seguía apoyándose en el escritorio con un brazo, echó la mano hacia atrás con el otro y me agarró de la camisa.

"Ahora tómame por fin", jadeó, sedienta y exigente, y me acercó a ella de modo que ahora yo estaba apretado con mi regazo justo contra su trasero y mi dura verga estaba presionada verticalmente entre sus nalgas.

Eso es todo lo que quería.

El sol, ahora alto en el cielo, enviaba sus brillantes rayos a través de la pared acristalada de la ventana como focos de teatro e irradiaba ahora a la milf que permanecía inclinada frente a mí como una valiosa y deseable obra de arte.

Casi no me atreví a dar el siguiente paso y profanar la glamurosa y exquisita obra de arte.

Casi con reverencia, miré brevemente a la mujer apoyada frente a mí y por un momento no pude creerlo.

Curvas ardientes y llenas que se inclinan frente a mí, esperando que las complazca.

Hice acopio de todo mi valor, lo que no fue difícil teniendo en cuenta el cálido trasero contra mi miembro, y metí ambas manos en el resbaladizo tejido de las medias.

Luego lo partí en dos.

Una carraca fuerte y le había hecho un agujero mediano en medio del culo en las medias.

Su trasero desnudo se abría hacia mí. Medio

horrorizada, medio excitada, Sandra gritó.

Mi miembro se introdujo directamente en el agujero recién formado y presionó la piel caliente y casi brillante entre el tanga y las medias.

Palpé la tela negra ya húmeda de sus bragas y las aparté con la derecha, dejando al descubierto el agujero de su culo y sus labios vaginales.

Mientras le pasaba el pulgar entre las nalgas y subía y bajaba por su culo caliente, Sandra empezó a respirar más deprisa y más fuerte, casi jadeando, como si no pudiera esperar a sentirme dentro de ella.

"Tómame ahora, por fin", jadeó desde delante, con todo el cuerpo tembloroso, y se agarró las nalgas con la mano izquierda y tiró de una nalga hacia un lado para que su húmedo y cachondo agujero se ensanchara y se abriera ávidamente hacia mí.

Pasé la mano entre sus labios húmedos y deslicé dos dedos en su interior. Sandra soltó un grito de satisfacción, apretó las nalgas contra mi mano y hundió aún más los dedos en su interior.

Ya no podía aguantar más.

La mano que acababa de apartar su exuberante y cachondo trasero buscó brevemente en el aire mi eje, lo encontró poco después y sentí y vi cómo los suaves dedos de la milf se cerraban en torno a mi pene y tiraban de él frenética y desinhibidamente hacia su vulva.

Un segundo después, gemí.

Sandra había llevado mi pene hasta su coño, lo presionó entre sus labios y movió la pelvis hacia atrás.

Ahora ella empujaba más su cuerpo contra mí y mi pene penetraba centímetro a centímetro en la dispuesta y madura milf de oficina, hundiéndose cada vez más en la cachonda estrechez y calidez de la mujer deliciosamente dotada.

Y parecía florecer de verdad ahora que había conseguido lo que quería.

Sandra apoyó firmemente ambos brazos en la mesa que tenía delante para ponerse de pie, luego echó la cabeza hacia atrás con otro gemido, de modo que su pelo castaño, irradiado por el sol, brilló y ondeó a su alrededor antes de empezar a empujar, empujar y presionar su cuerpo contra mí con tanta fiereza, rapidez y fervor que uno podría pensar que estaba poseída.

Con cada uno de sus rítmicos movimientos, sus redondas y prietas nalgas se bamboleaban y golpeaban contra mí y, golpeando húmedamente, mi miembro penetraba en lo más profundo de la milf una y otra vez.

Le arañé el redondo culo con ambas manos y apreté contra ella también.

A través de nuestros violentos empujones y de mis manos amasadoras, que hurgaban cada vez más en la carne enrojecida de su culo, el agujero de sus medias se hizo cada vez más grande y se ensanchó cada vez más, igual que su hendidura cachonda.

Fue como si se levantara una cortina oscura y, poco a poco, bulto a bulto, se hiciera visible cada vez más piel desnuda de su trasero bailarín.

El espectáculo era impresionante.

Como un melocotón blanco y rojo, el delicioso trasero se despegó de las medias y aplaudió al compás de nuestro

Pelvis contra mi pene y vientre.

Ahora, espoleado por la caliente visión de su trasero cachondo, quería ver más de Sandra, sentir más de su cuerpo maduro.

Volví a apretarla firmemente contra el borde del escritorio con ambas manos y me empujé con fuerza contra ella un par de veces, de modo que gritó jadeando y la mesa de madera traqueteó ruidosamente, luego saqué mi brillante y húmedo pene deslizándose fuera de ella, agarré bruscamente su espesa mata de pelo por detrás y sacudí a Sandra salvajemente de placer.

Sus ojos me miraron con fiereza y vi en el brillo de sus pupilas que la oficinista de 40 años no había tenido suficiente.

"¿Ya estás convencido de nuestra compañía?", me susurró frívolamente y dio un pequeño paso atrás.

"¿O no prefieres que te persuadan un rato más?".

Mientras me susurraba esta última frase, sus dos manos se llevaron al cuello de su blusa blanca y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, Sandra había desabrochado los botones superiores con ágiles movimientos y empujado la ligera tela hacia un lado.

Se me cortó la respiración por un momento.

Desde el centro de su blusa abierta, dos pechos redondos y grandes me miraban ahora, sus pezones rosados brillaban puntiagudos y duros a la luz del sol.

Sandra dio un paso hacia mí.

"No te quedes ahí mirando, compruébalo tú mismo " . Seguí sus palabras.

Anhelante, la alcancé y la agarré con valentía.

Las dos pesadas y voluptuosas tetas se derramaron por la parte superior abierta como gotas redondas y se posaron como almohadas cálidas y suaves en mis manos, que ahora empezaron a amasar con avidez los pechos maduros. Mientras yo trabajaba en los turgentes pechos de Sandra como hipnotizado y hacía girar sus pezones entre mis dedos y los chupaba, ella, de repente, limpió el escritorio que teníamos detrás con un movimiento de brazos y transportó archivos, bolígrafos y papeles revoloteando por el suelo.

Antes de que pudiera meter la cara entre sus grandes tetas para preguntarle qué diría Alex, Sandra me puso el dedo índice en los labios, apretó sus pechos contra mis manos y se sentó en el borde de la mesa frente a mí.

"Vamos, si quieres tocar, tienes que ganártelo " .

La milf dejó caer la parte superior de su cuerpo hacia atrás sobre el escritorio y abrió las piernas hacia arriba delante de mí, de modo que ahora estaba tumbada boca arriba delante de mí.

Sus pechos aún se sacudían un poco por el impacto de la parte superior de su cuerpo sobre la

mesa y se extendían meciéndose entre su blusa abierta.

Como para enfatizar su petición, Sandra juntó sus tetas llenas con las manos delante de ella y las lamio con la lengua.

Actué inmediatamente.

En un solo movimiento me había metido entre sus largos muslos, apoyado las pantorrillas en los hombros y doblado ligeramente las rodillas para penetrar de nuevo a la ardiente milf, que ya había cerrado los ojos anticipándose a mi polla y seguía jugueteando con sus pechos. Agarré mi pene con una mano y dirigí mi miembro lleno de sangre hacia el agujero ya muy abierto de sus medias y me deslicé hacia delante dentro de ella con un empujón pélvico.

" Eso es ", gimió Sandra y me acercó aún más con sus pantorrillas desnudas. La húmeda estrechez de su coño mojado hizo que mi pene creciera a un nuevo tamaño y sentí que mi eje se hinchaba dentro de su cuerpo caliente y se colocaba firmemente dentro de ella.

Puse mis manos, que habían vuelto a quedar libres, en las caderas de Sandra y, mientras la atraía contra mí con los brazos, empujé mi pelvis contra su cuerpo semidesnudo, de modo que nuestros cuerpos chocaron estrepitosamente y se oyó un fuerte aplauso.

"Fóllame aún más fuerte", insistió la joven, que ahora se retorció ligeramente, respirando con dificultad y clavándose los dedos en los pechos.

Incluso más duro en ese momento era todo lo que podía pensar de todos modos.

Volví a empujar, esta vez con más fuerza, e introduje mi grueso miembro en Sandra, que se deslizó hasta la mitad del escritorio con el fuerte empujón y tiró algunos expedientes más al suelo.

Todo su cuerpo estaba atenazado por el duro miembro que tenía dentro, pues ahora se agitaba y retorció con cada embestida sucesiva y su respiración era cada vez más rápida, superando mis embestidas, que también se intensificaban.

En la oficina sólo se oían jadeos, gemidos y aplausos, y el aire parecía cada vez más cargado y cálido.

Gotas de sudor caían de mi pecho, mi cuerpo empujaba cada vez más fuerte dentro de Sandra, que ahora se deslizaba hacia adelante y hacia atrás con cada empujón, retorciéndose de placer.

Sus turgentes tetas se agitaban ahora salvajemente con cada movimiento mío, chocando entre sí y golpeándose además.

Mi agarre se había soltado de la cadera de Sandra y una mano se había posado en su cuello mientras la otra se había desplazado hasta sus pechos.

Animalísticamente salvaje, la milf se retorció y se encabritó en mi firme agarre.

"Más fuerte, más fuerte", me jadeaba suplicante, gimiendo cada vez **más** fuerte.

Entonces, de repente, la recorrió un violento temblor y sacudidas y gritó. La milf se había corrido y apretó todo su cuerpo contra mí.

Eso fue demasiado para mí también.

Como una explosión, me vertí dentro de Sandra y la llené con una enorme carga de esperma.

Respirando agitadamente, volví en mí.

¿Qué ha pasado aquí?

Mientras yo volvía a soltar mi mano del cuello de Sandra y sacaba lentamente mi pene de su interior y veía manar gotas blancas y lechosas de su vagina, Sandra se incorporó con la parte superior de su cuerpo, se apartó el pelo revuelto de la cara y, mientras se volvía a meter los pechos enrojecidos y redondos en la blusa, me dijo, riendo levemente y triunfante.

"Es mejor que vuelvas a tu pequeña oficina de aprendiz Manuel, el señor Meyer volverá en un minuto

y en realidad debería traer las bebidas".

La miré perplejo.

¿Sabía que yo no era un cliente rico?

"Pero ¿por qué... ?" , balbuceé confusa.

Pero antes de que recibiera una respuesta, Sandra había bajado de la mesa al suelo, se había vuelto a poner la falda por encima de las medias rotas y había salido de la habitación con pasos estrepitosos y ligeramente temblorosos.

FIN

Elevación del deseo

¡Pum!

Enérgico y cargado de estrés, cierro de golpe la puerta del Mercedes-Benz CLS 350 negro mate y avanzo veloz hacia el amplio y acristalado portal de entrada de la alta torre Westend de Fráncfort, que se alza imponente y majestuosa hacia el cielo en medio del horizonte de Fráncfort.

Mientras las grandes puertas correderas se abren automáticamente ante mí, como la cuenta de un nuevo cliente tras un exitoso día de trabajo, vislumbro mi reflejo en el espejo. La blusa y la falda de Alexandre Vauthier, acentuadas por un bolso de Hermes, crean la imagen exterior de una mujer de negocios exitosa e independiente.

Que yo, Nina, también lo soy.

Mi cuerpo, todavía apuesto a pesar del largo y angustioso trabajo, entra en el amplio y alto vestíbulo.

Me abro paso con confianza a través de una corriente de gente con corbata de camino al final del día.

A diferencia de los obreros de 9 a 5 que me conocen y cuyo objetivo en la vida se encuentra en motivos inferiores como la familia, el fútbol y las cervezas después del trabajo, a mí me atrae volver a mi escritorio incluso después de mi breve cena en el centro de Fráncfort.

Para mí, el éxito significa algo más que esperar un mísero aumento de sueldo cada pocos años para poder pagar el préstamo de la casa adosada en un barrio menos lujoso y hacer bocadillos para la familia después del trabajo.

Por supuesto, mi gran carga de trabajo también tiene sus desventajas.

No recuerdo la última vez que salí de fiesta tanto como la última vez que tuve buen sexo.

Pero el éxito tiene su precio.

Al llegar al final del vestíbulo de entrada, me detengo y rebusco en mi bolso la tarjeta de identificación que me da derecho a entrar en la torre.

Entre el lápiz de labios, el cepillo de pelo y los pañuelos de papel, encuentro mi tarjeta y estoy a punto de sacarla para acercarla al lector automático de tarjetas situado a la derecha del mostrador de recepción para poder acceder a los ascensores, cuando la puerta que hay detrás del mostrador se abre de golpe y sale un hombre de mediana edad.

Mi mirada se desplaza desde su llamativo rostro bronceado hasta su cuerpo ancho y musculoso, que, envuelto en el uniforme de seguridad, parece una caja de bombones finos y sensuales.

La radio que luce en su ancho pecho, junto con el cinturón de cuero negro que lleva en la cadera, transmite una sensación de dominio y fuerza.

Un cosquilleo recorre mi cuerpo y noto cómo la fina tarjeta de plástico que tengo en la mano derecha casi se me resbala debido a mi creciente excitación.

El guardia de seguridad se acerca y me sonríe encantadoramente.

Me hechizan sus ojos oscuros y brillantes mientras me desea buenas noches con un seductor acento mediterráneo y me abre el torniquete de los ascensores pulsando un botón.

Esperando más palabras de su sensual boca, me detengo un breve instante, cuando la radio crepita contra su pecho y el emocionante ambiente se termina con las palabras

"Mike, te necesitamos en el aparcamiento un minuto" roto.

Todavía solo en el ascensor, el paso de los interminables pisos va acompañado de la reverberación del sonido del Mar del Sur de sus palabras en mi oído.

He visto a este hombre en el vestíbulo unas cuantas veces y siempre me recorría un sentimiento. sensación de placer largamente olvidada.

Una sensación que vuelvo a olvidar en el transcurso de la velada, pero no por demasiado tiempo...

Casi sola en la oficina, libro una batalla interminable contra los correos electrónicos de los clientes, las diapositivas de PowerPoint y las hojas de cálculo de Excel, como casi todas las tardes.

Con la cafeína y mi incansable ética de trabajo como armas a mi lado, paso así unas horas de trabajo concentrado antes de vislumbrar el tiempo entre cifras trimestrales e informes de personal.

"Mierda, ya son las 11:47", pienso mientras pienso en el desayuno de mañana con un importante cliente.

Mientras apago el PC y vuelvo a guardar mis archivos en el bolso, la luz de la noche de Fráncfort se refleja en las altas y anchas ventanas de la oficina acristalada por todas partes, proyectando sombras en movimiento sobre mi pared forrada de premios y certificados.

"Bueno, pues me voy a casa", pienso mientras aprieto el botón del ascensor para bajar.

Acompañada por el sonido puntiagudo de mis zapatos de tacón alto, entro en el ascensor que se abre ante mí y pulso la "E" de planta baja que tanto promete en todas las oficinas diáfanas de Fráncfort.

Mientras reflexiono sobre si la realización y la satisfacción pueden lograrse realmente a través de una carrera (como suele ocurrir, simplemente achaco este impulso negativo al cansancio nocturno), el ascensor se detiene. Sorprendida, la pantalla roja con el número "6" confirma mi suposición de que aún no puedo haber llegado.

Extraño.

El ascensor se abre y entra Mike, el guardia de seguridad de antes, para mi gran alegría.

Mientras la puerta del ascensor vuelve a cerrarse sin prisa, las funciones vitales de mi cuerpo están patas arriba.

Los latidos de mi corazón se aceleran y noto cómo mi respiración se vuelve más rápida y superficial por la excitación a medida que el ascensor comienza a moverse de nuevo.

Se sacude.

De repente, la iluminación de neón gris brillante parpadea y sumerge el ascensor en un negro profundo durante una fracción de segundo.

Mi momento.

Como por instinto, me embarga un deseo interior, una energía largamente reprimida y eternamente inhibida, y muevo la mano tan rápido como un rayo y sin vacilar hasta el botón rojo de emergencia de la pared y lo pulso.

Se oye un chirrido y el ascensor se detiene.

"Ya está", pienso para mis adentros.

Mike me mira y, con fingido asombro, me encojo de hombros interrogante.

El alto y fornido guardia de seguridad coge su radio y anuncia nuestro "problema".

"Que no cunda el pánico, te sacaremos de ahí en 10-15 minutos, enviaré a alguien" se apresura a responder en tono áspero.

Así que no nos queda mucho tiempo.

Nuestras miradas se cruzan y todas las oportunidades perdidas y los momentos de plenitud sexual pasan ante mí.

Mi mirada se pasea por su pelo suave y abundante, por su barba, por sus ojos brillantes y sus labios suaves y sensuales...

Parece darse cuenta, porque me sonrío descaradamente.

Inundado de energía, mis músculos se tensan y una lujuriosa expectación se abre paso en mis pensamientos.

Sonriendo coquetamente, me llevo la mano derecha al escote y, mirando profundamente a los ojos de Mike, abro un botón de mi blusa blanca.

La sangre me sube a la cara y noto cómo da un paso hacia mí y acerca lentamente su rostro al mío.

En secreto, llevaba toda la noche deseando sentir sus labios carnosos, no, casi media vida.

Se queda cerca de mi cara un momento antes de que su gran mano se acerque suavemente a mi cuello y sus labios carnosos rocen los míos.

Rápidamente nos encontramos en un apasionado beso.

Mientras me besa íntimamente, lleno de apasionado temperamento, y me mima el cuello y la nuca con sus sensuales labios, recorro mi cuerpo con las manos.

sobre su torso fuerte y musculoso y clavo mis uñas en la carne firme de su cuerpo.

Mientras tanto, mi cuerpo, ahora totalmente excitado, está siendo recorrido por sus manos masculinas tan íntima y extensamente como el A7 poco después del comienzo de las vacaciones.

Finalmente encuentra mi, a pesar de la esbelta figura, lleno y regordete trasero y lo amasa con su mano derecha, mientras me agarra por el cuello con la izquierda y me aprieta decididamente contra la dura y fría pared del ascensor, que se convierte en metal caliente de lujuria al poco tiempo debido a mi cuerpo calentado por la calentura y el deseo.

Por un breve instante, Mike suelta su mano de mi firme trasero y busca su cinturón de servicio.

Me da la vuelta hábilmente y me esposa por la espalda.

Jadeo de placer cuando el apretado metal hace clic alrededor de mis delicadas muñecas, dejándome a merced del guardia de seguridad.

Mientras siento su fuerte respiración en mi cuello, noto cómo me levanta la ajustada falda y me golpea el redondo culo por detrás, lo que me hace soltar un grito de dolor y excitación y mi nalga empieza a brillar.

Se me acerca por detrás y noto claramente su miembro duro y pesado contra mi culo a través del pantalón.

Me agarra la blusa y la parte en dos, dejando al descubierto mis pequeños pechos, cuyos duros pezones Mike empieza ahora a acariciar con los dedos.

Veo la lujuria parpadear en sus ojos cuando ve mis pechos turgentes a través del espejo del ascensor que tiene delante.

Me alegro de haber elegido hoy esta ropa interior sexy más por falta de tiempo que por sabia previsión.

Me dio la vuelta de nuevo, me desabrochó el sujetador del cuerpo y me besó el pecho y acarició el otro con la mano, jugando suavemente con mis pezones, ya duros de lujuria.

No pude contener más mis gemidos y eché la cabeza hacia atrás con una calentura desenfrenada.

Eso pareció espolearle, porque me agarró firmemente por el culo y me sentó en el respaldo metálico del ascensor.

Se arrodilló frente a mí, me quitó las bragas, que ya estaban mojadas por la lujuria, con agonizante lentitud y empezó a repartir besos suavemente alrededor de mi vulva.

Su mirada íntima y ardiente avivó aún más mi calentura.

Fue como la mejor tortura del mundo hasta que me entregó

y finalmente comenzó a masajear rítmicamente mi clítoris con su lengua.

Gemí fuerte y disfruté del subidón de pura lujuria y éxtasis desatados.

Sentía como si sus manos recorrieran todo mi cuerpo a la vez mientras me lamía con avidez y animalidad.

En mis pechos, en mi cintura, en mis nalgas, entre mis muslos.

Yo estaba cada vez más caliente y arañaba con las manos el duro metal de las esposas mientras su lengua se movía rápidamente y en movimientos circulares sobre mis manos.

me acarició toda la vulva.

Mi lujuria no tardó en liberarse en un primer orgasmo violento y apreté su cara entre mis piernas para asimilar plenamente el momento de excitación. Respirando agitadamente, Mike me bajó y me ordenó arrodillarme en el suelo.

Con una mano me agarró del pelo y me hizo una trenza, mientras con la otra se llevaba la mano a la cintura de los pantalones y los abría, impidiéndome ver.

en su considerable erección.

Con avidez, mis ojos se clavaron en su polla grande y dura y mi lujuria aumentó aún más desmesuradamente.

Le miré profundamente a los ojos mientras empezaba a rodear su duro pene con mis labios y lo introducía profundamente en mi cálida boca.

Sus gemidos cada vez más violentos casi me enloquecían y miraba su erección húmeda y brillante mientras le acariciaba el glande con la lengua.

Más profundo y más rápido empujó su pene duro y cachondo dentro de mi boca.

Cuando casi se había corrido de placer, me agarró por ambos brazos y volvió a empujarme contra la pared.

Mientras me agarraba fuertemente el tierno cuello con una mano, me agarró la cadera, temblorosa de excitación, con la otra y empujó su pesado miembro entre mis húmedos muslos y lo frotó contra mi culo antes de introducirme la polla, jadeando de placer.

Duro y despiadado, introdujo su verga cachonda en mi cuerpo húmedo y nuestros gemidos pesados y satisfechos se mezclaron con el rítmico golpeteo de nuestros cuerpos uno contra otro, creando una sinfonía de éxtasis erótico.

Sentí cómo Mike tiraba de mí más cerca e intensificaba sus embestidas, tomándome cada vez más fuerte por detrás, mientras sus manos jugaban alternativamente alrededor de mis pezones firmes y duros, estrangulándome o dándome en el trasero caricias completas y potentes.

Retorciéndome y estremeciéndome de placer, me retorcí en las fuertes garras de Mike, y mientras me mantenía allí, trabajándome cada vez más fuerte con su polla cachonda, y mimando además mi clitoris con la mano, mi lujuria se desbordó por completo y me invadió otro violento orgasmo que casi me robó los sentidos.

Medio inconsciente de lujuria, Mike me tumbó en el suelo delante de él y se subió encima de mí.

Como un dios, se alzaba sobre mí con su duro y musculoso cuerpo de Adonis y cogía mi despeinada mata de pelo mientras me separaba los labios vaginales con la otra y me penetraba violentamente en la vagina con su dura polla.

La visión de su cuerpo tenso y bronceado y la sensación de su firme vástago dentro de ella encendieron en mí un fuego artificial de lujuria.

Cada vez se apretaba más contra mis muslos, amasando mis pequeños y bien formados pechos.

Cada vez más salvaje y violentamente nuestros cuerpos chocaban de lujuria y calentura, y el sonido de su polla penetrando mi cuerpo se mezclaba con mis gritos suplicantes y jadeantes de satisfacción.

Justo cuando el ascensor empezó a moverse de nuevo, Mike descargó su miembro palpitante y cachondo en mi hendidura húmeda y apretada.

A partir de ese momento, preferí venir a trabajar por las tardes, no sólo por responder a las preguntas de los clientes, sino también por la noche.

Correos de clientes ;)

Entregado

Capítulo 1 - Nuevo mundo

¡Rumble!

Con energía, Sarah cerró la puerta de la furgoneta blanca y, jadeando por el esfuerzo, volvió a la acera para contemplar su obra terminada.

Todo lo importante había sido guardado.

En la parte trasera del coche alquilado se amontonaban cajas llenas de vajilla, ropa y libros.

Los muebles desmontados de su antiguo piso de dos habitaciones en casa de sus padres se habían colocado entre ellos de forma improvisada.

El exiguo surtido que había en la parte trasera del VW T4, ahora a la temperatura del Sahara, representaba sólo una pequeña parte de las posesiones de Sarah, pero no quería hacer el largo viaje de Stuttgart a Berlín más de una vez.

De todos modos, ella era minimalista, y la ausencia de algunos muebles era un bienvenido descanso de su antiguo hogar, la oportunidad de un nuevo capítulo en su vida.

Ojalá.

Sarah Niedholt acababa de cumplir 23 años.

Junto con su hermana gemela Katie, había vivido con sus padres en un tranquilo suburbio de

Stuttgart hasta hace dos años.

Hasta entonces, tu vida había sido de todo menos emocionante; los idilios de pueblo pequeño y la letárgica rutina diaria te habían impulsado finalmente a solicitar plaza para estudiar en la lejana y bien poblada Berlín.

Y aquí estaba, lista para partir, para embarcarse en una aventura.

Mañana iba a empezar.

En consonancia con su nuevo estilo de vida, los comienzos en Berlín prometían ser aventureros desde el primer momento, porque aún no tenía piso propio.

En su lugar, se alojaría en el piso de su hermana durante el primer mes; Katie tenía previsto viajar antes de mudarse también a Berlín, por lo que tendría el espacioso piso antiguo de Berlín-Mitte para ella sola.

Debería estar bien con ella, que estudiante en Berlín ya tenía su propio piso ...

La luz del sol del atardecer se reflejaba en la brillante pintura de la carrocería y proyectaba un resplandor sobre los ojos de Sarah.

Entrecerró los ojos, sacó las llaves del bolsillo de sus pantalones y cerró el coche con un clic.

Una última mirada rápida al coche y Sarah emprendió el camino de vuelta al piso. Con sentimiento, miró las habitaciones casi completamente vacías de su piso en casa de sus padres. Sólo las plantas de interior, que dejaría para que las cuidara su madre como había hecho todos estos años, desprendían un último atisbo de sensación hogareña.

Emocionada y llena de ilusión, Sarah terminó la velada junto a su familia y finalmente se fue a la cama con impaciencia.

El fuerte y molesto pitido de su despertador sacudió a Sarah de su sueño.

Aturdida y con los ojos entrecerrados, cogió el monstruo que le quitaba el sueño, que marcaba las 5:45, y lo silenció pulsando el botón.

"Ahora no vuelvas a dormirte", pensó Sarah mientras, luchando contra una oleada de cansancio, agarraba el dobladillo de su pesada y cálida manta y se levantaba.

Cansada, entró tambaleándose en el cuarto de baño y se enjuagó la cara con agua fría para deshacerse de la pesadez plomiza de sus miembros.

Se lavó los dientes, se duchó y se puso la última ropa que había deshecho el día anterior, antes de ir a la cocina, donde la esperaba una barrita de cereales.

De todas formas, no podía comer mucho por la emoción, hoy era el gran día, se iba a su nuevo piso, a su nueva vida.

Sarah se puso los AirPods en los oídos, seleccionó su lista de reproducción favorita en el teléfono y poco a poco empezó a vestirse más despierta y boyante y a meter en una caja las últimas cosas que quedaban en su piso.

Con el nuevo comienzo, fue como si la vieja, rancia y pueblerina fragancia de sus muebles y ropa se desvaneciera; Sarah respiró más libremente de lo que lo había hecho en mucho tiempo mientras colocaba la última caja de cartón en el asiento del copiloto de su coche, cerraba la puerta de un portazo y se metía ella misma en el coche.

El largo viaje de Stuttgart a Berlín transcurrió sin más problemas.

De camino, Sarah se tomó un descanso en uno de los innumerables restaurantes de comida rápida que adornan las áreas de servicio de las autopistas.

Un pecado raro, porque por lo demás Sarah prestaba mucha atención a su dieta, lo que se reflejaba claramente en su atlética y estupenda figura.

Cuando Sarah salió por fin de la autopista y maniobró con su coche entre el tráfico de Berlín después del trabajo, el resplandeciente sol rojo anaranjado anunciaba ya el paulatino final del día.

"Ha llegado a su destino", sonó la voz de la mujer desde los altavoces de su teléfono móvil. mientras Sarah aparcaba su VW cargado hasta los topes delante de un viejo y elegante edificio berlinés y se apeaba.

Sin descargar una primera caja, sacó las llaves del piso de su bolso lleno de ilusión y entró en la escalera fresca y de techos altos del edificio de apartamentos.

Olía a tierra húmeda, piedra fría y flores.

Emocionada, Sarah subió la escalera, que resonaba con sus pasos y estaba decorada con estuco, hasta que llegó a la puerta principal de su piso, en la tercera planta, y la desbloqueó.

El interior del piso era un sueño.

Habitaciones luminosas, grandes y espaciosas ofrecían a Sarah una visión acogedora y estupenda, estaba deseando pasar su estancia en Berlín.

Eufórica y silbante, tras una inspección minuciosa de sus nuevas cuatro paredes, empezó a subir las cajas y cajones de la T4 y a desembalarlos uno a uno.

Puso platos en el armario, colocó libros en las estanterías y desenrolló alfombras.

Para cuando el sol se había puesto por completo y las calles de Berlín estaban iluminadas por los faros de los coches y las farolas, Sarah había desmontado la última caja y se había dejado caer en el pequeño y mullido sofá verde menta, cansada y contenta, y suspiraba de fatiga.

El tic-tac del reloj de pared situado sobre el marco de la puerta del salón marcaba las 0:22, así que Sarah se puso un par de cómodos y escasos pantalones de dormir, se quitó el sujetador y se

metió cansada y relajada en las frescas y finas sábanas de su cama.

Capítulo 2 - El extranjero

Sarah no pudo haber dormido mucho tiempo, porque cuando la despertaron los suaves pasos en su pasillo, las estrellas doradas aún estaban en el negro cielo nocturno.

Ansiosa, oyó los latidos de su corazón latir con fuerza dentro de su pecho sudoroso mientras intentaba girarse lenta y silenciosamente hacia la puerta... y tampoco lo consiguió.

Antes de que se hubiera dado la vuelta del todo, sintió un soplo de viento y luego una mano en el cuello, apretándola de nuevo contra las sábanas.

Soltó un grito horrorizado, que fue bruscamente interrumpido por una mano en su boca. Lo siguiente que sintió Sarah fue el cuerpo de un hombre tendido sobre su espalda.

Al cabo de unos segundos le soltó la boca y Sarah jadeó.

El extraño intruso le cogió ahora ambos brazos, los cruzó detrás de la espalda y la fijó allí con una mano mientras con la otra tiraba la manta al suelo.

A su merced, Sarah yacía ahora bajo el hombre.

Entonces sintió una sólida bofetada en su redondo y prieto trasero, que tembló y ardió por el impacto.

Jadeó.

La mano grande y fuerte que acababa de abofetearle el culo caliente empezó ahora a amasarle ampliamente las nalgas enrojecidas.

Sarah, aún temblando de excitación y pánico, soltó otro grito, pero esta vez sonó diferente, casi lujurioso.

Le gustaba lo que estaba pasando.

Durante mucho tiempo y de forma prolongada, Sarah se había tumbado en la cama de la casa de sus padres en aquel momento, imaginando que había sido raptada, abrumada y a merced de un hombre que era un desconocido para ella.

Sus fantasías habían sido el caldo de cultivo de su deseo sexual desde entonces, noche tras noche se había regalado sensuales orgasmos con esa excitante imaginación interior.

Y ahora su antigua fantasía húmeda, sus sueños nocturnos calientes, eran realidad.

Mientras tanto, el extraño hombre se había bajado los pantalones y Sarah sintió una polla grande y dura en su redondo y reluciente trasero.

Jadeó excitada de placer, deseando sentir el grueso pene en su interior, favor que también le hizo

el intruso.

Con un sonido desgarrador, Sarah sintió las grandes manos del desconocido rasgar la fina tela de sus escuetos pantalones de dormir, sus lujuriosos agujeros de deseo ahora expuestos a él y él se aprovechó al máximo.

Sin problemas, introdujo su gruesa polla, palpitante de sangre caliente, entre los muslos húmedos de Sarah y penetró en su vagina con un suspiro goloso.

Sarah jadeó de satisfacción y excitación contra la almohada en la que el desconocido seguía presionando su cabeza con firmeza y sin piedad.

Lentamente al principio, luego más deprisa, el intruso empujó su pelvis arriba y abajo sobre Sarah, deslizando su gran miembro por el interior de Sarah, que, casi privada de sus sentidos por la lujuria y la falta de aliento, gimió contra la almohada y clavó las uñas en la carne del desconocido, que seguía sujetándola con fuerza por los brazos.

Mientras se follaba a Sarah cada vez con más fuerza, presionando sus caderas contra su culo grueso y rollizo con sonidos de bofetadas y bofetadas, le metió un dedo en el culo, haciendo que Sarah gritara audiblemente.

"Dámelo más fuerte", se oían los gritos medio sofocados de Sarah a través de la almohada, retorciéndose de lujuria y satisfacción bajo los duros y animalescos empujones del dominante intruso como una salvaje cazada.

El desconocido parecía dispuesto a concederle su deseo.

Puso a Sarah boca arriba, le agarró el cuello y ahora se la follaba en la posición del misionero mientras le apretaba el delicado y femenino cuello de forma amordazadora y con la otra mano la sujetaba con firmeza

y magníficas tetas para que temblaran rojas y vibraran.

"Más fuerte, más fuerte", jadeó Sarah salvajemente y se desató bajo el duro trabajo del intruso: no tenía suficiente.

Pero justo antes de que Sarah liberara su lujuria en un orgasmo explosivo y galáctico, el desconocido sacó su grueso pene, brillante y reluciente de lujuria, del débil y húmedamente follado vientre de Sarah, le dio una última y buena palmada en sus redondas tetas y se levantó de la cama y se colocó frente a ella.

Luego tiró de su cabeza hacia él -Sarah seguía tumbada en la cama- e introdujo su gruesa polla en la boca de Sarah.

Sus labios carnosos y sensuales absorbieron con avidez el grueso miembro y Sarah soltó un gutural y profundo jadeo mientras el desconocido empujaba su duro miembro más y más profundamente en su garganta y su pene se mezclaba con la lujuriosa saliva de la boca de Sarah.

Tomó la cabeza con una mano y la apretó rítmicamente contra su cadera, empujando su miembro cada vez más profundamente en la boca de Sarah.

Con la otra, masajéo y amasó sus redondos y magníficos pezones, que sobresalían duros por la excitación y el éxtasis de sus cachondas tetas.

Tras un rato de lujurioso juego bucal, el desconocido jadeó ruidosamente, vertiendo cálidos jugos por la garganta de Sarah, que, abrumada por la masa de semen y por la falta de aire del gran miembro, se retorció de excitación y sin aliento.

Entonces el desconocido liberó su flácida polla de la cálida y húmeda funda de la cachonda boca y se marchó sin decir una palabra más.

Sarah, con el pelo mojado por la lujuria, la calentura y el sudor pegado a la frente húmeda, se levantó y vino a sentarse en la sábana mojada, aún jadeando de calentura y excitación.

¿Qué acababa de pasar aquí?

Después de que Sarah se despertara de un sueño agitado, medio despierta y corto, con el pitido del despertador de su teléfono móvil, y se dirigiera tambaleándose hacia el cuarto de baño, somnolienta y destrozada, oyó un ruido debajo de la cama.

Asombrada, se detuvo, se agachó y levantó el dobladillo de la larga sábana que ocultaba la vista bajo la cama.

Qué raro, pensó Sarah.

En el suelo de madera, entre grandes motas de polvo y pañuelos viejos, había un ordenador portátil a medio cerrar, con la pantalla apenas iluminada para indicar que aún le quedaba batería.

Curiosa, Sarah se deslizó bajo la cama y, reprimiendo un estornudo por el polvo que se arremolinaba, sacó el misterioso portátil y volvió a sentarse en la cama con él.

Abrió la pantalla del todo y vio que había una sala de chat abierta en la ventana del navegador.

"¿El portátil era de su hermana?".

El lado abierto parecía oscuro y siniestro, pero había algo atractivo en él que Sarah no terminaba de comprender.

Era parecido a un portal de citas, entre foros normales podías escribir a la gente, concertar encuentros e intercambiar información.

Sin embargo, no se trataba en absoluto de un sitio web de citas normal, como Sarah no tardó en darse cuenta.

El nombre, entronizado en letras negras en el centro en la parte superior de la pantalla, era

"Violent Stranger".

Un rápido vistazo al foro bastaba para saber qué deseos y fetiches había aquí.

se sirvieron en los bajos fondos de Internet.

Había mujeres y hombres en el andén, gente de todas las clases sociales, y todos tenían un deseo: querían ser dominados y tomados por un extraño, alguien a quien no conocían, que llegaba cuando y donde quería y tomaba lo que quería sin contemplaciones.

Sarah se mojó, la sola idea la excitó tanto que la recorrió un escalofrío de lujuria, suspiró y pensó en el breve e intenso encuentro de anoche. Pero nunca se había registrado en este sitio, así que ¿por qué la seguían visitando?

Reflexionando, Sarah entró en la cocina, iluminada por el sol y el sol, con el portátil en la mano, y se puso a hervir agua en el fregadero.

Cuando estaba a punto de volver al portátil, su móvil vibró.

"Hola hermanita, ¿cómo estás? ¿Te has instalado bien en tu (mi) piso?".

"Por supuesto", le vino inmediatamente a la cabeza a Sarah mientras leía las líneas en la pantalla de su smartphone.

"El intruso de anoche debe haber pensado que yo era Katie".

Un poco aliviada, pero llena de preguntas, se preparó una infusión de manzanilla y se sentó a la mesa de la cocina con la taza caliente y humeante.

La confusión la hizo sentirse aliviada, pero también un poco celosa. Pero Sarah también vio una oportunidad.

Se disponía a seguir jugando, porque anoche se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba...

Entregado Parte 2

Al día siguiente, Sarah no podía pensar en otra cosa que en la primera noche en su nuevo piso.

El primer día en la universidad, realmente emocionante, perdió su sentido.

Las clases, los compañeros, el campus, todo era secundario, sin importancia, porque en sus pensamientos todo giraba incesante y repetidamente en torno a su visita nocturna.

Sola y a su merced, se había sentido excitada y satisfecha.

Cuando Sarah salía de la sala de su última lectura con pasos apresurados, guardando hojas sueltas y bolígrafos en el bolso, la tocaron en el hombro por detrás.

Se dio la vuelta y miró a la cara a un joven estudiante que la miraba ligeramente nervioso, y luego, con visible esfuerzo y un ligero tartamudeo, encontró el camino de las palabras: "Hola, soy Martín, quería preguntarte si tú también estás aquí en el primer semestre".

En realidad, Sarah tenía la cabeza en otra parte, pero el joven que tenía delante le parecía bastante guapo y por eso no quiso ignorarlo directamente.

"Sí, llegué aquí anteayer, me llamo Sarah", dijo y tendió la mano en señal de saludo.

Sudoroso, el tímido Martin cogió la mano de Sarah y se la estrechó.

El hombre, joven pero de aspecto fuerte, la miró un momento, pero poco después se marchó sin hacer ningún comentario.

"Qué raro", pensó Sarah mientras lo miraba.

De camino a casa, entre el estruendoso tráfico berlinés, las ruidosas y densas multitudes y el interminable flujo de turistas, viajeros y residentes, Sarah volvía a sentirse embargada por la sensación interior de una lujuria ardiente y codiciosa cada vez que cruzaba un callejón antes algo más vacío.

Cada uno de los hombres que le resultaban extraños era para ella un espectáculo bienvenido, cada proximidad a él una espera, una suplicante agitación del deseo más íntimo de que uno de esos hombres la agarrara, la apresara y la tomara y utilizara sin piedad como la primera noche.

Pero, aparte de las habituales y esporádicas miradas embobadas, Sarah no cosechó nada que colmara este deseo.

Nadie la arrastró a un rincón oscuro, le habló ni le ordenó que le siguiera.

Decepcionada, Sarah llegó a la entrada de su edificio de apartamentos.

Sacó el tintineante manojo de llaves de las profundidades de su abultado bolsillo y deslizó el metal en la cerradura para abrir la alta puerta de madera del viejo edificio berlinés, cuando, al abrir la puerta apenas un resquicio, vio un sobre en el suelo.

Curiosa, Sarah se agachó y cogió el papel en blanco para inspeccionarlo más de cerca y a fondo.

A primera vista, no se veía nada.

Pero justo cuando Sarah encendió la luz de camino a la escalera y se colocó justo debajo de la brillante y deslumbrante luz de neón, lo vio.

En la parte inferior del sobre estaba escrito, con trazos finos y apenas perceptibles, el nombre de su hermana.

Ahora Sarah estaba presa de la curiosidad y la excitación: ¿tendría algo que ver con el encuentro y el portal de Internet?

Con pasos rápidos y apresurados, Sarah se apresuró a subir las escaleras, dando dos pasos con cada escalón, y poco después llegó a la puerta de su piso, respirando fuerte y pesadamente, y la desbloqueó, temblando de excitación.

Arrojando su bolso a un rincón al entrar, Sarah fue la segunda en dejarse caer directamente sobre el sofá del salón y rasgó con impaciencia el fino papel del sobre. Apareció una única hoja, brevemente escrita, que apenas podía llamarse carta.

"Ven a los almacenes en la dirección adjunta a la hora habitual esta noche.

Si llegas tarde, te castigarán aún más".

Sarah giró y giró la carta, la sostuvo bajo la luz y pasó los dedos por encima, pero aparte de estas pocas palabras, el papel estaba en blanco.

Estaba contenta, tensa, pero cuando releyó las palabras escritas en letra garabateada, se dio cuenta de qué hora es "como siempre".

El sol se alejaba lentamente del cielo despejado y cada vez más oscuro cuando Sarah, envuelta en un vaporoso vestido veraniego, dejó que la puerta del piso se cerrara tras de sí y, con ánimo tenso y alegre, salió del edificio de su apartamento y se dirigió a la dirección que le habían dado.

La primera parte del trayecto la hizo en S-Bahn.

Su búsqueda en Google Maps había arrojado pocos datos concretos sobre el lugar de su encuentro, por lo que se haría una idea a pie en el último tramo del camino.

La ciudad estaba impregnada de un ambiente bullicioso y alegre después del trabajo.

Bajo el resplandor anaranjado y rojizo del atardecer, se abrieron los corchos de cerveza frente a pubs y quioscos, se remuneró a los músicos callejeros y se consumieron helados.

Berlín era luminosa, animada y bulliciosa, pero el S-Bahn en el que iba sentada dejaba cada vez más atrás este colorido idilio metropolitano, y a medida que la noche se oscurecía, el entorno que veía a través de las ventanillas también cambiaba cada vez más.

Los edificios antiguos, altos y elegantes, fueron sustituidos primero por viviendas unifamiliares más bajas, a las que acabaron sucediéndose grandes edificios industriales, lúgubres y grises.

Cuando Sarah bajó del tren al final de la línea, enseguida echó de menos el agradable aroma veraniego de las flores frescas, el café y el helado, porque a mi nariz llegó un soplo de olores de fábrica contrario al de su barrio.

Apenas se veía gente por las anchas calles, sólo algún que otro coche con hombres o mujeres en ropa de trabajo que cruzaban la carretera para ir o volver del trabajo.

El sol ya había desaparecido por completo tras el horizonte y un cielo estrellado iluminaba el camino de Sarah a través de la gris y lúgubre zona industrial, junto con las feas y deslumbrantes farolas.

Estaba refrescando.

Mientras Sarah miraba el reloj de su móvil para asegurarse de que al menos llegaría al lugar de la

reunión antes de las 22:00, empezó a sentir frío en su fino y vaporoso vestido de verano.

Se levantó un viento fresco y penetrante, jugueteó con el dobladillo de su vestido de lunares rojos y le hizo temblar las piernas desnudas.

El sistema de navegación de su teléfono móvil guió a Sarah cada vez más adentro en el denso y oscuro laberinto de edificios altos y de hormigón y torres de ladrillo, su orientación se hizo cada vez más difícil y, poco a poco, a la expectación y la positiva excitación iniciales se fue uniendo cada vez más una pizca de miedo e incertidumbre.

Sarah se encontraba ya a pocos metros del punto de encuentro.

Hacía poco que había dejado atrás la última farola, sólo la luna en el cielo le proporcionaba los últimos escasos rayos de luz mortecina y la batería de su móvil también se estaba agotando.

Pero ahora estaba al í.

Aunque Sarah oía el ruido lejano de los coches que circulaban por la carretera por la que había venido, por lo demás estaba en una oscuridad casi total.

Frente a ella, amenazadora, grande y atractiva, estaba la fachada de un almacén enorme y lúgubre.

Esforzándose y esperando algún movimiento, sonido o señal, Sarah miró, entrecerrando los ojos a través de la oscuridad que se la había tragado.

¿Llegó demasiado tarde o demasiado pronto?

¿Y qué les esperaba de inmediato?

Ya había pasado algún tiempo.

Minuto tras minuto, Sarah había escuchado atentamente, había mirado a su alrededor, se había asomado a los recovecos del vestíbulo y había esperado y esperado, pero no había ocurrido nada.

Sólo podía adivinar cuánto tiempo había pasado desde su llegada, porque la pantalla de su teléfono móvil permanecía en negro cuando lo pulsaba: se había quedado sin batería.

Sarah ya estaba harta, quería marcharse de nuevo, quería volver a su piso y disfrutar del calor del ajetreado centro de la ciudad, asimilar la luminosidad de la bulliciosa metrópolis y disfrutar de los animados sonidos de la vida nocturna, pero no consiguió nada.

Justo cuando Sarah se había vuelto a meter el móvil en el bolsillo tras otro intento desesperado de encenderlo y se disponía a volver corriendo a casa, sintió una brisa detrás de ella y un segundo después estaba en el suelo.

Dos grandes manos la habían agarrado violentamente por detrás y la habían arrojado al frío suelo desnudo; ahora, el atacante alienígena se alzaba sobre ella, con un rostro irreconocible en la oscuridad.

Sarah había gritado asustada, el corazón le martilleaba salvaje y excitado en el pecho, el frío de la noche había dado paso a una tensión caliente y los pelitos de su piel se erizaban ahora de excitación más que de frío.

Lujuria mezclada con miedo, calentura emparejada con miedo.

Justo cuando Sarah estaba a punto de decir algo, sintió el impacto de una mano plana en su mejilla, dolorida por el fuerte golpe dejó escapar un segundo grito ahogado en la vasta y oscura noche, engullida por la fábrica y el almacén circundantes.

Inmediatamente después se le retiró la oportunidad de rebatir.

El desconocido agarró el delicado y fino cuello de Sarah con la mano izquierda y lo estrechó con fuerza y firmeza.

Emitiendo arcadas, jadeando en busca de aire y libertad, Sarah sintió cómo la otra mano recorría su cuerpo y se movía por debajo de su fino vestido de verano, donde recorrió con fuerza y avidez la carne de sus muslos y se posó en sus bragas, húmedas de lujuria y excitación.

Una oleada de lujuria recorrió el esbelto cuerpo de Sarah, que se deleitó con el apretón del desconocido y saboreó su dominio y su dureza.

Gimiendo ruidosamente, notó cómo él primero le acariciaba lenta y suavemente el clítoris y jugueteaba alrededor de sus labios antes de penetrarla a la fuerza y sin piedad con sus dedos y trabajar ampliamente su húmeda hendidura.

Sarah se retorció de placer en el estrecho agarre del desconocido.

Sus piernas desnudas rozaban con fuerza el dolorido suelo de grava mientras se agitaba bajo las manos de su atacante, excitada y gimiendo como un animal sobresaltado.

Los dedos del desconocido estaban ya empapados, invadiendo sin piedad a Sarah y surcando su húmedo vientre.

La oscura noche fue atravesada por los gemidos de la joven estudiante, sus gritos de placer resonaban entre los muros de hormigón de las naves industriales circundantes, creando su sinfonía de sumisión y calentura.

Justo antes de que un primer y violento orgasmo recorriera a Sarah, el desconocido la soltó brevemente. El esbelto cuerpo de Sarah respiró brevemente la sensación de libertad, pero instantes después oyó el tintineo metálico de un cinturón y vio, con los ojos muy abiertos por la lujuria y la tensión, cómo el desconocido se había desabrochado la hebilla del cinturón de cuero y se bajaba los pantalones para dejar al descubierto su enorme y dura polla.

Sarah tragó saliva con respeto al ver el tamaño del poderoso miembro. Pero ya no había vuelta atrás.

Poco después, el agresor bajó de nuevo, se sentó sobre la parte superior del cuerpo de Sarah y le

robó la respiración.

Agarró sus delicados brazos y le ató las manos con fuerza por encima de la cabeza.

Como un lazo apretado, el cuero marrón se extendía apretando las delgadas muñecas de Sarah y la entregaba sin miramientos al desconocido.

Sarah se puso aún más cachonda al pensar en su desesperada situación.

Todo su cuerpo estaba inundado de adrenalina, el deseo llenaba sus células, cada fibra de su cuerpo estaba dispuesta a someterse por completo al desconocido y dejar que la utilizara como un trozo de carne en condiciones de servidumbre.

El desconocido, encaramado en la parte superior del cuerpo de Sarah, empujó ahora su grueso pene hacia la cara de Sarah e introdujo el duro eje en la boca caliente y húmeda de la cachonda estudiante.

Los guijarros del duro suelo se clavaban cada vez más aguda y maltratadoramente en la firme carne de sus nalgas rollizas y redondas y en la tierna piel de sus muslos húmedos y desnudos.

Sarah, tumbada boca arriba con las manos juntas sobre ella, recibió agradecida el cálido pene palpitante.

Húmedos y mojados, sus labios rodearon primero el glande y luego todo el tronco, mojando la polla con su saliva.

Las fuertes y ásperas manos del desconocido agarraron la mata de pelo y la cabeza de Sarah y la movieron rítmicamente arriba y abajo, apretando su garganta cada vez más rápido y con más fuerza contra la gruesa polla.

Con fuerza, su boca se apretó cada vez más contra el regazo caliente y cada vez más profundamente tomó la polla dentro de ella.

El tamaño del abultado vástago, casi inmanejable para ella, lo exigía todo de Sarah.

Golpeando garganta y profundamente, el pene penetraba cada vez más hondo en su boca y garganta.

Sarah tenía arcadas y jadeaba en busca de aire, pero estaba atrapada en el firme agarre del desconocido mientras éste empujaba sin cesar su pene dentro de ella.

Su mata de pelo, despeinada bajo las zarpas del atacante, fluía salvaje y viva mientras su cabeza era presionada contra los lomos del hombre una y otra vez, pelos sueltos se enredaban en sus labios húmedos y su pintalabios, antes aplicado con precisión, se quedaba manchado y desordenado alrededor de su boca.

Justo cuando Sarah pensaba que no podía más, sintió que los dedos de su hechicero le apretaban de repente la cabeza como si fueran vicios, y poco después descargó su jugo caliente y cachondo

en su húmeda boca con potentes chorros.

La gota de su lujuria corrió por su garganta como un néctar blanco y Sarah tragó el esperma con avidez y llena de hambre por él.

Quería probar más de él y suplicaba que continuara su dominio. El desconocido le concedió su deseo más ferviente y profundo.

Después de alcanzar el clímax en la boca de Sarah, agarró a la estudiante, que seguía atada, levantó su atlético cuerpo y se la echó al hombro. Llevó a Sarah, aún jadeante de excitación y excitación, a la oscuridad de los almacenes, a una noche que aún no concedería a la joven sumisa ni piedad ni descanso.

No había ido muy lejos cuando se detuvo frente a uno de los innumerables edificios negros como el carbón y abrió una pesada cadena en la puerta de entrada del vestíbulo con un ruido metálico.

Con un chirrido, empujó la gran puerta de hierro del vestíbulo con una mano libre.

mientras con la otra mano sujetaba el cuerpo dispuesto de Sarah.

Sintió la tela de su vestido, húmeda de lujuria, yacer mojada contra su piel y refrescarla con el jugo de su lujuria, se excitó de nuevo.

Estaba oscuro en el vestíbulo, pero a través de una alta hilera de ventanas el pálido resplandor de la apagada luz de la luna caía en medio de la amplia sala e iluminaba esta parte como la pista de un circo.

El desconocido llevó a Sarah hasta ese lugar exacto y la colocó frente a él como una presa cazada, la puso boca abajo y le dio una sonora bofetada con la palma de la mano en la nalga derecha, que inmediatamente empezó a brillar.

Sarah gritó de placer, deseándolo más fuerte y más sucio, anhelando la gruesa polla que había trabajado su boca hacía sólo unos instantes, esperando que ese pene llenara pronto un vacío insaciable en su interior.

El desconocido se arrodilló detrás del cuerpo dispuesto y ahora empujó el vestido veraniego y polvoriento de Sarah hacia sus caderas, dejando al descubierto su culo grande y redondo.

Como un jugoso y delicioso melocotón, las regordetas nalgas de la mujer atada reposaban ahora ante el desconocido, que se dispuso a degustar la prometedora fruta.

El agresor se quitó los pantalones sueltos y montó por detrás a Sarah, que estaba tumbada boca abajo.

Con su miembro aún flácido, se sentó sobre los muslos de ella, justo delante de sus gruesas y redondas nalgas, y ahora empezó a frotar su pene entre las magníficas nalgas.

Con ambas manos le agarró los flancos y presionó las nalgas crujientes y regordetas contra su

miembro por ambos lados, que, deslizándose sobre la suave piel de su culo, creció cada vez más en longitud y diámetro y pronto descansó de nuevo en todo su magnífico tamaño entre la raja del culo de Sarah, presionando caliente y palpitante contra sus nalgas.

El peso del hombre sobre ella había vuelto a dejar sin aliento a la estudiante.

El poderoso cuerpo pesaba sobre ella y presionaba su sensual cuerpo duro y frío contra el suelo de cemento.

Allí, entre el hormigón y el hombre, estaba apretada y atrapada, incapaz de escapar de lo que ahora se le venía encima.

La gruesa y llena polla que hacía unos instantes se había estado frotando contra la plenitud de sus regordetas nalgas, ahora se deslizaba más allá de sus labios, empapada de lujuria, y luego penetraba húmeda y profunda en su atractivo cuerpo rendido y dispuesto.

Con un sonido seco, el grueso eje se introdujo en ella, llenándola con todo su tamaño y robándole a Sarah sus sentidos mientras gemía, excitada y embriagada.

La placentera sensación entre sus húmedos lomos era casi insoportable, disfrutaba agradecida y extasiada de cómo el desconocido la tomaba ahora por detrás.

Arriba y abajo, dinámicamente explosivo, introdujo el pene en su húmedo agujero y, al mismo tiempo, tiró de su pelo abierto y suelto al compás de las palmadas de sus cuerpos, montando a Sarah tan salvaje y animalmente como un animal agresivo.

Sonidos de estallido llenaron el pasillo mientras sus caderas y su gruesa polla golpeaban cada vez más fuerte contra el cuerpo de Sarah tendida en el suelo una y otra vez.

Su redondo trasero estaba rojo y ardía como las brasas por los ricos impactos de su cuerpo y las repetidas caricias de su mano.

Ser utilizada desvergonzadamente provocaba fuertes gritos guturales en Sarah, lujuriosa y pecaminosamente emitía ruidos salvajes cada vez que la gruesa polla la penetraba de nuevo y volvía a atravesarla como un potente asta.

El desconocido disfrutó de la vista desde
arriba. El estudiante se movía de un lado a
otro.

Su culo caliente estaba enrojecido y se contoneaba de un lado a otro con cada una de sus embestidas.

Sus pechos redondos se salían por el lateral del vestido de verano debido a la violenta presión que él ejercía sobre su cuerpo contra el suelo.

Después de prestar suficiente atención a su pelo y su trasero, sacó su vástago del cuerpo usado de

Sarah con un sonido de bofetada y giró su débil cuerpo para que ahora estuviera tumbada boca arriba frente a él.

Antes de volver a penetrarla, le subió el vestido, cubierto de polvo y suciedad del suelo, hasta la cabeza, apretó la tela contra la boca de Sarah a modo de mordaza y le separó las piernas con la otra mano.

Con gritos reprimidos de placer y satisfacción, Sarah sintió cómo el desconocido se deslizaba entre sus piernas como un dios superior a ella y empujaba de nuevo su cachonda polla dentro de ella.

Los firmes y duros empujones de su poderoso cuerpo la pusieron tan cachonda que mordió la tela del vestido como una gata depredadora y los dedos de sus delicadas manos se clavaron como uñas puntiagudas en el cuero del cinturón con el que estaba atada por encima de la cabeza.

Como si se encontrara en una pequeña embarcación durante una furiosa tormenta, su excitado cuerpo fue zarandeado arriba y abajo por el suelo de cemento mientras se deslizaba salvajemente con cada empuje del desconocido.

Sus magníficos pechos se sacudían al compás y se agitaban unos contra otros como cuerdas sueltas cada vez que las caderas del hombre golpeaban la húmeda hendidura de Sarah.

Puntiagudos y erectos, sus pezones rosados sobresalían de sus tetas y desafiaban los violentos empujones. Pero no se salvaron por mucho tiempo.

Cuando el desconocido soltó la boca de Sarah y la tela del vestido se desprendió de sus labios bajo un jadeo de la estudiante, agarró con su gran mano una de sus cachondas tetas y la amasó como si fuera una masa de pan recién hecho.

Luego le cogió el pezón entre los dedos y jugueteó alrededor de él con fiereza y firmeza, de modo que Sarah, casi completamente desprovista de fuerzas, sólo gimió con un débil jadeo.

Justo cuando Sarah notó que el desconocido volvía a verter su cálido esperma en su interior, respirando más fuerte, se vio invadida por un largo torrente invisible de placer indescriptible y, con una oleada de la satisfacción más explosiva en mucho tiempo, un orgasmo violento e intenso la arrebató de la realidad y la llevó a un momento de puro éxtasis desatado.

Se encabritó como una loca bajo el desconocido y se estremeció de placer.

Luego, respirando agitadamente, recuperó la compostura, dejó que sus miembros descansaran pesadamente en el suelo y sintió cómo los latidos de su corazón volvían lentamente a la normalidad y su piel caliente perdía de nuevo la temperatura en el frescor de la noche.

El desconocido se había apeado de su cuerpo y, sin dirigirle una mirada más, había desaparecido en la oscuridad.

Sarah se levantó, se volvió a bajar el vestido e intentó limpiarse la cara con un poco de saliva antes de dedicarse a desenredarse el pelo revuelto lo mejor que pudo.

Tras quitarse todo el polvo que pudo de la ropa, regresó iluminada únicamente por la luz de la luna.

Entre almacenes y descampados, Sarah se dirigió sobre guijarros y hormigón hacia la parada de S-Bahn de la que había salido.

Aún le dolía el cuerpo por el vigoroso sexo con el desconocido y los muslos le temblaban de excitación reverberante cuando por fin llegó a la familiar claridad de las farolas y se sentó exhausta en el banco de la sala de espera.

Las brillantes letras naranjas del tablón de anuncios hicieron que se desvanecieran sus esperanzas de conseguir un tren en los próximos minutos, por lo que apoyó su cansada y pesada cabeza contra la pared del refugio de pasajeros y se sumió en un tenue sueño.

Solo y a merced 3

Sarah se levantó de un salto.

A través de la niebla del cansancio y el agotamiento, sintió un suave toque en el hombro.

"Hola Sarah, todo va bien contigo", las palabras de un joven llegaron a su oído.

Abrió los ojos y contempló el rostro de su compañero Martin, al que había conocido el día anterior en la clase, iluminado por la luz de un farol cercano.

"Eh, sí, todo bien", respondió Sarah somnolienta y cansada mientras estiraba sus maltrechas extremidades para aflojar los tensos músculos y tendones de su cuerpo que habían sido utilizados duramente apenas unas horas antes.

Sarah se había reunido con el misterioso y desconocido hombre que hacía poco la había visitado en el piso de su hermana ausente, la había asaltado y se la había follado tan duro que Sarah tuvo que pensar casi en todo momento en la sensación de calentura y entrega que tanto le gustaba y disfrutaba.

La joven y sumisa estudiante acababa de mudarse de la idílica casa de sus padres a la colorida, ruidosa y excitante gran ciudad y sólo llevaba dos días viviendo aquí.

Berlín, había descubierto, era pura aventura.

Y una de esas aventuras era su recién descubierta pasión por lo que habría escandalizado a la mayoría: a Sarah le encantaba ser dominada y utilizada sin piedad por hombres extraños.

Esa noche había terminado una de esas reuniones y se había quedado dormida aquí, en medio del banco de espera de una parada de S-Bahn en la zona industrial más alejada de Berlín.

"¿Qué haces aquí?", preguntó Sarah con curiosidad y asombro.

"Trabajando, intentando ganar algo de dinero en el turno de noche mientras estudio". El tipo tenía que estar loco, pensó Sarah para sus adentros.

"¿Y tú?", respondió Martin.

Sarah rebuscó en sus pensamientos una excusa adecuada.

Aquí atrás, en medio de grandes edificios grises de hormigón y humeantes tuberías de ladrillo, no era realmente un lugar normal para que una joven estuviera de noche.

"Fui a una rave".

Eso debería parecer apropiado al cansancio y al lugar, pensó Sarah para sus adentros, intentando meter el dobladillo de su vestido de verano por encima de sus rodillas rojas para ocultar sus maltrechas piernas de la mirada escrutadora de Martin.

No necesitaba saber cuál era la verdadera razón de su aparición y paradero.

Antes de que el joven de aspecto tímido pudiera dejar escapar de sus labios una nueva pregunta, un estrepitoso traqueteo de tren de cercanías dobló la esquina y Sarah dio un respingo de alivio.

"Me alegro de haberte visto. Me temo que tengo que irme", llamó a Martin y desapareció en el tren casi desierto.

Martin le sonrió audazmente, -si Sarah supiera por qué había estado aquí

Un pitido estridente sacó a Sarah de su ensoñación.

Los brillantes y cálidos rayos del ardiente sol de verano caían fulgurantes a través de las altas y abiertas ventanas del dormitorio sobre el esbelto y atlético cuerpo de la mujer que yacía en la cama.

Somnolienta, la estudiante de pelo castaño se frotó los ojos aún tapados y dejó escapar un bostezo profundo y satisfecho en la inmensidad de su antiguo y espacioso piso berlinés, que había tomado de su hermana Katie, que vivía fuera de la ciudad, y donde su húmedo sueño berlinés de sumisión había comenzado con el descubrimiento de un extraño ordenador portátil.

En el aparato, que seguía encendido, había descubierto la oscura página web "Violent Stranger" y supo desde entonces que la visita nocturna estaba destinada en realidad a su hermana gemela.

Pero Katie se había ido y Sarah estaba allí, - ahora quería aprovechar al máximo esta circunstancia y saborear el juego caliente de la identidad equivocada tanto como pudiera.

Pero Sarah estaba lejos de conocer todas las reglas de este peligroso y duro juego.

Sarah sólo había dormido unas horas, pero era un sábado soleado y cálido y quería aprovechar para explorar la ciudad y hacer algunas compras. Tras una ducha refrescante y relajante, Sarah se puso una falda corta, se puso un top blanco ajustado y fino y se peinó.

Entonces estaba lista.

Sarah se calzó sus cómodos y ligeros zapatos de verano, cogió su bolso del rastrillo del armario y

se miró por última vez en el gran espejo rectangular que había junto a la puerta de entrada. Estaba guapísima.

Su cabello castaño caía espeso sobre los hombros de la atlética y esbelta estudiante hasta sus pechos, que eran bastante amplios pero aún firmes, redondos y crujientes al igual que sus nalgas.

Sarah prestaba mucha atención a la dieta, el ejercicio y el bienestar, un contraste con sus fantasías sexuales, porque allí las cosas eran más duras, el bienestar se expresaba allí de otra manera.

Cuando Sarah abrió eufórica la gran puerta de madera del edificio de apartamentos y salió a la calle, el aire cálido y sofocante del verano de la gran ciudad se extendió hacia ella, impregnado de un olor a alquitrán caliente y cucuruchos de helado.

En Berlín pasaban muchas cosas.

El buen tiempo atrajo al aire libre a familias con niños y perros, parejas de enamorados y solteros aventureros.

Los coches que tocaban el claxon se cruzaban con ciclistas ligeros de ropa y en cada esquina se formaban largas y sudorosas colas frente a los quioscos y heladerías.

Sarah paseó por los bordillos abarrotados de las aceras y observó con interés el colorido y bullicioso ajetreo.

La abundancia de gente diferente era nueva para ella.

En el pequeño suburbio de Stuttgart, donde Sarah había pasado casi toda su vida, todo el mundo conocía a todo el mundo.

Apenas había bullicio allí.

Al cabo de unas manzanas, el joven estudiante llegó a una plaza más grande, donde músicos callejeros, mendigos y gamberros se disputaban el dinero suelto de los transeúntes, y en medio de la cual una fuente de agua fresca se derramaba sobre niños que gritaban y chapoteaban exuberantes.

Al final de la plaza, unos enormes grandes almacenes se alzaban metros por encima del cielo veraniego de Berlín, con su fachada deslumbrantemente iluminada por el ardiente sol con los coloridos anuncios de innumerables marcas.

Sarah cruzó la plaza y entró.

Cuando las puertas correderas de apertura automática se abrieron ante ella, Sarah gimió satisfecha.

El alivante frescor del aire acondicionado de los grandes almacenes refrescó su acalorado cuerpo y secó las húmedas gotas de sudor de su piel desnuda.

"¿Qué podría comprar?", se preguntaba Sarah, más por diversión que por seriedad, mientras paseaba por los atractivos escaparates y miraba los numerosos productos.

En un concurrido bar de batidos, Sarah se detuvo y se puso a la cola.

Unos instantes después, sostenía en sus manos un vaso de refrescante zumo de frutas de vivos colores y sorbía la fría y deliciosa bebida con fruición, mimando su boca con exóticos sabores.

"Así es más llevadero", pensó Sarah para sí y continuó su camino entre la densa multitud de los grandes almacenes.

Con el vaso de plástico en la mano, la estudiante recorrió una planta tras otra del edificio, que parecía interminable, comprando pequeños artículos aquí y allá, como cosméticos, artículos de papelería o libros. Una vez agotado su ajustado presupuesto y de haber visitado todas las tiendas, regresó y se subió a una de las muchas escaleras mecánicas.

Cuando Sarah acababa de llegar abajo y se disponía a bajar el último peldaño de la escalera mecánica con una larga zancada, la empujaron desde un lado y se derramó por encima la mitad del batido pegajoso que aún le quedaba en el vaso.

"Mierda, mira por dónde vas", gritó enfadada a la persona con la que se había cruzado.

Se miró a sí misma.

El zumo frío se le había derramado casi por toda la parte delantera y le había empapado mucho la parte superior del cuerpo.

"Tengo que encontrar un cuarto de baño por aquí", pensó y miró a su alrededor con impotencia. A la derecha de la escalera mecánica encontró el objeto de su deseo.

En un tablón de información, los aseos de los grandes almacenes estaban marcados con símbolos azules y blancos en un mapa.

El baño menos lejano estaba en el sótano. Vayamos allí.

Sarah salió con pasos apresurados y rápidos. La escalera que conducía al piso inferior estaba desierta y silenciosa.

Al parecer, no había más tiendas aquí abajo, porque cuando Sarah bajó las escaleras de aspecto antiguo con pasos resonantes, nadie salió a su encuentro.

Estaba sola.

Una vez abajo, ante Sarah se extendía un pasillo ancho y largo, que parecía interminable. Allí, al final del pasillo en forma de túnel, vio una puerta con la inscripción

"Baño de señoras".

Sarah se sintió un poco incómoda.

Las estrechas catacumbas estaban impregnadas de un olor rancio y antiguo que penetró helado en la nariz de Sarah, le puso la piel de gallina y la hizo estremecerse a través de sus ropas empapadas.

Con pasos lentos y cuidadosos, Sarah se acercó al cuarto de baño.

Los brillantes tubos de neón instalados en el techo parpadeaban excitados, bañando el paisaje con una inquietante luz danzante.

Con un chirrido, Sarah empujó la puerta del cuarto de baño hacia dentro y entró en el retrete.

En la zona de la entrada había dos lavabos uno al lado del otro, incluido un gran espejo.

Detrás, separada por un arco de medio punto, se abría otra sala con tres cabinas de aseo abiertas.

Sarah miró a su alrededor.

"Ah, ahí está", gimió aliviada y se acercó a una caja de toallitas de papel para secarse las manos.

De un tirón, sacó un buen puñado de harapos y se puso frenéticamente a arreglarse la ropa.

Molesta y tensa, se frotó y restregó sobre la tela húmeda de su top e intentó limpiar con el papel la humedad que había penetrado.

En realidad no funcionó así.

Sarah estaba a punto de coger un nuevo montón de toallitas de papel de la papelera cuando la puerta a sus espaldas se abrió con un fuerte ruido y Sarah acaba de ver por el rabillo del ojo a dos hombres que entraban en el cuarto de baño.

Sobresaltado, el joven estudiante gritó.

Antes de que Sarah pudiera darse la vuelta, sintió dos manos fuertes y grandes sobre su cuerpo, presionándola con firmeza y fuerza contra la pared de azulejos.

La respiración de Sarah era rápida y superficial, la excitación se mezclaba con el miedo y la frialdad de su top mojado se olvidó de golpe, - estaba caliente de lujuria.

Antes de que pudiera decir una palabra, los dedos y su delicado cuello se habían posado, cortándole el aire.

Sarah jadeó lujuriosamente cuando otras dos manos subieron por sus caderas en dirección a sus pechos, arrancándole con avidez el blanco y delgado top del pecho de un tirón y arrojando la tela hecha jirones descuidadamente al suelo.

Vestida sólo con su falda y sujetador, Sarah se encontraba ahora a merced de los dos extraños hombres.

Aún no podía mirarles a la cara, porque uno de los hombres seguía sujetándola por el cuello y la apretaba contra la pared, mientras el otro le desabrochaba el sujetador y dejaba al descubierto la parte superior de su cuerpo.

Sus dos tetas redondas y firmes se asomaron e inmediatamente quedaron apretadas entre su mano y la pared.

Las frías baldosas y la excitación cada vez mayor de Sarah hicieron que sus tiernos pezones se erizaran y sus tetillas se endurecieran.

Se sentía más viva que nunca.

Mientras tanto, el hombre que la empujaba contra la pared había retirado la mano de su cuello ya enrojecido y guiaba la zarpa ahora liberada por su espalda hasta su trasero. Mientras Sarah jadeaba con avidez, el desconocido le bajó la mano con una palmada de pimienta en el trasero, aún oculto por la falda, y le golpeó las nalgas con fuerza.

La joven estudiante fue presa de una oleada de lujuria y volvió a estrellarse contra la fría pared por el explosivo impacto.

"Por favor, otra vez", suplicó la joven entre sus facciones distorsionadas por el dolor, mordiéndose los labios de excitación.

A Sarah le encantaba este duro ritmo y saboreaba con fruición la rudeza despiadada de los dos desconocidos que ahora se disponían a trabajar su cuerpo femenino como si fuera un animal de granja.

Mientras un hombre amasaba ahora con firmeza los pechos desnudos de Sarah como si fueran una masa y jugaba lujuriosamente alrededor de los firmes pezones con los dedos, el otro le subía a la fuerza el dobladillo pegado de la falda y dejaba al descubierto el delicioso trasero de la joven estudiante, que ahora estaba redondo y jugoso delante de los dos caballeros.

Sus finas y cada vez más húmedas bragas eran ahora el único trozo de tela que quedaba cubriendo el cuerpo femenino de Sarah.

Una vez más, el luminoso cuarto de baño fue atravesado por un rico aplauso cuando uno de ellos volvió a abofetear con la palma de la mano el trasero ahora desnudo de Sarah, haciendo que sus nalgas se estremecieran.

Sarah dejó caer la cabeza en su cuello de placer, gimió y su cabello castaño y espeso cayó bailando alrededor de su trasero desnudo, que ya brillaba caliente y rojo por los dos golpes.

Cuando el siguiente golpe no llegó, Sarah se preguntó brevemente qué pasaría a continuación, y entonces, de repente, algo entró en su cuerpo encabritado.

Sus dedos penetraron sin piedad y con avidez su culo y su vagina. Uno de los desconocidos se deslizó profundamente dentro de la estudiante, que jadeaba fuerte y violentamente, aturdida por la lujuria.

De un lado a otro, los dedos se deslizaban ahora en su interior y cavaban más y más, ensanchando los dos lujuriosos agujeros de la voluntariamente rendida Sarah.

El otro de los dos seguía mientras tanto ocupado con las dos jugosas y rollizas tetas, dejando que la cálida y suave carne de los pechos se hinchara hambrienta entre sus dedos. Entonces, de repente, le soltó las cerezas amasadas, le puso las manos en las caderas y dio la vuelta a Sarah para que ahora estuviera con la espalda contra la pared y directamente de cara a los dos extraños hombres.

Resbaladizos, ambos dedos habían salido antes de su trasero y de su vagina, haciendo que Sarah gimiera tristemente con un deseo hambriento.

Los dos estaban enmascarados.

Altos y poderosos, los dos desconocidos se erguían intimidantes ante la estudiante, temblorosa de deseo e incertidumbre.

Aparte de los pasamontañas negros, vestían ropas normales y, a juzgar por su complexión, eran de distintas edades.

Uno de ellos, vestido con una camiseta blanca de cuello en V, debía tener más o menos la edad de Sarah.

Tenía unos brazos musculosos y fuertes, en los que se veían claramente las venas, y un pecho ancho.

El otro tenía, según la estimación aproximada de Sarah, unos cuarenta años y un poco más de grasa corporal que su compañero.

Ninguno de los dos le dirigió la palabra, por lo que no pudo sacar más conclusiones que su aspecto.

Pero eso tampoco le importaba.

Lo que ella quería de ellos era que la usaran sucio.

Y eso es exactamente lo que siguieron haciendo los dos enmascarados.

Tras los pocos instantes que Sarah había tenido ocasión de someterse a su breve y superficial escrutinio, ambos se acercaron de nuevo a ella y le echaron mano al cuerpo.

Una bofetada golpeó sus redondos pechos, que vibraron violentamente con el impacto y chocaron entre sí como dos gruesas campanas, que aún se bamboleaban ligeramente segundos después del golpe, como si quisieran hacerse oír y exigir otro golpe.

Pero eso no ocurrió de momento, porque Sarah fue agarrada bruscamente por el pelo y tirada dolorosamente hacia abajo sobre las frías baldosas.

Bajo el feroz tirón de su cabello castaño, cedió obedientemente como un animal sumiso y acató

las instrucciones de los dos hombres.

Su cuerpo fue conducido hacia el frío y sucio suelo de baldosas.

Allí, sobre las baldosas rectangulares, Sarah se arrodilló ahora y oyó y vio cómo uno de los hombres se colocaba cerca de su cara y se desabrochaba la hebilla de su cinturón de cuero con un ruido metálico.

Segundos después, el pene duro y grueso del hombre le saltó a la cara y le golpeó en el rostro como si le hubieran dado con un garrote.

Sarah estaba cada vez más cachonda.

Estaba impaciente por introducirse en su cuerpo el enorme vástago completamente erecto y complacerlo.

El desconocido le concedió este deseo tácito y agarró la cabeza de Sarah con una mano, mientras con la otra alineaba su pene frente a la arrodillada estudiante y luego empujaba su pelvis contra su ya bien educada boca abierta, de modo que la abultada polla se deslizó húmeda y mojada entre sus carnosos labios rojos y penetró en la garganta de Sarah.

Apretada y caliente, su boca se acurrucó alrededor del pene del hombre, mojando la piel palpitante de la polla con saliva brillante que fluía abundantemente de la boca jadeante de Sarah, tan sedienta estaba del duro pene del desconocido.

Después de que el grueso eje del hombre más joven se hubiera deslizado en los labios de Sarah, ahora coloca ambos

Le puso las manos en la cabeza y apretó firmemente la cabeza de Sarah contra él, de modo que su polla se introdujo profundamente en su garganta y toda la boca de Sarah estaba ahora llena hasta el borde por el desconocido.

Con arcadas en la garganta, Sarah luchó por respirar y pequeñas lágrimas rodaron fuera de sus cuencas oculares y se acumularon en su cara, lavando con ellas el negro de sus ojos maquillados, de modo que después de unos cuantos golpes húmedos del hombre, la cara antes limpia de Sarah ahora brillaba salvaje y sucia de saliva, maquillaje y lágrimas a la luz de la dura iluminación.

Sarah no podía imaginar nada mejor.

Cada vez con más avidez y pasión chupaba, lamía y soplaba el liso pene y jugueteaba lo mejor que podía con la lengua alrededor del glande y el tronco, mientras su nariz se apretaba una y otra vez contra el vientre del desconocido y la gran polla se hundía en su garganta una y otra vez.

Mientras el más joven de los dos utilizaba a Sarah por delante, el otro se acercaba por detrás, se bajaba también los pantalones hasta los zapatos y, de repente, presionaba la espalda de Sarah con la mano desde atrás, de modo que la estudiante arrodillada cayó hacia delante con la parte superior del cuerpo y tuvo que apoyarse con las manos en el suelo.

Ahora estaba desnuda a cuatro patas sobre el suelo de baldosas del cuarto de baño.

El hombre que hacía unos instantes le había metido el pene en la boca se había sentado en el suelo delante de Sarah.

El otro se colocó sobre Sarah desde atrás y se puso en cuclillas para que ella pudiera sentir ahora el cálido glándulo contra sus nalgas desnudas y gimió, presa de un escalofrío de placer. Apenas podía soportarlo: ¿cuándo sentiría por fin a todos los hombres dentro de ella?

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, el que estaba frente a mí había vuelto a agarrarle la cabeza y la había apretado contra su regazo, de modo que sus cortas respiraciones volvieron a interrumpirse y su garganta volvió a llenarse con la plenitud aparentemente interminable de su polla.

Casi en el mismo instante, sintió la piel de dos manos en las nalgas, a derecha e izquierda, y fue consciente de que el hombre, de pie detrás de ella, separaba su exuberante y jugoso trasero y tiraba de él para que sus nalgas y su vagina quedaran abiertas de par en par ante el desconocido.

Entonces gritó.

Por fin su deseo más íntimo y profundo se había cumplido y el mayor de los dos había bajado su cuerpo hasta su tierno vientre y penetrado su hendidura caliente y húmeda. Sarah gimió y gritó de satisfacción y dejó que sus afiladas uñas repiquetearan sobre las baldosas del suelo.

Todo a su alrededor se difuminó en una bruma de piel desnuda, sonidos de bofetadas y gritos y gruñidos de excitación.

Flotaba animadamente en la nube de pecado, gimiendo y saboreando las embestidas cada vez más duras y rápidas en sus ardientes entrañas.

El hombre la tomó con una explosiva y descomunal dureza que el tierno cuerpo de Sarah se lanzó una y otra vez golpeando con fuerza contra el regazo del más joven y sus nalgas y muslos no tardaron en enrojecer y doler.

Animal y desenfrenado, hundió más y más su rollizo pistón entre los temblorosos muslos de ella, haciendo caer su pelvis sobre ella una y otra vez con una dureza desinhibida que Sarah nunca había experimentado antes.

Sus brevísimos gritos lujuriosos se mezclaban con sus arcadas guturales intermedias y, junto con el sonido de sus cuerpos al chocar, creaban una frívola melodía de lujuria que se agitaba de un lado a otro haciendo eco en las paredes del cuarto de baño y se instalaba como un gusano en los oídos de Sarah.

No olvidaría este día ni por asomo.

Después de que Sarah hubiera sido trabajada duramente a cuatro patas durante un rato y su cuerpo se volviera cada vez más impotente, marcado por la excitación y la dureza, el desconocido sentado frente a ella se retiró, le soltó la boca de nuevo y bajó la mano una vez más

hasta sus tetas, que estaban siendo sacudidas de un lado a otro por la gravedad y los duros empujones, y la pellizcó brevemente en el

Pezones.

Entonces, el mayor de los dos sacó también su vástago del caliente centro de Sarah con un húmedo sonido de bofetada y la agarró de las caderas para poner a la joven estudiante boca arriba.

Frío y duro, el suelo desnudo de la bañera golpeó su espalda.

Pero segundos después volvió a entrar en calor.

Los dos desconocidos se habían alineado y con unos breves movimientos de mano habían llevado sus pollas al clímax.

Gimiendo satisfecha, el semen caliente y pegajoso se derramaba ahora por el cuerpo desnudo de Sarah, goteando por sus pechos, boca y muslos en pequeños riachuelos pecaminosos, calentando las maltrechas extremidades de la yegua totalmente obediente.

Luego, cuando mis astas se hubieron descargado por completo en su cuerpo desnudo y voluptuoso, ambos se apartaron de Sarah sin hacer comentarios ni despedirse y se marcharon.

Amortiguados, los pasos de los dos dominantes desconocidos resonaron por el ancho pasillo y Sarah quedó exhausta y con los miembros doloridos pero llena de alegres pensamientos sobre el duro suelo.

Sonrió y exhaló con más que un poco de

satisfacción. Al fin y al cabo, así era divertido

ir de compras.

"Espero que mi hermana se mantenga alejada durante bastante tiempo", pensó Sarah con audacia y se acarició lascivamente el labio embadurnado de saliva y carmín.

Quería ser utilizada por hombres extraños el mayor tiempo posible.

Atrapados en la nieve

Ranger Tarde

16:22

Emocionado y alegre, Marlo saltó a la pierna de su dueño.

De fondo, villancicos sonaban por las habitaciones caldeadas, intentando penetrar por las ventanas empañadas y cubiertas de escarcha.

Los leales y oscuros ojos del joven husky, que destacaban como botones oscuros entre su pelaje blanco como la nieve, miraban expectantes a su dueño mientras éste se abrochaba como de costumbre sus pesadas y gruesas botas de invierno.

La piel cálida y suave del interior del calzado hacía que la estancia al aire libre fuera cómoda, casi acogedora, a pesar del frío glacial y helador que esperaba a Rick fuera.

Cuando Rick se hubo subido la chaqueta verde oliva por debajo de la barbilla, se puso los guantes en las manos y echó un último vistazo al acogedor calor de su cabaña en el bosque, abrió la puerta.

Como flechas puntiagudas, el frío gélido y cortante se dirigió directamente hacia él, hiriéndole en los pocos trozos de piel descubierta que tenía en la cara.

Un rápido vistazo a la derecha, al termómetro instalado junto al marco de madera de la puerta, registró que la temperatura exterior en el invernal y nevado condado de Sunddown, donde el nombre lo decía todo, era de unos gélidos -14 grados.

"Genial", pensó Rick, a quien le esperaba un largo día de trabajo al aire libre.

Tras echar un vistazo a las cadenas para la nieve de su Ford Raptor congelado y trasladar suficientes provisiones, combustible y herramientas a la parte trasera del camión, el apasionado Park Ranger se dispuso a liberar su querido vehículo de las frías garras del implacable hielo con una rasqueta.

Esto le gustaba a mucha gente más que el molesto trabajo antes de ponerse en marcha, calentaba sus miembros aún cansados y agarrotados y preparaba su cuerpo para las agotadoras y angustiosas horas que se avecinaban.

La carretera resbaladiza y helada conducía en interminables y sinuosas subidas y bajadas a través de densos y profundos bosques, que descansaban sobre la nieve como si estuvieran bañados en azúcar glas.

Apenas había tráfico en sentido contrario.

El interminable territorio del guarda forestal Rick se extendía desde Willow City, al este, hasta Culbertson, al oeste, y estaba cubierto por densos bosques y lagos más pequeños.

Dentro del coche se iría calentando poco a poco.

El cielo gris se abría esporádicamente y dejaba caer rayos de sol deslumbrantes y cegadores sobre la nieve blanca como el polvo, que se reflejaba dolorosamente fuerte a la vista debido a la luz brillante.

Rick se puso las gafas de sol. Desde

fuera, parecía tranquilo y frío.

Encaramado en lo alto de su enorme pick-up, con las gafas de sol colocadas despreocupadamente sobre la cara, el guardabosques, en realidad amable, parecía un machote, pero en el interior de su Ford, cómodamente caldeado, sonaban alegres villancicos por los altavoces del equipo de sonido y Rick tarareaba exuberante.

Mujer de

negocios Tarde

17:12

Estresada y con prisa, Amanda cerró de golpe la puerta de su caro descapotable y se marchó sin mirar por el retrovisor y sin abrocharse el cinturón de seguridad.

Llegó tarde.

No era de extrañar, ya que la agenda de la exitosa empresaria estaba tan llena como su cuenta bancaria.

El día anterior, había volado desde la soleada Florida.

No sabía qué era peor aquí en el norte, si el frío, las malas carreteras o la gente.

Hoy visitaría a un cliente para cenar en su mansión del bosque. El camino apenas estaba señalizado, así que, equipada únicamente con su smartphone, se había puesto en marcha y ahora conducía su coche de alquiler, claramente inadecuado para el tiempo que hacía, por las sinuosas y desiertas carreteras del condado nevado de Sunddow.

"Menuda mierda", pensó Amanda mientras conducía el coche entre copas de árboles cubiertas de nieve y lagos helados.

El sistema de navegación de su teléfono móvil había calculado que la ruta restante era de poco más de dos horas de viaje, así que Amanda aún tenía un poco de tiempo para repasar mentalmente su estrategia de ventas y hacer que este molesto viaje a la naturaleza mereciera la pena.

Mientras la empresaria rodaba frases, números y argumentos en su mente, el nivel de batería de su smartphone seguía disminuyendo debido a las bajas temperaturas.

Amanda no se dio cuenta de nada de esto.

El sol desaparece lentamente en el horizonte y baña el paisaje invernal con una luz rojiza anaranjada.

El conductor, sin embargo, prestó poca atención a la pintoresca naturaleza.

Estaba ensimismada, rumiando su trabajo, cuando ocurrió.

Amanda había llegado a una curva y su coche había derrapado debido a su descuido y a lo resbaladizo de la carretera.

De un tirón, agarró el volante.

Con el chirrido de los neumáticos, detuvo el potente coche en el último segundo frente a un árbol

cercano, antes de que fuera golpeado.

"Maldita sea", dijo Amanda, medio sorprendida, medio aliviada.

Temblando de asombro y de frío, salió del esbelto biplaza y caminó por la nieve que le llegaba casi hasta las rodillas con sus zapatos de tacón, totalmente inapropiados para el tiempo que hacía, para mirar la parte delantera de su coche.

Aliviada de que no hubiera daños materiales, Amanda volvió a subirse al acogedor calor del coche de repuesto y arrancó el motor.

Pero el coche no salió.

El motor resoplaba con fuerza mientras los neumáticos resbaladizos intentaban abrirse paso a través de la nieve helada.

Pero la pobre banda de rodadura giraba cada vez que el motor se revolucionaba: el coche estaba atascado.

"Eso también", pensó para sí Amanda, que a estas alturas estaba perdiendo cada vez más la paciencia. Quería volver.

De vuelta de este bosque, de vuelta de este estado helado.

Visiblemente indignada, rebuscó entre los asientos su teléfono móvil, que se había caído del soporte debido al brusco frenazo, para ponerse en contacto con el servicio de asistencia en carretera.

Cuando por fin descubrió su caro smartphone en el hueco de los pies, entre documentos y un montón de nieve medio descongelada, Amanda se quedó consternada al comprobar que su nivel de batería estaba al cero por ciento, estaba vacía.

Enfadada, golpeó el salpicadero de cuero del coche.

Maldiciendo furiosamente, juró no volver nunca más por aquí.

Se bajó de nuevo y ahora trató de empujar el coche fuera de la nieve alta por sí misma. No iba a funcionar.

Tarde de

guardabosq

ues 19:44

Relajado y de buen humor, Rick se metió de nuevo en su cálido y confortable coche, cerró la puerta y silbó satisfecho al son de Last-Christmas mientras salía con destreza entre los estrechos troncos de dos grandes abetos cubiertos de nieve y maniobraba para devolver el coche al sendero del bosque iluminado por faros.

Los comederos estaban llenos.

Había esparcido la mezcla de grano y avena en el comedero, pareciéndose al mismísimo Papá Noel, que trae regalos a los animales del bosque.

Sin embargo, aún faltaban unos días para Nochebuena.

Ahora Rick quería conducir hasta su mirador un poco más al norte.

Allí arriba, en la cima de una montaña, tenía una cabaña pequeña, acogedora y, sobre todo, con calefacción, desde la que se podía contemplar su territorio desde el aire.

En la oscuridad que había caído mientras tanto, de todas formas no había nada más que hacer que esperar posibles llamadas de emergencia.

Cuando su coche llegó de nuevo a la carretera principal, arrastrándose lenta y cuidadosamente sobre la resbaladiza calzada helada, se acercó a él un mar de copos de nieve, que se derritieron rápidamente al chocar contra el parabrisas debido al calor del coche.

Los brillantes faros iluminaron la carretera vacía y brillaron sobre los gruesos copos que caían del negro cielo nocturno sobre los bosques del territorio de Rick.

Pero, de repente, la idílica imagen de la tranquila deriva de la nieve se vio interrumpida. Rick había notado algo con el rabillo del ojo.

Asombrado, puso la marcha atrás y regresó. Lo vio por el retrovisor.

Junto a la carretera había un descapotable, en el que las luces parpadeaban escasamente, el motor del coche estaba apagado.

"Qué raro", pensó Rick, que aparcó el coche a un lado de la carretera y se bajó. Con su gran linterna en la mano, se acercó al coche de aspecto abandonado cuando de repente sintió un toque en el hombro y se dio la vuelta, sobresaltado.

Miró a la cara a una mujer morena y de mediana edad que parecía ligeramente alterada y

enfadada.

"Buenas noches señora, ¿se le puede ayudar?", preguntó Rick a la desconocida en tono amistoso.

La mujer iba vestida de forma muy extraña, se dio cuenta Rick.

Sus tacones altos, la falda corta y ajustada y la fina chaqueta que se había puesto sobre la blusa blanca parecían ridículos, casi una locura, dadas las temperaturas reinantes. ¿Se le escapaba algo a la buena mujer?

"¿Es usted ciego?", respondió la mujer, "claro que puede ayudar, llame a una grúa y a un taxi".

Rick tuvo que sonreír.

Sus palabras coincidían con su atuendo, claramente esta persona no era de aquí.

"Tengo que decepcionarte, no podremos llamar a un servicio de averías, y mucho menos a un taxi aquí en el denso bosque, sólo puedo ofrecerte llevarte a mi oficina, allí tenemos conexión por radio con la siguiente ciudad.

"¿Cómo dice?" La mujer dijo en tono sorprendido y enfadado: "Me va a llevar al pueblo de al lado ahora mismo o va a buscar a alguien, no voy a dar una vuelta con usted hasta su oficina".

A Rick le gustó la mujer, era bastante diferente de las reservadas y duras mujeres que uno solía encontrarse aquí en el norte.

"Me has oído bien Mam, o vienes conmigo a mi despacho o esperas a que pase el próximo coche, pero eso puede tardar unas horas".

"Muy bien, hagámoslo rápido", contestó el extraño vestido con ropa fina, pavoneándose en dirección al coche de Rick, un poco enfadado.

Siguió.

"¿Por qué demonios no hay cobertura de móvil aquí arriba?", preguntó la mujer mientras se ponía el cinturón de seguridad.

"Pues a mí también me gustaría saberlo", respondió con una sonrisa el guarda forestal, que justo cuando el teléfono de su bolsillo empezó a vibrar, encendió rápidamente la radio y arrancó el motor.

La noche de

la cabaña

20:31

A un ritmo pausado, como de caracol, como si tratara de detener el tiempo, el gélido Ford Raptor rodó por la resbaladiza carretera de dos carriles, escarbando en la espesa nieve.

Fuera, estaba tan oscuro que, aparte de unos pocos metros iluminados por focos, no se veía nada de los alrededores.

Al cabo de unos kilómetros, el coche llegó a una carretera forestal, giró en ella y ahora serpenteaba por una montaña cubierta de nieve.

Salvo por el crujido de la nieve al pisarla, el bosque yacía en completo silencio. Al llegar a la cima de la alta montaña, el coche aparcó junto a una cabaña pequeña y abandonada que se alzaba en el punto más alto de la montaña.

El edificio de madera de una sola planta estaba construido con troncos sólidos y gruesos y tenía un mirador apoyado en una columna que daba a la ladera.

No se podía ver mucho más de la cabaña, ya que la mayor parte estaba oculta por la nieve, casi del tamaño de un hombre, que se apretaba contra las paredes de la cabaña como si intentara escapar de la oscuridad del bosque.

Los dos pasajeros del coche salieron y se dirigieron a la puerta.

El hombre, abrigado con gruesas ropas de invierno, abrió la helada puerta y entró, seguido de cerca por la mujer que temblaba de frío.

La luz del interior de la cabaña se encendió y, al cabo de unos minutos, se vio salir un humo espeso por la chimenea y el hielo que rodeaba las ventanas iluminadas empezó a derretirse.

Dentro de la cabaña hacía un calor agradable, casi caliente....

Rick

Tarde 20:46

Con mano experta, había dado vida a las llamas de la chimenea con piñas secas y otros leños.

El fuego irradiaba ahora su calor tranquilizador y relajante hasta el rincón más pequeño y alejado de mi cabaña del bosque y hacía que los muebles rústicos brillaran con un tono rojizo.

Con el relajante crepitar de los troncos encendidos de fondo, me aparté de nuevo de la caliente trampilla de la chimenea y me levanté para ocuparme de Amanda (tras un ambiente inicialmente gélido en el coche, la desconocida por fin se había descongelado y me había dicho su nombre).

Sentada en el amplio y acogedor sofá de cuero a la izquierda de la chimenea, contemplaba hipnotizada las llamas encendidas mientras jugaba con una mano con su larga y oscura melena suelta.

Cuando me levanté y le pregunté si quería un poco de té, volvió a levantar la vista y, para mi asombro, me ganó su primera, aunque tímida, sonrisa de la noche.

"Me encantaría, pero con fruta si puedo", respondió.

Me quité el grueso abrigo de invierno por el camino, me quité los pesados zapatos aún mojados por la nieve y me despojé de los guantes.

A través de la ventana reflectante junto a la tetera, pude percibir tenuemente que Amanda me dirigía una mirada de asombro y satisfacción al ver mi cuerpo ahora más ligero de ropa.

Gracias al trabajo físico y extenuante, mis músculos se endurecieron y me puse guapo, y con mi 1,94 también era de gran estatura.

Mi camiseta blanca se pegaba con fuerza a mi guapo y ancho pecho por el calor previo de la chaqueta de invierno.

Preparé dos tazas de té de frutas y me acerqué con cuidado al sofá con los dos recipientes calientes para dárselos a Amanda.

No había pensado en llamar a una grúa o a un taxi desde que el desconocido se subió a mi coche.

Amanda

Tarde 20:54

Puse alegremente mis pies, que poco a poco se iban descongelando, sobre la suave y acogedora piel del suelo de madera de la pequeña, acogedora y ya notablemente cálida cabaña y bebí unos sorbos del té de frutas aún demasiado caliente.

Cuando había subido al coche con el grueso guardabosques, la ira y la rabia habían dominado mis pensamientos.

Pero cuando acababa de ver cómo se engalanaba el silencioso guardabosques bajo sus ropas de invierno, los pensamientos sobre la cena de negocios que se había frustrado habían pasado a un segundo plano.

La cabaña rústica y de madera, en combinación con el aire perfumado de madera de acacia y la chimenea crepitante, desprendía una atmósfera hipnótica, sensual y satisfactoria que me hizo olvidar extrañamente mis cifras de negocios.

En lugar del caro vino y las exquisitas ostras de mi cliente, quería probar algo que ahora estaba en la cabaña conmigo en este momento: el cuerpo de Adonis de este reservado guardabosques.

Cuando hubo arrojado despreocupadamente su chaqueta de invierno sobre la cornamenta del ciervo, junto a la puerta de entrada, se me concedió la vista de su cuerpo majestuoso y fuerte, que parecía haber sido esculpido por un gran escultor.

Ahora quería ver qué más se escondía en este hombre, como mujer de negocios de éxito sabía cómo conseguir lo que quería... lo conseguiría.

Había esperado a que la leña de la chimenea se consumiera un poco y las grandes llamas se convirtieran en pequeñas brasas palpitantes.

"Añadiré un poco más" dije cuando vi que Rick estaba a punto de levantarse.

Me levanté del sofá, cogí un tronco de la cesta que había junto a la chimenea y me dispuse a buscar mi compensación por la reunión de trabajo perdida.

Me arrodillé lascivamente a cuatro patas frente a la chimenea, para que Rick pudiera disfrutar de la visión de mi culo rollizo y cachondo detrás de mí en el sofá, que se extendía hacia él apretado contra mi fina falda como un jugoso melocotón, apetecible y jugoso.

Pude sentir cómo el hermoso Ranger empezaba a repantigarse nervioso en el sofá detrás de mí y miraba mi gordo trasero confundido y sorprendido de placer: una gota de sudor resbalaba por su frente.

Mientras permanecía en el suelo en una posición tentadora, con mi apetecible trasero estirado

hacia el hermoso guardabosques, desabroché los botones de mi blusa de color claro, invisible para Rick, y dejé al descubierto mis dos cachondos y grandes pechos que, adornados por un sujetador rojo y sexy, iban a iniciar el siguiente paso de mi seducción.

A la tenue luz roja de la chimenea que volvía a encenderse, me levanté de nuevo de mi sensual pausa y me volví hacia el hermoso guardabosques, que dejó escapar un suspiro excitado en cuanto vio mis tetas cachondas.

Di dos pasos hacia el apuesto hombre que tenía delante, desabrochándome el sujetador al hacerlo y dejando que la roja y fina tela cayera de mis femeninos y delicados hombros sobre las tablas de madera del suelo de la cabaña del bosque.

Mis pechos grandes y desnudos crearon un bulto claramente visible en los pantalones de Rick.

Las pupilas de sus bonitos ojos marrones se ensancharon y brillaron de deseo, su respiración parecía acelerada, superficial y rápida por la lujuria, lo había conseguido. Me acomodé frente al regazo del musculoso guardabosques y pasé mis finos dedos por sus fuertes muslos.

Rick volvió a jadear y hundió sus fuertes y grandes manos en el cuero del sofá en el que estaba sentado para canalizar su calentura.

Con un hábil movimiento me acerqué al bulto de sus pantalones de obrero, que ahora aparecía poderoso y crispado, y pude notar la clara erección de su dura polla bajo la tela desgastada por la intemperie.

Su grueso pene quería escapar del estrecho material de sus pantalones para entregarse a mí, un favor que no tardé en concederle.

Separé un poco más sus muslos y me deslicé más cerca de él.

Me dolían las rodillas desnudas por el suelo de madera desnuda, pero mi lujuria por el cuerpo sensual y masculino de Rick era ahora más fuerte que cualquier dolor, así que me arrodillé ante el apuesto guardabosques, entumecida por la lujuria, y aflojé la hebilla metálica de su cinturón para saborear por fin el vástago cachondo del galán.

Mientras sacaba los pantalones sueltos de mis fuertes piernas y mi puntiagudo y lacado rojo

Las uñas se clavaron en la deliciosa carne de su cuerpo, la gruesa y enorme polla de Rick estalló ávidamente hacia mí.

Majestuoso e imponente, el córneo pene estaba ahora frente a mí, su dueño jadeaba de placer claramente excitado, y ahora me veía comenzar a trabajar su córneo eje con mis suaves manos.

Cogí su cachondo trozo de carne con la mano derecha, ahuecando el duro eje y moviendo el duro pene arriba y abajo mientras mi otra mano recorría el acerado six-pack de Rick, explorando el voluptuoso cuerpo del Ranger.

Ahora estaba visiblemente descongelado, alimentado por el juego de placer que se le ofrecía, y

mi caliente trabajo manual en su polla hizo que de sus hermosos labios escaparan sonidos de placer cada vez más fuertes, que penetraron en la rústica ronda de la cabaña calentada por la lujuria y la chimenea y se desvanecieron en el bosque exterior, tragado por la noche a través de la densa nieve torrencial.

En el resplandor rojizo del fuego, la punta de su gran miembro brillaba como un bastión de lujuria, por lo que no pude evitar tomar el glande rollizo con mis labios carnosos y llevarme su pene a la boca.

Codiciosamente encerré la dura polla de Rick con mis labios rojos y humedecí su pene crispado con mi saliva mientras dejaba que su miembro entrara cada vez más profundamente en mi garganta y lo acariciaba y jugueteaba a su alrededor con mi lengua húmeda.

Lamí, chupé y sorbí profundamente el hermoso tronco y casi me ahogo con el tamaño cachondo del poderoso miembro en mi boca, pero ya estaba tan mojada y cachonda de lujuria que me metí la polla más y más dentro de la boca sin miramientos.

Rick jadeaba cada vez más fuerte, contoneándose y retorciéndose bajo el cachondo juego bucal de mis sensuales labios, hundiendo sus manos, endurecidas por el duro trabajo en el bosque, en mi oscuro y fino cabello y alborotando mi espesa mata de pelo mientras apretaba mi cabeza cada vez más cerca y con más avidez contra sus muslos para hundir su pene cada vez más profundamente en mi húmeda y cálida garganta.

Jadeando, me soltó del firme agarre y de sus manos al cabo de un rato y me soltó la boca, el pelo me caía despeinado por los hombros y el carmín, antes finamente perfilado, se había extendido desordenadamente por mi cara y se había combinado con la saliva de mi boca para formar una mezcla de lujuria.

Esforzándose, Rick reprimió un orgasmo mientras sacaba su polla húmeda y pegajosa de mi boca, queriendo sentir más de mí y yo queriendo más de él.

La velada había resultado mejor de lo esperado tras los obstáculos iniciales, el cuerpo cachondo y dispuesto de este guardabosques era mil veces mejor que la aburrida cena de negocios con el cliente rico gordo y feo y me dio más de lo que quería.

Ahora esperaba entregarme por completo al hermoso desconocido. Después de que Rick me sacara la polla de la boca, chorreante de saliva húmeda, se levantó, me agarró de la mata de pelo y me llevó por el suelo hasta la suave piel frente a la chimenea crepitante como si yo fuera su yegua dispuesta, que lo era en aquel momento.

Una vez sobre la piel, bajó hasta mí en el suelo y me puso boca arriba.

Mi piel suave y desnuda se acurrucaba cómodamente contra la acogedora piel que tenía debajo, mientras Rick, con una lujuria desenfadada y desatada, rasgaba la fina tela de mis medias oscuras con un sonido desgarrador, separaba mis largos muslos femeninos y acercaba su cabeza a mis zonas de placer.

De camino a mi vulva, las puntas de su espeso vello oscuro acariciaron el interior de mis muslos

y me hicieron estremecer de placer.

El deseo por el cuerpo caliente de la hermosa guardabosques me cubrió con un

La piel de gallina que recibí con benevolencia en la anticipación gozosa de su lengua en mí.

Cuando su cabeza llegó por fin a mi húmeda vulva y sentí por fin el ansiado roce de su boca sobre mi cuerpo, dejé escapar un lujurioso gemido de mi garganta hasta entonces profunda y eché la cabeza hacia atrás extasiada mientras la punta de la lengua de Rick se deslizaba suavemente sobre mi monte de Venus y alcanzaba por fin mi capullo de placer.

Profundamente conmovida y literalmente invadida por la lujuria y la satisfacción, me retorcí bajo los dinámicos movimientos de su lengua, que jugueteaba salvaje y cachonda alrededor de mi clítoris.

Arriba y abajo, mi cuerpo enloquecido y cachondo se erguía bajo el juego de la lengua caliente y pequeñas gotas de sudor corrían por mi tierno cuello y se deslizaban como gotas de lujuria, brotando del calor de la chimenea y de los lametones cachondos del guardabosques, bajando entre mis pechos llenos y gruesos y mojando los pezones puntiagudos endurecidos por la lujuria de mis grandes y redondas tetas.

Mientras Rick yacía frente a mí en el desnudo suelo de madera de la cabaña del bosque, acariciándome expertamente y lamiéndome ansiosamente el coño con su boca y su práctica lengua húmeda, sus manos agarraban mis pechos turgentes y los amasaban con firmeza y determinación.

Como una jugosa masa de pan, sus grandes y fuertes manos trabajaron mis pesadas tetas.

Luego subió la cabeza entre mis muslos, sonriendo, me miró profunda y chispeantemente a los ojos durante un breve instante y, por último, se llevó uno de mis pezones a la boca y lo chupó y mordió de tal modo que gemí ruidosamente de placer y clavé mis puntiagudas uñas en su ancho cuello.

Esta sutil confirmación de mi lujuria espoleó aún más al Ranger, que humedeció mis cachondos pechos con más besos, subió hasta mi cuello y, finalmente, se volvió de nuevo hacia mi clítoris y continuó lamiéndolo, de modo que, al cabo de poco rato, un orgasmo abrumador me invadió como una repentina oleada de puro éxtasis y me robó por completo los sentidos.

Bajo los movimientos circulares de su lengua, me encabrité con un sonoro gemido y me entregué al regocijo del clímax cachondo con un baile de sacudidas.

Rick no dejó que esto le molestara más.

Seguro de sí mismo y dominante, me agarró el cuerpo tierno y me puso boca abajo, luego me subió más la ajustada falda negra, dejando al descubierto mis nalgas gruesas y regordetas, que ahora se mostraban tentadoras para él.

Se quitó toda la ropa del cuerpo y se subió, desnudo, sobre mi cuerpo dispuesto tumbado bajo él

y me abofeteó el redondo trasero, que vibró rojo por el impacto de su mano plana.

Se me escapó un grito de placer y dolor, jadeé y pedí más. Una vez más, un sólido golpe de la mano del guardabosques me dio en el culo gordo y volví a jadear ruidosamente.

Sabía cómo controlarme.

A continuación, sentí cómo empujaba su enorme azote entre mis gruesas nalgas y frotaba su pene entre ellas unas cuantas veces antes de hundir su polla en mi húmeda hendidura con un suspiro de satisfacción y clavar el duro eje en mi cuerpo.

Grité fuerte y suplicante cuando sentí la enorme polla dentro de mí.

Rick empezó ahora a follarme suavemente al principio, luego cada vez más fuerte, cada vez más rápido, introduciendo su duro pene cada vez con más fuerza en mi apretada vagina.

Mientras me tomaba cada vez más bruscamente, presionaba mi cuerpo retorcido con determinación sobre la piel y me fijaba los brazos a la espalda, de modo que quedaba a merced de sus duros y violentos empujones de lujuria.

Todo lo que percibía eran los despiadados empujones de su gran miembro, que encendían en mí un fuego insaciable de deseo por su lujuriosa polla.

Rick montó sobre mi cuerpo con una dureza incontenible que me llevó casi al punto de la inconsciencia bajo el peso del Ranger entronizado sobre mí.

A través de mis gritos extasiados de placer, oía el rítmico golpeteo de nuestros cuerpos uno contra otro que, aplaudiendo con el crepitar de la chimenea, se convertía en una excitada melodía de lujuria carnal y convertía la cabaña, que ahora parecía una sahara, en una sauna de erotismo.

Mientras su fuerte mano seguía sujetándome los delgados brazos a la espalda, la otra me golpeaba alternativamente las nalgas rojas o me tiraba de la oscura cabellera con desenfrenado desvarío animal.

Me entregué al comportamiento animal de nuestros calientes cuerpos con benevolencia y el mayor de los deseos, disfruté del trato puro y duro de mi tierno cuerpo bajo los maltratadores empujones de cadera del fornido guardabosques y di rienda suelta a mi lujuria.

Después de que Rick me hubiera tomado por detrás durante un rato, sacó su húmeda polla de mi cuerpo con un sonido de bofetada y me dio la vuelta de nuevo. Me levantó del suelo y me tiró en el sofá delante de él como un trozo de carne caliente, más bien se acercó a mí y se deslizó entre mis piernas para darme placer de nuevo con su grueso miembro.

En la posición del misionero, volvió a penetrarme con un gemido lujurioso.

Mientras me tomaba por delante, chupé con avidez su dedo y disfruté de la visión caliente y sensual de su cuerpo impecable y musculoso.

Los músculos definidos brillaban de sudor mientras empujaba su pelvis contra la mía arriba y abajo con un sonido de bofetada, empujando su grueso miembro sin cesar dentro de mí.

Mientras tanto, sus atléticos y atractivos brazos sujetaban mi cuerpo en un abrazo íntimo y afrodisíaco y yo podía sentir su cuerpo de aroma masculino contra mi suave piel y palpar sus firmes abdominales.

Con movimientos circulares y de presión, empujé mi pelvis llena de lujuria cada vez con más intensidad y avidez contra la de Rick para sentir lo más posible su eje cachondo y frotar su piel desnuda contra la mía.

Durante interminables minutos me folló así en el sofá, cogiéndome con su firme miembro y amasando mis tetas duras y excitadas o abrazando mis caderas cachondas y agarrando mi culo redondo.

Después de que casi llegara al clímax de nuevo, me liberó del firme agarre de su cuerpo dominante y sacó su pene caliente, húmedo y reluciente de mi cuerpo cachondo - yo quería más, era adicta al eje portador de gozo del Ranger y de ninguna manera había tenido suficiente de sus empujones llenos y lujuriosos de sus lomos.

Rick se sentó en el sofá, un poco agotado, y esta vez yo tomé la iniciativa. Mientras él aún jadeaba, secándose una gota de sudor de la frente, yo me subí al regazo masculino de mi afortunado, al resplandor de la sombría chimenea, encerré su cálida polla, palpitante de sangre, con mis suaves y pequeñas manos y la introduje en mí antes de que el Ranger supiera lo que le estaba ocurriendo.

Dejó escapar un gruñido de evidente excitación en la cabaña de madera y hundió sus grandes manos en mi culo cachondo y rollizo mientras yo empezaba a cabalgar el glorioso cuerpo desinhibida y desbordante de sangre caliente.

Como al galope, dejé que mi magnífico cuerpo cayera arriba y abajo y, entre chasquidos y coscorrones, lancé una pecaminosa cabalgata de placer.

Arriba y abajo caía mi cabello alborotado mientras sentía el intenso pene de ensueño del Ranger en lo más profundo de mi ser.

Las manos de Rick, mientras tanto, habían rodeado mis grandes y magníficas tetas y las amasaban con profusión animal, unas veces acariciándolas suavemente, otras pellizcando los pezones duros y enrojecidos, y otras clavando sus manos con firmeza y firmeza en la carne desnuda y suave de los cachondos pechos, que eran zarandeados uno contra otro en rítmicas palmadas por mi duro cabalgar sobre el regazo del guardabosques, balanceándose arriba y abajo como dos bolas redondas y cachondas.

Podía sentir cómo la respiración de Rick se aceleraba, sus bonitas pupilas se dilataban en intensa excitación y estaba más cerca del clímax que nunca... pero aún no le estaba haciendo ese favor.

Justo antes de que pudiera descargar un miembro abultado en mi interior, escapé del trono de la lujuria y bajé del vientre colmado del Ranger.

Su dura polla se movía de un lado a otro con excitación entre los muslos de Rick mientras yo la liberaba de mi húmeda vagina y descendía.

Le separé un poco las piernas mientras él seguía sentado en el sofá y le di la espalda, recibiendo así su polla en mi culo. En posición de cabalgada invertida, moví mis femeninas y cachondas nalgas arriba y abajo y controlé yo misma el lujurioso subidón de su gruesa polla.

Mientras tanto, él se deleitaba con la sobrecogedora vista de mi bonita espalda y mis hermosas y grandes nalgas, entre cuyas nalgas movía su polla arriba y abajo y la empujaba dentro de mí y la volvía a soltar.

Rick, visiblemente atraído por la visión de mi delicioso trasero, no podía apartar las manos de mí y abofeteó varias veces la carne vibrante de mi culo rollizo, tirando dominante y firmemente del pelo que me caía por la espalda.

Entonces, sin previo aviso y en un arrebato de excitación, el apuesto guardabosques se puso en pie, me dio un tirón y me empujó al estilo perrito sobre el sofá y me folló con dureza animal y fuerza desmedida, provocándome fuertes y conmovedores gritos de placer.

Mis grandes tetas se desparramaban entre mi esbelto cuerpo, que Rick apretaba firmemente contra el cuero del sofá.

Cada vez más fuerte, más rápido y más intenso, Rick introdujo su miembro cachondo en mi menudo cuerpo, debilitado por el sexo y completamente rendido a él, llenando el caluroso interior de la cabaña del bosque con densos y plenos gritos de placer y constantes y sonoros golpes de los cuerpos uno contra otro, hasta que finalmente, en una explosión de lujuria, me agarró el culo con fiereza y lo apretó contra él, descargando sus cálidos jugos en mi húmeda hendidura con un violento gemido.

La espesa nevada no había cesado, así que nos quedamos atrapados en la pequeña y aislada cabaña del denso bosque durante unas horas más, con suerte un poco más, pensé sonriendo mientras Rick sacaba su polla de mi trasero con un sonido seco.

Cazando presas en el gimnasio

Simon

¡Pum!

Enérgico y cargado de estrés, Simon cerró de un portazo la pesada puerta acristalada de roble del ornamentado portal de entrada de la alta torre, que se alzaba imponente y majestuosa en medio del horizonte neoyorquino.

El eco de las firmes suelas de sus zapatos de traje resonó amortiguado en la ronda con suelo de mármol cuando entró en el amplio y alto vestíbulo y se dirigió al ascensor.

Cuando las puertas plateadas del ascensor se abrieron automáticamente ante él y Simón entró, su imagen se reflejó en el cristal panorámico del ascensor.

Un mechón de su cabello castaño, ligeramente rizado, caía como fino terciopelo sobre la tersa frente de su llamativo rostro.

Sus rasgos faciales, superados por una barba de tres días, parecían cansados y, sin embargo, decididos. Sus ojos brillaban con la pasión incontenible del indomable héroe de cine que se lanza con valentía y audacia hacia sus objetivos en la pantalla.

Mientras Simon conducía lentamente hacia el cielo, la colorida luz de la noche neoyorquina se reflejaba en el ascensor acristalado y proyectaba sombras móviles a su alrededor.

Simon llevaba una camisa sobre la que la correa negra de su bolsa de deporte se tensaba como la cuerda de un arco.

La ceñida tela cortaba como una espada afilada la carne de su cuerpo fuerte y nervudo, endurecido por las pesadas cargas.

A Simon no le importó.

Llevaba varias semanas viniendo casi todas las noches.

Para preparar su nuevo papel cinematográfico, libró una dura batalla con mancuernas, pesas y consigo mismo casi todas las noches.

Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron frente a Robert, éste entró en el gimnasio lleno de gruñidos y resoplidos donde pasaría las próximas horas poniendo a punto los músculos de su cuerpo.

Después de cambiarse en los vestuarios, se puso a hacer ejercicio. Repetición tras repetición levantaba, empujaba, tiraba y lanzaba mancuernas, barras y pesas, mientras la sangre de su cuerpo bombeaba y palpitaba en sus ahora abultados músculos.

El gimnasio ya se había vaciado notablemente, la aguja del gran reloj situado sobre el mostrador de la entrada se acercaba a la 1:30 y cada vez más gente abandonaba el gimnasio.

Cuando Simon se echó la toalla húmeda al hombro y se dirigió a los vestuarios, todavía balanceándose ligeramente por el esfuerzo, las habitaciones parecían desiertas y vacías, ya no se oían bufidos ni gruñidos, ni el chocar de las planchas ni las conversaciones animadas.

Sólo llegaba a sus oídos el débil sonido de la música que salía de los altavoces, mezclado con el bocinazo sordo y lejano de los coches que circulaban por la carretera cientos de metros más abajo.

Una vez en los vestuarios, Simon se dejó caer en un banco junto a las taquillas y respiró hondo.

Sintiéndose exultante y satisfecho por el deporte y el esfuerzo, se despojó de la ropa deportiva de su cuerpo fuerte y musculoso y expuso su hermoso cuerpo tenso, que, como la obra de un escultor, estaba perfecta y estéticamente cincelado con los contornos más finos, ahora desnudo en el vestuario.

del estudio de pie.

Justo cuando Simon se inclinaba para desatarse los dedos de los pies del calcetín, se dio cuenta de la presencia de una mujer por el rabillo del ojo.

A través de la delgada puerta abierta del vestuario, divisó a una señora de la limpieza. Y qué limpiadora.

Vestida con una falda corta y escasa, la mujer rubia estaba a punto de inclinarse hacia su cubo.

Simon se deleitó con la vista de su culo grande y grueso, adornado con un tanga rojo.

Como grilletes rojos, la tela brillante de las escuetas bragas se estiraba alrededor de sus caderas cachondas, acentuando las curvas plenas de su trasero prieto y exuberante, mientras la limpiadora, ahora totalmente inclinada en una postura demasiado tentadora, se rendía a su mirada lujuriosa.

Sus largas y esbeltas piernas se entronizaron como puertas lujuriosas hacia Simón, en cuyo prometedor extremo aguardaban los labios, calientes y húmedos, ahora claramente visibles bajo el ajustado bikini.

Simon había visto suficiente y desenvolvió su gruesa y dura polla y, escondido al abrigo del vestuario, comenzó a dar rienda suelta a su encendida lujuria

Nadine

Al agacharse para escurrir el paño con agua de la fregona, Nadine se había fijado en el tensor.

Entre sus muslos abiertos, había divisado la mirada lujuriosa del immaculado visitante del estudio y ahora se disponía a satisfacer el deseo de este lascivo libertino.

"Le enseñaré", pensó Nadine.

Con gracia, depositó su cuerpo caliente y cachondo, casi semidesnudo debido a la falda intencionadamente desprendida, sobre la tumbona desplegada en la zona de relax del estudio y se recostó invitadoramente en ella.

Cogió el frasco sellado de su limpiador y se acercó lentamente el largo astil a sus labios rojos y carnosos, dejó que su lengua húmeda y brillante recorriera lentamente el plástico y, a continuación, introdujo lenta y placenteramente el frasco en su boca cachonda.

Las frescas gotas de agua de la botella jugaban alrededor de los carnosos labios de su sensual boca mientras acariciaba seductoramente el cuello de la botella con la boca.

Entre medias, derramó "accidentalmente" una pequeña cantidad del pegajoso y ácido líquido sobre su regordete escote, de modo que el jugo de la fresca mezcla corrió por su tierno cuello como un pequeño chorro de placer y se esparció por sus dos cachondas tetas, donde dejó sus pezones pegajosamente húmedos y visibles bajo el ajustado top.

Simon vio todo esto, respirando agitadamente, casi reventando de lujuria y calentura, en el vestuario de enfrente.

Simon

Jadeando de placer, Simon se dejó caer de nuevo en el banco de madera oscura junto a la taquilla.

Con los calzoncillos bajados y un pañuelo chorreante de semen a su lado, recuperó lentamente la compostura y los latidos de su corazón volvieron a la normalidad.

El aire del bochornoso y opresivo estudio, combinado con la visión de la caliente y cachonda señora de la limpieza de enfrente, le había llevado al extremo.

Sin dejar de respirar con dificultad, se secó las brillantes gotas de sudor de la frente y se miró a sí mismo.

Su gruesa y pesada polla, que ahora se estaba quedando flácida, se había sacudido de éxtasis y lujuria hacía unos segundos, como si estuviera electrificada.

El motivo había sido el cuerpo desnudo, cachondo y esbelto, situado a diez metros en línea recta. Como cinceladas en mármol, se había abierto ante él la visión de dos tetas redondas y firmes,

sobre cuyos duros pezones rosados había caído como oro el rubio de las suaves hebras de la limpiadora. Cuando ella le había descubierto y su cuerpo desnudo y sensual se había erguido conmocionado como distorsionado por la lujuria, él ya no había podido contener su calentura por sus curvas calientes y se había corrido.

Ahora quería descansar un momento antes de volver a partir.

La noche aún era joven, así que quizás, pensó, ella se relajaría en el bar de batidos del estudio.

Me pregunto si la señora de la limpieza cachonda todavía tenía que trabajar allí también.

Nadine

Después de que la mayor parte del estudio hubiera recuperado un brillo fresco y limpio y de que el aire, antes viciado, sudoroso y opresivo, se hubiera convertido en una brisa fresca y fragante, pasé a la pieza final del trabajo, el bar de batidos.

Cuando hace unos meses, a los 24 años, dejé el idílico hogar de mis padres para mudarme a la gran ciudad, no tenía ni idea de que me encontraría limpiando un gimnasio por las tardes.

Al principio, sólo acepté el trabajo de limpieza para cubrir rápidamente el alquiler, demasiado caro.

Aparte de mis estudios, las tardes habían sido el único tiempo libre al principio, cuando conseguía trabajar.

Pero con el tiempo había encontrado una razón completamente distinta por la que el trabajo merecía la pena: los hombres.

El gimnasio de alto precio era el coto de caza perfecto para mis deseos, los gerentes, actores y miembros de la junta, sexualmente hambrientos de trabajo y entrenamiento, venían al gimnasio a deshoras, se quedaban hasta tarde y no sabían que yo, Nadine, estaba a la caza de sus cachondos y calientes cuerpos de acero.

Y así, una vez más esta noche, una excelente presa había llegado a mi vista.

El primer paso ya se había dado, no estaba lejos de aquí.

Entré en el poco iluminado bar de batidos con mis cosas de limpieza. Acababa de abrir la puerta del frigorífico y estaba iluminado por la brillante luz del Bosch KGN

cuando llamaron a la puerta de cristal.

"¿Quién puede ser tan tarde?", me pregunté bromeando mientras devolvía la nevera a su lugar y corrió hacia la puerta principal.

Sin mirar atrás, abrí la puerta del bar de batidos y contemplé el rostro llamativo y masculino de mi ya conocido tenso.

Me sonrió pícaramente con ojos centelleantes.

"Buenas noches, Simon mi nombre, siento molestarle tan tarde, pero ¿podría tomar algo por mí?".

"Sí, claro", respondí secamente, fingiendo sorpresa inicial.

Le indiqué que me siguiera al interior, a la gran y amplia cocina, y cerré la puerta tras él después

de que entrara.

Los brillantes rayos de la iluminación de neón que se había encendido proyectaban colores blanco-grisáceos sobre las superficies brillantes y lisas de la grifería de la cocina cuando entramos juntos en la zona abierta de preparación y comedor.

Guié al Simon de pelo negro hasta la nevera. Mi mente estaba trabajando.

La conmoción inicial que aún sentía cada vez por la observación deliberada se había convertido en un deseo recurrente en el transcurso de la noche.

Era un placer vengarse de este mirón desenfrenado, ganarle en su propio juego. Aquí, entre mis cuatro paredes, el cazador se convirtió en cazado.

De buena gana la ignorante y mansa caza se había adentrado en mi territorio, ya tenía un plan de cómo matarla, para degustar la sabrosa carne, así que me puse en acción.

"Aquí estamos, voy a ver si queda algo", le dije a Simon mientras ambos nos poníamos delante de la nevera.

Podía sentir su tensión, ver el ligero sudor de su frente, oír los rápidos latidos de su corazón en el pecho.

Abrí la puerta de la nevera, mis dedos se acercaron a un cartón de leche, pero en lugar de cogerlo, lo dejé caer torpemente al suelo delante de mí.

"Qué putada", me oí decir con fingido enfado mientras me inclinaba lentamente hacia el cartón de leche, levantando el dobladillo de mi esponjosa falda, irreconocible para Simon, lo justo para dejar al descubierto mi trasero prieto y cachondo, aún cubierto por las bragas rojas de mi ajustado tanga.

La gloriosa visión de mi magnífico y jugoso trasero provocó un suspiro de placer en Simon.

Inhibido y cargado de excitación interior, se situó a escasos centímetros detrás de mí, con la mirada fija en mis femeninas y tentadoras curvas.

Disfruté con su sufrimiento.

Había acorralado al animal, ahora estaba listo para el disparo mortal.

Inclinándome, empujé mis nalgas hacia él hasta que mi culo caliente alcanzó el dobladillo de sus pantalones.

Sentí cómo su dura polla atravesaba la fina tela de sus pantalones y se apretaba contra mis nalgas con palpitante placer.

Con movimientos circulares, conduje ahora mi culo cachondo con fuerza sobre su duro eje.

Simon detrás de mí no sabía lo que le estaba pasando, agarrado con sus manos a las frías baldosas de la isla de la cocina, miraba con asombro, excitación y lujuria desenfrenada el espectáculo cachondo que ahora se le presentaba inesperadamente.

Mi culo caliente y apretado se acurrucaba cada vez más contra su miembro lujurioso y provocaba gorgoritos de lujuria en Simon.

Me di la vuelta y me arrodillé frente a él sobre las duras baldosas. Pasé lentamente mis dedos finos y delicados por el bulto grande y evidente de sus pantalones, Simon se crispó excitado. Lenta y ágilmente me dispuse a desabrocharle el cinturón de cuero.

Con gracia y destreza desabroché la hebilla de plata brillante, alcancé la cremallera de su bragueta y le bajé los pantalones.

Su cachonda y firme nalgada salió disparada directamente hacia mí, liberado de su apretada y estrujante jaula, ahora estaba entronizado frente a mí en tamaño natural.

Lo agarré con una mano y me lo llevé a la boca.

Con mis húmedos y carnosos labios rojos, primero jugué alrededor de su glánde antes de introducir por fin su lujurioso eje por completo en mi femenina boca.

Chupé y chupé su polla como si fuera un dulce caramelo, despacio al principio, luego más rápido y más salvaje me metí su gran polla en mi cálida y golosa boca, cada vez más húmeda y más cachonda me penetraba su grueso miembro.

Embargada por la excitación y el deseo, clavo mis uñas puntiagudas en la fuerte carne de sus muslos mientras mi boca y mi lengua siguen trabajando su pene. Mi larga melena rubia, que brillaba dorada por la iluminación de neón, se alborotaba y fluía como seda viva con mis movimientos rítmicos y dinámicos.

Mis carraspeos y succiones se mezclan con los excitados gruñidos de mi apretador y crean una sinfonía animal de placer.

Después de que mi boca húmeda hubiera trabajado durante un rato los magníficos azotes de Simon y mis rodillas desnudas ya se hubieran puesto rojas por el constante roce con el suelo de baldosas desnudo, me saqué la deliciosa polla de mi boca húmeda y goteante y dejé que mi falda y mi top cayeran de mis hombros delicados y femeninos.

Rápidamente me deshago de mi sujetador rojo y dejo al descubierto mis firmes y cachondas tetas.

Al ver mis codiciosos pechos mirándole, Simon se acercó aún más a mí.

Cogí mis tetas y las apreté contra su polla, aún brillante y húmeda por la mamada. La sensación de su eje pesado, caliente y reluciente de humedad me excitó visiblemente.

Jadeando de lujuria y calentura, mis pezones se pusieron tan duros como el granito del suelo de

la cocina mientras apretaba su pene sin cesar contra mis tetas, moviendo mi esbelto torso arriba y abajo para mimar su duro miembro con mis curvas femeninas. Notaba la respiración de Simón cada vez más acelerada, sus pupilas dilatadas por la excitación, pero no quería hacerle correrse, sino torturarlo el mayor tiempo posible.

Así que volví a soltar mis tetas cachondas y liberé su polla del indulgente calor húmedo de mis pechos cachondos.

Pero Simon se volvió visiblemente más audaz.

Agarró hábilmente mi delicado y femenino cuerpo y me levantó sobre la isla de la cocina, detrás de él.

Me apretó contra la fría superficie, pero el calor de mi piel y mi excitación ardiente y salvaje lo transformaron rápidamente en una ardiente extensión de placer.

Tumbada boca arriba y respirando agitadamente por la calentura, era consciente de que Simon me separaba los esbeltos muslos y me cubría el interior con innumerables besos sinceros.

Mientras su mano derecha acariciaba hacia abajo desde mi fino cuello, llegaba a mi pecho y empezaba a amasarlo con firmeza y firmeza como una masa jugosa y sabrosa, Simon recorría con la izquierda el interior de mis largas y cachondas piernas y acariciaba suavemente mi húmeda hendidura.

Luego, con agonizante lentitud, me quité las bragas del tanga, ya húmedas de lujuria, y empecé a repartir besos suavemente alrededor de mi vulva.

Su mirada íntima y ardiente avivó aún más mi calentura.

Jugaba extensamente alrededor de mi clítoris con su lengua y masajeaba mis zonas lujuriosas con brillantez sexual, a veces deprisa y a veces despacio me lamía con avidez, su lengua se movía en movimientos circulares sobre mi vulva y yo me retorcí en puro y desatado éxtasis bajo su juego de lengua cachonda hasta que mi lujuria se desató en una tormenta de calentura y me invadió un primer orgasmo violento.

Como si Simon hubiera estado esperando esto, ahora dejó de lamerme y sentí cómo, gimiendo fuerte y encantado de calentura, empujaba su dura polla dentro de mí mientras yo seguía tumbada boca arriba con las piernas abiertas delante de él.

Mientras Simon me tomaba ahora, de pie frente a la isla de la cocina, me dejé llevar y desaté

Sonidos de pura satisfacción se soltaron en la ronda abierta del estudio, mezclándose con el sonido rico y abofeteante de nuestros cuerpos chocando entre sí.

Cada vez más duro, más rápido y más fuerte, Simon follaba mi cuerpo esbelto y sensual, hundiendo sus manos grandes y masculinas en mi mata de pelo rubio, que parecía desordenada y despeinada por los incesantes empujones de su polla dentro de mí, y amasando mis pezones, que apuntaban con sensual satisfacción.

Luego, sin mucho aviso, me levantó de nuevo con sus brazos fuertes y nervudos y me depositó en un sofá cerca de la isla de la cocina.

Allí me dijo que me arrodillara a cuatro patas delante de él.

Acepté agradecida la invitación y estiré mis desnudas y regordetas nalgas hacia él, mientras me colocaba frente a él como una grácil gata de presa.

En la codiciosa anticipación de su lujuriosa polla, me detuve un momento, luego sentí la mano de mi apretador encontrarse con mi culo cachondo, jugoso y lleno, calentando la piel antes fría de la isla de la cocina con una bofetada picante.

Dejé escapar un grito gutural de excitación por el placer y el dolor a partes iguales, entonces sentí el grueso eje deslizarse dentro de mí desde atrás.

Con avidez y suplicante, muevo las caderas hacia Simon mientras me folla, tirándome del pelo desde atrás, con fuerza y sin piedad.

Como animales salvajes, nos entregamos a hacer el amor.

A veces Simón me agarraba por detrás el delicado y fino cuello, a veces hundía sus manos en mi pelo rubio dorado, que caía revuelto y despeinado sobre mis pechos, a veces abofeteaba mi cachondo y magnífico culo, que ya estaba rojo como el sol poniente por el trajín animal hacia la polla de mi compañero sexual.

Después de que Simon me hubiera trabajado extensa e insaciablemente por detrás, se dejó caer en el sofá a mi lado, exhausto pero aún excitado.

Respirando agitadamente, sin embargo, su grueso pene seguía erguido como la vela sobre la mesa del sofá y se extendía hacia mí de forma tentadora y codiciosa.

Seguía sintiendo el deseo de sentir al ardiente desconocido dentro de mí, de tomar su sensual eje.

Así que me puse encima de él, cogí su grueso pene con la mano derecha y lo guié dentro de mí. Como sentada sobre un toro salvaje, monté a Simon.

Arriba y abajo dejé caer mis caderas mientras cabalgaba con mi antiguo observador como si galopara.

Su vientre viril era como una firme silla de montar, en medio de la cual ofrecía mis nalgas inclinándose y girando, cayendo arriba y abajo, llevando su pene a la satisfacción divina a través de mis lujuriosos movimientos.

Mientras Simon disfrutaba de mi cabalgada cachonda, sus manos recorrían mis dos majestuosas y magníficas tetas, que subían y bajaban unos centímetros delante de su cara debido a los movimientos salvajes.

Con su boca acariciaba a veces mi cuello, a veces mis pezones, chupaba y lamía con avidez

sobre los puntiagudos pezones de mis redondas tetas y dejaba que mi lujuria aumentara inconmensurablemente.

Justo cuando había alcanzado el clímax de mi erótica cabalgada, sentí cómo las manos de mi apretador se clavaban en mis cachondas y redondas nalgas con fuerza de oso y descargaba dentro de mí su polla palpitante y crispada, jadeando ruidosamente.

A partir de esa noche, cacé más a menudo que nunca.

El reencuentro

Era un día soleado de verano.

El aire bochornoso del atardecer estaba impregnado de agradables aromas florales procedentes de los prados y bosques circundantes.

Me paré en la única vía abandonada de la vieja estación del pueblo y esperé a que llegara mi hermanastra.

Mientras pasaba el tiempo lanzando piedrecitas desde la plataforma al lecho de la vía, noté que mi mente vagaba hacia el último encuentro con mi hermanastra.

Yo tenía entonces poco más de cinco años y, por tanto, me costaba recordar el aspecto y la voz de Marie.

Desde la separación de mis padres, había perdido el contacto con la mayoría de los miembros de la familia de mi padre.

Pero eso iba a cambiar hoy.

Por casualidad, había dado con la dirección de mi madrastra y, tras un breve intercambio de cartas, se había decidido el encuentro con mi hermanastra.

Mientras me perdía en mis pensamientos, llegando poco a poco a la última piedrecita disponible, oí a lo lejos el débil traqueteo de un tren que se acercaba.

Arrojé un último guijarro a las vías y me alisé la camiseta cuando me di cuenta de que llegaba el tren.

Cuando el tren se detuvo, esperé ansiosamente a que se abrieran las puertas. Después de que bajaran algunos pasajeros, no pude reconocer a nadie que pareciera coincidir con mi lejano y borroso recuerdo de la infancia.

Marie debería tener ya 19 años, pero a juzgar por el aspecto de su madre, ninguna de las personas que había en el andén podía ser mi hermanastra. Así que mientras examinaba a la gente que había bajado del tren,

alguien me tocó el hombro por detrás. Sobresaltado, me

doy la vuelta.

Miré el regordete escote de una joven de mi edad.

El calor veraniego había maltratado su blusa blanca y ajustada con un sudor húmedo y despiadado, por lo que me deleité con la impresionante visión de sus pechos llenos y pesados que asomaban bajo la ceñida tela.

Cuando por fin me obligué a apartar los ojos del prometedor cuerpo de la mujer que tenía delante y mirar el no menos bello rostro, noté una leve sonrisa en los carnosos labios de mi interlocutora.

"Hola, soy Marie", dijo la joven, jugueteando tímidamente con su pelo. Después de desterrar de mi mente la visión inicial de su cuerpo, respondí ligeramente dubitativo: "Encantado de conocerte por fin en persona".

Tras intercambiar unas palabras de saludo, partimos en dirección al pueblo donde yo vivía.

Cuando dejamos atrás la vieja estación, las sombras cada vez más profundas de los viejos robles y álamos que bordeaban el camino de tierra, lleno de baches y polvo, por el que caminábamos, anunciaban la proximidad de la puesta de sol.

El aire bochornoso y opresivo del atardecer estaba amenizado por el excitado canto de los grillos y el esfuerzo de llevar su maleta (por supuesto, no sin segundas intenciones, no perdí un segundo en la estación y le pregunté directamente si debía llevar su maleta de aspecto pesado y rígido) hizo sudar a mis miembros, que se cansaban lentamente.

Por el camino, Marie me contó que acababa de romper con su novio, que sus ideas sobre la vida habían sido demasiado diferentes.

Un comentario que no tomé del todo a la ligera.

Congeniamos enseguida y casi olvidé por completo las penurias del agotador paseo bajo el peso de la pesada maleta.

Cuando habíamos recorrido la mitad de la distancia que nos separaba del pueblo y el amplio cielo se había abierto en el

Cuando pasamos junto a un pequeño bosque de pinos, en medio del cual se extendía un tranquilo lago azul, cuyo color se tornaba lentamente rojo en la distancia.

A Marie parecía gustarle este paraje de naturaleza virgen. Dejó sus pequeños y delicados bolsos junto al camino y se dirigió a grandes zancadas hacia el pinar. Asombrado, yo también dejé mi maleta en el prado junto al camino de tierra y seguí a Marie hacia el denso verdor del bosque.

Tras perderlos de vista durante un breve instante y abrirme paso entre flores y maleza, me encontré poco después en medio de un pequeño claro iluminado por los últimos rayos del sol del día.

Marie estaba recogiendo piñas de debajo de un pequeño árbol.

Al hacerlo, se inclinó y la ligera brisa jugó alrededor del dobladillo inferior de su corta falda de lunares, dejando al descubierto sus curvas femeninas.

Sus bragas se ceñían firmemente a su trasero rollizo y bien formado.

Mi cuerpo parecía haber olvidado por completo su cansancio anterior ante aquella visión. Inundado de energía, mis músculos se tensaron y una lujuriosa expectación se abrió paso en mis pensamientos.

La sangre corrió a mis calientes entrañas y mi pesado miembro empezó a mostrarse claramente bajo los pantalones.

Con cuidado y cautela, me acerqué al lugar donde Marie permanecía encorvada.

Cuando me detuve un poco detrás de ella, se dio la vuelta sonriendo ligeramente y me miró profundamente y con exigencia a los ojos.

Su mirada íntima y ardiente no hizo más que avivar mi calentura.

Más y más sangre corría hacia mi miembro, ahora completamente hinchado.

La mirada de Marie pasó de mis ojos a mi avergonzado horror y finalmente encontró el contorno de mi cálido y duro pene.

La sangre restante, que aún no había llegado a mi miembro, hizo que mi rostro se ruborizara de vergüenza.

Sorprendido, estaba a punto de darme la vuelta cuando Marie me detuvo arrodillándose frente a mí, sonriendo y acariciándome la polla tiesa con la mano.

Sentí que la sangre empezaba a latir en mis venas, mi corazón se aceleró. Sentí el impulso de tocarla, de tocarla y sentirla.

Me desabrochó hábilmente el cinturón y dejó al descubierto mi pesado miembro. Sin palabras, la miré a los ojos.

Estaba a punto de decir que no podemos hacer eso, cuando ella se llevó el dedo a los labios para indicarme que no dijera nada.

Luego pasó su mano por mi vientre y encontró con sus dedos mi polla crispándose de placer.

Ella lo abrazó y empezó a satisfacerlo lentamente al principio, luego más rápido y más fuerte con su suave mano.

Me miró a los ojos, brillantes de lujuria, y agarró los míos con la otra mano.

Se llevó mi mano a la boca y chupó mi dedo con lujuria mientras su mano sacudía mi grueso

miembro cada vez con más fuerza.

Suavemente, empezó a rodear mi polla tiesa con sus carnosos labios rojos y a metérsela en su boca húmeda y cachonda.

Empecé a respirar agitadamente mientras, casi reventado de lujuria, encontraba mi polla cada vez más dentro de su boca.

Mis manos se clavaron en sus mechones suaves y apretaron su cara cada vez más contra mí.

¿Qué hacíamos aquí?

Sin embargo, la idea de que fuera mi hermanastra no tenía cabida en mi mente.

mi excitado cuerpo mientras chupaba y chupaba cada vez con más violencia mi grueso eje.

Agarré a Marie y la giré con determinación.

Dejó escapar un grito de placer excitado y asustado.

Mis manos agarraron sus caderas y mi miembro apretó con fuerza sus nalgas redondas y bien formadas.

Jadeando lujuriosamente, se apoyó en el árbol que teníamos enfrente y apretó con avidez todo su trasero contra mí.

Mientras besaba la suave piel de su cuello por detrás, cogí mi grueso miembro con una mano y lo presioné entre sus húmedos muslos para tomarla por detrás.

Con avidez, Marie tomó toda mi polla dentro de ella.

Sus fuertes jadeos de excitación se mezclaban con las rítmicas palmadas de nuestros cuerpos.

Sus uñas se clavaron con placer en la ligera corteza del árbol y dejaron escapar la dulce resina húmeda.

A medida que intensificaba mis embestidas, sus pezones cachondos y duros resaltaban claramente bajo la ajustada tela de su top.

Tenía que sentirlos.

Así que apreté más a Marie contra mí y rasgué la fina tela de su top, con lo que ella gritó, sobresaltada y excitada.

Aparecieron sus pechos pesados y llenos y los agarré ansiosamente con las manos para amasarlos y acariciarlos.

Mientras con una mano agarraba sus gordas y calientes tetas y amasaba su cálida y suave piel, con la otra le rodeaba el cuello.

Decidido, apreté a Marie contra mí mientras gemía de éxtasis, clavándome las uñas en la piel.

Tras un rato a la deriva sin sentido, Marie me empujó suavemente sobre la tierra blanda. Sentí el ligero cosquilleo de las briznas de hierba sobre mi piel desnuda y sentí en la nariz el olor de las agujas de pino y la tierra.

Tumbada boca arriba, Marie se inclinó sobre mí y se sentó con su cuerpo cachondo sobre mi abultado miembro.

Con placer, sentí cómo mi glándula se deslizaba lentamente por sus húmedos labios antes de que se metiera mi poderosa polla hasta el fondo.

Mientras ella me cabalgaba sin piedad y cada vez con más fuerza, gimiendo y jadeando de placer, yo le agarraba las nalgas gruesas y firmes y amasaba sus pechos pesados y llenos, que se agitaban constantemente al compás de sus caderas.

Después de levantarme brevemente para chuparle los pezones firmes y duros que brillaban a la luz del sol poniente, empujé a Marie sobre la suave pradera y guié mi gruesa polla entre sus muslos y penetré en su húmeda y apretada hendidura.

Temblando de placer, Marie se retorció bajo mis potentes embestidas.

Mientras con una mano le agarraba el pelo ahora despeinado, con la otra jugueteaba alrededor de su capullo caliente y húmedo entre sus piernas abiertas.

Marie se mordió los labios de placer y enterró las manos en el suelo sucio que teníamos debajo mientras yo me introducía cada vez con más violencia y animalidad en su cuerpo cachondo.

A nuestro alrededor, el canto de los grillos y las cigarras se mezclaba con el golpeteo fuerte y constante de nuestros dos cuerpos.

De repente, su cuerpo cachondo empezó a crisparse y a vibrar bajo mis fuertes embestidas.

Sus ojos redondos se abrieron de par en par mientras alcanzaba el clímax, temblando de lujuria y éxtasis. Ahora a mí también me costaba aguantar.

Presioné mi poderoso miembro dentro de ella cada vez más salvajemente.

Sus pechos llenos se abofeteaban al compás de mis embestidas, mezclándose con los jadeos suplicantes de sus gritos suplicantes de placer.

Saqué mi miembro húmedo y palpitante de su apretada hendidura y di la vuelta a Marie.

A cuatro patas, se arrodilló frente a mí y estiró su firme culo suplicándome.

Apreté su espalda contra el suelo para que sus grandes tetas asomaran entre la hierba del prado y deslicé lentamente mi polla entre sus nalgas.

Después de darle un buen azote en su redondo y regordete trasero, le metí mi grueso azote en su

húmedo coño por detrás.

Le crucé los brazos a la espalda para que sólo pudiera apoyarse en las rodillas mientras la penetraba cada vez con más fuerza.

Alternativamente, le rodeé el cuello con los brazos por detrás y agarré y tiré de su pelo despeinado y brillante, en el que se reflejaba la luz del lago.

La visión de su rostro contorsionado por la lujuria y la calentura, sus grandes tetas saltarinas y las curvas de sus nalgas enrojecidas por las embestidas despiadadas hicieron el resto por mí y en medio de un fuego artificial de lujuria vertí mis jugos calientes en su interior, temblando de calentura.

Después de salir de nuevo del claro y de que Marie se pusiera un top nuevo de su maleta (el equipaje que habíamos dejado por el camino no había sido robado mientras tanto, para mi alivio), emprendimos los últimos metros del camino de vuelta a casa.

Para entonces, el sol había desaparecido casi por completo tras el horizonte y las primeras pequeñas estrellas empezaban a aparecer en el cielo.

A lo lejos, ya se veían las luces de las casas. El camino hacia el pueblo estaba casi hecho.

Las dos semanas con mi hermanastra ya prometían ser mejores de lo esperado poco después de su llegada.